

David BALDACCI

LA ÚLTIMA MILLA

El nuevo caso de Amos Decker, el singular personaje de *Memoria total*.



de

Lectulandia

El asesino convicto Melvin Mars cuenta las horas previas a su ejecución, impuesta por el violento asesinato de sus padres veinte años atrás, cuando le conceden un inesperado indulto: otro hombre ha confesado ser el autor de los crímenes.

Amos Decker, recientemente contratado para integrar un grupo operativo del FBI, siente interés por el caso de Mars tras descubrir las llamativas similitudes que comparten: ambos eran talentosos jugadores de fútbol americano con prometedoras carreras interrumpidas por la tragedia. Las familias de ambos fueron brutalmente asesinadas y, coincidentemente, otro sospechoso se presenta años después de las muertes para confesar el crimen. Un sospechoso que quizás esté diciendo la verdad... o no.

La confesión puede convertir a Melvin Mars en un hombre libre, sea culpable o no. ¿Quién quiere que Mars salga de la prisión? ¿Y por qué ahora?

Cuando un miembro del equipo de Decker desaparece, resulta evidente que lo que está en juego es algo mucho más importante y siniestro que la vida de un convicto. Decker deberá recurrir a toda su extraordinaria capacidad mental para evitar que un hombre inocente sea ejecutado.

Lectulandia

David Baldacci

La última milla

Amos Decker - 02

ePub r1.0

Titivillus 20.09.17

Título original: *The Last Mile*
David Baldacci, 2016
Traducción: Paula Vicens

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En recuerdo de Alison Parker y Adam Ward, dos luces brillantes que nos han sido arrebatadas demasiado pronto.

Y para Vicki Gardner, cuyo valor y elegancia son un inspirador testimonio de la capacidad de adaptación del espíritu humano.

1

Mars, Melvin.

Ahí dentro, en cualquier lugar, en cualquier momento, te llamaban por tu nombre y él respondía inmediatamente en cuanto oía el suyo.

Incluso en el baño. Como si estuviera en el Ejército, aunque nunca se hubiera alistado. Lo habían llevado allí contra su voluntad.

—¿Mars, Melvin?

—Sí, señor. Aquí, señor. Cagando, señor.

«Porque ¿en qué otro lugar podría estar sino aquí, señor?»

No sabía por qué lo hacían así y nunca se había atrevido a preguntarlo. La respuesta, al fin y al cabo, no le habría importado, y podría haberle acarreado un bastonazo de un guardia contra la sien.

Tenía otras cosas de las que preocuparse allí, en la Penitenciaría del estado de Texas, en Huntsville. La llamaban la Unidad Paredes por los muros de ladrillo rojo de la prisión. Inaugurada en 1849, era la cárcel más antigua del estado.

También albergaba la cámara de ejecución.

Mars era oficialmente el prisionero 7-4-7, como el avión. Los guardias del corredor de la muerte de donde lo habían traído lo llamaban Jumbo por eso. No era un tipo enorme, pero tampoco un alfeñique. La mayoría lo respetaban, aunque fuera porque no les quedaba más remedio. Un metro sesenta y pico por si acaso.

Sabía su estatura exacta porque lo habían medido precisamente en la NFL. Allí se lo habían medido casi todo. Mientras pasaba por el proceso había establecido paralelismos con los esclavos en la plaza del mercado mientras los potenciales dueños examinaban la mercancía. Bueno, a diferencia de sus antepasados esclavos, al menos él iba a tener un montón de pasta para afrontar la ruina de su cuerpo cuando sus días de jugador se acabaran.

Todavía pesaba ciento cuatro kilos. No estaba gordo, era una roca.

Toda una hazaña teniendo en cuenta la comida que servían allí, procesada en grandes fábricas, cargada de grasas, sal y químicos que seguramente usaban para fabricar cualquier cosa, desde cemento hasta alfombras.

«Matándome suavemente con vuestra comida de porquería.»

Llevaba en aquel sitio casi tanto como había estado fuera de él.

Y el tiempo no había pasado rápido. No parecían veinte años sino doscientos.

Sin embargo, ya daba igual. Pronto acabaría. Había llegado el día.

Su última, última apelación.

Denegada.

Estaba muerto.

Lo habían trasladado a la cárcel de Huntsville desde el corredor de la muerte de la Unidad Allan B. Polunsky de Livingston, Texas, situada a poco más de noventa y seis kilómetros más al este, en previsión de esta ocasión, en la que el estado conseguiría a

su hombre después de dos largas décadas de espera. En la cara pálida de su abogado había una expresión de desolación cuando le había dado la noticia. Y eso que él se despertaría al día siguiente.

«Yo no.»

No tardaría en oír un repiqueteo de tacones acercándose.

El ruido de los fornidos guardias llevando los brillantes grilletes.

El solemne alcaide que al día siguiente habría olvidado cómo se llamaba.

El piadoso hombre de Dios con la Biblia, leyendo en voz alta los versículos porque se supone que debes tener algo espiritual a lo que agarrarte cuando sales. No de la cárcel. De la vida.

Texas ha ejecutado más reclusos que ningún otro estado, más de quinientos solo en los últimos treinta años. Durante casi un siglo, desde 1819, por ahorcamiento. Luego usaron la silla eléctrica, conocida como la Vieja Chispas, y trescientos sesenta y un reclusos fueron electrocutados a lo largo de cuatro décadas. Ahora en Texas usan la inyección letal para mandarte al más allá.

En cualquier caso estabas muerto.

Legalmente, las ejecuciones no podían empezar antes de las seis de la mañana. Le habían dicho a Mars que irían a buscarlo a medianoche. Bueno, nada de salir arrastrándose, pensó. Estaba preparado para un día de mierda muy largo.

El Muerto Andante, lo habían llamado.

—Adiós muy buenas —les había oído decir a los guardias tantas veces que había perdido la cuenta.

No quería mirar atrás. No hacia el epicentro de todo aquello.

Pero ¿cómo no iba a hacerlo?

Así que, mientras el final se acercaba, empezó a pensar en ellos.

En los asesinatos de Roy y Lucinda Mars, su padre blanco y su madre negra.

Entonces esa mezcla era rara, diferente, incluso exótica, desde luego en el oeste de Texas. Ahora era de lo más común. Todos los chicos que entraban parecían hechos de trocitos de cincuenta tipos distintos de humanidad.

Un gamberro al que acababan de encerrar era hijo de padres birraciales, hijos a su vez de parejas no tradicionales. De modo que el nuevo, un idiota que se había cargado al dependiente de una tienda por una bolsa de Twizzlers, era una mezcla de negro, marrón y blanco con un poco de chino añadido. Además, era musulmán, aunque Mars nunca lo había visto arrodillarse para rezar cinco veces al día como a algunos de allí dentro. Se llamaba Anwar y era originario de Colorado.

Y había empezado a decir a todos que quería convertirse en Alexis.

Mars se sentó en el banco de la celda y miró la hora. Había llegado la hora de hacerlo. Sería la última vez que lo haría, de hecho.

Llevaba un mono blanco con las letras «C» y «M» impresas en negro en la espalda. «Corredor de la muerte.» Mars lo comparaba con el cascabeleo de una serpiente que advertía a la gente para que no se acercara.

Se tumbó en el suelo fresco de cemento e hizo doscientas flexiones, primero con los puños cerrados, luego apoyándose en las yemas de los dedos y por último desde la posición del perro boca abajo, tocando ligeramente con la coronilla de la calva el hormigón cada vez. Después realizó trescientas sentadillas en series de seis, «cargas de repetición», las llamaba. A continuación practicó yoga y Pilates para la fuerza, el equilibrio, la amplitud de movimientos y, lo más importante, la flexibilidad. Podía llevarse los dedos de los pies a la frente con las piernas estiradas, una verdadera proeza para un hombre tan musculoso como él.

Lo siguiente fueron las mil repeticiones para la musculatura del torso y del vientre, hasta que los abdominales le ardieron como si le hubieran echado ácido en ellos. Por eso tenía los oblicuos duros como la piedra y el ombligo tan tirante que parecía más un lunar que el punto donde le habían anudado el cordón umbilical al nacer. Continuó con *plyomania*, empujando las cuatro paredes y el suelo en una serie de maniobras, muchas de ellas de su invención.

Era como Spiderman o Fred Astaire bailando por el techo. Tenía un montón de horas para idear tales cosas en la cárcel. Llevaba una vida muy estructurada, pero que también le proporcionaba bastante tiempo libre. Muchos reclusos se quedaban sentados sin hacer nada. No había clases, ni rehabilitación de ningún tipo.

El lema extraoficial de la cárcel era claro:

La rehabilitación es de cobardes.

Por último, Mars corrió sin moverse del sitio hasta que perdió la noción del tiempo, levantando mucho las rodillas todo el rato. Era una locura que hiciera aquello precisamente aquel día. Pero lo había estado haciendo prácticamente a diario desde que había entrado, y en parte lo consideraba su último acto de desafío. Eso no se lo robarían. Al menos no tuvo que rechazar la tradicional última comida, porque en Texas ya no la ofrecían a nadie. No quería estar lleno de mierda al final. Prefería morir con el estómago vacío.

Nadie lo había visitado, porque no tenía a nadie que quisiera hacerlo. Estaba solo, como lo había estado durante los últimos veinte años. Se preguntó qué dirían los periódicos al día siguiente. Seguramente sería un artículo breve. Otro negro recibiendo el tratamiento de *spa* letal del estado de Texas no era ninguna novedad. Casi ni merecía una foto, joder. Pero volverían a contar los crímenes por los que había sido condenado. Seguramente lo harían. Y sería lo único que mucha gente recordaría de él.

Melvin Mars, el asesino.

Bajó las pulsaciones; las gotas de sudor caían a un suelo ya muy sucio de cosas mucho peores que la transpiración. Sabido es que los condenados defecan en el suelo cuando se encaminan hacia la muerte. Cuando dejó de tener la respiración agitada se sentó en el catre y apoyó la cabeza en la pared. Había puesto nombre a los muros de su antigua celda: Reed, Sue, Johnny y Ben, por el equipo de superhéroes luchadores: los cuatro fantásticos.

Mars solía fantasear con la atractiva Sue Storm, pero tenía más que ver con Ben Grimm, *la Cosa*. Aunque podía ser considerado como el sesudo Reed. También se parecía a la bola de fuego, Johnny Storm, hermano de Sue, porque estaba encendido cada segundo de cada día. Sobre todo porque ahí dentro cada día era igual que todos los demás. Un infierno en vida, pero sin llamas.

Aquel era su Día 7.342. Su último día.

Volvió a mirar la hora.

Cinco tictacs para el Día del Juicio Final.

Se había pasado un año en aislamiento poco después de su ingreso en prisión. Por una razón muy sencilla: su vida estaba acabada, sus sueños rotos, el duro esfuerzo había sido en vano y estaba tremendamente cabreado. El castigo por dar una paliza a tres reclusos y luego emprenderla con media docena de guardias hasta que lo neutralizaron con una pistola eléctrica y casi lo mataron a porrazos. Veinticuatro horas al día en una celda de dieciocho metros cuadrados con una rendija por ventana durante un año entero. Sin ver otras caras. Sin notar el contacto de alguien en la piel.

Por la abertura de la puerta le pasaban la comida y el papel higiénico, de vez en cuando toallas y jabón y, con menos frecuencia todavía, ropa limpia de la cárcel.

Se duchaba en un rincón donde el agua a veces estaba helada y otras quemaba. Dormía en el suelo y murmuraba, gritaba, soltaba maldiciones y acababa llorando. Había sido entonces cuando se había dado cuenta de que los seres humanos, para bien o para mal, son indiscutiblemente seres sociales. Si no interactúan se vuelven locos.

Mars había estado a punto de enloquecer en aquella celda. Eso había sido el Día 169. Lo recordaba perfectamente. Incluso había grabado los números en la pared rascando con las uñas ensangrentadas. No había perdido la cabeza por muy poco, y se había aferrado a ese poco como a un chaleco salvavidas en un tsunami, como a su puerto durante una tormenta. Se había concentrado en una novia imaginaria, Tatiana. Imaginaba que ya estaría casada y con seis hijos, gorda, con las caderas anchas, que sería hosca y desgraciada, y que lo echaría mucho de menos. Pero entonces su novia imaginaria era perfecta. Su cara, su cuerpo, su ilimitado amor por él le habían permitido superar el Día 169 y otros 196 más.

Cuando le habían abierto la puerta, la primera cara que había visto había sido la de Tatiana, sobreimpresa al cuerpo de una pesadilla racista de 136 kilos: un joven guardia llamado, acertadamente, Big Dick, que le dijo que levantara su culo mulato o comería con una pajita el resto de su vida.

Cuando se acabó aquello, Malvin Mars era otro hombre. No había vuelto a hacer nada que pudiera devolverlo a la celda de castigo. De haber vuelto a ella, estaba seguro de que se habría quitado la vida. Sin esperar a la cámara de ejecución.

«La cámara de ejecución.»

Estaba al fondo del pasillo. La última milla, lo llamaban, aunque no medía una milla. Solo medía nueve metros, por suerte, porque muchos se venían abajo antes de llegar al final. Aunque en la cárcel había guardias grandullones que te levantaban del

suelo y recorrías en volandas el resto del trayecto.

Te pusieras como te pusieras, Texas te mataba.

El Tribunal Supremo había debatido la crueldad de la muerte por inyección letal, porque en más de una ocasión el recluso sufría una terrible agonía, y se había decantado por permitir que se continuara usando y a la porra con la espantosa agonía. ¿Acaso las víctimas de los condenados no habían sufrido un dolor y un miedo atroces? Así que, ¿quién iba a decir que se equivocaban? Mars no. Solo esperaba que, en su caso, funcionara bien.

La cámara de ejecución no era grande. De poco más de dos metros y medio por poco más de tres y medio, tenía las paredes de ladrillo visto pintadas de color turquesa y una puerta metálica que, dado el propósito de la habitación, resultaban incongruentes. No estabas de vacaciones en el Caribe; allí te ejecutaban.

La camilla, con una cómoda almohada y recias correas de cuero, estaba en el centro de la cámara. Las ventanas de dos habitaciones adyacentes daban a ella: una para la familia de la víctima y la otra para la del reo.

Mars sabía que, en su caso, ambos grupos eran el mismo. También sabía que ambas habitaciones estarían vacías.

Volvió a sentarse en el catre oliendo a sudor, rememorando los únicos recuerdos buenos que le quedaban. No era precisamente un jumbo en el mundo del fútbol universitario, pero había sido un gran corredor. Y, lo que era más importante, le sobraba talento. La NFL era cosa segura para alguien como él. Había sido finalista del premio Heisman el último año, el único defensa entre *quarterbacks*. Era capaz de correr saltando por encima, rodeando o simplemente pasando por encima de cualquiera. Podía bloquear y atrapar con suavidad el balón que llegaba del fondo del campo. Casi siempre, además, conseguía que el primero fallara con instintivo movimiento lateral: un infrecuente talento que los gurús de la NFL acogían con entusiasmo. Y si necesitaba el turbo lo activaba y a correr. Lo único que quedaba por hacer era entregar el balón al árbitro después de marcar y dejar que el entrenador le palmeara el trasero.

Su marca oficial en la carrera de las cuarenta yardas era de 4,31 segundos. Veinte años antes esa era una velocidad considerable incluso para un receptor, ya no digamos para un monstruo con los hombros tan anchos como el horizonte que se desvivía por abrirse paso entre los defensores. Incluso en la actualidad seguía considerándose un empuje excepcional.

Un don de Dios. Lo tenía todo. Un monstruo de la naturaleza, lo llamaban.

Se le dibujó una sonrisa en la cara sudada.

Sí, cosa segura. Segura y con una buena paga. Eso había sido mucho antes de que se impusieran las restricciones salariales a los novatos. Podría haber ganado un dineral desde el primer día, millones y millones, y haber tenido una mansión, coches, mujeres, respeto.

Estaba garantizado que sería una figura importante, lo decían todos. Seguramente

uno de los cinco mejores jugadores. Probablemente, habría superado a varios de los *quarterbacks* contra los que había competido para el Heisman. Se rumoreaba que a los New York Giants, que habían tenido un par de años desastrosos, y a los Tampa Bay Bucs, que habían tenido muchos años desastrosos, ambos con una plantilla escogida, les habría encantado contratarlo y abrir el banco de sus ricos propietarios para conseguirlo. Diablos, incluso podría haber levantado un trofeo de la Super Bowl algún día. Todo estaba a su favor. Había trabajado como un burro para conseguir todo aquello. Nadie le había regalado nada. Los obstáculos habían sido enormes, pero los había superado todos.

Y entonces el jurado había dicho: «Encontramos al acusado culpable...», y a nadie del mundo del fútbol profesional le había importado ya un comino los 4,31 de Mars, Melvin.

El jumbo se había estrellado.

No había supervivientes.

Y dentro de unos minutos no quedaría nada de él. Lo enterrarían en una fosa común porque no le quedaba nadie para enterrarlo como era debido.

Al cabo de dos meses habría cumplido cuarenta y dos años. El de los cuarenta y uno había sido su último cumpleaños, por lo visto.

Volvió a consultar la hora. El tiempo se había terminado. Su reloj de pulsera se lo indicaba, al igual que el sonido de los pasos que se acercaban por el pasillo.

Hacía mucho que se había hecho a la idea. Moriría como un hombre, con la espalda erguida y la cabeza bien alta.

De repente se le hizo un nudo en la garganta y se le humedecieron los ojos. Trató de respirar con normalidad, de no desmoronarse. Había llegado el momento. Echó un vistazo a su alrededor y vio las paredes de su celda del corredor de la muerte de la Unidad Polunsky.

«Hasta la vista, Sue, guapa. Adiós, Johnny. Buena suerte, Ben. Cuídate, Reed.»

Se levantó y apoyó la espalda en la pared, tal vez para enderezar la columna.

«Será como dormirse, tío. Solo que no volverás a despertar. Como dormirse.»

La puerta de la celda se abrió y vio a los hombres de pie al otro lado. Tres iban con traje y cuatro de uniforme. Los trajeados parecían aterrorizados, los de uniforme, cabreados.

Mars lo notó y notó también que no había ningún clérigo con la Biblia.

Algo no encajaba.

Un hombre de gafas delgadas a juego con su flaca persona entró en la celda con cautela, como si temiera que la puerta se cerrara, encerrándolo dentro para siempre.

Mars lo entendía perfectamente.

Por su expresión recelosa, parecía que los otros trajeados supieran que allí dentro había una bomba, en alguna parte, pero que no tuvieran ni idea de cuándo iba a estallar.

Gafas Delgadas carraspeó. Miró el suelo y luego la pared, el techo, la única luz

cenital, lo miró todo menos a Mars. Era como si el sudoroso mulato que estaba a un metro y medio de él fuera invisible.

Volvió a carraspear. A Mars le sonó como si toda la porquería se precipitara en la alcantarilla más grande del mundo.

—Se ha producido un acontecimiento inesperado en su caso —dijo, otra vez mirando al suelo, Gafas Delgadas—. Su ejecución ha sido anulada.

Mars, Melvin no respondió nada.

Seguía llevando el mono blanco con la advertencia en la espalda, pero faltaba algo. Lo habían llevado desde su celda hasta aquella habitación sin ponerle los grilletes, por primera vez desde su entrada en prisión. Aunque había media docena de guardias en fila junto a la pared, por si se ponía rebelde.

Había cuatro hombres sentados frente a él. No conocía a ninguno. Todos eran blancos y todos vestían traje holgado. El más joven era aproximadamente de su misma edad. Tenían pinta de querer estar en cualquier sitio menos allí.

Miraban fijamente a Mars y él los miraba a ellos con la misma firmeza.

No pensaba decir nada. Ellos lo habían traído a la fiesta. Tendrían que ser ellos quienes pusieran la música.

El del centro le acercó unos documentos.

—Seguro que se pregunta qué está pasando, señor Mars.

Mars inclinó levemente la cabeza pero siguió en silencio. No había oído a un blanco llamarlo «señor» desde... Dios, no recordaba que jamás un blanco lo hubiera llamado así. En la NFL lo llamaban Cabronazo. En la cárcel lo llamaban como les daba la gana.

—El hecho es que otra persona ha confesado que cometió los asesinatos por los que lo condenaron a usted —prosiguió el otro.

Mars parpadeó un par de veces y se irguió en el asiento. Puso las manazas que habían convertido a muchos *quarterbarcks* en un blanco fácil sobre la mesa.

—¿Quién? —Su voz le sonó extraña, como si fuera otro quien hablara en su nombre.

El otro miró a otro de sus colegas, mayor y con más autocontrol que el resto. Aquel hombre le hizo un gesto de asentimiento al más joven.

—Se llama Charles Montgomery —dijo el primero.

—¿Dónde está?

—En la prisión estatal de Alabama. Está esperando su ejecución por otros crímenes sin relación con estos.

—¿Cree que lo hizo? —preguntó Mars.

—Lo estamos investigando.

—¿Qué sabe él de los crímenes?

El del traje miró otra vez al mayor. Esta vez el colega parecía indeciso.

Mars lo notó y se volvió hacia él.

—¿Por qué si no habrían detenido mi ejecución? ¿Solamente porque algún tipo de Alabama ha dicho que lo hizo? No lo creo. Tiene que saber algo. Algo que solo el verdadero asesino puede saber.

El de más edad asintió como si viera a Mars de un modo distinto, más favorable.

—Sabe algo. Cosas que solo el asesino podría saber, tiene usted toda la razón.

—Vale, eso tiene sentido —dijo Mars, inspirando profundamente. A pesar de lo

que decía, no acababa de asimilar lo que le estaban contando.

—¿Conoce al señor Montgomery? —le preguntó el primer hombre.

Mars se volvió de nuevo hacia él.

—Nunca había oído hablar de él hasta que me lo ha nombrado. ¿Por qué?

—Intento comprobar algunos hechos, solo eso.

Mars volvió a asentir. Sabía exactamente a qué «hecho» se refería. ¿Había contratado Mars a Montgomery para que matara a sus padres?

—No lo conozco —dijo, rotundamente. Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Y ahora qué?

—Seguiré en prisión hasta que podamos... verificar unas cuantas cosas.

—¿Y si no pueden verificarlas?

—Ha sido condenado por asesinato, señor Mars —terció el más viejo—. Su condena se ha mantenido a pesar de las apelaciones presentadas a lo largo de muchos años. Estaba previsto ejecutarlo esta noche. Todo eso no puede revertirse en unas cuantas horas. Hay que dar al proceso la oportunidad de funcionar.

—¿Y cuánto tiempo va a tardar el proceso en obrar su magia?

El otro cabeceó.

—No puedo darle un calendario fidedigno ahora mismo. Ojalá pudiera, pero es imposible. Lo que puedo decirle es que hemos mandado gente a Alabama para entrevistarse con el señor Montgomery más a fondo. Y aquí, en Texas, las autoridades han reabierto la investigación. Estamos haciendo todo lo posible para que se haga justicia, se lo aseguro.

—Bueno, si él dijo que mató a mis padres y yo sigo en la cárcel esperando la muerte diría que no se está haciendo justicia.

—Debe tener paciencia, señor Mars.

—Bueno, llevo veinte años siendo paciente.

—Entonces un poco más de tiempo no será para usted ninguna molestia.

—¿Lo sabe mi abogada?

—Ha sido debidamente informada y viene de camino mientras mantenemos esta conversación.

—Tiene que participar en esta investigación.

—Lo hará. Queremos completa transparencia. Ni más ni menos. Se lo repito, nuestro objetivo es la verdad.

—Tengo casi cuarenta y dos años. ¿Qué hay de todos esos años de mi vida? ¿Quién pagará por ellos?

—Debemos ocuparnos de cada cosa a su tiempo, con profesionalidad —repuso el tipo, con el rostro pétreo y en un tono menos cordial—. Así tiene que ser.

Mars apartó la cara y parpadeó rápidamente. Si aquellos tipos hubieran estado en su piel, dudaba que se lo hubieran tomado con tanta tranquilidad y profesionalidad. Habrían gritado y amenazado con demandar a cualquiera remotamente implicado en todo aquello. Él, en cambio, tenía que ocuparse de cada cosa a su tiempo. Tenía que

ser paciente. No sería ninguna molestia.

«¡A la mierda todos!»

Quería volver a su celda, el único sitio donde se sentía realmente seguro. Se levantó.

Los otros parecieron sorprendidos.

—Háganmelo saber cuando lo hayan aclarado todo, ¿vale? —les dijo—. Ya saben dónde encontrarme.

—En realidad tenemos algunas preguntas más que hacerle, señor Mars —dijo el primero.

—Hágamelas llegar por medio de mi abogada. Se acabó la charla. La pelota está en su campo. Lo saben todo de mí y del caso contra mí. Lo que necesitan ahora es hacerle lo mismo a ese tal Montgomery. Si mató a mis padres, quiero salir de aquí. Cuanto antes mejor.

Los guardias lo devolvieron a la celda. Esa misma mañana, más tarde, lo trasladaron de nuevo en un furgón de la cárcel al corredor de la muerte de la Unidad Polunsky.

—¿Crees que vas a salir de aquí, chico? —le susurró uno de los guardias mientras lo escoltaban hasta su antigua celda—. Yo no lo creo. Da igual lo que digan los trajeados. Eres un asesino, Jumbo, y vas a morir por tus crímenes.

Mars siguió andando. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar al tipo, un pelirrojo con una prominente nuez de Adán. Era el que siempre le propinaba un golpe fuerte con la porra en la espalda, sin ningún motivo. También le escupía en la cara cuando nadie miraba. Pero si Mars le daba un puñetazo iba a pudrirse allí dentro para siempre, independientemente de lo que pasara con el tal Montgomery en Alabama.

La puerta de la celda se cerró con un chasquido metálico y Mars, con las rodillas extrañamente flojas, más que sentarse se cayó en el catre.

Inmediatamente se incorporó y por costumbre apoyó la espalda en la pared de cemento, de cara a la puerta. Nadie podía atacarlo a través del cemento. La puerta era harina de otro costal.

Repasó mentalmente todo lo sucedido durante las últimas diez horas.

Iban a ejecutarlo. Estaba preparado para eso, todo lo posible al menos.

Y luego se había suspendido la ejecución. Sin embargo, si aquel tipo de Alabama no los convencía, ¿seguirían adelante con su ejecución? La respuesta a esa pregunta era, bien lo sabía él, que sí.

«No os metáis con Texas.»

Cerró los ojos. No estaba seguro de cómo debería haberse sentido. ¿Feliz, nervioso, aliviado, ansioso?

Bueno, sentía todas esas emociones a la vez. Sobre todo, sentía que de algún modo, por algún motivo, no iba a salir nunca de allí. Independientemente de lo que la «investigación» demostrara.

No era fatalista. Era realista.

Empezó a entonar una canción en voz muy baja, para que los guardias no lo oyeran. Dadas las circunstancias, quizás era una estupidez, pero le gustaba.

«Oh, when the saints, oh when the saints, oh when the saints go marching in, oh Lord I want to be in that number, when the saints go marching in.»

3

El último día del año, Amos Decker estaba al volante de su coche de alquiler, haciendo cola en un Burger King próximo a la frontera entre Ohio y Pennsylvania, decidiendo qué pedir.

Casi todo cuanto poseía estaba en el asiento trasero o en el maletero de aquel coche. Seguía teniendo unas cuantas cosas en un trastero de Burlington. No podía abandonarlas, pero tampoco tenía sitio para llevárselas.

Era un hombre alto, llegaba casi a los dos metros, y pesaba entre 130 y 180 kilos dependiendo de lo mucho que comiera. Había sido jugador de fútbol americano de la liga universitaria con un periodo truncado en la NFL a causa de un mal golpe que le había cambiado el cerebro dándole memoria fotográfica. El nombre técnico era hipertimesia.

Parecía algo guay.

No lo era.

Sin embargo, eso no había sido nada en comparación con entrar en su casa una noche y encontrarse con que su mujer, su cuñado y su hija habían sido brutalmente asesinados. Aquel asesino ya no estaba entre los vivos. Decker se había encargado de ello. La conclusión de aquel caso lo había llevado a mudarse de Burlington, Ohio, a Virginia, para aceptar un trabajo único en el FBI.

Todavía no sabía cómo sentirse. Así que pidió dos Whoppers, dos de patatas grandes y una Coca-Cola tan grande que incluso con sus manazas le costó cogerla. Cuando tenía ansiedad, comía.

Cuando estaba realmente ansioso era un triturador de basura.

Ocupó una plaza en el aparcamiento para devorar la comida. La sal de las patatas se le pegaba a los dedos y le caía en el regazo. Fuera caía una ligera nevada. Había empezado el viaje tarde y estaba cansado, así que no seguiría hasta su destino esa noche. Alquilaría una habitación en un motel de Keystone y conduciría hasta allí al día siguiente.

El agente especial Ross Bogart, para el que trabajaría en el FBI, le había dicho que cubrirían todos los gastos de viaje, hasta un límite razonable. De hecho le había ofrecido ir en avión a Virginia, pero Decker había declinado la oferta. Quería conducir. Quería tiempo para estar solo. Trabajaría en el FBI con una mujer a la que había conocido en Burlington, una periodista llamada Alexandra Jamison, que había demostrado su valía durante la investigación del asesinato de su familia y de quien Bogart quería que formara también parte de aquel equipo tan inusual.

Bogart le había expuesto con detalle la idea que tenía de aquel equipo cuando habían vuelto los dos a Burlington. Trabajaría al margen del cuartel del FBI en Quantico, para reabrir y, eso esperaba al menos, cerrar casos sin resolver hasta el momento, y estaría formado tanto por agentes del FBI como por civiles que poseyeran algún don especial.

«A lo mejor seremos un equipo de inadaptados.»

Todavía no sabía cómo se sentía por el hecho de trasladarse a la Costa Este y, básicamente, empezar de nuevo. Pero no le quedaba nada en Burlington, así que, ¿por qué no? Eso pensaba una semana antes, al menos. Ahora no tenía tanta confianza.

Habían llegado las fiestas navideñas y habían pasado. Era Nochevieja. La gente saldría de fiesta para celebrar la llegada del nuevo año. Decker no. No tenía nada que celebrar, a pesar del nuevo trabajo y la nueva vida. Había perdido a su familia. Nada podía reemplazarla, así que nunca tendría nada que celebrar.

Tiró la basura en un contenedor del aparcamiento, volvió al coche y se puso en marcha. Puso la radio. Sintonizó la emisora local, la NPR. Empezaban las noticias. La principal tenía que ver con un recluso del corredor de la muerte al que habían perdonado la vida, de un modo muy melodramático, en el último instante.

Había sido un regalo de Navidad en el último segundo, dijo el locutor.

El recluso se llamaba Melvin Mars y había pasado más de veinte años en la cárcel por el asesinato de sus padres. Todas sus apelaciones habían sido rechazadas y el estado de Texas estaba listo para quitarle la vida como castigo por los crímenes cometidos.

Sin embargo, habían aparecido nuevas pruebas, prosiguió el locutor.

Un recluso de Alabama había confesado los asesinatos y ofrecido detalles que solo podía saber el verdadero asesino. Mars, un antiguo jugador de fútbol americano, finalista del premio Heisman, de quien se esperaba que fuera uno de los mejores de la NFL, seguía entre rejas a la espera de los resultados de la investigación abierta. Si dicha investigación confirmaba la confesión, siguió explicando el locutor, Melvin Mars sería puesto en libertad después de pasar dos décadas entre rejas. Su sueño de estar en la NFL se había terminado, por supuesto, pero tal vez se hiciera finalmente justicia, si bien un poco tarde.

«Maldita sea —pensó Decker, apagando la radio—. Un poco de justicia para Melvin Mars.»

Luego empezó a recordar. Los recuerdos se sucedían en perfecto orden cronológico, aunque Decker no necesitaba su hipertimesia para recuperar aquel.

Melvin Mars era un defensa estrella de la Universidad de Texas. La última semana de la temporada, los Longhorns habían jugado contra su equipo, los Buckeyes de Ohio, un partido televisado para toda la nación. Decker jugaba como defensa. Era alto para ocupar esa posición y un buen jugador, pero no magnífico. Tenía la corpulencia, la fuerza y la resistencia, pero carecía de la velocidad y la constitución atlética de los jugadores verdaderamente sobresalientes.

Mars había convertido su vida y la de los Buckeyes en miserable aquella tarde. Texas había acabado venciendo por cinco *touchdowns* y acabando con cualquier posibilidad de que Ohio ganara el campeonato nacional.

El propio Mars había marcado cuatro veces. Tres a la carrera y una después de una estupenda recepción del balón en la línea de las treinta y cinco yardas de los

Buckeyes. Decker recordaba muy bien esta última jugada. Él había estado marcando a Mars durante el partido cuando salió al campo.

Decker le había dado con todo en cuanto había atrapado el balón, pero Mars se las había arreglado no sabía cómo para no caerse, esquivando al *cornerback* y luego a un defensa antes de arrollar a otro que entró cerca de la línea de gol mientras Decker yacía en el campo treinta yardas atrás.

Por lo visto Mars lo había dado todo ese día por quinta vez. Cuando después los entrenadores pusieron la filmación, en realidad había sido por décima vez.

Decker se había ido al banquillo después de aquello. Los Longhorns iban ganando por veintiocho puntos cuando quedaban menos de seis minutos de partido.

Sumarían otro punto al recuperar el balón después de una intercepción. Fue otra vez Mars quien placó al defensa central de los Buckeyes, un muro de granito llamado Eddie Keys que después jugó doce años con los Fory-Niners, con tanta fuerza que el hombre salió volando hasta el final del campo mientras Mars anotaba el último tanto del día.

Melvin Mars.

Decker había pensado que el tipo sería también un ganador seguro para la NFL. Por esa época hubo mucho revuelo por el arresto de Mars, pero Decker trabajaba duro para lanzarse a las Grandes Ligas y la detención y la condena de Melvin Mars acabaron siendo cosa del pasado.

Dos décadas en la cárcel. Por un crimen que era posible que no hubiera cometido.

Otro hombre había confesado. Conocía detalles que sólo el verdadero asesino podía conocer.

Aquello tenía tanto en común con el asesinato de la familia de Decker que ni siquiera su mente única era capaz de lidiar con las posibilidades que planteaba.

Atravesó Pensylvania y luego condujo hacia el sur por Maryland y más al sur todavía por Virginia. No paró para dormir. Tenía la mente alerta y despierta y pensando.

Pensaba en Melvin Mars.

Un nombre del pasado.

Decker no creía en el destino, ni siquiera en su prima la casualidad.

Sin embargo, por algún motivo había puesto la radio precisamente en ese momento. Si hubiera tardado un par de minutos más en comer o si hubiera hecho una parada para ir al baño no habría escuchado la noticia.

Pero la había escuchado.

¿Qué significaba aquello, por tanto?

No estaba seguro. Tampoco estaba seguro de si el nombre de Melvin Mars volvería a abandonarlo.

Al cabo de unas horas llegó a la dirección que le habían dado. Era la Base de Quantico, una de las bases navales estadounidenses más grandes del mundo, que albergaba asimismo varios organismos federales relacionados con la defensa de la

ley.

Las instalaciones estaban rodeadas por vallas altas con una garita donde hombres de uniforme serios montaban guardia con armas automáticas.

Amos Decker se dirigió hacia la puerta, bajó la ventanilla, inspiró profundamente y se preparó para empezar su nueva vida.

Tres habitaciones.

Un dormitorio del tamaño de una celda carcelaria. Un baño que no llegaba a la cuarta parte de eso y una tercera habitación para todo lo demás, incluida la cocina.

Amos Decker llevaba el último año y medio acostumbrado a disponer de mucho menos espacio.

Dejó las maletas y echó un vistazo a su nuevo hogar. Tendría que haber dormido un poco, pero no estaba cansado.

A veces era capaz de dormir un día entero y, otras, como en esa ocasión, su mente no le permitía descansar. Tenía el cerebro a tope.

Encima de una mesa pequeña, enfrente de la cocina, había un ordenador portátil con una nota pegada. Era una nota del agente Bogart. El portátil era para él. Disponía de wifi seguro. Bogart se pasaría por allí más tarde.

Miró la hora. Eran las cinco de la mañana. Seguramente Bogart esperaba que hiciera una parada y había previsto que llegaría más tarde, por la tarde o por la noche.

Se preparó una taza de café solo con un terrón de azúcar y lo llevó a la mesa. Se sentó y abrió el ordenador. Se conectó a la red y buscó el nombre de Melvin Mars.

Había bastantes artículos de los últimos días acerca de él. Los leyó todos y su memoria fotográfica los registró.

Sin embargo, quería saber más acerca del pasado de aquel hombre. Al cabo de poco lo encontró.

Melvin Mars había estado en la cúspide de la selección que hacía la NFL todos los años en abril. Se esperaba que llegara a ser uno de los cinco mejores jugadores cuando lo arrestaron y lo acusaron de los asesinatos de sus padres, Roy y Lucinda Mars.

Decker miró las fotografías granuladas de ambos en la pantalla. Roy era blanco, de rasgos enérgicos; a pesar de lo borrosa que era la foto se notaba que tenía la mirada penetrante. Lucinda era negra y notablemente guapa, con una abundante melena hasta los hombros. Tenía la cara fruncida en una sonrisa contagiosa.

«Como el día y la noche, al menos en apariencia. Interesante.»

Tomó un sorbo de café y siguió mirando la pantalla.

Los asesinatos habían tenido lugar el día 2 de abril. Habían encontrado los cadáveres en el dormitorio del piso de arriba. Les habían disparado a ambos, les habían destrozado la cara y luego quemado los cuerpos. La casa estaba bastante apartada de la carretera. Vivían en una zona rural de Texas. No había nadie cerca que pudiera oírlos morir.

Quienes hallaron los cadáveres fueron los bomberos que respondieron a una llamada al servicio de emergencias. El incendio fue sofocado y la casa pasó a ser la escena del crimen.

La gente de por allí conocía a los Mars. Bueno, conocían a Melvin por su talento

en el campo de fútbol. Había sido una leyenda como jugador en el instituto y continuado teniendo esa fama en la universidad como integrante del equipo de los Longhorn.

¿Dónde estaba Melvin cuando sus padres murieron?

Se había graduado el semestre anterior, porque había ido a una escuela de verano durante los últimos tres años para graduarse antes. Tenía planes para su vida, se decía entonces. Y con la selección acercándose, no quería tener obligaciones académicas. Era previsor, decían. No se correspondía con la imagen que tienen algunos de un jugador de fútbol, capaz de pasar por encima de otros pero incapaz de mantener una conversación. Se decía que no tenía agente porque iba a negociar por su cuenta el contrato con el equipo de la NFL. Había recabado información hablando con jugadores y exjugadores.

Así que, una vez más, ¿dónde estaba Melvin?

La policía lo encontró solo en un motel, durmiendo. Había pagado con tarjeta de crédito. Por eso lo habían localizado.

Les había dado una explicación relativamente sencilla. Había ido a visitar a una amiga. Se había marchado de casa de esa amiga con intención de volver a casa en coche. Había tenido una avería, sin embargo, y había parado a pasar la noche en el único motel de aquella carretera. No se había enterado del asesinato de sus padres hasta que los policías habían llamado a su puerta.

Eso había sido antes de que todo el mundo tuviera teléfono móvil y una dirección de correo electrónico, o una página en Facebook o una cuenta en Twitter. Podías estar en paradero desconocido sin que hubiera modo de ponerse en contacto contigo, algo impensable en la actualidad.

Mars no había sido sospechoso de entrada. Había estado de retiro a pesar de la recompensa ofrecida por cualquier información acerca de los crímenes. Pasó cierto tiempo mientras la policía investigaba.

Decker se centró en un artículo que detallaba cómo había pasado Mars a ser sospechoso.

La amiga a la que había visitado recordó que Mars se había marchado más temprano de lo que le había dicho él a la policía. El motel estaba a menos de una hora de su casa, así que, ¿por qué no había seguido al volante hasta llegar allí esa misma noche? Nuevamente, Mars dijo que el coche se le había averiado y había parado en el motel. Tenía intención de llamar a su padre a la mañana siguiente para que saliera y le echara un vistazo al coche.

El único problema fue que cuando la policía le pidió que intentara poner en marcha el coche, el motor cobró vida a la primera. No supo explicarlo. Lo único que se le ocurrió fue decir que el motor se había puesto a petardear y que se había parado justo cuando llegaba al motel. Dijo que, de hecho, lo había empujado hasta el aparcamiento. Otro hecho inquietante era que habían visto un coche parecido al suyo más tarde aquella noche cerca de la casa de sus padres.

El encargado del motel contó a la policía que Mars se había registrado a la una y cuarto de la madrugada. Según la amiga, Mars se había marchado de su casa a las diez. Desde allí había solo una hora y cuarenta minutos en coche hasta casa de él. Le había dado tiempo a llegar a casa, matar a sus padres y regresar para registrarse en el motel.

El encargado testificó que Mars parecía trastornado. También dijo que llevaba la ropa sucia de algo. Describió las prendas y no eran las mismas que llevaba cuando llegó la policía. Se conjeturó que Mars había tirado la ropa ensangrentada en algún sitio y se había puesto ropa limpia en el motel.

Otro punto problemático: la escopeta era de Mars. La usaba para cazar y de hecho había cazado con ella perdices y pavos. Por eso el arma tenía sus huellas dactilares.

Además, la gasolina usada para quemar los cadáveres de los Mars procedía de su garaje. Por suerte la casa no había ardiendo hasta los cimientos. Los únicos desperfectos causados por el fuego estaban en el dormitorio donde los habían encontrado.

Por último, habían encontrado sangre de Lucinda Mars en el coche. Era una prueba forense condenadamente sólida.

Decker se levantó para servirse otra taza de café. Fuera clareaba. Ni se fijó. Se sentó otra vez y siguió leyendo.

¿Qué motivo podía tener Mars para matar a sus padres?

Cuando lo arrestaron y lo acusaron de asesinato, la policía dio a conocer su teoría. Con la selección de la NFL a las puertas y Mars esperando firmar un contrato fabuloso, había sido esencialmente por dinero. Los padres querían más del que él estaba dispuesto a compartir. Discutieron. Mars se sentía agobiado. No quería mala publicidad. Cuidaba su imagen porque esperaba conseguir tratos muy lucrativos al margen del contrato futbolístico. Tenía su vida perfectamente planeada. Sus padres eran un impedimento, al menos según la acusación.

Así que, para librarse del problema, planeó y ejecutó los asesinatos. Visitó a la amiga para tener una coartada, volvió a casa, los mató y deshizo el camino hasta el motel. Sin embargo, como muchos asesinos, pasó por alto pequeños detalles. No obstante, la cronología fue lo que dio al traste con todo. Da igual lo mucho que planees las cosas, si estabas en un lugar matando a alguien y dices que estabas en otra parte durmiendo, la secuencia temporal acaba siempre por hacer aguas. Siempre hay fisuras, por pequeñas que sean. Si la policía se centra en ellas y empieza a indagar, esas fisuras se ensanchan y todo se derrumba.

Por lo visto, eso le había pasado a Melvin Mars.

La acusación tenía el motivo y la oportunidad. Además, había sido el arma de Mars, el medio necesario para cometer el crimen, lo definitivo. Por tanto, tenía los tres elementos esenciales para demostrar su culpabilidad. Y se disponía a demostrarla de manera convincente, más allá de toda duda razonable.

Testigo tras testigo se presentó ante el jurado para testificar. El mosaico iba tomando forma. El fiscal, un graduado de Tennessee poco aficionado a los jugadores

de fútbol de Texas, por lo visto, hizo un trabajo cojonudo encajando las pruebas.

La defensa intentó desmentir sus argumentos, pero no lo logró del todo, y cuando Mars no subió al estrado la defensa puso punto final.

El jurado se ausentó apenas el tiempo suficiente para que sus integrantes fueran al baño antes de volver con un veredicto de culpabilidad.

Mars había tenido un juicio justo. Las pruebas eran evidentes.

Roy y Lucinda Mars habían sido asesinados por su único hijo, Melvin.

Se le había impuesto la pena de muerte. Su carrera en la NFL se había terminado antes de empezar siquiera. El resto de su vida también.

Fin del asunto.

Habían programado su ejecución y entonces otro había confesado el crimen.

«Charles Montgomery.»

Decker estudió la foto de Montgomery en la pantalla del ordenador.

Blanco, de unos setenta años. Musculoso, fuerte y malcarado. Veterano del Ejército con innumerables antecedentes delictivos. Había pasado de los delitos menores a los mayores y de estos a los más atroces. Estaba en la cárcel de Alabama esperando su ejecución por varios asesinatos más que había cometido hacía años.

Así que, si Montgomery decía la verdad, ¿cómo había podido torcerse tanto el caso de Melvin Mars?

Según los artículos, la policía había ocultado todos esos años detalles del crimen por simple cuestión de procedimiento. Montgomery, por lo visto, estaba al tanto de algunos. Pero ¿por qué delatarse? ¿Porque ya estaba en la cárcel? ¿Porque le remordía la conciencia? ¿Porque iba a morir de todos modos? En opinión de Decker, que tenía muchísima experiencia con delincuentes habituales, Montgomery no parecía de los que tienen remordimientos. Parecía el asesino que era en realidad.

Apuró el café y volvió a sentarse.

Llamaron a la puerta. Consultó la hora. Eran las siete y media.

Abrió.

Era el agente especial Bogart. Llevaba una gabardina larga. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta; alto y en forma, tenía el pelo oscuro atractivamente canoso. Daba la sensación de tranquila autoridad que se adquiere dando órdenes a los demás en asuntos difíciles. No tenía hijos, se había separado de su mujer y tramitaba el divorcio.

Detrás de él estaba Alex Jamison, una mujer alta y guapa de pelo castaño y ojos expresivos que se le iluminaron en cuanto vio a Decker. Llevaba una bolsa llena de comida.

—¡Sorpresa! ¡Feliz Año Nuevo! —lo saludó, exultante.

—Me han dicho que habías llegado antes. Bienvenido al FBI —le dijo Bogart, sonriente.

—Tengo un caso que quiero investigar —dijo Amos.

Decker masticaba su bocadillo de beicon, huevo y queso. Entretanto, Jamison y Bogart leían los artículos sobre Melvin en el portátil.

Por fin Bogart lo miró.

—Fascinante, pero no está en nuestra jurisdicción, Amos.

Decker terminó de comer, tomó un último sorbo de café, enrolló el envoltorio y lo lanzó al cubo de basura que había junto a la barra de la cocina americana. El tiro habría valido tres puntos.

—Entonces ¿cuál es exactamente nuestra jurisdicción?

En lugar de responderle, Bogart se sacó una carpeta de la gabardina y se la entregó.

—Ya le he dado la suya a Alex. Estos son los casos que estamos valorando. Léetelos. Hablaremos de ellos después, en la reunión.

—Ahora estamos aquí. Estamos reunidos.

—Hay dos personas más en el equipo —dijo Bogart.

—He conocido a una, Amos, y te va a gustar —terció Jamison.

Decker seguía mirando a Bogart.

—¿Conocías a Melvin Mars? —le preguntó el agente especial.

—Jugué contra él en la universidad. Lo único que recuerdo haberle dicho fue: «Hijo de puta, ¿cómo has podido hacer eso?»

—¿Tan bueno era?

—Era el mejor que he visto nunca.

—Bueno, podría salir de la cárcel. Estaría bien —comentó Jamison.

—Si es inocente —la corrigió Decker.

—Bueno, sí, claro.

—Dudo que lo liberen a menos que estén completamente seguros —señaló Bogart.

Amos indicó el portátil.

—¿Sabéis que salen anualmente cientos de personas de prisión porque se descubre su inocencia? —dijo.

—Un pequeño porcentaje, teniendo en cuenta el número de reclusos —repuso Bogart, que parecía un poco impaciente.

—Se estima que entre el dos y medio y el cinco por ciento de todos los reclusos de Estados Unidos son inocentes —dijo Amos—. Eso son más de veinte mil personas. Hasta 1985 no se empezó a usar la prueba de ADN en los juicios. Desde entonces, trescientos treinta prisioneros han sido exculpados por el ADN. Sin embargo, esa prueba solo se puede hacer en el siete por ciento de los casos. Y en el veinticinco por ciento de los casos en que se ha usado, el FBI ha podido excluir al sospechoso, de modo que el porcentaje de reclusos inocentes tiene que ser mayor, puede que mucho mayor.

—Ya veo que has estudiado el tema —comentó con sequedad Bogart.

Hubo un largo silencio.

—Decker —dijo por fin el agente especial—. No es exactamente a eso a lo que nos dedicamos. Investigamos casos sin resolver para intentar encontrar al asesino.

—¿Y si Mars no es el asesino?

—Pues entonces lo es Montgomery.

—¿Y si Montgomery tampoco lo es?

—¿Por qué iba a confesar un hombre un...? —Bogart calló, un poco avergonzado—. Vale, ya que eso fue exactamente lo que ocurrió en tu caso, te entiendo. Pero aun así...

—¿Podemos por lo menos valorar su inclusión con el equipo? —preguntó Amos.

Bogart lo meditó un momento.

—Mi plan era permitir que el equipo estudie varios posibles casos y que luego vote por cuáles empezar —dijo luego—. Soy flexible en ese aspecto.

—¿Y podemos abogar a favor de determinados casos? —preguntó Jamison.

—No veo por qué no —dijo Bogart—. Me gusta tanto la democracia como a cualquiera —añadió, con una sonrisa.

—Yo creo que deberíamos aceptar este caso —insistió Decker con tozudez.

—Y podemos presionar a los demás para que lo acepten —se apresuró a añadir Jamison—, tal como ha dicho el agente Bogart.

Decker miraba fijamente el ordenador. Bogart y Jamison lo observaban a él.

Sabían que era cabezota e inflexible cuando se empeñaba en algo. También sabían que no podía evitarlo. Él era así.

—Como has llegado antes, he cambiado la hora de la reunión. Será esta tarde en lugar de mañana. —Echó un vistazo a la ropa arrugada y el pelo revuelto de Amos—. Te dejaremos tiempo para asearte y luego te recogeremos. Iremos en coche. No está lejos.

Decker se miró la ropa desaliñada. Iba a decir algo, pero asintió en silencio y volvió a mirar el portátil.

Bogart se levantó, pero Jamison siguió sentada.

—Yo me quedo hasta que vuelvas —dijo, respondiendo a la mirada inquisitiva del agente.

Bogart se limitó a asentir.

—Amos —dijo luego—, me alegro de tenerte a bordo.

El otro siguió con los ojos fijos en la pantalla.

Bogart se marchó.

Jamison miró a Amos.

—Muchos cambios en poco tiempo —comentó.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué te fascina realmente el caso de Mars? —le preguntó ella—. ¿Porque jugaste al fútbol contra él?

—No me gustan los que salen de repente a confesar un crimen.

—Como sucedió en el caso de tu familia...

Decker cerró el portátil y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Háblame de los otros miembros del equipo.

—Solo he conocido a Lisa Davenport. Es psicóloga clínica, de Chicago. Tiene treinta y muchos y es muy amable. Muy profesional.

—¿Cómo funciona esto? —le preguntó él.

—Como ha dicho Bogart, elegimos por votación los casos de los que nos encargamos.

—Pero alguien tiene que juntar los casos que vamos a votar, así que tiene que haber alguien que los preselecciona.

—Bueno, es verdad. —Indicó su carpeta—. Ahí dentro hay un material fascinante. Pero puedes añadir el caso de Mars. Bogart lo ha dicho.

—No exactamente. Lo que ha dicho es que el caso no pertenece a su jurisdicción. Ha dicho que podemos influir en los demás para que lo acepten, pero si no gano la votación, no lo aceptaremos. —La miró—. ¿Tengo tu voto?

—Por supuesto, Amos.

Él dejó de mirarla.

—Te lo agradezco.

Jamison se sorprendió. Decker no solía agradecer esa clase de cosas.

—¿Quieres asearte? —le preguntó diplomáticamente—. Has hecho un viaje largo y por lo que parece de un tirón.

—Así es. Y sí, debería asearme un poco, pero no tengo mucha ropa.

—Podemos ir de compras, si quieres, antes de la reunión.

—Quizá después.

—Cuando sea, Amos. Quiero ayudarte.

—No tienes por qué ser tan amable conmigo.

Jamison sabía que, a diferencia de otras personas, Decker lo decía en sentido literal.

—Supongo que ha habido grandes cambios en la vida de ambos y necesitamos mantenernos unidos. Es posible que más adelante haya un caso del que yo quiera que nos encarguemos y que necesite tu apoyo, ¿vale?

Decker la miró pensativo y asintió.

—Eres más complicada de lo que pareces.

—Eso espero —dijo ella, con un atisbo de sonrisa.

6

—¿Cómo voy a recuperar veinte años de mi vida? ¿Quieres decírmelo? ¡Cómo!

Melvin Mars estaba sentado delante de su abogada, en la sala de visitas de la cárcel.

Mary Oliver, de unos treinta y cinco años, con el pelo corto castaño rojizo y gafas de montura cuadrada, tenía los ojos verdes de mirada viva y una bonita cara angulosa llena de pecas.

—No puedes, Melvin —le dijo—. Nadie puede. Sin embargo, todavía no han confirmado lo que cuenta Montgomery, así que no adelantemos acontecimientos.

—No conozco a ese tipo. Nunca lo he visto. Ni siquiera sabía que existía hasta que vinieron a decírmelo. Así que no pueden decir que le pagué para que matara a mis padres. Y si no pueden demostrar eso, me soltarán, ¿no?

Oliver movió los papeles que tenía ante sí.

—Mira, no es tan sencillo. Tenemos que dejar que el proceso siga su curso, ¿de acuerdo?

Mars se levantó y dio una palmada en la pared de detrás, lo que le valió una mirada de reprobación del corpulento guardia que permanecía en el centro de la habitación. Estaba lo bastante lejos para no oír su conversación si hablaban a un volumen normal, pero lo bastante cerca para intervenir llegado el caso.

—¿Proceso? Antes dejé que siguiera el proceso y ya ves lo que me pasó. Me robaron la maldita vida, Mary.

—Es natural que te sientas traicionado y pienses que se ha cometido un abuso contigo, Melvin. Todo lo que sientes es normal.

Mars parecía dispuesto a golpear algo, lo que fuera, tan fuerte como pudiera. Luego vio que el guardia ponía la mano en la empuñadura de la porra. También lo vio torcer la boca, preparado para patearle el culo.

«Dame un motivo, mamón, por favor.»

Así que se calmó y se sentó.

—¿Cuánto más va a durar ese proceso? —le preguntó con normalidad a la abogada.

—No hay un calendario para esto porque no es habitual —le explicó Oliver, aliviada de que fuera más razonable—, pero será una prioridad para mí en todo momento, Melvin. Te lo prometo. Les meteré prisas. Y si veo que empiezan a arrastrar los pies se lo diré. Lo juro. Presentaré las mociones.

Él asintió en silencio.

—Sé que lo harás.

—Esto tiene que ser muy duro para ti —dijo ella—. Cuando me enteré, me quedé desconcertada. Todavía no sé qué relación había entre tus padres y ese tal Charles Montgomery.

—Bueno, si hay alguna, no me lo dijeron. Quizá fuera algo extraño. Irrumpió en

la casa y los asesinó.

—Pero no había indicios de allanamiento. Tampoco habían robado nada. Por eso precisamente la policía empezó a fijarse en ti.

—Pero tú me crees, ¿no?

—Sí, claro que te creo.

Melvin se la quedó mirando. Pensaba.

«Claro que me crees.»

—Donde vivíamos, nadie cerraba con llave la puerta. Y mis padres no tenían mucho que alguien pudiera querer robar, que digamos. Sabes cómo vivíamos. Mi padre trabajaba en una casa de empeños. Mi madre limpiaba la porquería de otra gente. —Cabeceó—. Yo iba a cambiar todo eso cuando entrara en la NFL. Iba a comprarles una casa y ahorrar dinero. Iban a poder dejar el trabajo. Tenía planes. — Dio una palmada en la mesa—. Tenía planes.

—Sé que los tenías, Melvin —dijo ella, con ternura.

—Siempre pensaba que esto era un grave error que al final alguien descubriría. Que en cuestión de meses saldría de la cárcel y jugaría al fútbol. Luego pasó un año y otro y otro más. Pasaron cinco. Pasó una década. Y luego... ¡Mierda!

Calló, negando con la cabeza gacha. Una lágrima cayó en el tablero de la mesa. Mars la secó con la mano.

—Si salgo de aquí, entonces ¿qué? No tengo familia. No tengo trabajo. No tengo nada de nada.

—El estado de Texas puede pagarte una compensación.

—¿De cuánto hablamos?

—El tope son veinticinco mil dólares.

Mars la miró, incrédulo.

—¡Veinticinco de los grandes! ¿Por veinte años de mi vida?

—Es tremendamente injusto, pero eso dice la ley.

—¿Sabes lo que podría haber ganado en la NFL?

—Muchísimo más, ya lo sé.

—Así que salgo de aquí con veinticinco de los grandes o quizá menos, puesto que eso es el tope, ¿y luego, qué?

—Te ayudaremos. Te ayudaremos a encontrar casa y un trabajo.

—¿De qué? ¿De barrendero? A lo mejor puedo hacer el antiguo trabajo de mi padre en la casa de empeños. En esta zona de Texas las casas de empeños son un buen negocio porque nadie tiene una mierda.

—Vayamos paso a paso —dijo Oliver, intentando que no le temblara la voz y parecer calmada.

—Aunque me dejen salir, no me indultarán. Eso quiere decir que seguiré teniendo antecedentes: dos condenas por asesinato. ¿Quién va a contratarme? Dímelo. ¡Dímelo!

Mars notaba que ella se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

«Una mujer pequeñita y blanca. Un negro enfadado y corpulento. Eso es lo que ella ve. Es todo lo que ve. Y eso que está de mi parte.»

Dejó de mirarla.

—Maldita sea —dijo, en un tono distinto—. Ni siquiera sé por qué hablamos de esto. Nunca van a soltarme, Mary.

—Melvin, si eres inocente tienen que hacerlo.

—Llevo siendo inocente veinte condenados años —le espetó—. ¿Qué diferencia hay?

—Me refiero a que, si hay pruebas definitivas de tu inocencia, no pueden mantenerte en la cárcel.

—¿Ah, sí? Hay como una docena de tipos así por todo el país. Se demostró su inocencia, como has dicho. Hace años que se demostró. Adivina qué. Siguen todos entre rejas. A un tipo le dijeron que se le había agotado el tiempo para apelar, por lo que está jodido, a pesar de que saben que no lo hizo. Otro que cumplió condena por crímenes que ni siquiera cometió, ahora, debido a algunos tecnicismos legales, le dicen que tiene que cumplir cuatro años más antes de que, tal vez, lo dejen salir. Otro le dio un puñetazo a un guardia, así que añadieron más tiempo de condena, a pesar de que de entrada no tendrían que haberlo metido en la cárcel. Así que no me digas que tienen que hacerlo. Hacen lo que les da la gana. Así son las cosas.

—Nos aseguraremos de que en tu caso no pase. —Oliver empezó a recoger sus cosas—. Ahora tengo que irme, pero me pondré en contacto contigo en cuanto sepa algo.

Melvin la miró levantarse.

—No estoy cabreado contigo, Mary —le dijo—. Estoy cabreado con... todo, ahora mismo.

—Lo comprendo —repuso ella con sinceridad—. Créeme si te digo que me parece que yo no estaría tan tranquila como tú.

Se marchó.

Mars siguió sentado hasta que el guardia se acercó y le dijo que levantara el culo.

Volvió a encadenarlo.

Reedy apareció y le dio un golpe de porra en la espalda tan fuerte que hizo una mueca de dolor.

—¿Qué ha dicho tu «abogada», Jumbo? —le preguntó.

Mars, por costumbre arraigada, no le contestó.

—¡Ah! Es confidencial, cierto. Todo queda entre tú y ella. ¿Quieres tirártela, Jumbo? ¿Tener el culo de una blanca? ¿Darte un revolcón con ella? Antes era ilegal que un negro le hiciera eso a una blanca. Debería seguir siéndolo. Las chicas blancas no quieren que un animal les dé un revolcón. ¿Verdad? —Le dio otro golpe en los riñones.

Mars se volvió hacia él.

—Cuando salga de aquí, iremos a tomar una copa, ¿de acuerdo? Iré a buscarte.

Vamos a pasar el rato, juntos.

Reedy resopló, pero dejó de hacerlo cuando el verdadero significado de las palabras de Mars lo golpeó como un tráiler.

No volvió a golpearlo durante el trayecto hasta la celda.

Cuando Bogart y Jamison volvieron a la una y media de la tarde, Decker se había duchado, afeitado y cambiado de ropa. Llevaba vaqueros, camisa de franela, jersey y unas botas sucias de barro. Tenía un traje que se había comprado en Burlington para hacerse pasar por abogado, pero estaba sucio y en el fondo de su bolsa de viaje.

Bogart llevaba un traje tostado, con camisa clásica almidonada y corbata de cachemir. Jamison se había puesto chaqueta, pantalón de vestir, camisa color crema y estrenaba al parecer los elegantes zapatos de tacón. En comparación con el aspecto informal de Decker, parecía que los dos fueran a una boda, pero poco más podía hacer y ambos apreciaban su esfuerzo.

—¿Listo? —le preguntó un sonriente Bogart.

Decker asintió. Llevaba la carpeta, cuyo contenido había leído y memorizado. Mientras iban hacia el coche, Amos empezó a notarse el estómago un poco revuelto. No de hambre, sino de nervios.

El obstáculo de todo aquello era que Decker no se sentía del todo cómodo relacionándose con la gente. La hipertimesia lo mantenía distanciado, incómodo y de mal humor si no estaba solo. No podía controlarlo. La mente le había moldeado la personalidad a voluntad. Resulta extraño pensar que el cerebro de alguien está separado del resto de su ser, pero con una mente como la de Decker, eso era precisamente lo que había que hacer.

Sabía que uniéndose al «equipo» tendría que trabajar con otras personas, pero ahora que había llegado el momento de la verdad empezaba a poner en duda su decisión.

«¿La he cagado?»

Se acomodó en el asiento delantero del sedán de Bogart. Tuvo que echarlo atrás todo lo posible para que le cupieran las largas piernas. Estiró al máximo el cinturón de seguridad para que le cupiera la tripa. Jamison se sentó detrás de Bogart para dejarle espacio.

—¿Qué puedes decirme de los demás miembros del equipo? —le preguntó Amos al agente—. Alex me ha hablado un poco de Davenport.

—Lisa está en el grupo por su experiencia en tratar con psicópatas y sociópatas. Es muy conocida en ese campo y ha escrito varios libros acerca del tema. Podrá analizar para nosotros la personalidad y la tendencia de las personas que formen parte de nuestras investigaciones. Decirnos qué los mueve. Hay agentes del FBI capaces de hacerlo, por supuesto, pero me parece una buena idea aportar una nueva mirada a los casos, dejar de verlos desde la perspectiva de los federales encargados del cumplimiento de la ley.

—Parece una teoría factible —comentó Jamison.

—También hay otro agente del FBI en el grupo, Todd Milligan. Todd tiene unos treinta y cinco años. Es un buen agente de campo que ha competido por un puesto en

este equipo. Está impaciente por empezar.

—¿Y qué le parece eso de trabajar con gente que no es del FBI? —quiso saber Decker.

—No tiene ningún problema —repuso Bogart—. Si no fuera así lo habríamos vetado.

Decker miró a Jamison por el retrovisor. Por su expresión se veía que no compartía necesariamente la confianza de Bogart en lo referente a ese punto.

Viente minutos más tarde pararon delante de un edificio de ladrillo visto, en los terrenos de la base del Cuerpo de Marines de Quantico, que albergaban también, entre otras cosas, la academia y el laboratorio del FBI y el ViCAP.

Mientras se apeaban del coche, Bogart se abrochó la chaqueta.

—El ViCAP nos cede espacio en sus instalaciones para que trabajemos. También podemos contar con su apoyo operativo.

—El Programa de Detención de Criminales Violentos —dijo Jamison.

Bogart asintió, sosteniendo la puerta para que pasaran.

—Creada en 1985, es una unidad que se ocupa de los asesinos en serie y de otros crímenes violentos, normalmente de naturaleza sexual. Forma parte del Grupo de Respuesta en Incidentes Críticos.

—Que a su vez forma parte del Centro Nacional para el Análisis de los Crímenes Violentos —apuntó Decker.

Bogart asintió de nuevo.

—Tenemos un montón de capas organizativas.

—Tal vez demasiadas —dijo Decker.

—Tal vez —dijo Bogart secamente.

Recorrieron un pasillo profusamente iluminado.

—Entonces, ¿en qué va a diferenciarse nuestro trabajo del que ya realiza el ViCAP?

—El ViCAP es de hecho una base de datos central que otros cuerpos policiales, tanto estatales como nacionales, utilizan para investigar los casos de sus respectivas jurisdicciones. Hay equipos de agentes del FBI que también investigan casos sobre el terreno, por supuesto. Pero el nuestro será uno de los primeros equipos en tener integrantes que no pertenecen al FBI para el trabajo operativo. Ha hecho falta usar artimañas y negociar para conseguirlo. Tengo que decir que en la Agencia no todos están de acuerdo con lo que hacemos, que opinan que traer gente de fuera es un error. Espero demostrarles que se equivocan.

—Haciendo de abogado del diablo, ¿qué pasa si demostramos que tienen razón? —dijo Decker.

Bogart se encogió de hombros.

—Entonces nos quedaremos sin fondos y tendremos que dedicarnos a otra cosa. Y mi carrera habrá llegado directamente a su tope.

—En tal caso, asegurémonos de que eso no pase —terció Jamison, categórica.

Pasaron por el control de seguridad y Bogart utilizó su tarjeta de identificación para abrir una puerta.

—Hemos llegado —dijo, indicándoles que entraran.

Antes de cruzar el umbral, Decker notó mariposas en el estómago como solía siempre que entraba en el campo de fútbol. Era una mezcla de nervios, adrenalina y expectación.

Creía que esos días se habían terminado hacía mucho tiempo.

Evidentemente, no era así.

«Ahí voy.»

Entró en la habitación.

Decker echó un vistazo a la redonda y lo captó todo, como un radar captando el eco de objetos sólidos.

Había dos personas.

Lisa Davenport estaba a su derecha. De treinta y muchos, con el pelo muy rubio corto, una cara atractiva y alargada de labios carnosos y los ojos azules de mirada brillante, era alta, de constitución atlética, caderas estrechas y hombros anchos.

Sonrió a Decker mientras este la miraba.

Todd Milligan estaba sentado a la misma mesa, frente a ella. Medía aproximadamente un metro ochenta y tres y pesaba unos ochenta kilos. Como Bogart, estaba muy en forma y daba la sensación de que podía correr indefinidamente sin cansarse. Llevaba el pelo moreno cortado a cero y tenía el ceño marcado, los ojos castaños de mirada intensa y la espalda tan recta como la corbata de rayas. No era en absoluto amable ni acogedor. Estaba permanentemente serio.

Tenían delante sendas carpetas gruesas. Decker se fijó en la cantidad de pósitos con anotaciones que sobresalían de ambas. Era evidente que tanto Davenport como Milligan habían venido preparados.

Bogart hizo las presentaciones y les pidió que se sentaran.

En una pared había una gran pantalla de televisión que la ocupaba casi por completo. El agente especial encendió el portátil que tenía delante y pulsó algunas teclas. La pantalla de televisión cobró vida y todos le prestaron atención.

—De momento tenemos veinte casos para valorar. No podremos, siendo realistas, ocuparnos de más de uno a la vez. Me interesa la calidad, no la cantidad. Los veinte casos que se os han entregado han sido elegidos entre muchos más aplicando varios filtros internos.

—Me parece que el caso Morillo tiene mucho potencial —dijo Milligan con firmeza y claridad—. Tengo varios enfoques para ese caso que considero sólidos como una roca.

—Me alegro de oír eso —dijo Bogart—, pero antes quiero que repasemos brevemente todos los caos, así que empezaremos todos por la misma página.

A Milligan se le crispó levemente el gesto. Decker estaba seguro de que no le había gustado lo que consideraba un rechazo, a pesar de que Bogart estaba siendo muy razonable.

El agente especial Bogart fue revisando metódicamente caso por caso. Los puntos destacados de cada uno de ellos aparecían en la pantalla.

Amos se fijó en que todos los demás seguían lo que decía en sus carpetas. Vio a Milligan mirándolo, sorprendido de que todavía no hubiera abierto siquiera la suya. Quizá Bogart no les había hablado de su hipertimesia. Lo seguía todo de cabeza, volviendo mentalmente las páginas según lo que ponía Bogart en pantalla.

—¿Algún comentario? —preguntó este último cuando terminó.

—Sigo pensando que el caso de Morillo es el que deberíamos seguir, Ross. Es en el que más posibilidades tenemos de realizar una intervención exitosa. El caso contra él no es tan sólido y se ignoró una prueba fundamental. A mí me parece que hay mejores sospechosos sueltos y a tu programa le convendría empezar con buen pie.

Bogart miró a los demás.

—¿Vuestra opinión?

—Creo que deberíamos pasar del caso de Morillo —dijo Decker.

—¿Por qué? —le preguntó Milligan con brusquedad.

—Porque es más que probable que sea culpable.

Milligan se lo quedó mirando con el cuello hinchado como una cobra.

—¿En qué te basas? —le preguntó.

—Hay contradicciones.

—Como cuáles.

—Morillo era un contratista civil de la Marina. En la página dos de su declaración, dijo a la policía que había salido para ir al trabajo en la Base Naval Crane, en el condado de Martin, Indiana, a las nueve de la mañana. Y que había llegado a la base a las ocho cincuenta de la mañana.

—Eso fue porque... —empezó exultante Milligan.

Decker lo ignoró y prosiguió su discurso.

—Eso fue porque en esa época el condado de Martin y la base naval habían pasado de la zona temporal central a la zona temporal meridional con fecha de 2 de abril de 2016. Por tanto, eran las nueve de la mañana según la hora meridional cuando Morillo salió de su casa, pero las ocho de la hora central.

—Exacto —admitió Milligan a regañadientes—. Así que, ¿dónde está la contradicción?

—Morillo tenía un motivo para asesinar a las víctimas; sin embargo, hubo un testimonio a favor de Morillo, el de Bahiti Sadat. Dijo que había visto a Morillo en la acera de enfrente de su tienda a las seis y cuarto de la tarde. Los asesinatos, según determinaron las pruebas forenses y otra clase de pruebas, se perpetraron a las seis y diecinueve. Puesto que los crímenes se cometieron a unos dieciséis kilómetros de la tienda de Sadat, y que Morillo iba a pie, era una coartada sólida para él.

—La policía lo descartó más que nada porque Sadat era musulmán —se quejó Milligan—, y eso pasó en plena guerra de Oriente Medio, cuando había muchos prejuicios. El testimonio de Sadat era incuestionable. Daba una coartada a Morillo, pero el jurado no se lo tragó. —Hizo una pausa, escrutando a Decker—. Espero que tú no tengas esos prejuicios...

Decker ignoró el comentario.

—Sadat dijo que acababa de terminar el rezo de la noche —prosiguió—. Fue entonces cuando vio a Morillo. Lo recordaba claramente porque acababa de levantarse de la alfombra de oraciones y lo vio por la ventana del escaparate. Lo identificó con seguridad.

—Exactamente —dijo un cada vez más impaciente Milligan—. Estás defendiendo el caso por mí.

—Sadat dijo que lo que acababa de terminar era la *Maghrib*, la cuarta *salat* u oración del día.

—Eso es. Los fieles musulmanes rezan cinco veces al día. Todo el mundo lo sabe —comentó Milligan.

—Bueno, en realidad hay un montón de gente que no lo sabe, y por entonces seguramente eran muchos más los que lo ignoraban —puntualizó Decker—. Sin embargo, la cuestión es que la *Maghrib* no empieza antes de la puesta de sol. La religión es estricta en ese punto. Y, ese día, en Indiana, el sol se puso a las siete y doce de la tarde, casi una hora después de la hora en que Sadat testificó que había visto a Morillo pasar por delante de la tienda cuando levantó la cabeza. Bien. Sadat es humano y, si se había ausentado unos minutos, no creo que nadie pueda echárselo en cara. Pero a esa hora el sol no podía haberse puesto. Ningún musulmán habría iniciado el rezo de la *Maghrib*, la oración «de la puesta de sol», cuando el sol todavía no se había puesto. Y, desde luego, ningún musulmán hubiera terminado ese rezo a casi una hora antes de que el sol se pusiera.

Milligan se quedó con la boca abierta.

Bogart y Jamison intercambiaron una mirada.

Davenport no apartaba los ojos de Decker.

—Por añadidura —dijo este último—, según el dibujo de la policía que hay en el expediente, el escaparate de la tienda de Sadat mira hacia el oeste de la calle por la que paseaba Morillo presuntamente.

—Y los musulmanes se orientan hacia el este para rezar, hacia la Meca —añadió Jamison.

—Sadat le daba la espalda a Morillo. Cuando alzó la cabeza de la alfombra de rezo no pudo verlo. Me sorprende que a nadie se le ocurriera poner eso en duda.

—Muchos americanos no saben nada de las costumbres de los musulmanes y, por esa época, sabían aún menos. Casi nadie era capaz de distinguir un suní de un chií. Me parece que vas a enterarte de que Morillo y Sadat se conocían y prepararon la coartada, aunque no les funcionara. Tal vez eso pruebe de manera concluyente que Morillo era culpable. Aunque, como ya está en la cárcel, donde debe estar, puede que no quieras perder el tiempo.

Milligan volvió a sentarse, picado.

Decker miró a Bogart.

—¿Ahora podemos hablar del caso de Melvin Mars?

—Espera un momento —protestó Milligan—. Me han dicho que acabas de llegar hoy. ¿Te enviaron la carpeta informativa antes?

—No. —Fue Bogart quien le respondió—. Se la hemos dado esta mañana. Yo mismo se la he entregado.

Milligan se dirigió a Decker de nuevo.

—Y de todos estos casos has desentrañado detalles como el del de Morillo en cuánto tiempo, ¿unas horas?

—No he tenido que desentrañar nada. He leído las declaraciones y los informes. Todo estaba ahí.

—¿Y conoces las oraciones musulmanas? —le preguntó Milligan.

Decker se encogió de hombros.

—Leo mucho.

—¿Y lo de la hora a la que se puso el sol ese día? —insistió el otro.

—Soy de esa zona del país. Me lo sé de memoria.

—¿De un día concreto de 2006? —se extrañó Milligan.

—Sí —respondió Decker, imperturbable.

—¿Sabías de antemano que me interesaba el caso de Morillo? —le preguntó Milligan en tono acusador.

—Antes de entrar en esta sala, desconocía incluso tu existencia —le contestó Decker como si tal cosa. Se volvió de nuevo hacia Bogart—. ¿Podemos ahora hablar del caso de Mars? Porque de verdad que no creo que ningún otro caso de la carpeta sea ni de cerca tan emocionante. Y, puesto que Sadat mentía y Morillo mató a esas personas y que no estamos aquí para liberar a los culpables, me parece que tendríamos que ponernos en marcha.

Davenport tuvo que taparse la boca para ocultar la sonrisa mientras Milligan le lanzaba una mirada envenenada a Decker.

—Yo voto a favor de que nos ocupemos del caso de Mars —terció Davenport antes de que Bogart pudiera intervenir.

Decker la miró con curiosidad.

—Si todavía no lo he expuesto —arguyó.

—Después de lo que acaba de hacer, señor Decker, me arriesgaré. —Miró a Bogart—. Ross, ¿podemos votar ya?

El agente especial miró a Jamison y a Decker.

—De acuerdo —convino—. Todos los que estén a favor de ocuparse del caso de Melvin Mars que levanten la mano.

Cuatro manos se alzaron. Milligan fue el único en disentir.

Decker se inclinó hacia delante.

—Bien. ¿Vamos a ello?

Al cabo de dos horas dieron por concluida la reunión con la intención de volver a reunirse al día siguiente. Cuando salían del edificio, Davenport se acercó a Decker y Jamison. Bogart se había quedado atrás para hablar un momento con Milligan.

—¿Tenéis tiempo para tomar una copa? —les preguntó, mirándolos alternativamente—. Hay un sitio a unos cinco minutos en coche de la base.

—Nos íbamos con el agente Bogart —le respondió Jamison, dudosa.

—Puede reunirse allí con nosotros. Le mandaré un mensaje de texto. Quería hablar acerca del caso un poco más hoy mismo. Luego él o yo podemos llevaros. Tengo coche.

Jamison miró a Decker.

—¿Te parece bien?

—¿Sirven comida en ese bar? No he almorzado.

—Claro —dijo Davenport, estudiando su corpulencia.

—Pues vamos —dijo él.

Lo llamaban, con razón, El antro. Era un garito para soldados, polis, paletos y algún que otro tipo trajeado.

El grupo de Decker escogió una mesa del fondo, bastante apartada de la barra, ruidosa y atestada en Año Nuevo. Una máquina de discos atronaba en alguna parte.

Davenport pilló un asiento al lado de Decker y Jamison se sentó frente a ambos. Tenían una cuarta silla para Bogart, a quien la mujer había mandado un mensaje de texto. Había respondido que se reuniría con ellos al cabo de veinte minutos.

Pidieron cerveza y algo para picar. Decker se pidió un montón de chile con carne, patatas fritas y queso. Davenport unas tortas y Jamison una sopa de cebolla.

—Creo que la primera reunión ha ido bien, a pesar de que Milligan haya sido un poco brusco —comentó Davenport.

—Territorial —apuntó Jamison—. No estoy segura de que le guste que gente de fuera del FBI como nosotros se mezcle en investigaciones de la Agencia.

—Bueno, pues va a tener que acostumbrarse —repuso Davenport—. Tomó un sorbo de cerveza y estudió a Decker, que había atacado el montón de patatas fritas.

—Lo que has hecho ha sido impresionante, Amos. ¿Te importa si te llamo Amos? Decker tragó un bocado.

—No quiero perder tiempo en un caso sin ningún interés —le dijo sin mirarla—. Y puedes llamarme Amos.

—Pero el caso de Melvin Mars, evidentemente, te interesa.

—Sí.

—Cuando hablabas de él has dicho que fue tu oponente en un partido de fútbol universitario. ¿Por eso despertó tu interés? ¿O es que su caso tiene paralelismos con lo que te pasó a ti en Burlington? No lo has mencionado en la reunión.

Decker alzó despacio la cabeza del plato y la miró; Jamison la estudió con

desconfianza.

—No lo he mencionado porque no es relevante para aceptar o no el caso —le contestó.

—Vamos, Amos —dijo ella—. Una mente como la tuya... ¿Con hipertimesia y sinestesia debidas a un trauma cerebral ocasionado en el terreno de juego? Eres demasiado listo para no ver la relación.

—¿Eso te ha dicho Bogart?

Davenport asintió.

—Llegué la semana pasada. Para tener tiempo de aclimatarme y mantener unas cuantas conversaciones con Ross. Acababa de terminar con tu caso y no escatimé detalles, teniendo en cuenta cómo me he unido al equipo y todo eso.

—No sé si tendría que habértelo contado —dijo Jamison, a la defensiva.

Davenport alzó las manos, rindiéndose.

—Por favor, no penséis mal. Ross no me lo contó todo, pero sí lo suficiente para que encuentre similitudes entre los asesinatos de la familia de Amos y la de los padres de Melvin Mars. Creo que puede ser un caso de estudio fascinante.

—Pero te habló de mi estado —dijo Decker.

—Bueno, sí. Soy psicóloga clínica, Amos, especializada en anomalías cognitivas. Además, conozco a varias personas del Instituto de Investigación Cognitiva de las afueras de Chicago, aunque las conocí mucho después de tu estancia allí.

Decker se limpió la boca con la servilleta.

—Pero el objetivo sería determinar la culpabilidad o la inocencia de Mars. Solo eso. No tiene nada que ver con mis «anomalías cognitivas», porque no tengo ningún interés en convertirme en un «caso de estudio».

Davenport jugaba con la jarra de cerveza.

—Si eso es lo que quieres... Sinceramente, me parece que sería desperdiciar una magnífica ocasión, pero, si he metido la pata, lo siento. Lo último que quiero es ofenderte. No ha sido mi intención.

Decker se encogió de hombros, pero no dijo nada.

Al cabo de un momento Bogart entró en el local y se les unió. Se sentó y una camarera lo atendió.

—Quiero pedir os perdón por la reunión de hoy —les dijo cuando la camarera se marchó—. Milligan se ha pasado y se lo he dicho. No estamos en esto para pelearnos. Somos un equipo. Quien quiera seguir en el equipo tendrá que empezar a comportarse como parte de él.

—Tenía un caso y lo ha defendido —dijo Decker—. No me ha molestado.

—Bueno, podría haberlo defendido con más profesionalidad. La insinuación de que pretendías torpedear a propósito su caso ha sido ridícula.

El vaso de vino que Bogart había pedido llegó y tomó un sorbo.

—Lisa ya te habrá contado que la puse al corriente de parte de lo sucedido en Burlington.

—Así es —dijo Jamison—. Y también está al corriente del estado de Amos —añadió, un tanto enojada.

Si Bogart notó su resentimiento, decidió ignorarlo.

—Le estaba contando a Amos que tengo tratos con los del Instituto de Investigación Cognitiva —comentó Davenport.

—Pero la señorita Davenport me ha asegurado que mis «anomalías» no tendrán nada que ver con la investigación del caso de Melvin Mars —añadió Decker.

Davenport alzó la jarra.

—*Touché*. Y, por favor, llámame Lisa.

—Mars sigue encarcelado en Texas. Lo primero que hay que hacer es ir allí. El lugar donde sus padres fueron asesinados está a unos cientos de kilómetros al oeste de la cárcel —dijo Bogart.

—Y tenemos a Charles Montgomery en Alabama —añadió Decker.

—Exactamente.

—¿Podemos enterarnos de algo acerca de ese tipo antes de ir a verlo? —preguntó Davenport—. ¿Es posible que Mars tuviera algo que ver con ese tal Montgomery?

—Bueno, eso es lo que la policía trata, sin duda, de averiguar —dijo Bogart—. Y de entrada os digo que será muy delicado. El estado de Texas no ve con buenos ojos la intervención federal en este momento. Francamente, es posible que se pregunten por qué nos involucramos. Y no puedo prometer que si hay reticencias podamos aguantar el tirón. —Miró a Decker—. Todos los casos de la carpeta han sido aprobados con antelación para que nos encarguemos de ellos, Amos. El caso de Mars, evidentemente, no.

—Pero podemos echarle un vistazo —dijo Decker.

—Sí, pero sé que, por norma general, a los texanos no les gusta que la gente de Washington D. C. meta las narices en sus asuntos.

—¿Tienes acceso a todos los archivos del caso? —preguntó Jamison—. Podríamos releerlos todos para empezar. Todo lo que tenemos es lo que Amos encontró en Internet.

—Haré unas llamadas y veré qué puedo hacer —repuso Bogart.

—Luego tenemos que ir a ver a Mars —añadió Davenport—. Si hablo con él nos haremos una idea mejor de su constitución psicológica.

—Estoy de acuerdo —dijo Bogart. Miró a Decker—. Has hecho un buen trabajo con el caso Morillo, Amos. Te has fijado en cosas que a todo el mundo se le habían escapado.

Decker, que, con la mirada perdida, no había estado escuchando realmente la conversación, salió de su ensimismamiento.

—Tenemos que enterarnos de si Charles Montgomery tiene familia.

—¿Qué? ¿Por qué? —quiso saber Davenport.

No le respondió. Volvió a quedarse ensimismado.

Cuando se marcharon del bar, acompañaron a Jamison y a Decker a su

alojamiento, donde Jamison había dejado el coche.

—Ha ido razonablemente bien —dijo ella—. Aunque Milligan es un poco gilipollas. —Lo miró—. ¿Tú qué opinas?

—Sé de dónde viene.

—¿Y Davenport?

—Estoy seguro de que es competente.

—¿Pero?

—Pero tiene sus propias motivaciones.

—Es decir, tú.

—Es posible.

Ella le echó un vistazo.

—Hay una tienda de ropa a un kilómetro y medio de aquí. Abren hasta las diez. Lo he comprobado.

Decker echó un vistazo a Jamison.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—El traje hace al hombre.

—Estoy seguro de que quien dijo eso no se refería a mí.

—Ir de compras me hace sentir mejor —dijo ella, esperanzada.

—Y, exactamente, ¿cómo voy a pagar la ropa nueva?

Alex le enseñó una tarjeta de crédito.

—Bogart me la ha dado. Para cosas esenciales. Entre las que se incluye tu ropa — se apresuró a añadir—. Y tendrás tu sueldo.

Decker se la quedó mirando.

—¿Un sueldo?

—No sé tú, pero yo no puedo hacer esto gratis. ¿No has hablado de dinero con Bogart?

Decker suspiró.

—Lo interpreto como un no. Sin embargo, te diré que es mucho más de lo que ninguno de nosotros ganaba en Burlington.

—¿En serio?

—En serio. Y si esto funciona, tendremos que conseguir casa. No podemos quedarnos en la base permanentemente y te hará falta un coche para sustituir el de alquiler.

—No había pensado mucho en todo eso.

—Créeme, te lo digo yo.

Tres horas más tarde salían de la tienda con varios conjuntos para Decker. No había que ajustarle nada. Habían comprado la talla más grande que tenían de pantalones, camisas, zapatos, calcetines, calzoncillos y un par de chaquetas tan grandes que, en caso necesario, podrían usarlas como vela para navegar.

Jamison le había ayudado a coordinar los colores y los accesorios y dado su opinión sobre todo lo que Decker se iba probando.

—Parezco una ballena con traje —le había dicho él, de pie delante del espejo triple.

—Eso puedes solucionarlo. Hay un gimnasio a dos minutos de donde te alojas y una pista de atletismo justo al lado.

Cuando salió del probador con la ropa vieja, ella le tendió un montón de ropa de deporte que había escogido y unas zapatillas de tenis enormes.

—¿Te va bien la talla XXXL? —le preguntó.

—Si cede lo bastante, sí.

Lo acompañó a su alojamiento y lo ayudó a entrar las bolsas.

—Te agradezco la ayuda —dijo Amos.

—Te agradezco que me hayas dado la oportunidad.

—¿De qué? ¿De ser mi *personal shopper*?

—No, de trabajar con el FBI. Bogart no me lo hubiera propuesto a mí sola. Me dejó venir para que tú vinieras.

—Tienes que creer un poco más en ti.

—¡Oh! Tengo intención de trabajar como una mula para demostrar mi valía, pero tú me has abierto la puerta.

—¿De veras crees que esto va a funcionar?

—Quién sabe. Eso le da emoción.

—No estoy seguro de necesitar más emociones.

—Entonces me parece que has venido al sitio equivocado.

Las seis de la mañana.

Decker se despertó y se sentó en la cama. Miró a su alrededor, sin saber momentáneamente dónde estaba.

En Virginia.

En Quantico.

Curando para el FBI.

Vale. Se levantó y fue descalzo al baño.

Después fue a la cocina y miró por la ventana. Todavía era de noche.

Sacó la cafetera para preparar un café y tomárselo mientras repasaba las notas sobre el caso. Luego se miró la tripa. Resollaba por el mero esfuerzo de levantarse de la cama y echar una meada.

—¡Mierda! —masculló.

Volvió al dormitorio y sacó la ropa deportiva que Jamison le había comprado. Se la puso. Gracias a Dios era elástica. Se inclinó y luchó con las zapatillas de tenis, cada una tan grande como un recién nacido.

Salió y bajó la escalera del complejo de apartamentos en el que se alojaba. Miró hacia la izquierda y vio el gimnasio del que le había hablado Jamison. Había luz y oyó ruidos dentro.

«Claro. Los machos alfa ya están allí. Y este sitio está lleno de machos alfa.»

Caminó fatigosamente hasta el edificio y entró. Se había acordado de llevar su identificación. El joven empleado del mostrador de entrada le dio una toalla y la llave de su taquilla. Decker le devolvió esta última, pero se quedó la toalla.

—Parece usted capaz de levantar un Abrams^[1] —le dijo el joven, mirándole la enorme cintura.

—Lo hago cada vez que me pongo de pie —dijo Decker con otro suspiro mientras observaba la amplia zona de ejercicios donde individuos asombrosamente en forma, de ambos sexos, se entrenaban con envidiable facilidad.

Ocupó un rincón, dejó la toalla, se miró en el espejo y decidió no volver a hacerlo. Después de un poco de calentamiento cardiovascular, hizo unos cuantos estiramientos y se quedó sin aire. Sus años haciendo aquello cuando era jugador de fútbol lo habían hecho más flexible de lo que parecía, pero todavía estaba bastante agarrotado. Puntos de la espalda que no notaba desde hacía mucho empezaron a hacerse notar, pero estaba entrando en calor.

Una joven pasó por su lado. Llevaba un distintivo del FBI sujeto a los pantalones cortos de licra. Era mona, estaba tremendamente en forma y parecía que la grasa no osaba pegársele al cuerpo.

—Impresionante —dijo, cuando vio que Decker se inclinaba hasta tocarse los pies y luego apoyaba las palmas de las manos en el suelo.

—Bueno, entonces te sugiero que no mires, porque desde aquí es todo cuesta abajo.

Ella soltó una carcajada y se marchó.

Después de calentar, Decker cogió las pesas e hizo lo que pudo hasta que los músculos le dolieron demasiado. Entonces cogió una pelota medicinal y se dedicó a hacer lanzamientos. Empezaba a sudar profusamente, pero se sentía bien.

—Vaya, estoy completamente impresionada. No me lo puedo creer.

Cuando se volvió, vio a Jamison con ropa deportiva.

—¿Vienes o te vas?

—Me voy. He venido cuando acababan de abrir. Estaba en otra zona del gimnasio. Me iba cuando te he visto. —Le dio una palmada en el brazo—. Bien hecho, Decker.

Él atrapó la pelota medicinal y se encogió de hombros.

—Poco a poco, ¿vale?

—¿Quieres que volvamos juntos andando? Me alojo un poco más abajo que tú.

—Creo que caminaré por la pista para bajar pulsaciones.

—Buena idea. Nos veremos en la oficina. Y, Amos, ¿les has echado un vistazo a la nevera y a la despensa?

—Vi que había comida.

Alex parecía un poco avergonzada.

—Te hice la compra antes de que llegaras. No me mates, pero casi todo es comida sana. Por eso te traje ese asqueroso sándwich para desayunar. Tu última alegría antes de tomar por el camino sano.

—¿Sano hasta qué punto?

Ella sonrió de un modo inquietante.

—Te dejaré el placer de descubrirlo. Te recogeré a menos cuarto.

Se marchó.

Decker terminó poco después. Se secó la cara y fue hacia la pista que había detrás del gimnasio, circundada por una valla que llegaba hasta la cintura.

Dio vueltas a la pista a paso más rápido de lo normal hasta que le pareció que las rodillas se le descoyuntarían y bajó el ritmo. El corazón le latía aceleradamente y seguía sudando. Se sentía bien y a la vez agotado. Hacía frío y el aliento se le condensaba con cada respiración.

De repente, alguien lo adelantó a tanta velocidad que casi se cayó. No había visto acercarse a nadie.

Todd Milligan se volvió y trotó de espaldas, mirándolo. Llevaba prendas Under Armour y tenía un físico impresionante. Los abdominales se le marcaban debajo de la tela de compresión.

—¡Eh, Decker! Deberías retomar el ritmo o te atropellarán. —Le dio la espalda y aceleró.

El tipo era rápido y atlético.

Y un capullo.

Al cabo de un minuto Decker oyó a otra persona alcanzándolo y se preguntó si sería Milligan que quería adelantarlo una vuelta completa.

—Buenos días —oyó cuando se disponía a apartarse.

Lisa Davenport llegó trotando y se paró. Llevaba chándal. Apoyó las manos en las rodillas y respiró profundamente varias veces.

—Buenos días —la saludó.

Ella empezó los estiramientos de brazos y piernas.

—Acababa de terminar de correr cuando te he visto.

—Cuesta no verme, aunque el agente Milligan por poco choca conmigo. Imagínate.

—Ya —comentó ella secamente.

—Solo me iba por la pista. Antes he hecho gimnasia.

—El ejercicio me da mucha energía. Me encanta.

—A mí también, como puedes ver.

Lisa sonrió.

—Pero fuiste jugador de la liga universitaria y de la profesional. Tenías que estar en muy buena forma.

—Lo estaba, hace mucho.

—No hará tanto que lo estabas.

—¿Por qué lo dices?

—Fuiste policía primero y detective después. Entonces también debías tener una condición física aceptable.

Decker echó a andar y ella le siguió el ritmo, o lo intentó.

—Me parece que de eso también hace mucho.

—En realidad no. Fue hace menos de... ¿cuánto? ¿Veinte meses?

—Veo que sabes muchas cosas sobre mí.

—Soy curiosa, Amos, y tú eres un tema fascinante.

—¿Por qué? ¿Porque tengo el cerebro tan tocado que soy incapaz de olvidar nada y veo cosas en color que la gente no suele asociar con el rojo, el amarillo y el azul?

—Es mi campo. No voy a fingir que no me interesa. ¿Te das cuenta de lo poco común que eres?

—En realidad no me lo planteo.

Lisa parecía a punto de decirle algo que al final se guardó.

—Bueno, me alegro de haberte visto. Voy a ducharme. Nos vemos en la oficina.

Giró sobre sus talones y se marchó corriendo en dirección opuesta.

Decker la observó un buen rato antes de sentarse en un banco, junto a la pista.

Esperó hasta que el corazón le latió a un ritmo normal y se levantó, razonablemente seguro de que no estaba a punto de tener un infarto. Volvió andando despacio a su alojamiento, se duchó y se puso ropa nueva. Se la había probado la noche anterior, pero ahora la notaba un poco más holgada.

«Seguramente me lo imagino.»

Miró en la nevera: leche de soja, queso fresco, yogur, manzanas y un cartón de huevos de gallinas criadas en libertad. El pan era de nueve cereales. El pollo era sin grasa. La carne picada era de pavo. La «mantequilla» estaba hecha a base de aceite de colza. Los cajones estaban llenos de verdura. Miró en la despensa. Cereales saludables, mantequilla de cacahuete baja en sal, miel, sopas bajas en sal, pasta integral, algo llamado orzo, frascos de vitaminas, aceite de linaza, barritas energéticas, plátanos, una bebida energética para mezclar con agua y dos docenas de bebidas para deportistas de diferentes sabores. No había ninguna bolsa de patatas fritas, ninguna tableta de chocolate ni ninguna tarrina de helado a la vista.

Llenó un bol de cereales que parecían ramitas que una ardilla hubiera escupido, añadió leche de soja y un plátano cortado en rodajas.

Jamison se había apiadado de él. Tenía café. Sin embargo, la leche era desnatada y el azúcar esa cosa marrón sin refinar que Decker había visto pero nunca comido. Por lo que parecía había confiscado el azúcar refinado que se había servido el día anterior.

Se preparó un café y llevó la taza y el bol a la mesa del diminuto comedor. Se sentó y se tomó el desayuno.

«Vaya, esto sacia», pensó mientras enjuagaba la taza, el bol y la cuchara.

Consultó la hora. El equipo debía reunirse media hora más tarde. Tenía un poco de tiempo que matar antes de que Jamison fuera a recogerlo. Se sentó en una silla y miró la calle por la ventana. Bullía de actividad.

En Quantico hay un montón de gente yendo y viniendo a todas horas, y Decker se había convertido en un pequeño engranaje de aquel enorme ecosistema. ¿Quería serlo? ¿Seguro?

Cerró los ojos y pensó en lo que no quería pensar. Su infalible memoria lo llevó de vuelta a la muerte de su familia, en su casa. A los meses de agonía posteriores y a la persecución y castigo de sus asesinos. Y luego a comprender que, a pesar de ese final, nunca había sentido que hubiera pasado página. No, en absoluto.

Cuando abrió los ojos los tenía húmedos y se dio cuenta de que estaba temblando.

En su caso, el tiempo no curaba las heridas. No podía curárselas a alguien que jamás olvidaba nada. Los asesinatos eran tan recientes para él como cuando habían tenido lugar; no solo las imágenes sino también el sufrimiento emocional que conllevaban.

Miró por la ventana y vio a Jamison deteniendo el cochecito delante del edificio. Se secó los ojos, se levantó y se dio un par de bofetones.

Podía vivir en el pasado o aventurarse a salir y ver si era capaz de tener un futuro.

Algunos días la decisión sería más fácil que otros.

Se acercó a la puerta.

Llamaron a la puerta y Mars se sobresaltó. Luego abrieron la abertura de la parte inferior.

—Saca el culo de ahí —dijo alguien.

Mars se levantó obediente del catre, se colocó de espaldas a la puerta, con las manos en la espalda, y se agachó hasta ponerlas a la altura de la abertura. Cuando le hubieron puesto las esposas se incorporó y se apartó mientras abrían la celda.

Era Big Dick. Llevaba allí el mismo tiempo que Mars y con los años no había hecho sino empeorar.

Big Dick era tan ancho que llenaba casi por completo el umbral. Una sonrisa y un ceño fruncido luchaban por la supremacía de sus facciones.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mars.

—¡Cierra la boca! ¿Te he dicho que hables?

Otros dos guardias salieron de detrás de Big Dick y le pusieron los grilletes en los pies. Lo empujaron por el pasillo. Las cadenas tintineaban como las del fantasma de Jacob Marley.

Pasó por delante de las celdas con caras asomadas a las ventanas de rejilla. Luego notó en la cara la agresión del aliento de Big Dick, que olía a tabaco y a whisky.

—Eres un hombre con suerte —le dijo el grandullón, doblando el grueso cuello con cada sílaba—. Sales del corredor de la muerte, por ahora. Te vas con los presos comunes. Estarán encantados de verte el culo de chocolate, Jumbo.

Mars no se consideraba un hombre con suerte. Volver con los presos comunes solo podía significar una cosa.

Iba a una ejecución extraoficial.

A la suya.

Para sobrevivir en la cárcel había estrategias y tácticas.

Si querías matar a alguien, también había estrategias y tácticas. Su salida de la celda y de la seguridad del corredor de la muerte era la estrategia.

La táctica de su asesinato premeditado era todavía desconocida.

Lo llevaron a otro edificio. Cuando la segunda puerta se cerró ruidosamente con el chirrido de los cilindros hidráulicos haciendo su trabajo, la mano carnosa de Big Dick en su hombro lo obligó a detenerse.

—Última parada, Jumbo.

Le quitaron las esposas pero no así los grilletes. Luego los guardias se marcharon.

Mars echó un vistazo a su alrededor.

El corredor de la muerte estaba en el Edificio 12, pero en ese momento se encontraba en la zona común de la prisión, con el resto de los reclusos. El lugar estaba lleno de convictos, algunos en calzoncillos, otros descamisados, otros con pantalones de la prisión a los que habían cortado las perneras. Aunque, teóricamente, era invierno, allí dentro hacía un calor sofocante. Los ventiladores del techo

funcionaban, pero apenas movían el aire espeso, húmedo y maloliente que flotaba como una neblina de gas tóxico.

Había un grupo de internos sentados a las mesas atornilladas al suelo. Algunos estaban de pie, hablando. Otros hacían flexiones o elevaciones en las barras de las paredes. Una oleada de hedor a sudor, humo de cigarrillo y un vago rastro de las drogas fabricadas en la prisión lo golpearon. Los guardias rondaban dándose golpecitos en la palma de la mano callosa con la porra. Rastrearón el lugar con la mirada, buscando síntomas de problemas, pero volvieron a centrarse en Mars.

Evidentemente, aquel día era el invitado de honor.

El espectáculo estaba a punto de comenzar. Todos tenían un buen asiento. Solo faltaban las palomitas.

Los reclusos también se habían vuelto hacia él. Los que hacían flexiones o elevaciones pararon. Se secaron las manos y apoyaron la espalda contra la pared.

Y esperaron. Su cara lo decía todo: «Gracias a Dios que no soy yo.»

La noticia había corrido deprisa. Habían estado a punto de ejecutar a Mars y ahora tal vez lo pusieran en libertad.

En libertad.

No... Saldría con los pies por delante o no saldría.

Mars se frotó las muñecas lastimadas por las esposas. En aquel momento agradeció el dolor. Si sientes dolor estás vivo. Eso podía cambiar, claro, pero de momento seguía respirando.

Alzó la vista hacia la pasarela que circundaba la zona común a la altura del primer piso. Big Dick estaba allí arriba, mirándolo fijamente. Su sonrisa era todo un poema. A su lado estaba el escuálido Reedy, igualmente jubiloso: la realeza arriba, los gladiadores abajo.

Mars se volvió hacia los reclusos que lo observaban. Dos en particular le prestaban muchísima atención. Ambos eran blancos, más grandes que él, con los músculos muy desarrollados de tanto hacer pesas, barbudos, con ojos de demente, y los dientes cariados. Iban tatuados y puestos hasta las cejas de la mierda que colaban en la cárcel o que fabricaban allí mismo.

«Patachunta y Patachún.»

Mars no los conocía ni sabía qué delitos habían cometido para estar allí, pero veía claramente que estaban exactamente en el lugar que les correspondía. No eran humanos. Eran animales enjaulados. Sin embargo, en aquel preciso momento no estaban en la jaula. Estaban en la zona común.

«Conmigo. Y llevo cadenas en los pies.»

Estiró el cuello y notó un gratificante chasquido que le alivió el dolor.

Luego se fijó en el campo que tenía ante sí como hacía cuando era un defensa ganándose su futuro entre los placadores en la antigua Liga del Suroeste, lanzándose contra hombres más corpulentos que él para acabar ganando el partido no sabía cómo. En todo caso dividía el campo en zonas, en planos de existencia por los que

tenía que navegar. Tenía el don de verlo todo a la vez, tal vez el menos frecuente en un deportista. Y, a pesar de todos los años transcurridos, seguía teniéndolo.

Disminuyó el ritmo de la respiración, se tranquilizó y se relajó. De hecho se sentía bien.

«Veinte años de mi vida. Veinte malditos años.»

La rabia creció en él hasta ser inmensa, al igual que la frustración.

Alguien tenía que pagar por ello. Y alguien estaba a punto de hacerlo.

Echó a andar arrastrando los pies con fingida intención de acercarse a un par de reclusos.

Conocía el paño y los dos hicieron lo que esperaba: le dieron la espalda y se marcharon. Nadie se relacionaba con el leproso. La infección se te podía contagiar.

Alzó de nuevo la vista hacia la pasarela. Hacia Big Dick y Reedy.

Sabía lo que esperaban ver: su miedo.

En lugar de satisfacerlos, sonrió.

Y vio lo que quería ver: su cara de sorpresa.

Se volvió hacia Patachunta y Patachún, que se habían apartado de la manada dispuestos a acorralarlo como perros salvajes al acecho. Había muchos perros salvajes en Texas, y siempre cazaban en manada. Perseguían a los animales heridos hasta dejarlos sin aliento y luego se lanzaban sobre ellos para matarlos.

Bueno, Mars no estaba herido y le sobraba aliento.

¿Cómo los recompensarían? ¿Con droga, cigarrillos, tal vez dejando entrar una hora a una tía?

Bueno, él se ocuparía de que tuvieran que ganárselo.

Tanto Patachunta como Patachún estaban aún en la treintena. Eran varios años más jóvenes que él. Eran tipos duros, marcados, encallecidos.

Hasta cierto punto.

De eso se trataba siempre, de hasta qué punto.

Estaba a punto de averiguar dónde estaba situado aquel par en el rango de resistencia de la cárcel.

Se arrastró hacia Patachunta manteniendo a Patachún dentro de su campo de visión. Patachunta era el defensa que quería atacarlo de frente porque era grande y fuerte y su misión era esa. Sin embargo, le sorprendió un poco que Mars fuera directo hacia él. Luego cambió de cara y Mars comprendió que lo consideraba una suerte. Que pensaba que le estaba facilitando el trabajo.

Tal vez en lugar de Patachunta, en realidad era Patachún.

El otro tipo estaba para asegurar la jugada, era el respaldo. Si Patachunta era derrotado, Patachún estaba preparado para mandar a Mars al otro barrio.

Con el rabillo del ojo, Mars observó a Patachún. El individuo se estaba viniendo arriba, preparándose. Hasta cierto punto deseaba que su compañero fracasara, solo para poder hacer su lanzamiento y forjarse allí dentro una imagen de proporciones inatacables. Era como si lo oyera. «Me cargué a Melvin Mars. El tipo era un asesino.

De la NFL. El mayor miserable chupapollas que te hayas echado en cara. Y limpié el suelo con su culo.»

Estaría contándolo los siguientes cuarenta años. Bueno, excepto por una cosa. Eso nunca sucedería. Mars no creía que a Patachunta y Patachún les quedaran cuarenta segundos, y mucho menos cuarenta años, de vida.

«Prepárate, pedazo de carne, porque ahí va Jumbo.»

—¿Qué pasa, hermano? —le dijo a Patachunta.

—No soy tu hermano —gruñó el otro.

—Ya lo sé, tío, solo quería hablar. Tampoco es para tanto, ¿vale?

De la boca de Patachunta no salió ni una sola palabra. En lugar de hablar, enseñó el pincho que empuñaba y se abalanzó hacia él a toda velocidad. El golpe iba dirigido a su vientre y subiendo hasta la cavidad torácica. Era rápido, limpio y la hemorragia habría sido fatal en pocos segundos. Y tremendamente dolorosa.

Los reclusos y los guardias se apartaron para dejar espacio a Patachunta para moverse, y a Mars para caer al suelo.

En realidad lo tenían atrapado.

Mars ya había bajado un hombro, se había acuclillado, tensando los enormes muslos y, a pesar de los grilletes, saltó hacia delante como una bala de cañón. Mientras con una mano le agarraba la muñeca del pincho a su atacante, le hundió el deltoides en el cuello, empujándole hacia arriba la barbilla en un ángulo que solo podía causarle un ramalazo de dolor seguido de la pérdida de conciencia.

Se oyó un crujido cuando la columna llegó al punto sin retorno. Se acabó, así de fácil.

Sangrando por la boca, un inconsciente Patachunta se derrumbó y el pincho se le cayó de la mano.

Defensa neutralizado.

Mars indicó la hoja que caía al suelo.

—¡Eh, tío! Tenía un pincho —le dijo al guardia más próximo—. Tened cuidado. Alguien podría hacerse daño.

Vio a su alrededor lo que esperaba ver.

Patachún dudaba después del rápido sacrificio de su hermano más fuerte, pero ¿cómo podía echarse atrás con todos los demás y, sobre todo, con Big Dick observándolo?

Debía hacerlo. No tenía elección. Si no, sería a él a quien después le clavarían un pincho en la tripa.

En Estados Unidos no había cárceles. Había talegos caóticos donde los hombres se veían transportados diecisiete siglos hacia el pasado. Donde sobrevivían los fuertes hasta que se topaban con alguien todavía más fuerte y donde los débiles morían siempre.

Patachún gritó y corrió hacia Mars a toda velocidad.

Era casi demasiado fácil de hecho. El tipo era todo músculos pero lento. Brazos

muy desarrollados y pocos cuádriceps. Y estaba a punto de pagar caro ese desequilibrio.

Una vez más, Mars se agachó, giró sobre sí mismo y bloqueó el brazo de Patachún para frenar el pincho que llevaba en la mano, le hundió el hombro debajo del vientre y empujó hacia arriba. Con ese mismo movimiento había derribado a defensas de ciento treinta y seis kilos.

Los ciento trece kilos de Patachún volaron por el aire y pasaron por encima de Mars. Los reclusos se apartaron y el tipo aterrizó de golpe en el cemento y patinó por la suave superficie hasta dar con la cabeza contra un muro de ladrillos grises a la velocidad del rayo.

Se oyó el crujido de los huesos cuando la columna vertebral se comprimió y perdió cerca de dos centímetros y medio. Dejó de moverse. Acababa de tener un accidente de tráfico sin ir en coche. Le salía sangre de la boca. El pincho, que se le había caído de la mano, tintineaba en el suelo.

Patachunta y Patachún fuera de combate.

La sangre de sus heridas se encharcaba en el sucio suelo. Su última frontera.

«Adiós al sistema correccional texano.»

En realidad, Mars no sabía si estaban muertos, pero no le importaba. Luchar por la vida podía ser la mejor justicia.

Alzó la vista hacia Big Dick.

—Ese hombre también tenía un pincho, señor —le gritó—. Hay muchos por aquí. Será mejor decírselo al alcaide.

Entonces los guardias saltaron sobre él y lo golpearon con la porra hasta que cayó al suelo.

Sin dejar de sonreír.

—¿Quién demonio eres?

Melvin Mars acababa de despertarse y lo miraba desde su cama de hospital.

Amos Decker lo miraba a él.

—Puede que seas el tipo más afortunado del mundo, Mars.

—¿Estás de broma? —Intentó sentarse, pero tenía la muñeca esposada a la cama y se movía con dificultad porque todo le dolía. Tenía la cara tan hinchada como un balón.

Decker le pasó una manaza por detrás de la cintura y lo alzó hasta sentarlo con la espalda apoyada en la almohada. Acercó una silla y se sentó.

Mars lo estudió.

—¿Te conozco?

—No a menos que te acuerdes de un defensa del estado de Ohio al que humillaste hace veintidós años.

Mars achicó los ojos y lo miró de arriba abajo.

—Humillé a un montón de jugadores en el campo. Eres bastante corpulento para ser defensa. ¿Has engordado?

—Unos cuarenta y cinco kilos. Tú, sin embargo, estás igual.

—¿Quién eres?

—Soy del FBI.

—¿Un agente?

—No. Trabajo con ellos.

—No sabía que eso pudiera hacerse.

—En realidad no.

—¿Para qué has venido? —inquirió Mars.

—Por tu caso. Por los últimos acontecimientos.

—¿Por qué está interesado el FBI?

—Está interesado porque yo lo estoy —repuso Decker.

—Lo que nos lleva de nuevo a mi maldita primera pregunta. ¿Quién demonios eres?

Decker le enseñó la placa identificativa.

—Amos Decker.

—¿Por qué has dicho que soy afortunado? Yo no me siento afortunado.

—Por tres razones. Puesto que alguien ha confesado los asesinatos por los que te condenaron a ti, es posible que te pongan en libertad. Y, a pesar de la paliza que te han dado, no tienes ningún hueso roto ni ninguna herida incurable. Los médicos dicen que la conmoción es relativamente leve, lo que quiere decir que tienes una cabeza muy dura.

—¿Y la tercera razón?

—Dos guardias delataron a su colega por urdir la emboscada en la cárcel, así que

no se te considerará responsable de lo sucedido.

—¿Qué pasó?

—Un hombre murió y el otro quedó parálítico.

—¿Y el colega Big Dick?

—Está siendo procesado y encarcelado por las autoridades de Texas.

Mars sonrió primero y luego soltó una carcajada. El labio partido le empezó a sangrar.

—Joder, tío. ¿Big Dick al otro lado de las rejas? Es un milagro.

—Olvida a Big Dick. Tienes que pensar en ti.

Mars se quedó mirando a Decker.

—¿De veras que nos enfrentamos en la liga universitaria?

—¿Recuerdas cuando tu equipo, los Longhorns, ganaron al mío, los Buckeyes, por cinco *touchdowns* en Columbus?

Mars volvió a sonreír.

—Tío, ¿fuiste tú el que me preguntó cómo había hecho lo que hice?

Decker asintió en silencio.

—Fue después de tu tercer *touchdown*.

Mars cabeceó.

—¿Qué puedo decirte? Aunque me maté trabajando, también es verdad que Dios me había dado un don.

—Conmigo Dios no fue tan generoso.

Mars echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—Cuando nos enteramos de lo sucedido, hicimos que te trasladaran a un hospital cercano a tu antigua casa.

—¿Cuándo has llegado?

—Aterrizamos hace unas seis horas.

—Sigues hablando en plural.

—He venido con un equipo.

—¿Un equipo de agentes del FBI se interesa por mi caso? ¿Por qué? ¿Simplemente porque un tipo ha confesado? ¿Tan extraordinario es eso?

—Bastante. Sin embargo, tu caso también tiene paralelismos con otro.

—¿Qué caso es ese?

—Uno relacionado con mi familia. No hace falta que sepas los detalles, solo que las similitudes entre ambos son llamativas.

—¿Por eso has venido, entonces?

Decker lo estudió. Se le daba bien calar a la gente, pero Mars tenía una coraza difícil de atravesar.

—Háblame de tus padres.

—¿Dónde está el resto del equipo?

—¿No crees lo que te digo?

—No creo nada de lo que dice nadie.

—Créelo, Melvin —dijo alguien.

Mars se volvió hacia la puerta. Allí estaba su abogada, Mary Oliver, que se acercó a la cama y le cogió la mano libre mientras él se sentaba mejor.

—Gracias a Dios que estás bien —le dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy bien, Mary. ¿Conoces a este tipo? —le preguntó, indicando a Decker.

—Acabo de hablar con el agente especial Bogart —repuso ella—. El señor Decker es de confianza.

—Hemos venido para intentar desentrañar la verdad —dijo Decker.

Mars se recostó contra la almohada.

—¿La verdad? ¿Después de tanto tiempo? Os deseo suerte.

—La suerte puede liberarte —comentó Decker.

—¿Tendré que volver a esa prisión? —inquirió Mars.

Decker negó con la cabeza.

—Después de lo que ha pasado, te trasladaremos a otro sitio.

—¿Adónde?

—Estarás bajo custodia federal.

—¿Qué significa eso?

—Significa que nos haremos responsables de ti. Hasta que te recuperes, habrá dos federales aquí, vigilándote permanentemente. Luego quedarás bajo nuestra custodia hasta que sepamos el resultado de tu caso.

—¿Y el estado de Texas está de acuerdo?

—El estado de Texas tiene sus propios problemas —terció Oliver—. Concretamente puedes demandarlo por lo que te ha pasado.

—¿En serio?

—En una conspiración encabezada por uno de sus guardias, han estado a punto de asesinarte. Y luego casi te matan de una paliza. Así que puedes presentar una demanda civil contra ellos. Y una querrela criminal contra el guardia y cualquiera de la cárcel que estuviera implicado.

—Te deseo suerte con eso —dijo Decker—, pero no es por eso por lo que he venido. —Miró a Mars—. Estoy aquí por el asesinato de tus padres.

Mars volvió la cabeza hacia Decker.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Espero que tengas papel y lápiz, porque es una historia larga.

—Tengo buena memoria —dijo Decker—. No se me olvida nada.

La puerta de la habitación se abrió y Jamison entró. Por lo visto había oído lo que había dicho Decker. Llevaba una grabadora.

—Pero yo no tengo tan buena memoria, así que siempre uso esto —dijo.

—Alex Jamison, Melvin Mars —los presentó Decker—. También está en el equipo.

Se estrecharon la mano.

—Mi colega estaba muy empeñado en ocuparse de este caso, señor Mars. Esa es la única razón por la que estamos aquí.

—Ya, eso me ha dicho él —dijo Mars, sosteniéndole la mirada a Decker.

—Háblame de la noche en que tus padres fueron asesinados —dijo Amos, y Jamison puso en marcha la grabadora.

—Si estás preparado —se apresuró a intervenir Oliver, poniéndole una mano protectora en el hombro a Mars—. Te han dado una buena paliza.

—Estoy bien —dijo Mars—. ¿Quieres que empiece por el principio?

—Sí.

Y eso hizo Mars. Estuvo hablando más de una hora. Decker lo interrumpía con frecuencia para preguntarle algo o aclarar algún punto. Cuando terminó su relato, Amos se quedó callado.

—¿Visitaste a una amiga esa noche? —le preguntó finalmente.

—Sí, ya te lo he dicho. A Ellen Tanner.

—¿Dónde y cuándo conociste a Ellen Tanner?

Mars arrugó el entrecejo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ahora mismo, todo tiene que ver con todo —le contestó Decker simplemente.

Mars inspiró profundamente y se pasó la lengua por los labios hinchados.

—Conocí a Ellen en un acto de exalumnos de la universidad al que asistió el equipo. Eso fue unas cuantas semanas antes. Era muy aficionada al fútbol. Una mujer guapa, divertida, inteligente. Hicimos buenas migas. De hecho nos veíamos un montón. Hicimos planes para vernos esa noche.

—Y fuiste en coche hasta allí.

—Sí.

—¿Y qué hicisteis mientras estabas con ella?

—Nos tomamos unas cervezas. Ella tenía hierba, pero le dije que no. Eso podía acabar con mi oportunidad de jugar en la NFL.

—¿Os acostasteis?

—Ella testificó que lo hicimos.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó Jamison.

—Tuvimos sexo, ¿y qué?

—Y luego te fuiste.

—Sí. Tenía una sesión con mi entrenador a la mañana siguiente y quería ir a casa para golpear el saco de boxeo. Entonces el coche se me paró. Así que lo empujé hasta el motel y pasé la noche allí.

—La cuestión es que la cronología que aportaron Tanner y el encargado del motel no encaja con tu historia —le comentó Decker.

Mars se frotó los ojos.

—Lo sé. Los oí testificar. Solo puedo decirte lo que sé. Sé cuándo me fui de casa

de Ellen y sé cuándo me registré en el motel.

Decker se apoyó en el respaldo de la silla.

—Tu tarjeta de crédito se usó a una hora que apoya el relato del encargado, no el tuyo.

—¿Crees que no lo sé? —ladró Mars.

—Solo intento encontrarle sentido a lo que aparentemente no lo tiene. Y lo último que nos hace falta es que nos mientas.

De repente Mars tiró de la esposa que lo sujetaba a la cama, pero no cedió. Jamison y Oliver retrocedieron de un salto, pero Decker no movió ni un músculo.

Mars volvió a apoyarse en la almohada, jadeando.

—No estoy mintiendo.

—De acuerdo —convino tranquilamente Decker.

—Y a lo mejor no estás aquí para ayudarme. A lo mejor has venido a asegurarte de que pase el resto de mi vida en la cárcel. O de que me claven la aguja. Por lo que yo sé, a lo mejor trabajas para el estado de Texas.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Jamison.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —le espetó Mars—. A lo mejor os trajeron cuando ese tal Montgomery dijo que había matado a mis padres. Puede que vuestro trabajo consista en liarlo todo para que no salga de la cárcel.

Todo el mundo se quedó callado.

—Pero ¿puedes explicar las discrepancias en cuanto a las horas? —dijo por fin Decker.

—Si pudiera lo habría hecho hace veinte putos años, así que no, no puedo.

—Vale. ¿No tienes ninguna explicación? ¿Nada más que podamos comprobar acerca de ese punto?

Mars le lanzó una mirada asesina.

—Mira, si no me crees, márchate. Porque no tengo tiempo para gilipollecés si no quieres sacarme de la cárcel.

Decker se levantó.

—Puede que no me hayas entendido, Mars. No he dicho que creyera en tu inocencia ni que quisiera sacarte de la cárcel. Te he dicho que quería averiguar la verdad. Si resulta que la verdad es que eres culpable, entonces pueden ponerte la inyección letal y puedes morirte, porque lo tendrás merecido. Mientras tanto, sin embargo, seguiremos investigando este caso y dejaremos que nos lleve donde nos lleve. ¿Te ha quedado claro?

Jamison y Oliver intercambiaron una mirada de inquietud.

Mars y Decker se miraban a los ojos. Mars trataba de entender a Decker. Y Decker ya tenía la mente en otra parte.

—Creo que nos entendemos, sí —dijo Mars.

Decker, sin embargo, ya iba hacia la puerta.

—Joder, ¿el tío siempre es así? —le preguntó Mars a Jamison cuando Amos se

hubo ido.

—Suele serlo —repuso ella.

Decker recorrió el pasillo ganando ímpetu como una ola a punto de romper en la playa. Oyó a Jamison corriendo tras él. Más adelante estaban Bogart y Davenport.

Milligan estaba en una oficina de alquiler, veinte minutos al sur. Todos se alojaban en el motel local, el mejor establecimiento de la zona.

Jamison lo alcanzó.

—Ojalá dejaras de hacer esto —le dijo, claramente molesta.

Decker la miró.

—De hacer qué.

—De marcharte así de los sitios.

—Había terminado, así que me he ido. —Tras una pausa, añadió—: ¿Me compraste quinoa? ¿En serio? ¿Eso es comida?

Ella sonrió con suficiencia.

—Te estás quedando tan flaco que me cuesta verte de perfil.

—Ya, como un tráiler que va directo hacia ti.

Llegaron junto a los otros dos.

—¿Qué tenéis por ahora? —les preguntó Bogart.

Decker se encogió de hombros.

—Es pronto para decirlo. Hay problemas con su declaración. Tenemos que ver si hay alguna explicación alternativa.

—Bueno, al cabo de dos décadas el rastro se ha enfriado por completo.

—Después iré a hablar con él —dijo Davenport—. Luego os hablaré de su estado mental.

—No os pido una respuesta categórica, pero ¿creéis que miente? —preguntó Bogart a Decker y Jamison.

La pregunta incomodó a Jamison.

—Acabamos de conocerlo. Pero, si quieres una respuesta... No, no creo que mienta.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Le ha dicho a Decker que, si no le creía, que cogiera sus cosas y se largara. No es lo que esperas que diga un tipo al que todavía pueden ejecutar. Un tipo culpable se aferra a lo que sea.

Bogart miró a Decker.

—¿Algo más que añadir?

—No.

Les dio la espalda y se alejó por el pasillo.

Jamison dejó escapar un suspiro.

Bogart parecía divertido.

Davenport sentía curiosidad.

—¿Adónde va?

—A indagar. Va a indagar —repuso Bogart—. Y si queremos seguirle el ritmo, tendremos que darnos prisa.

Ya llevaban un rato en la oficina de alquiler, concentrados en los documentos impresos y las pantallas de los portátiles.

Solo estaban allí los hombres. Jamison y Davenport se habían quedado en el hospital para volver a entrevistarse con Mars.

Decker llevaba ropa nueva. La semana anterior, en Quantico, había madrugado para ir al gimnasio y a la pista de atletismo. Incluso había hecho un poco de *jogging* y probado la elíptica. Además, solo había comido lo que le había comprado Jamison y, como ella le había sugerido que hiciera, raciones pequeñas. Cuatro o cinco al día.

Tenía tanto sobrepeso que con un poquito de ejercicio y comiendo mejor ya había bajado nueve kilos, sobre todo de líquido.

Del primer agujero del cinturón había pasado al tercero. Los pantalones le quedaban muy holgados.

Y eso que seguía estando muy obeso.

Milligan le echó un vistazo.

—Tienes mejor aspecto, Decker —reconoció, a regañadientes.

—Sí, pero no vuelvas a chocar conmigo en la pista. No quiero hacerte daño. Sigo siendo una masa amorfa.

Aquel comentario le arrancó una sonrisa al agente del FBI.

—Bueno, te estás esforzando. Enhorabuena.

—Vale, hablemos de las posibilidades preliminares de investigación —terció Bogart.

—Ellen Tanner ya no vive aquí —dijo Milligan—. No consta dónde se marchó ni hay nadie que la conociera. Buscamos en la Universidad de Texas. No fue alumna de esa universidad y, como han pasado veinte años, va a ser prácticamente imposible localizarla. Pudo casarse y cambiar de apellido.

—¿Y el encargado del motel? ¿Cómo se llamaba? —preguntó Bogart.

—Willis Simone. Lo hemos encontrado. Murió de un infarto en Florida, en 2001.

—¿Habéis encontrado algún punto de conexión entre Tanner y Simone? —inquirió Bogart.

—Ninguno —repuso Milligan—. No se movían en los mismos círculos ni tenían la misma edad ni ninguna relación que yo haya podido encontrar.

—Supongamos que les pagaron para que mintieran —dijo Decker—. ¿Hay algún modo de rastrear esos pagos?

Milligan se lo quedó mirando, burlón.

—¿Al cabo de veinte años? Seguramente los bancos que usaron ya ni siquiera existen. La industria se ha consolidado. Además, ¿por qué iban a mentir? ¿Y quién les habría pagado para que lo hicieran?

—De momento asumo que Mars dice la verdad. Por tanto, tenemos que explicar la discrepancia en la cronología de Mars por una parte y la de Tanner y Simone por

otra.

Milligan cabeceó.

—Me parece mucho más probable que Mars esté mintiendo. Eso o nos enfrentamos a una tremenda conspiración contra un jugador de fútbol universitario, y no veo por qué motivo.

—Pero estamos aquí y lo enfocaremos desde todos los ángulos —intervino Bogart—. Desde todos.

Milligan miró sus notas, evidentemente disgustado por el comentario.

—He hablado con el Departamento de Policía. La mayor parte de los agentes de esa época se han jubilado, pero hubo uno con el que hablé que sí que estaba por entonces.

—¿Qué dijo? —le preguntó Bogart.

—Que hasta entonces nunca había habido un asesinato por aquí. Robos, personas desaparecidas, peleas de borrachos, sustracciones temporales de vehículos, chiquilladas, e incluso alguno que se llevaba una vaca para gastar una broma, pero aquel crimen fue un verdadero golpe para la ciudad.

—Sin embargo, no tardaron nada en pillar a Melvin Mars.

Milligan se quedó mirando a Decker.

—Bueno, las pruebas eran abrumadoras.

—¿Qué sabemos por ahora de los padres? ¿De dónde era Lucinda? —preguntó Decker.

Milligan pasó algunas páginas.

—No he podido saberlo. No hay mucho sobre ella ni sobre su marido.

—¿Dónde aprendió a coser? Según el informe policial, se ganaba en parte la vida cosiendo. Y hoy Mars nos ha confirmado ese dato.

A Milligan le costó lo suyo poner cara de póquer.

—¿A coser? No sé qué decirte.

—Y, además, hablaba español —dijo Decker.

—En Texas mucha gente habla español —dijo Bogart.

—Pero no sabemos si era de Texas —señaló Decker—. Si hubiera sido hispana, entendería lo del idioma, pero era negra.

—Bueno, por lo que yo sé los negros pueden aprender español, Decker —replicó Milligan—. Y a coser también.

Decker recogió el guante.

—De momento estamos especulando. Así que para compensar debemos tener en cuenta las probabilidades. Lucinda pudo aprender a coser y a hablar español, desde luego, pero me gustaría saber dónde y cómo.

—Vale. Si lo consideras verdaderamente importante... —dijo Milligan—. No te cortes. Averígualo.

—Eso pienso hacer. ¿También trabajaba en una empresa de limpieza?

—Sí. Limpiaban edificios de toda la ciudad.

—Una mujer muy trabajadora. ¿Algún pariente?

—No que sepamos. Y lo mismo puede decirse de su marido.

—¿No lo encontraréis raro? —les preguntó Decker—. Que uno no tuviera familia, vale, pero ¿los dos?

Milligan negó con la cabeza.

—Hace mucho de eso. A lo mejor iban de un lugar a otro. No todo el mundo tiene una familia numerosa. Se pierde gente con los cambios de domicilio. Por lo visto lo único remarcable de la pareja era el hijo. Escribieron muchos artículos acerca de él, incluso antes de los asesinatos. El tipo era un atleta magnífico. ¡Qué lástima!

—Sigue indagando acerca de los Mars —le dijo Bogart.

Milligan asintió, pero no parecía entusiasmado.

—Los mataron a tiros y los quemaron —dijo Decker—. ¿Por qué a los dos?

—Si estás pensando que fue para impedir su identificación, no fue por eso. Los identificaron por el historial dental.

—Entonces ¿por qué? —insistió Decker.

—¿Algo simbólico? —sugirió Bogart—. Si lo hizo Mars, puede que quisiera borrarlos de su vida. Quemarlos habría sido un modo de hacerlo, al menos desde su punto de vista.

—Pero ahora tenemos a Charles Montgomery que dice que lo hizo él —puntualizó Decker—. Tengo que hablar con él.

—Lo estamos arreglando —dijo Bogart.

—La casa de los Mars no está lejos de aquí —comentó Decker.

—Cierto. Está abandonada. Supongo que nadie ha querido vivir allí después de lo sucedido.

—¿Y el motel donde Mars se alojó? —preguntó Decker.

—Lo derribaron —contestó Milligan—. Ahora hay un centro comercial.

—¿Y la casa de Ellen Tanner?

—Sigue donde estaba, pero ella se fue hace mucho. Así que no sé lo que vas a encontrar.

—Bueno, por eso busca la gente —dijo Decker—. Voy para allá.

Cuando se hubo ido, Milligan agarró de la manga a Bogart.

—Puede que el caso de Morillo no fuera el mejor, pero tenemos una carpeta llena de otros casos mucho más prometedores que este.

—En realidad, acabamos de empezar con él —le contestó Bogart.

Milligan lo soltó.

—Tienes mucha fe en este tío.

—Sí, la tengo. Porque se la ha ganado.

Bogart salió detrás de Decker.

Milligan, muy a su pesar, lo siguió.

La casa parecía perdida en un terreno lleno de matorrales y árboles frondosos. Habría hecho falta un machete para abrirse paso entre aquella maraña.

Decker se limitó a usar las manos y el corpachón para avanzar. Bogart y Milligan lo seguían a poca distancia.

Llegaron al porche delantero caído y se quedaron mirando la fachada. Todavía se veían las marcas de hollín en la parte exterior de una de las ventanas de la primera planta, cegada con contrachapado.

—Ahí fue donde encontraron los cadáveres —dijo Decker, y Bogart asintió con la cabeza.

—Más vale que tengamos cuidado al andar —dijo Milligan—. No sé hasta qué punto es sólida la estructura.

Decker subió con cautela al porche, sorteando las zonas evidentemente poco sólidas. Llegó a la puerta principal y la empujó. No se movió.

Le dio un codazo y por fin la madera se agrietó y la puerta se abrió hacia dentro. No había electricidad, claro, por eso llevaban potentes linternas.

Entraron. Encontraron el interior notablemente limpio de escombros, aunque todo olía a moho y podredumbre.

Bogart se tapó la nariz.

—Joder, no sé si deberíamos respirar este aire.

Decker miró hacia arriba.

—El tejado y las ventanas han aguantado. Por eso no hay más porquería aquí dentro.

Recorrió el espacio con el haz de su linterna, estudiándolo a medida que avanzaba.

La casa era pequeña y no tardaron mucho en recorrer la planta baja y el garaje contiguo. No había sótano. Quedaba el piso de arriba.

En cuanto Decker dio el primer paso, la mente se le tiñó de azul. Fue algo tan repentino que calculó mal el primer peldaño y trastabilló ligeramente. Milligan lo agarró del brazo.

—¿Estás bien?

Decker asintió, a pesar de que no era cierto.

Solo había experimentado un azul como aquel cuando había visto los cadáveres de su cuñado, su mujer y su hija en su antigua casa. Y siempre que había vuelto a ella desde ese día.

Azul eléctrico. Se imponía a cualquier otra sensación. Era perturbador, incómodo.

«Solo tengo que sobreponerme a él.»

Parpadeó rápidamente, pero el azul volvía cada vez que abría los ojos.

«La sinestesia no es para tanto.»

Continuó subiendo con cuidado los peldaños desvencijados hasta el rellano.

En el piso de arriba solo había dos habitaciones: la de Mars y la de sus padres. Compartían el baño.

Decker entró en la primera. Supuso que era la de Mars. La cama seguía allí, como también los pósteres de los cantantes de R&B Luther Vandross y Keith Sweat. En otra pared estaba la confirmación de que aquella no era la habitación de los padres: carteles estropeados de Naomi Campbell y Claudia Schiffer.

—Un fogoso macho americano —comentó Milligan—. ¡Jesús! Es como abrir una cápsula del tiempo o algo así.

—¿Dónde estaba el estante de la escopeta? —preguntó Decker.

Milligan indicó la pared del fondo.

—Ahí. Un único anaquel con un cajoncito en la parte inferior para las cajas de munición.

A continuación entraron en el dormitorio de los padres.

Decker se quedó apoyado en una pared, recordando los diagramas de los viejos informes policiales. Los cadáveres estaban justo al pie de la ventana, uno al lado del otro. El de Roy se encontraba más cerca de la ventana y el de Lucinda de la cama. El cristal estaba ennegrecido y hecho añicos por el calor. Habían clavado el contrachapado por la parte exterior para cegar el hueco.

A diferencia de la habitación del hijo, aquella estaba vacía.

—¿Qué fue de los muebles? —inquirió Decker.

—Supongo que se los llevaron todos como prueba —respondió Bogart—. Y los bomberos seguramente tuvieron que sacar algunos fuera para evitar que se quemaran mientras luchaban contra el incendio.

Decker asintió.

—Tal vez podamos averiguarlo con seguridad. Y estas marcas cuadradas de la pared... Había cuadros colgados. ¿Qué habrá sido de ellos?

—Puedo hacer unas cuantas llamadas —dijo Milligan.

Decker abrió la puerta del armario ropero e iluminó el interior con la linterna. Estaba a punto de cerrarlo cuando cambió de opinión y se inclinó hacia dentro.

—Mirad esto.

Bogart y Milligan se acercaron a mirar lo que Decker estaba iluminando.

Bogart leyó las letras borrosas que alguien había escrito en una pared del armario.

—«A. C. + R. B.» —dijo—. ¿Qué significa?

Decker tomó una foto de las letras con el móvil.

—No lo sé. Es posible que ya estuvieran aquí antes de que los Mars compraran la casa.

—Es posible.

—O tal vez lo escribieron ellos. En tal caso, puede ser importante. —Decker echó un vistazo a su alrededor—. ¿Quién llamó a emergencias por el incendio?

—Me parece que no se determinó —respondió Milligan.

—En esa época la gente no tenía móvil y dudo que la recepción fuera buena en

esta zona. Así que seguramente no fue alguien que pasaba en coche.

—Bueno, quizá sí y llamó cuando llegó a su casa.

—Pero en ese caso habrían sabido desde dónde se efectuó la llamada. Podrían haberla rastreado —dijo Bogart.

Milligan estaba asintiendo.

—Es verdad. Lo comprobaré.

Volvieron a la planta baja.

Allí Decker vio lo que ya había visto antes. Una fotografía descolorida del joven Melvin Mars con el uniforme de futbolista del instituto en una pared. En una pequeña estantería había otras fotos antiguas de Mars a distintas edades.

—Me sorprende que sigan aquí —comentó Bogart.

—Como dijiste, nadie quiere entrar en una casa donde han asesinado a alguien. Y por aquí no vive mucha gente. Además, los forasteros que pasan por el lugar ni siquiera pueden ver la casa desde la carretera, sobre todo ahora que hay tanta maleza.

Decker siguió mirando a su alrededor.

—Lo interesante, sin embargo, es lo que no vemos.

—¿Qué es? —preguntó Milligan.

—Fotografías de Roy y Lucinda Mars. —Se volvió hacia Milligan—. Es como si jamás hubieran existido.

Decker consultó la hora.

Habían ido en coche hasta la casa donde Ellen Tanner se había enrollado con Melvin Mars esa noche. Era pequeña, vieja y solitaria. No había ninguna otra vivienda en treinta y dos kilómetros a la redonda y, en la época de los asesinatos, seguramente había estado incluso más aislada.

—¿Por qué iba a vivir una joven sola por estos andurriales? —había preguntado Amos.

Ni Bogart ni Milligan habían sabido responderle.

Luego habían ido hasta el solar del antiguo motel, ocupado ahora por un centro comercial, y después hasta la casa de los Mars. Los tres puntos estaban junto a la misma carretera principal.

—Hay una hora entre la antigua casa de Ellen Tanner y el motel —dijo Decker—, y unos cuarenta minutos del motel a la casa de los Mars.

Milligan, que iba al volante, asintió en silencio.

—Se marchó de casa de Tanner a las diez de la noche. Dijo que llegó al motel una hora más tarde, aproximadamente, a eso de las once, lo que encaja. Sin embargo, el encargado del motel testificó haber registrado a Mars a la una y cuarto de la madrugada. De modo que pudo haber conducido otros cuarenta minutos hasta su casa, matado a sus padres e ido luego al motel, al que habría llegado fácilmente a eso de la una o un poco más tarde. Eso fue lo que alegó la acusación, con éxito.

—No tan fácilmente —contraargumentó Decker—. Tuvo que llegar a su casa, disparar a sus padres, conseguir la gasolina y quemar los cadáveres. Eso le habría llevado tiempo.

—Pero podría haberlo hecho, eso es innegable.

—Y según el informe de la policía, un coche como el de Mars fue visto alejándose de su casa más o menos a la hora en la que el forense determinó que se habían cometido los asesinatos —añadió Bogart.

—Es verdad —dijo Milligan—. Y el testigo era un camionero de larga distancia de la zona que conocía a los Mars.

Bogart asintió.

—Pero murió hace cinco años, así que no podemos hablar con él.

—Tenemos a Charles Montgomery. Con él sí que podemos hablar —dijo Decker.

—Los de Alabama me han contestado por correo electrónico. Está todo arreglado. Podremos hablar con él pasado mañana.

El teléfono de Decker sonó. Era Jamison.

—Hemos hablado con Mars —le dijo—. Davenport está redactando su informe.

—¿Qué opina ella?

—No estoy segura. Se lo guarda para sí.

—¿Y tú qué crees?

—Parece muy sincero, Amos, pero es posible que sea un manipulador. Todavía no lo sé.

—¿Te ha contado algo más?

—De hecho, no. Ha insistido en su inocencia. Ha repetido lo que hizo la noche del asesinato de sus padres. No es capaz de explicar la cronología. Ha dicho que se fue a dormir al motel y se despertó cuando la policía llamó a su puerta.

—Bueno, ha tenido dos décadas para perfeccionar esa historia. Aunque hay una cosa que me fastidia.

—¿Qué?

—Si lo planeó todo, ¿por qué no preparó una explicación plausible para la inconsistencia temporal? Tenía que saber que le plantearía un problema.

—Los criminales suelen meter la pata y suelen meterla en lo que a la cronología se refiere, Amos. No pueden estar en dos sitios a la vez. Lo sabes tan bien como el que más —dijo Bogart, que había estado escuchando la conversación telefónica.

—Sí que meten la pata, pero no tanto —argumentó Decker—. Falsean quince minutos, puede que media hora, no horas enteras. El desfase era brutal. Si fue meticuloso en otros aspectos, ¿por qué no lo fue con uno tan fundamental? Lo único que digo es que debemos tenerlo en cuenta.

—¿Cuándo llegaréis? —preguntó Jamison.

—Dentro de una hora, más o menos. —Cortó la comunicación y se quedó mirando fijamente la autopista.

La inmensidad de Texas se extendía ante ellos. Hasta donde alcanzaba la vista la topografía era exactamente igual. Cerró los ojos y se puso a rumiar acerca de algo que lo estaba corroyendo.

Bogart lo vio. Era algo que había visto a menudo en Burlington.

—¿Qué? —le preguntó.

Decker siguió con los ojos cerrados.

—Disparos y luego fuego —dijo, sin embargo.

—¿Otra vez?

—Los mataron con la escopeta y luego les prendieron fuego.

—Eso dice el informe policial, sí. ¿Por qué?

Decker repasó mentalmente las fotos de los cadáveres carbonizados. Lo bueno de la hipertimesia era que veía las cosas exactamente como eran; no perdía ningún detalle. No añadía nada ni quitaba nada. Claro como un espejo.

—Pugilista.

—¿Qué?

—Los cadáveres estaban en pose pugilista.

Milligan lo miró de reojo.

—Cierto. El fuego hace que los músculos, los tendones y los ligamentos se endurezcan y se contraigan, tanto si la víctima estaba muerta como si estaba viva al iniciarse el incendio. Con los puños apretados y los brazos doblados, la víctima

parece un luchador en el *ring*, en una postura defensiva.

—De ahí el nombre —dijo Decker, todavía con los ojos cerrados—. El disparo de la escopeta los mató, sin duda.

Milligan se encogió de hombros.

—Los disparos de escopeta a la cabeza desde poca distancia son siempre mortales. La naturaleza de la bestia.

Decker abrió los ojos.

—Entonces ¿para qué quemarlos si ya estaban muertos? Porque yo no creo que fuera un acto simbólico.

—En los informes policiales se planteaba esa pregunta, pero nunca obtuvo respuesta. Si lo hicieron para dificultar la identificación de los cadáveres, no les funcionó. Los identificaron por el historial dental. Y aunque no hubiera sido así, se puede extraer ADN de un cadáver carbonizado —explicó Bogart.

—Puede que el asesino no lo supiera.

—¿Te refieres a que Melvin Mars no lo sabía? —preguntó Milligan.

Decker no le hizo el menor caso.

—¿Los identificaron como Roy y Lucinda Mars?

—Sí. Sin ningún género de duda. Los cadáveres estaban tremendamente quemados pero, a pesar de las heridas de escopeta en la cabeza, seguían intactos los suficientes dientes como para identificarlos por el historial dental. Eran la pareja desaparecida.

—Eso no responde a mi pregunta todavía. ¿Por qué quemarlos si ya estaban muertos?

Recorrieron varios kilómetros en silencio.

—A lo mejor el asesino se dejó llevar por el pánico —dijo por fin Bogart—. Suele pasar. Quiso librarse de las pruebas y creyó que el fuego reduciría los cadáveres a cenizas.

—Lo único que consiguió fue crear un montón de humo. Alguien lo vio y llamó al Departamento de Bomberos. Si se hubiera limitado a dejar allí los cadáveres, podrían no haberlos descubierto hasta al cabo de mucho.

Milligan intervino.

—Bueno, si su hijo no los mató, habría encontrado los cadáveres al volver a casa a la mañana siguiente. O, lo más probable, la casa habría ardido hasta los cimientos.

—¿No hubo un cálculo fiable de la hora de la muerte?

—En el caso de cadáveres quemados que están al aire libre se puede realizar un estudio entomológico; buscar insectos, moscas que ponen huevos, esa clase de cosas. Incluso en un espacio cerrado se puede realizar este tipo de estudio. Pero no hubo esa clase de pruebas. Las moscas no ponen huevos en un cadáver que arde, como es natural. El análisis más preciso para determinar la hora de la muerte en el caso de las víctimas muy carbonizadas es un examen de los huesos. Un análisis químico y microscópico. Pero estamos hablando de microrradiografías y de un microscopio

electrónico.

Decker asintió.

—Dudo que en un condado rural de Texas, hace veinte años, fueran capaces de eso —dijo.

—Yo dudo que tengan el equipo necesario en la actualidad —comentó Bogart—. Por tanto, la hora de la muerte se determinó sobre todo por la llamada al Departamento de Bomberos diez minutos después de medianoche. Los bomberos llegaron once minutos más tarde. Cinco minutos después, descubrieron los cadáveres.

—¿A las doce y veintiséis?

—Exacto.

—Digamos que prendieron fuego a los cadáveres a medianoche.

—Mars habría tenido tiempo de hacerlo, entonces. Se dirige directamente de la casa de Tanner a su casa, los mata y va en coche hasta el motel —dijo Milligan.

—Cabe suponer que si los cadáveres hubieran ardido mucho tiempo la casa habría sufrido más daños a causa de la propagación de las llamas. Los mata, les prende fuego y a medianoche o poco después ya se ha ido. De este modo el fuego ha estado ardiendo puede que menos de media hora o un poco más cuando llegan los bomberos —dijo Bogart.

Decker cabeceó.

—Pero es que hay cuarenta minutos hasta el motel desde aquí. El encargado dijo que Mars se registró a las once y cuarto. Eso deja un lapso de unos treinta y cinco minutos.

—A lo mejor estuvo dando vueltas con el coche. Puede que se quedara sentado en el aparcamiento intentando tranquilizarse. Es que acababa de matar a sus padres, Amos —dijo Bogart.

—Tuvo los cuarenta minutos de trayecto para tranquilizarse. Esperando en el aparcamiento estaba estropeando su supuesta sólida coartada, que en realidad no era una coartada basada en la cronología que Tanner y el encargado del motel aportaron al testificar. Eso no tiene pies ni cabeza.

—Pero es lo mejor que tenemos.

—Pero tiene un gran inconveniente.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Milligan.

—Hace veinte años pasaban las tarjetas de crédito manualmente, más todavía en un motel de la Texas rural. No quedaba registro electrónico de la hora de la transacción. Así que era la palabra del encargado del motel contra la de Melvin.

Milligan negó con la cabeza.

—No, lo he comprobado. El dueño del motel registró la tarjeta a la una y dieciséis, para comprobar la cuenta. Salió en el juicio.

—Sigue sin demostrar nada.

—No veo por qué —dijo Milligan, exasperado—. Y no olvides que encontraron sangre de su madre en su coche. ¿Cómo es posible, a no ser que la matara?

- Tengo que volver a hablar con Mars.
- ¿De qué? —preguntó Bogart.
- Entre otras cosas de pagar con tarjeta de crédito versus pagar en efectivo.

—¿Qué demonios tiene eso que ver con nada?

Mars miraba fijamente desde su cama de hospital a Decker, que le devolvía la mirada impasible. Bogart estaba a su lado, perplejo. Milligan había preferido esperar en el coche y hacer unas cuantas llamadas telefónicas.

Decker se aclaró la garganta.

—Ya te he dicho antes que no hay que pasar nada por alto. La habitación costaba veinticinco dólares. ¿Por qué no pagaste en efectivo? ¿Por qué usaste la tarjeta de crédito?

—¿Dónde está mi abogada? —preguntó Mars—: ¿Dónde está Mary?

—Supongo que se ha ido —repuso Decker—. Podemos llamarla y esperar a que llegue, pero sería más rápido si simplemente respondieras a las preguntas. —Tras una pausa, insistió—: Así que, ¿por qué usaste la tarjeta?

—Fue hace más de veinte años. No me acuerdo.

—Piénsalo un momento, intenta recordarlo. Solo te pido eso.

Al principio Mars parecía incómodo, pero viendo la sincera mirada de curiosidad de Decker se recostó en la almohada y trató de recordar.

—Vale —dijo al cabo de un minuto—, de entrada habría preferido pagar en efectivo. No me gustaba usar la tarjeta. Pero no tenía suficiente dinero. De hecho creo que no llevaba ni un céntimo.

—¿Acudiste a una cita con una chica sin dinero? ¿Salisteis a comer, al cine o pedisteis que os trajeran comida? ¿Fue así como lo gastaste?

—No salimos. Nos quedamos en su casa. Ella preparó algo de comer. Teníamos cerveza.

—Pero no tomaste drogas. ¿No dijiste que ella tenía marihuana?

—Bueno, Ellen se fumó un porro, pero yo no.

—¿Alguna vez le preguntaste por qué vivía en un lugar tan solitario?

—No. Supuse que tendría una buena razón. Seguramente era barato.

—¿Iba a la universidad? ¿Trabajaba?

—Creo que tenía algo que ver con las relaciones públicas. Me parece que mencionó algo sobre los eventos de los antiguos alumnos. Daba el tipo. Muy guapa, muy extrovertida.

—Entonces, te diste cuenta de que no llevabas dinero encima cuando fuiste a pagar al encargado del motel.

—Eso creo, sí.

—¿Recuerdas haber llevado algo de dinero antes de ir a casa de Ellen Tanner?

—Bueno, puesto que no lo llevaba cuando me fui y no gasté nada mientras estuve allí, supongo que la respuesta es que no.

—No, de hecho eso no responde a mi pregunta. ¿Miraste en la cartera antes de ir a casa de Tanner? Y, si lo hiciste, ¿llevabas efectivo?

Mars se quedó mirando a Bogart.

—¿Tiene la más mínima idea de lo que pretende?

Bogart no le respondió, así que volvió a mirar a Decker.

—No me acuerdo, ¿vale? No lo sé.

—¿Dónde obtuviste la tarjeta de crédito?

—No era de ningún exalumno seguidor mío ni nada de eso. La obtuve honestamente.

—Eso a mí me da igual. Solo quiero saber de dónde la sacaste.

—Mis padres me la pidieron. Me había graduado en la universidad. Estuve en el cuadro de honor durante los dos últimos semestres. Fue una recompensa. Tenía un límite de crédito bajo, pero me gustaba tenerla. Hasta entonces nunca había tenido una. Ni he vuelto a tenerla —añadió con amargura.

—¿Y la usaste para pagar la cuenta de la habitación del motel?

—Sí. Por suerte, porque no tenía efectivo.

—¿Pasaste la tarjeta por un terminal manual?

—Sí. Por uno de esos trastos donde la metías debajo de un papel y pasabas por encima hacia delante y hacia atrás.

—El encargado del motel testificó que llamó para confirmar que todo estaba en orden. ¿Le viste hacerlo?

—Sí. No me extrañó. Era un tipo joven y negro que se presentaba en plena noche. Seguramente pensó que había robado la tarjeta. Supongo que no era un forofu del fútbol universitario.

—Entonces ¿hizo la llamada delante de ti?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—No me acuerdo, ¿vale? Lo que sueles decir cuando intentas saber si un pago es correcto, supongo. No le presté atención, en realidad.

Decker asintió con la cabeza, despacio.

—Y dijo que eso fue cerca de la una y cuarto de la mañana.

—Bueno, eso era una gilipollez, porque fue a eso de las once. Solo hay una hora desde donde vivía Ellen hasta el motel. Lo sé perfectamente. Hice ese trayecto muchas veces.

—¿Y era el único camino lógico para volver a casa?

—Tío, era el único camino.

—Y entonces el coche se te paró.

—Justo cuando pasaba por el motel, por suerte para mí.

—Quizá no tanto. ¿Fue entonces cuando decidiste pasar allí la noche?

—No. Lo primero que intenté fue arrancar el coche. No pude. Estuve en el aparcamiento unos cinco minutos intentándolo, pero nada. Luego entré en el motel. El tipo salió de una habitación pequeña del fondo. Le dije que tenía problemas con el coche, que quería llamar a una grúa.

—¿Qué dijo él? —se apresuró a preguntarle Decker.

—Me dijo que el único taller estaba a dos horas de distancia y que estaría cerrado.

—¿Y te conformaste con eso?

—Bueno, sí, nunca había tenido una avería. Mi padre entendía de coches. Arreglaba lo que fuera, así que nunca había tenido que ir a un taller. Por eso, aunque conocía bien la zona, no sabía dónde estaba el taller más próximo. Dices que estuvisteis en mi casa, ¿no?

—Sí.

—Pues ya sabéis que está donde Cristo perdió el gorro. En esa época aquel motel era el único en no sé cuántos kilómetros.

—Así que, cuando te enteraste de que no podías conseguir una grúa decidiste registrarte en el motel.

—Sí. Tenía pensado llamar a la grúa a la mañana siguiente, o puede que a mi padre. Pero entonces vino la policía y me enteré de lo que había pasado.

—¿Y sabían dónde encontrarte por la actividad de tu tarjeta de crédito?

—Supongo.

—¿Por qué no llamaste a tus padres esa noche? —terció Bogart—. Podrían haber ido a recogerte.

Decker lo miró con aprobación y se volvió de nuevo hacia Mars.

—No tenía teléfono —repuso Melvin—. Podría haber usado el del motel, supongo, pero era tarde y no quise despertarlos.

—¿No se habrían preocupado al despertarse al día siguiente y ver que no habías vuelto a casa? —le preguntó Bogart.

—Mire, yo era un hombre adulto. Ya había pasado la noche fuera otras veces. Cuando me fui les dije que volvería tarde o que iría directamente al entreno si me quedaba a pasar la noche con Ellen. Tenía las cosas en el coche. Así que no esperaban necesariamente que volviera a casa.

—Entonces ¿por qué no te quedaste con Ellen? —le preguntó Decker.

Mars se miró la mano esposada.

—Verás, hicimos el amor. Ella era muy fogosa. Ha sido la última mujer con la que me he acostado en veinte años. Pero...

—¿Pero qué? —lo apremió Bogart.

—Iba a hacerme rico después de la selección. Y ella... Creo que quería participar.

—¿De qué modo? ¿Casándose? ¿Desde cuándo salías?

—Verás, esa es la cuestión. No hacía demasiado. Unas cuantas semanas. Yo no pensaba en el matrimonio. Demonios, ni siquiera sabía dónde iba a vivir. Dependería de qué equipo me eligiera.

—Así que discutisteis.

—Yo no lo llamaría una discusión. Hablamos del tema.

—¿Y cuál fue el resultado de esa «conversación»? —le preguntó Decker.

—Me pidió educadamente que me largara de su casa, y eso hice.

Decker inspiró profundamente.

—La primera vez que te lo pregunté, me dijiste que te marchaste para recoger la bolsa porque tenías sesión con el entrenador a la mañana siguiente.

—¡Y qué carajo tiene que ver eso! —ladró Mars—. Ahora hay un tipo en Alabama que dice que asesinó a mis padres. ¿Por qué no vais a hacerle las preguntas a él y me dejáis en paz de una puta vez?

—Vamos a hacerle preguntas, sí —dijo Bogart—, pero también las tenemos para usted.

Mars señaló con un dedo a Decker.

—Este tío cree que miento. Cree que soy un mentiroso. Me la tiene jurada porque lo derribé en Columbus. Los del Longhorn les dimos una paliza a los del Buckeye. Me apuesto lo que sea a que es incapaz de ser objetivo. Como el tipo que me procesó. ¿Sabes que era de Tennessee? El presidente del club de hinchas y tal. Eso es una mierda, ¿no?

—Puede que te sorprenda —le dijo Decker—, pero mucha gente vive al margen del fútbol. No he visto un partido de los Buckeye desde que me gradué. No puede importarme menos si jugabas para los Longhorn o si me derribaste hace veinte años. Lo único que me importa es lo que les pasó a tus padres.

—Pues muy bien. Ya te he dicho todo lo que sé. Si no te basta, qué le vamos a hacer.

Mars se dio la vuelta en la cama y se quedó mirando la pared.

Bogart miró de reojo a Decker, que no apartaba los ojos de Mars.

—Encontraron sangre de tu madre en tu coche. ¿Tienes alguna explicación?

—No.

—¿Había estado antes en el coche? A lo mejor se cortó o le sangró la nariz.

—No. No ocurrió nada de eso. Nunca usó mi coche.

—¿Te llevabas bien con tus padres? —inquirió Decker.

—¿Por qué? —dijo Mars por encima del hombro.

—Bueno, el motivo que la acusación adujo durante el juicio fue que...

—Sé lo que dijo el tío ese —lo interrumpió Mars. Se volvió otra vez hacia él. Parecía más tranquilo o puede que solo se hubiera resignado—. Mis padres nunca me pidieron nada cuando supieron que iba a ser profesional. Iba a cuidar de ellos, a comprarles una casa, un coche nuevo, a instalarlos. Lo tenía todo previsto.

Decker ladeó la cabeza.

—Se te da bien hacer planes, ¿verdad?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada. Pero la acusación aportó testigos que dijeron otras cosas acerca de tus padres. Dijeron que querían más dinero del que tú estabas dispuesto a darles.

—Los dos no —repuso lentamente Mars.

—Entonces —terció rápidamente Bogart—, ¿uno de los dos sí? ¿El testimonio era correcto? Porque acaba de decirnos que no le habían pedido nada. ¿Nos ha

mentido?

Mars se humedeció los labios, nervioso.

—Mi padre. Había cambiado mucho durante los últimos meses. Estaba deprimido y se enfadaba con mamá y conmigo por cualquier tontería. Yo creía que estaba perdiendo la cabeza o algo así. Pero supongo que era por el dinero. Imaginó lo mucho que ganaría seguramente con mi primer contrato. Eso fue antes de la norma de los novatos. Había hecho los deberes y si llegaba a lo más alto me esperaba una bonificación de siete millones de dólares. Hace más de veinte años de eso. ¿Sabe de cuánto hablaríamos hoy?

—De más de diez millones quinientos mil dólares —le respondió Decker.

Mars lo miró divertido.

—Cierto. ¿Cómo lo sabes?

—Una suposición afortunada. Y eso era solo la bonificación.

—Así es. Ganabas más durante la duración del contrato, pero la bonificación por firmarlo era la clave. La perspectiva era de un contrato por siete años que habría podido rescindir a los tres. Si me situaba entre los mejores defensas de la temporada y lideraba la liga, habría podido establecer mi tarifa. Es decir, en comparación con el siguiente contrato el primero habría parecido barato.

—Pero no tuviste ocasión —dijo Decker.

—¿Te parece que la tuve? —le espetó Mars.

—¿Qué te dijo tu padre de todo eso?

—Quería que me ocupara de él. Le dije que lo haría.

—¿Pero? —dijo Decker.

—Pero... dijo que lo quería por escrito. Para que fuera, ya sabes, una obligación legal.

Bogart miró a Decker.

—Eso no consta en las transcripciones del juicio.

Decker seguía mirando fijamente a Mars.

—No, no consta. ¿A qué se debe eso, Melvin?

Mars se incorporó.

—Esa fue una de las razones por las que no testifiqué en el juicio. Mi abogado temía que me lo preguntaran y que me viera obligado a contarle.

—A contar ¿qué?

—Que firmé un contrato en el que se estipulaba que el treinta por ciento de mi contrato sería para mis padres.

—¿Y qué fue de ese contrato? —le preguntó Bogart.

—Supongo que ahora ya da igual. —Dejó escapar un largo suspiro—. Me deshice de él.

—¿Cómo? ¿En un incendio? —inquirió Bogart bruscamente.

—¡Eh! Ya sé que no suena bien.

—Eso es quedarse corto —replicó Bogart.

—Agente Bogart —dijo Decker sin apartar los ojos de Mars—, ¿podría dejarnos a solas un momento, por favor?

Daba la impresión de que Bogart diría que no, pero Decker añadió:

—Un pequeño cara a cara de dos antiguos futbolistas, eso es todo.

Bogart se levantó despacio.

—Estaré en el pasillo.

Cuando se cerró la puerta, Decker acercó un poco más la silla y puso las manazas en la barandilla de la cama.

—Vale —dijo Mars—. Ya sé de qué va esto. Has venido para engañarme y asegurarte de que vuelva a la cárcel. Bueno, pues no seguiré hablando contigo a menos que mi abogada esté presente.

—Ya te lo he dicho antes, Melvin, he venido para desentrañar la verdad. Si no mataste a tus padres haré todo cuanto esté en mi mano para demostrarlo y sacarte de la cárcel libre de antecedentes.

—No maté a mis padres, pero he estado en una celda dos décadas preparándome para la inyección letal y luego he tenido que esperar un poco más y volver a prepararme para lo mismo. ¿Sabes lo que es eso?

—Ni mucho menos —dijo Decker.

Mars pareció sorprendido por el comentario. Echó un rápido vistazo a la puerta.

—¿Por qué le has pedido a tu compañero que saliera?

—Me ha parecido que estarías más cómodo hablando conmigo que con el FBI.

—Si tú estás con el FBI.

—Hasta hace dos semanas vivía en un cuchitril de Ohio con sesenta dólares en el bolsillo y poco más futuro que ser investigador privado en casos de porquería. —Tras una pausa, añadió—: Si todavía quieres que venga tu abogada me iré inmediatamente. —Se levantó.

—Espera. Me dijiste que mi caso se parece a uno relacionado con tu familia.

—En algunas cosas, sí.

—¿Qué le pasó a tu familia?

Decker volvió a sentarse.

—Alguien la asesinó. Mataron a mi esposa, a mi hija y a mi cuñado. Encontré los cadáveres una noche cuando volví de trabajar.

Toda la hostilidad desapareció de las facciones de Mars.

—Maldita sea, tío... Lo siento.

—Pasaron unos dieciséis meses sin que hubiera ningún arresto. Luego un tipo entró en una comisaría y confesó.

—Mierda, ¿en serio?

Decker se lo quedó mirando.

—Fue un poco más complicado, pero sí.

—Vale —repuso Mars. Parecía inseguro.

—Pero dimos con los responsables y pagaron por ello.

—¿Están en la cárcel?

—Están en una tumba.

Mars abrió unos ojos como platos.

—Pero eso es agua pasada. Se acabó. Hablemos del presente. De tu presente.

Mars se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga, Decker? Era un negro acusado de asesinar a sus padres, y uno era blanco. Esto es el Sur. Esto es Texas. Todos me querían cuando era una estrella del fútbol. Pero cuando me acusaron me quedé sin amigos. No fui más que un tipo negro luchando por su vida. ¡Dios! En Texas ejecutan a más gente que en ningún otro estado, y la mayoría son negros.

—¿El contrato con tus padres?

—Yo sabía que era inocente, pero le hice caso a mi abogado. Soy bueno conservando el balón y marcando *touchdowns*, tío, pero en esa época no sabía nada de leyes ni de juzgados.

—Así que tu abogado estaba al corriente de lo del contrato.

—Sí, se lo conté. Sin embargo, dijo que no debíamos decírselo a la acusación. Que era cosa suya enterarse.

—Me parece que, técnicamente, es cierto.

—Pero moralmente apesta, diría yo. Quería subir al estrado y contar mi historia. Quería que la gente escuchara mi punto de vista, pero me convenció de que no lo hiciera. Así que no lo hice. De todos modos, perdimos y me jodieron.

—¿Qué hiciste con el contrato?

—Lo tiré al retrete. Pero deja que te diga que no tenía ningún inconveniente en darles ese dinero a mis padres. Iba a ganar muchísimo más. Estaba arreglando contratos de publicidad que me habrían aportado más económicamente que el fútbol.

—Y entonces todo se fue al carajo.

Mars sacudió débilmente la cabeza.

—Más rápido de lo que podía correr las cuarenta yardas.

—Háblame de tus padres.

—¿Qué quieres saber?

—Cosas de su pasado. ¿De dónde eran? ¿En qué parte de Texas nacieron? ¿Eran oriundos de algún otro lugar?

Mars se había quedado perplejo.

—No sé muy bien qué puedo decirte. No hablaban de nada de eso conmigo.

—¿Y de los familiares? ¿Los visitaban ellos o ibais a visitarlos?

—Ni una cosa ni la otra, nunca.

—¿No tenían familia?

—No. No fuimos nunca a ninguna parte ni nadie vino a vernos.

—Eso es poco habitual.

—Supongo, ahora que lo pienso. Pero, simplemente, así era. Y mis padres me mimaban, supongo que dirías tú. Así que era agradable. Me gustaba.

—Háblame de tu padre.

—Un grandullón. De él heredé la corpulencia y la altura. Era fuerte como un buey. Mi madre era alta para ser mujer. Medía un metro setenta y cinco aproximadamente. ¡Y cómo corría! Hacíamos carreras cuando era niño. Era buena esprintando y tenía resistencia. Me estuvo ganando hasta que empecé a ir al instituto.

—Así que la velocidad la heredaste de ella.

—Supongo que sí.

—A lo mejor fue atleta de joven. Puede que tu padre también.

—No lo sé. Nunca me lo dijeron.

—No había fotos de ellos en tu casa. ¿Las hubo alguna vez?

Mars se recostó sobre la almohada.

—No les gustaba mucho que les sacaran fotos. Recuerdo que había una en un estante del salón. Se la tomaron cuando yo iba al instituto. Ninguna más.

Decker lo miraba atentamente.

—¡Eh! —dijo Mars—. Sé que ahora suena raro, pero entonces simplemente era así y ya está, ¿vale? No me lo planteaba siquiera.

—He visto una antigua foto borrosa de tus padres, pero dime qué aspecto tenía tu madre en tu opinión.

La cara de Mars se iluminó con una sonrisa.

—Era muy guapa. Todo el mundo lo decía. Podría haber sido modelo o algo así. Mi padre comentaba que podría haberse casado con un hombre que ganara mucho más que él.

Decker le enseñó el móvil.

—Fotografié esto que había en el armario de tus padres. ¿Tienes idea de lo que significa?

Mars leyó lo que salía en pantalla.

—¿«AC y RB»? Ni idea de lo que significa. ¿Estaba en su armario?

—Sí.

—No sé. Nunca miré en su armario.

—Vale. Tu padre trabajaba en una casa de empeños y tu madre hablaba español y cosía.

—Sí.

—¿Para quién cosía?

—Varias empresas locales necesitaban que les confeccionaran algunas piezas. No pagaban muy bien, pero podía trabajar en casa.

—¿Y el español? ¿Lo enseñaba en una escuela?

—No, no daba clases a niños sino a adultos. Sobre todo a tipos blancos. Mucha gente cruza la frontera para trabajar. Los que los contratan tienen que aprender su idioma para poder decirles lo que deben hacer. Así que mi madre se lo enseñaba.

—¿Y dónde aprendió ella el español? ¿Era su lengua materna?

—No. Bueno, no creo. No era hispana, si te refieres a eso. Era negra. De piel mucho más oscura que la mía. Estoy bastante seguro de que era estadounidense.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Hablaba como los estadounidenses y no tenía acento extranjero.

—¿Aprendiste a hablar el español gracias a ella?

—Un poco, pero solíamos hablar sobre todo en inglés. Mi padre insistía mucho en ello. Éramos estadounidenses, decía. No le gustaba que mamá hablara en español en casa.

—¿Tu madre trabajaba en algo más?

—Sí. La costura y las clases de español no eran demasiado lucrativas. Trabajaba para una empresa de limpieza. Limpiaban edificios de la zona. Además, planchaba. Manejaba la plancha como una profesional, te lo digo yo. ¡Dios! Hasta me planchaba los vaqueros que me ponía para ir al colegio.

—¿Nunca les preguntaste nada acerca de su pasado?

—Recuerdo que una vez me interesé por mis abuelos. Era el día de los abuelos en el cole. Yo iba a tercero. Todos los demás tenían abuelos que vinieron. Le pregunté por los míos a papá. Me dijo que habían muerto, solo eso.

—¿No dijo cómo habían muerto?

Mars golpeó la barandilla de la cama con la mano libre.

—¡Mierda! ¿Qué importa eso? ¿Crees que mi padre mató a sus padres? ¿Crees que yo maté a los míos?

—No, no creo que mataras a tus padres. No sé si tu padre mató al suyo. Pudo haberlo hecho.

Mars iba a decir algo pero se lo pensó mejor. Miró a Decker a los ojos.

—¿Qué demonios significa eso?

—No sabes nada de tus padres, Melvin. No sabes nada de ninguno de tus familiares. Había una sola foto de tus padres en la casa. Nunca te contaron nada acerca de ellos. ¿Por qué crees que no lo hicieron?

—¿Te refieres a que crees que ocultaban algo? —le preguntó lentamente Mars.

—Por lo menos vale la pena investigarlo. Porque si realmente ocultaban algo, alguien podía tener una buena razón para asesinarlos.

—Muy bien. ¿Qué más hemos averiguado acerca de Roy y Lucinda Mars? —preguntó Bogart.

El equipo al completo estaba sentado a una mesa de reuniones de la oficina de alquiler.

Milligan miró de reojo a Decker.

—Vale —dijo—. Tengo que admitir que es un poco sospechoso. No hemos podido encontrar nada sobre ellos. Había números de la Seguridad Social a su nombre, pero cuando indagué no encontré nada más.

—¿Nada? —se extrañó Bogart—. ¿Crees que robaron esos números?

—Es posible. Y tenían permiso de conducir en vigor hace veinte años, pero no encontré nada más sobre ellos.

—Roy Mars tenía un empleo —dijo Jamison—, y Lucinda también. Les descontarían la FICA^[2] de la nómina y presentarían declaraciones de impuestos y todo eso.

—No que nosotros sepamos —dijo Milligan—. La casa de empeños donde trabajaba hace mucho que cerró, pero es posible que le pagaran en efectivo o en especie. Puede que también a su mujer. Además, mucha gente no hace la declaración de impuestos porque no gana suficiente y no tiene que pagar nada.

—Aun así, es obligatorio hacerla —puntualizó Jamison—. No hacerlo es un delito federal.

—Mucha gente lo ignora —retrucó Milligan—, y por lo visto los Mars eran de esos, porque no constan en el IRS^[3]. Y en Texas no hay declaración de la renta.

—¿Y la casa? —preguntó Bogart—. ¿Tenía hipoteca?

—Tampoco. Al menos no la hemos encontrado —dijo Milligan—. Pero en el registro de la propiedad Roy y Lucinda Mars constan como los propietarios de la casa.

—Vale —dijo Bogart—. No tenemos mucho para seguir.

Milligan miró a Decker.

—He hecho algunas averiguaciones. Los policías no han podido decirme quién llamó a emergencias para avisar del incendio. Si alguna vez lo supieron, hace mucho que no está en los archivos. También pregunté por el interior de la casa, por los cuadros que faltaban de la pared y todo eso. Por lo visto cuando tomaron fotos del escenario del crimen no fotografiaron eso, solo los cadáveres.

—Vaya, qué descuidados —opinó Bogart.

—¿Crees que es inocente? —preguntó Milligan.

—Me inclino a pensar que sí —repuso Decker.

—¿Por qué? —inquirió Bogart.

—Por la sangre en el coche. Le di a Mars dos explicaciones plausibles y

exculpatorias de por qué la sangre de su madre estaba en su coche. Ninguna de las dos podía ser refutada por la policía. Una hemorragia nasal o un corte. Rechazó ambas. Dijo que ella nunca había estado en su coche. Alguien culpable se habría aferrado a cualquiera de las dos posibilidades. Melvin no lo hizo.

Los demás se miraron, asimilando lo plausible que era lo que Decker acababa de decir.

—Entonces ¿fue una prueba para Mars? —le preguntó Davenport.

—Y la pasó —dijo Decker—. Al menos por lo que a mí respecta.

Levantó de la mesa unas hojas grapadas.

—Esto es el resto del informe de la autopsia de los Mars. Acaba de llegar del despacho del forense. Lo habían perdido.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Bogart.

—En la primera página del informe dice que es un documento de treinta y seis páginas. Solo había treinta y cuatro. Hice una llamada.

—¿Y hay algo significativo en las páginas nuevas? —dijo Jamison.

—Una cosa. Lucinda Mars tenía un glioblastoma en fase cuatro.

Todos se lo quedaron mirando, estupefactos.

—¿Un tumor maligno en el cerebro? —dijo Davenport.

—Un cáncer terminal, según el informe.

—Melvin nunca lo mencionó —dijo Jamison.

—Tal vez no lo supiera —arguyó Decker.

—¿Qué peso tiene eso en el caso? —dijo Milligan.

—No sé si tiene o no algún peso —repuso Decker—. Se estaba muriendo y alguien va y la mata. —Echó un vistazo a Davenport—. Dejemos esto un minuto y centrémonos en el hijo. ¿Cuál es tu conclusión acerca de su estado psicológico?

Davenport sacó unas notas manuscritas.

—Tiene una inteligencia muy por encima de la media, una mezcla de destrezas académicas y cultura callejera. Se graduó en la universidad poco después de especializarse en empresariales. No es ningún estúpido. Es interesante su modo de ser. Es reservado pero luego se abre de repente, como cuando afirma categóricamente que es inocente y que está siendo injustamente perseguido.

—No es lo habitual en alguien que ha pasado dos décadas en la cárcel —comentó Bogart—. Ha aprendido a usar el sistema.

—Puede ser —dijo Davenport—. Ya lo he visto otras veces, por supuesto, pero en el caso de Mars es diferente, aunque no sé por qué exactamente. Quiere desesperadamente saber más del tal Charles Montgomery. Quiere enterarse de los detalles que supuestamente Montgomery conoce y que lo relacionarían con los asesinatos. Teme que las autoridades traten de relacionarlo a él con Montgomery en una especie de asesinato por encargo. Está convencido de que, a pesar de que es inocente, no saldrá de la cárcel. De hecho, lo suyo es casi una paranoia.

—Bueno, teniendo en cuenta de que han estado a punto de ajusticiarlo en la

cárcel, no creo que su paranoia sea injustificada precisamente —comentó Decker, ganándose una mirada virulenta de Davenport.

—Si Mars lo hubiera contratado para asesinar a sus padres hace veinte años, ¿por qué iba Montgomery a confesar ahora, justo antes de que ejecutaran a Mars? —preguntó Jamison.

—La elección del momento es bastante... —empezó a decir Davenport.

—Oportuna —terminó por ella Decker.

—¿Así que creéis que estaba todo planeado? —dijo Bogart—. ¿Que lo planeó Montgomery?

Decker cabeceó.

—Está en el corredor de la muerte de la penitenciaría de Alabama. ¿Cómo podía saber siquiera que iban a ejecutar a Mars?

Los demás lo miraron con cara de póquer.

—Por lo tanto, tenemos que oírlo directamente de la boca de Montgomery —añadió él.

—¿Crees que te dirá la verdad? —le preguntó Davenport, mirándolo fijamente—. ¿Las últimas palabras de un condenado?

—Ni mucho menos —repuso Decker.

El Correccional Holman, inaugurado en 1969, estaba lleno hasta los topes. Albergaba a muchos más reclusos de los que cabían en él. Situado en el sur de Alabama, donde en verano la temperatura llegaba a superar los treinta y ocho grados, no disponía de aire acondicionado en las instalaciones y dependía de los ventiladores industriales para mover el aire caliente.

Apodada la Carnicería del Sur debido a su fama de violencia interna y el Pozo por su situación geográfica en el apéndice meridional de Alabama, Holman albergaba el corredor de la muerte de ese estado.

Decker y el resto del equipo habían viajado en un avión de pasajeros. Todos llevaban cortavientos y tarjetas de identificación prendidas en la americana.

Mientras caminaban hacia la entrada principal de la cárcel, la cartera le iba golpeando el muslo a Bogart.

Pasaron el control de seguridad después de que este, Decker y Milligan entregaran las armas, y fueron escoltados hasta la sala de visitas por uno de los guardias.

—Háblenos de Montgomery —le pidió Decker al funcionario mientras iban hacia allí.

—Es un solitario. No da problemas. No molesta a nadie y nadie lo molesta. Es raro, me parece a mí.

—¿Qué es raro?

—Bueno, en Alabama puedes elegir cómo van a ejecutarte. Y Montgomery es el único que yo conozca que ha preferido la silla eléctrica a la inyección letal. ¿Por qué iba alguien a preferir que lo frían a dormirse pacíficamente?

Bogart y Decker se miraron y siguieron caminando. Al cabo de poco estaban sentados en una habitación delante de un Charles Montgomery atado de pies y manos mientras dos guardias vigilaban al fondo.

Montgomery era blanco, medía poco más de un metro ochenta y dos de estatura y acababa de cumplir setenta y dos años. En la parte superior izquierda de la cabeza afeitada se le notaba claramente una hendidura. Tenía los ojos castaños, la dentadura regular pero manchada de nicotina, y el cuerpo, en otros tiempos fuerte, un tanto flojo. Tenía los brazos musculosos y profusamente tatuados y llevaba agujeros en las orejas, aunque no se había puesto ningún *piercing*.

Los miró a los ojos, empezando por Bogart, de izquierda a derecha y a la inversa. Luego se miró las manos esposadas.

—Señor Montgomery, soy el agente especial Bogart, del FBI. Estos son mis colegas. Hemos venido para hablar con usted acerca de su reciente confesión de los asesinatos de Roy y Lucinda Mars en Texas.

Montgomery no alzó la vista.

Bogart miró de reojo a Decker antes de proseguir.

—Señor Montgomery, nos gustaría que nos contara usted mismo los detalles de la noche en que supuestamente mató a los Mars.

—De supuestamente nada —repuso secamente Montgomery—. Ya se lo conté a ellos.

Su tono no era hostil sino palmario.

—Se lo agradezco, pero necesitamos que nos lo cuente también personalmente.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Montgomery, todavía mirándose las manos.

Decker había estado observándolo, fijándose en los pequeños detalles de su aspecto y su actitud.

—¿Fue una paliza aquí —le preguntó— o en Vietnam?

Montgomery alzó la vista. En aquella mirada inexpresiva se hizo evidente que el condenado era alguien muy peligroso.

—¿Qué? —inquirió.

Decker se tocó la parte superior izquierda de la cabeza.

—Le falta un pedazo de cráneo a juzgar por esa hendidura. ¿Fue en una pelea? ¿Lo hirieron en combate? Sirvió en Vietnam.

—Un proyectil de mortero estalló a seis metros de mí. Mi compañero murió. A mí me agujereó la cabeza.

—En su expediente pone que estuvo en el Ejército —comentó Bogart.

—En el primer batallón del octavo de infantería, en Fort Riley —recitó mecánicamente Montgomery.

—Después de la guerra, ¿cuándo regresó a Estados Unidos?

—En mil novecientos sesenta y siete, me licenciaron un mes después.

—¿No quería ser militar de carrera? —le preguntó Decker.

Montgomery lo miró con hosquedad.

—Sí, era muy divertido.

Bogart sacó un expediente de la cartera.

—Entonces ¿estaba en Texas cuando asesinaron a los Mars?

—Tenía que estar, puesto que los maté.

—Vamos a eso. ¿Cómo fue?

Montgomery lo miró, impaciente.

—Está todo en ese expediente que tiene. Así que ¿por qué voy a contárselo?

—Intentamos confirmarlo todo, simplemente. Y nos gustaría escuchar su relato.

Para eso hemos venido.

—¿Y si no quiero decir nada?

—No podemos obligarlo a hacerlo —terció Decker—. Sin embargo, nos hemos estado preguntando por qué, para empezar, confesó usted.

—¿Sabe la sentencia que me han impuesto?

—Sí.

—Entonces ¿qué más daba? Descargué la conciencia. A lo mejor me ayudará con Dios en la otra vida.

—Eso lo entiendo, pero para excarcelar al señor Mars tenemos que confirmar su historia. El FBI podrá hacerlo más rápido que la policía del estado. Así que, si todos queremos lo mismo, ¿por qué no cooperamos?

—Me parece demasiado gordo para ser del FBI.

—Conmigo han hecho una excepción.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gusta llegar a la verdad. ¿Puede ayudarme a hacerlo?

Montgomery dejó escapar un largo suspiro de resignación.

—¿Y qué más da? Vale. —Se frotó la cara con las manos esposadas y se arrellanó en el asiento.

—¿Ha oído hablar del TEPT, el trastorno por estrés postraumático?

Decker asintió.

—Bueno, nunca me hicieron las pruebas para ver si lo padecía, pero lo padecía. Y toda la porquería que ardía por allí. Munición, armas químicas. La mierda de agente naranja que arrojaron por encima de nuestras putas cabezas... ¿Y quién coño sabe lo que el Vietcong nos lanzaba? Respirábamos todo eso un día sí y otro también. Me ponía enfermo. Me extraña que no me causara un cáncer. Luego ese proyectil de mortero me estalló muy cerca. —Se indicó la cabeza con un tintineo de esposas—. Tuvieron que extirparme un pedazo de cráneo. Puede que incluso una parte del cerebro. ¡Mierda! Los del Departamento de Veteranos no me lo dijeron. Entonces empezaron los dolores de cabeza.

—Le impusieron el Corazón Púrpura —comentó Bogart.

—¡Menuda mierda! Eso fue todo lo que conseguí.

—Así que empezó a tener dolor de cabeza —dijo Decker.

—Sí. Y en el Departamento de Veteranos no quisieron saber nada. No me dieron

tratamiento alguno. Sin embargo, intenté seguir con mi vida. Me casé, traté de conservar el trabajo, pero no pude. El dolor nunca cesaba y, cuando los médicos no quisieron extenderme más recetas, me encargué yo mismo del asunto.

—¿Quiere decir de conseguir drogas? —le preguntó Davenport—. ¿Para el dolor?

—Sí. Al principio poca cosa. Conseguía dinero para conseguir drogas. Luego empecé a conseguir las de quienes sabía que las tenían. Pasé del intermediario para ir a la fuente. —Sonrió de un modo que ponía los pelos de punta—. El Ejército me enseñó a ser eficaz.

—Las drogas que seguramente tomaba son muy adictivas. ¿Se enganchó y no pudo parar? —preguntó Davenport.

—Sí. Era un completo yonqui. Hacía lo que fuera para conseguir más.

—¿Qué pasó luego? —le preguntó Decker.

—Fue como una bola de nieve. Era otra persona. Hice cosas que nunca había hecho. Hice daño a gente, robé. Todo me daba igual. Me trincaron unas cuantas veces por poca cosa, pero nunca llegaron a encerrarme. Pero mi primer matrimonio se acabó y perdí el trabajo, la casa, todo. Entonces empecé a viajar por el país, intentando dejar de tener dolor de cabeza.

—¿Y cómo llegó a toparse con los Mars?

Montgomery agachó de nuevo la cabeza, apretando entre sí los pulgares, con el ceño fruncido.

—Verá, yo no sabía que se llamaban así, al principio no.

—Cuéntenos lo que pasó esa noche —le pidió Decker.

—Llegué a la ciudad la noche anterior. Iba de paso. No conocía a nadie ni nadie me conocía a mí. Era un poblacho de un solo semáforo.

—¿Ha dicho la noche anterior? ¿Se alojó en alguna parte? —le preguntó Bogart.

Montgomery lo miró enojado.

—¿Y con qué habría pagado? No llevaba ni un céntimo. Ni siquiera calderilla. Tenía hambre, pero tampoco podía comprar comida. Mucho menos costearme una habitación. Dormí en el coche.

—Prosiga —le dijo Decker.

—Pasé por delante de esa casa de empeños al día siguiente. Estaba en el centro. Al principio no pensé nada, pero luego se me ocurrió una idea. Entré, con idea tal vez de empeñar algo. Tenía mis medallas y una vieja pistola reglamentaria. Si las empeñaba, podría conseguir algo de comer. Además, llevaba el depósito casi seco. Así podría llenarlo y dirigirme hacia el siguiente pueblo de mala muerte. Sea como sea, había un tipo en la tienda. Un tipo alto y blanco.

—Era Roy Mars —dijo Jamison—. Trabajaba allí.

Montgomery asintió en silencio.

—Pero entonces yo no sabía que se llamaba así. Saqué las cosas y se las enseñé. Me dijo que no le interesaba esa porquería. Dijo que había muchos exmilitares en Texas y me indicó una caja llena de pistolas y de viejas medallas que los tipos habían

empeñado y por las que no habían vuelto.

Bogart y Decker intercambiaron una mirada.

Montgomery siguió hablando.

—Sea como sea, eso me enfureció. Le pregunté al tío si él era veterano y me dijo que no era asunto mío y que si quería limosna me había equivocado de sitio porque ellos apenas se ganaban la vida. Entonces se abrió la puerta y entró otro cliente. Me quedé esperando en un rincón. Cuando el tipo abrió la caja registradora vi todo el dinero que contenía. Entonces supe que me había mentado. Tenía dinero. No iba solo tirando. Eso me enfureció todavía más.

—Y entonces ¿qué hizo? —le preguntó Bogart.

—Volví al coche y esperé. En el Ejército se aprende a ser paciente. Estaba vigilando al tipo y me daba igual lo que tardara. Cerró la tienda a las nueve, subió al coche y se marchó. Lo seguí. Llegó a su casa, que estaba en medio de ninguna parte. No había otras viviendas cerca. Eso me convenía. Entró. Estacioné y me apeé del coche.

—¿Qué coche conducía? —le preguntó Decker.

—Un Pontiac V-ocho Gran Prix del '77. Un cacharro herrumbrado, azul marino, grande como una casa. Puedes aterrizar un helicóptero en el puto capó.

—Me sorprende que lo recuerde tan bien.

—Viví en ese coche cerca de un año.

—¿Era suyo? —le preguntó Decker.

Montgomery alzó la vista hacia él.

—Lo robé en alguna parte y en Tennessee cogí las placas de matrícula de otro embargado. No recuerdo dónde.

—Así que estuvo esperando fuera de la casa —dijo Decker.

—Eso es. La vigilaba. Otra vez, como me enseñaron en el Ejército. Miré por dos ventanas sin que me vieran. Solo estaban ellos dos. Él y, supuse, su mujer. Recuerdo que era negra, lo que me sorprendió, porque él era blanco.

—Vale —dijo Decker—. ¿Y luego qué?

—Esperé hasta las once y media o un poco más tarde.

—¿Está seguro?

Montgomery lo miró sorprendido.

—Sí. ¿Por qué?

—Quiero confirmar los datos. Adelante, siga.

—Entré por la puerta trasera. No estaba cerrada. Llevaba el arma en la mano.

—¿Qué clase de arma? —le preguntó Bogart.

—Mi arma reglamentaria, la que había querido empeñar.

Decker asintió.

—¿Y luego qué?

—No estaban en la planta baja. Había visto apagarse las luces y luego encenderse las del piso de arriba, pero no sabía en qué habitación estaban. Entré en un

dormitorio, pero no había nadie. Carteles de chicas en las paredes, cosas de atletismo por todas partes. Supuse que era la habitación de su hijo. Me preocupaba que el chico estuviera durmiendo en su cama, pero no.

—¿Fue entonces cuando la vio? —le preguntó Decker.

Jamison y Davenport lo miraron fijamente.

Montgomery se humedeció los labios, asintiendo.

—Sí. La escopeta estaba en un estante, en la pared. Pensé que si iba a hacer aquello no podía usar mi arma reglamentaria. Podía llevarlos hasta mí, ¿sabe?, la balística y eso.

—No si no tenían su arma —puntualizó Bogart.

—Sí, pero podían arrestarme y entonces iban a tenerla —replicó Montgomery.

—Adelante, siga —le pidió Decker.

—Cogí la escopeta, encontré munición para ella en un cajoncito del estante y la cargué. Luego entré en su dormitorio. Estaban acostados, durmiendo, pero los desperté. Estaban aterrorizados. El hombre me reconoció. Le dije que quería el dinero de la caja de la casa de empeños. Si me lo daba, lo dejaría vivir. Dijo que era imposible porque el propietario se llevaba la recaudación todas las noches y la ingresaba en el cajero nocturno del banco. Eso me sacó de quicio. Verá, creía que el dueño era él, pero no era más que un empleado sin importancia. Eso sí, me había hablado con prepotencia, como si fuera el dueño del maldito negocio. No me gusta que me mientan. No sienta bien que te mientan. Habría apostado a que el hijo de puta nunca había llevado uniforme. ¿Y me miraba por encima del hombro? ¿Me decía que no iba a darme limosna? —Montgomery cabeceó. Una negativa categórica—. ¿Quién diablos se creía que era? No iba a consentírselo. Le pegué un tiro. Su mujer gritaba. No podía dejarla con vida, ¿verdad? Así que también le disparé. —Calló de repente y miró a Jamison y a Davenport.

—¿Qué pasa? —le preguntó Decker.

—No me gustó cargarme a la mujer, pero tuve que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Había matado gente. En el campo de batalla y fuera de él. Pero nunca había matado a una mujer hasta entonces. Fue culpa de él, no de ella.

—¿Y qué hizo luego? —le preguntó Decker, disimulando su desagrado por el hecho de que aquel hombre echara la culpa del asesinato de Lucinda Mars a su marido.

Milligan estaba ocupado anotándolo todo en su tablet, pero no por eso parecía menos afectado por lo que oía.

—Me entró el pánico. Recibes una descarga de adrenalina mientras lo haces, pero cuando lo has hecho es como cuando bajas de un chute de *crack*. Te derrumbas. Lo primero que se me ocurrió fue huir, pero cuando miré los cadáveres se me ocurrió otra cosa. Mientras vigilaba la casa había echado un vistazo al garaje y había visto la lata de gasolina. Corrí a buscarla, los rocié de gasolina y les prendí fuego.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Bogart.

—Me pareció... —Vaciló—. Me pareció que si tanto ellos como la casa se quemaban a lo mejor creerían que habían muerto en el incendio y no que alguien los había matado a tiros.

—¿Qué hizo con la escopeta? —le preguntó Decker.

—La dejé otra vez en el estante.

—¿Y luego se marchó?

—Sí. Me metí en el coche y me fui cagando leches.

—¿Vio algún otro vehículo mientras se alejaba? —inquirió Decker.

Montgomery negó con la cabeza.

—Tenía la mente tan hecha polvo por entonces que podría haber pasado junto a un convoy de tanques del Ejército sin verlos.

—¿Llevaba guantes? —preguntó Decker.

—¿Guantes?

—Cuando cogió la escopeta.

—¡Ah, sí! Llevaba. No quería dejar huellas. Estaba en el Ejército. Me tenían fichado. —Miró a Decker y, tras una pausa, añadió—: Y eso es... todo.

—Todo no.

—¿Cómo supo de Melvin Mars?

—¡Ah, eso! —dijo Montgomery, como si tal cosa—. No fue hasta el año pasado. Yo estaba aquí, en la cárcel. Un tipo me habló de Mars. Dijo que se lo había contado uno de Texas.

—Ese tipo de Texas, ¿tiene nombre? —le preguntó Bogart.

—Donny Crockett —contestó inmediatamente Montgomery.

—¿Y dónde está ahora?

—En un ataúd. También estaba en el corredor de la muerte. Lo ejecutaron hace cuatro meses.

Bogart y Decker se miraron. Davenport siguió mirando a los ojos a Montgomery.

—¿Por qué le habló de Melvin Mars? —le preguntó.

—¿No lo sabe? —Montgomery sonrió apenas—. Jugué al fútbol en Ole Miss. Era defensa. Eso significa que golpeaba con el cuerpo el cuerpo de otros todo el partido para que el corredor quedara bien. Nunca jugué contra Mars, porque yo era mucho mayor, pero oí hablar de él después. No lo relacioné con lo que había hecho en Texas, pero cuando mi compañero me contó los detalles, hice que mi mujer lo buscara en Google. Cuando vi las fotos de los padres supe que eran los que había matado yo.

—¿Y por qué decidió contarlo? —le preguntó Decker—. ¿Para que Dios fuera benevolente con usted?

Montgomery se encogió de hombros.

—Mire, de todos modos voy a morir. Me arruiné la vida. Ese tal Mars ha perdido mucho por mi culpa. Supongo que intento reparar el daño. Hacer una cosa buena antes de que me den la patada. —Calló y miró a Decker inquisitivamente—. Van a soltarlo, ¿verdad? No mató a sus padres. Lo hice yo.

—Ya veremos —repuso Decker—. Por esa razón hemos venido.

—Conté a los agentes locales todo lo que sabía de la casa y demás. Les di detalles que no revelaron al público. Fui yo. ¿Qué más puedo decir?

—Creo que ha dicho mucho —repuso Decker.

—¿Y jamás conoció a Melvin Mars? —dijo Bogart.

Montgomery negó con la cabeza.

—No, señor, nunca lo conocí. Si hubiera estado en la casa esa noche, también lo habría matado.

Todos se quedaron callados. Decker estudiaba atentamente a Montgomery y Bogart leía unas anotaciones. Jamison y Davenport observaban a Decker.

—Entonces ¿al final volvió a casarse? —dijo por fin este último.

Montgomery asintió.

—Un par de años después. Ya tenía cincuenta y pico, pero Regina era veinte años más joven. Así que tuvimos un hijo. Intenté sentar cabeza y estar limpio, pero no pude. —Volvió a señalarse la cabeza—. El dolor volvió. Constantemente tenía jaqueca. Volví a engancharme. Hice desastres. Regina se llevó a nuestro hijo. Empecé a atracar bancos y a vender drogas. Asesiné a un par de tipos con los que tenía negocios. Luego maté a un policía. Por eso estoy aquí.

—¿Dónde vive su actual esposa? —le preguntó Decker.

Montgomery enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Tenemos que hablar con ella.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Forma parte de la cadena. Tenemos que revisar todos y cada uno de los eslabones.

Montgomery se lo pensó un momento antes de responder.

—Vive a unos treinta y dos kilómetros de aquí. Tienen su dirección los de la prisión. Se mudó allí cuando me trasladaron a este sitio.

—¿Y cuánto tiempo llevan casados?

—Dieciocho años, más o menos. Creo que he estado en la cárcel los últimos nueve. Como le he dicho, me dejó cuando perdí el control. Maldita sea. Tommy no era más que un crío. Cuando me condenaron a muerte, sin embargo, vino a verme a la cárcel. No llegamos a divorciarnos legalmente. Supongo que yo le daba lástima.

—¿Cuántos hijos tienen? —le preguntó Decker.

—Tommy es nuestro único hijo. Vive con su madre, pero nunca viene aquí. No se lo reprocho. Fui un padre ausente, así que ¿por qué debería ser él un hijo presente? Es un jugador de fútbol muy bueno, por lo que ella me cuenta.

—¿Lo visita a menudo? —le preguntó Davenport.

Montgomery la miró a los ojos.

—Todas las semanas, como un reloj.

—Qué bien —comentó Davenport.

Montgomery la miró con recelo.

—¿Alguien más lo visita? —le preguntó Decker.

—No tengo a nadie más.

—¿Ningún abogado ni nada?

—Lo intentaron y fracasaron. Y se fueron.

—¿La fecha de su ejecución es...? —le preguntó Decker.

—Dentro de tres semanas contando desde ayer.

—¿Por qué ha elegido la silla eléctrica en lugar de la inyección letal? —le preguntó Davenport.

Todos la miraron.

Montgomery sonrió.

—Imagino que para ir al sitio al que iré es mejor estar acostumbrado al calor. ¿Y por qué no irse haciendo ruido?

—¿Qué planes tiene su mujer para cuando usted ya no esté? —le preguntó Decker.

—Empezar de cero en otra parte.

—Bien. Le diremos que le manda saludos cuando la veamos.

—Estoy haciendo lo correcto, ¿verdad? —inquirió nervioso Montgomery.

—No me corresponde a mí decirlo —repuso Decker—. Una cosa más. ¿Les robó dinero u otra cosa a los Mars?

Montgomery lo miró fijamente, con recelo.

—No. ¿Han dicho eso los policías?

—¿Cometió algún otro delito mientras estuvo en el pueblo? —le preguntó Decker.

—No. Ya se lo he dicho. Los maté y salí corriendo.

—Así que no se quedó por los alrededores para hacer algún trabajo ni nada.

Montgomery miró a Decker como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Después de matar a dos personas?

—Así que no.

—¡No! ¡Maldita sea!

—¿Y cuánta distancia recorrió en coche cuando se marchó del pueblo?

—No lo sé.

—¿Recuerda alguna ciudad?

Montgomery reflexionó un momento.

—Puede que Abilene. Sí, eso es. Tomé la Interestatal 20 en dirección Este. Directamente hacia Abilene.

—Eso son, ¿cuántos?, ¿doscientos noventa kilómetros? ¿Un viaje de tres horas?

—Más o menos, supongo. Sí.

—Vale, gracias.

Cuando se disponían a irse, Montgomery los llamó.

—¿Pueden decirle al señor Mars que lo siento?

Decker se volvió hacia él.

—Realmente, no me parece buena idea.

Fueron directamente a casa de Regina Montgomery, que, tal como su marido había dicho, estaba a unos veinte minutos de la cárcel.

Amenazaba lluvia y, puesto que la temperatura estaba descendiendo, quizás incluso iba a nevar un poco, aunque en contadas ocasiones lo hacía en aquella zona de Alabama.

Bogart conducía y Decker iba a su lado. Davenport, en el asiento posterior, anotaba algo en la tablet. Milligan, a su derecha, hacía otro tanto en la suya. Jamison iba sentada a su izquierda.

—Es un tipo siniestro —dijo esta última.

—Bueno, al menos la gente no tendrá que volver a preocuparse por su culpa —comentó Bogart.

—¿Creéis que fue por la herida de la cabeza que hizo todo lo que hizo? —preguntó Jamison.

—No lo sé —le respondió Bogart—. Por lo que a la ley respecta, tanto da si fue o no por la herida.

—Supongo —dijo ella, sin demasiado convencimiento.

—Lisa, ¿qué opinión te merece a ti? —le preguntó Bogart, mirándola por el retrovisor.

Ella alzó la vista de la tablet.

—En líneas generales, el tipo dice la verdad. Evidentemente, es muy desconfiado, pero también parece sinceramente arrepentido. Además, si sufría síndrome por estrés postraumático y la herida de la cabeza le dañó áreas fundamentales del cerebro, sus últimos actos tendrían sentido.

Vio que Decker miraba por la ventanilla, sin prestar atención a lo que ella estaba diciendo.

—¿Tú qué opinas, Amos? —le preguntó.

Como él no le respondió, se inclinó hacia delante y le tocó el hombro.

Decker dio un respingo y volvió la cabeza hacia ella.

—Lo siento —se disculpó Lisa—. Te preguntaba qué opinas de Montgomery.

—Me parece más importante lo que opinamos todos de Regina Montgomery.

—¿Y eso por qué? —le preguntó ella, confusa—. Recuerdo que dijiste que teníamos que enterarnos de si Montgomery tenía familia.

—Y espero que estemos a punto de obtener una respuesta.

Regina Montgomery vivía en una casa de la hilera de vetustos dúplex a los que parecían faltarles poco más que unos cuantos clavos oxidados y unos cuantos agujeros de termita para derrumbarse. En el jardincito delantero, donde no crecían siquiera los yerbajos, había un viejo Buick de color crema con el capó de piel de imitación hecho jirones. Toda la zona estaba muy deteriorada. A lo lejos oyeron el silbido de un tren de mercancías.

Empezó a lloviznar mientras se acercaban a la puerta principal, que tenía un cristal piramidal rajado a la altura de los ojos.

Bogart llamó a la puerta con los nudillos.

—La casa de al lado parece abandonada —comentó Davenport.

—La mitad de las casas de por aquí lo parecen —dijo Bogart.

Oyeron pasos acercándose y se abrió la puerta.

Regina Montgomery era de estatura media, delgada, con el pelo más blanco que castaño. Llevaba unos vaqueros desteñidos, zapatos planos y un jersey con manchas en la cintura.

Se identificaron y la mujer los invitó a pasar.

La sala era pequeña, con pocos muebles, baratos y descuidados. Los acompañó a la cocina, quitó una cuantas cajas y papeles amontonados de las sillas y les indicó que se sentaran a la mesita del centro. Solo había cuatro, así que Milligan y Davenport se quedaron de pie.

Regina los miró nerviosa antes de dirigirse a Bogart, que le había enseñado la placa del FBI en la puerta.

—¿Qué quieren de mí? —le preguntó sin rodeos.

—Hacerle unas cuantas preguntas, eso es todo. Hemos hablado con su marido.

—Entonces sabrán, aunque es verdad que no llegamos a divorciarnos, que llevamos mucho tiempo sin vivir juntos. Lleva años en la cárcel.

—Pero sigue siendo legalmente su marido.

—Sí.

—¿Cuándo se enteró usted de que seguramente asesinó a Roy y Lucinda Mars?

Regina se apoyó en el respaldo, concentrada.

—Cuando fui a la cárcel a visitar a Chuck.

—¿Se acuerda de la fecha?

—No, no exactamente. Pero voy todas las semanas. Déjeme pensar. —Cogió un paquete de cigarrillos de la mesa, encendió uno y soltó el humo por la nariz—. Puede que fuera hace un par de meses o así —dijo, al cabo de un momento—. Tal vez, porque no estoy completamente segura.

—¿La sorprendió eso? —le preguntó Bogart.

—¿Qué? ¿Que hubiera asesinado a alguien? No, por Dios. Sabía que podía ser violento. Había asesinado a otras personas. Por eso van a ejecutarlo. Mató a un policía de Alabama. Por algo así no te escapas de la maldita pena de muerte.

—Según dice, le pidió a usted que buscara el caso de los Mars en Internet para asegurarse de que estaba en lo cierto —apuntó Bogart.

—Sí. Fui a la biblioteca, porque no tengo ordenador. Imprimí sus fotos y algo de información y se lo llevé todo a la cárcel. Los reconoció de inmediato.

—¿Le sugirió usted que se lo contara a las autoridades?

Ella negó con la cabeza.

—Eso fue idea de Chuck, aunque a mí me pareció que era lo correcto. Un modo

de, ya sabe, enmendar un poco lo que había hecho.

Decker echó un vistazo a su alrededor, fotografiando mentalmente todo lo que veía.

—Cuando ejecuten a su marido, ¿qué planes tiene?

Ella soltó un bufido.

—No tengo nada. Vivo aquí y casi no me llega ni para pagar el alquiler. Además de trabajar en el supermercado tengo otro trabajo en el MacDonald's que hay calle abajo.

—¿Su hijo vive con usted? —le preguntó Decker.

Ella asintió en silencio.

—Tommy. Es un buen chico. Lo hará bien.

—Su padre dice que es bueno jugando al fútbol.

Regina asintió de nuevo.

—Lo es, sí.

—¿Nunca visita a su padre?

La mujer lo miró iracunda.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Ha estado bien por su parte quedarse cerca de su marido todo este tiempo —comentó Jamison.

—Tuvimos una buena época. Breve pero buena. Además, es el padre de Tommy. Y culpo al maldito gobierno. Chuck luchó por su país, le quitaron un pedazo de cabeza y ¿qué hicieron por él? Nada. Eso sí que es un puto crimen, si quiere saberlo.

—Creo que hay mucha gente que estaría de acuerdo en eso —comentó Davenport.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda decirnos? —le dijo Bogart.

—No sé nada más. —Consultó el reloj de pulsera—. Tengo que irme a trabajar. Dentro de veinte minutos empieza mi turno.

Los acompañó hasta la puerta y la cerró en cuanto salieron.

Bogart miró a Decker.

—Vale. ¿Ahora qué?

—Ahora iremos a ver a los Howling Cougars.

La lluvia caía con más ganas mientras iban hacia el instituto que Decker había localizado en el móvil.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió Bogart.

—Has mencionado a los Howling Cougars, ¿no? —dijo Davenport.

Decker asintió.

—En las fotos que hay en casa de Regina Montgomery su hijo lleva el jersey de fútbol de los Howling Cougars.

—Vale. Así que quieres hablar con él. Pero es que nunca visita a su padre —acotó Jamison.

—No es de su padre de lo que quiero hablar con él.

Bogart aparcó en el estacionamiento de las visitas y entraron en la oficina del instituto. Al cabo de unos minutos el vicedirector los acompañó al gimnasio.

—Tommy ya no tiene más clases hoy —les dijo el hombre mientras recorrían el pasillo—, pero el equipo está entrenando en el gimnasio.

—¿No ha terminado la temporada de fútbol? —le preguntó Bogart.

El vicedirector sonrió.

—Esto es Alabama. La temporada de fútbol nunca acaba del todo. Además, este año hemos ganado el campeonato. Los chicos quieren repetir el año que viene. Simplemente, se entrenan un poco más.

Los dejó en el gimnasio después de hablar con el entrenador, que les presentó a Tommy Montgomery al cabo de un momento.

Era un chico guapo, más alto que su padre, ancho de hombros, con los brazos fuertes y las piernas aún más fuertes.

Los miró con cara de pocos amigos.

—Dice el entrenador que están aquí por lo de mi viejo.

—Así es —dijo Bogart.

—No tengo nada que decir sobre él, porque no lo conozco. Nunca estuvo. Me alegraré cuando acaben con él. Entonces estará para siempre fuera de mi vida.

Decker miró a los demás jugadores, que ensayaban formaciones.

—¿En qué posición juegas? —le preguntó Decker.

Tommy lo miró.

—¿Por qué? ¿Sabe algo de fútbol?

—Un poco. Eres demasiado pequeño para la línea O o la línea D. Para ser apoyador, también. Pero tienes los brazos y las piernas largos y las pantorrillas duras como piedras; arañazos en los muslos y los dedos de las manos callosos. Tocas mucho el balón y corres más lejos de la línea de ataque. Eres apoyador o esquinero o receptor.

Tommy lo estudió con otra cara.

—Usted ha sido jugador. Soy esquinero.

—Decker, aquí donde lo ves, jugó para la Universidad de Ohio y luego con los Browns de Cleveland.

Tommy se quedó con la boca abierta.

—¡Vaya! ¿En serio?

—¿Cuál es tu mejor *running play*?^[4] —le preguntó Decker.

—Lo llamamos «el petardo». Simular ir hacia el hueco «A» para el defensa, lanzar hacia mí por la banda izquierda. Recorto hacia el hueco «B» y luego regateo para despejar la línea y dejo que el ala cerrada haga un recorte al defensa, choco con el esquinero y adiós. Todo bien durante al menos diez yardas hasta que me placan. La ejecutamos en tercera y larga porque el paquete no está amontonado y el secundario está jugando a cubrir: vamos a pasar.

—No he entendido una sola palabra —comentó Davenport, perpleja.

—Por si te hace sentir mejor, yo tampoco —le dijo Bogart.

Decker miraba a los jugadores ensayando una formación para una jugada.

—Así que, evidentemente, tú ejerces presión por ese lado si tu trabajo es superar al defensa.

—Sí —repuso Tommy—. Bloqueador.

—Bien, pero no lo utilizáis adecuadamente. —Volvió a mirar a Tommy—. Está bien, dile a tu entrenador que cancele el regate. El derribo habría paralizado al liniero interior, de todos modos, así que no pierdas el tiempo. Quieres pasar por el hueco «B» a toda velocidad. Deja que el placador de la izquierda caiga para sellar ese extremo, el alero vuelve para superar al defensa, lo que permite que el extremo apretado se suelte, y tú lo persigues por el campo. Él empuja con el hombro izquierdo al que asegura si intenta levantarse y hacer una jugada, y lo obliga a ir hacia el exterior mientras tú empujas con todas tus fuerzas hacia el interior. Si el esquinero no está muy bien protegido, seguramente ya habrá desplazado hacia el exterior a causa del lanzamiento, y tendrás un receptor bloqueándolo. Con ese empuje suficiente, estarás libre mucho más de diez yardas. Quizás en la zona de anotación si eres lo bastante rápido.

Tommy sonreía de oreja a oreja.

—¡Caray, tío! Gracias.

—De nada. ¿Te han ofrecido alguna beca?

—Empezaron cuando era estudiante de primer año. El año que viene seré estudiante de último grado y ya me han hecho tres ofertas, dos de primer defensa y otra de segundo defensa.

—Estupendo. Qué bien. Mira, hemos hablado con tu madre. De tu futuro. Cuando tu padre haya... —Decker calló, mirando esperanzado a Tommy.

—Sí.

—Y dentro de un año tú te habrás ido. Espero que ella sea capaz de llegar a fin de mes.

—¡Oh!, estará bien, con el dinero y eso.

Bogart iba a decir algo, pero Decker se le adelantó.

—Qué bien, lo del dinero. Había empezado a contárnoslo, pero ha tenido que irse a trabajar.

—Sí, es un montón de dinero. Le bastará para estar bien.

—Eso nos ha dicho. ¿Sabes de dónde ha salido?

—Del seguro. La escoria de mi padre tenía un seguro de vida. Ya ves.

—¿Y paga aunque muera ejecutado? —le preguntó Bogart.

—Sí. Supongo. Eso dice mi madre.

—Así que un montón de dinero —dijo Decker—. ¿Sabes cuánto?

—No. Exactamente, no. Pero ella dice que se mudará cuando me gradúe y se instalará cerca de la universidad a la que vaya. Va a comprarse una casa y no tendrá que trabajar. —Tras una pausa, añadió—: Es que... Siempre la he tenido, ¿saben?

Muchos chicos seguramente no quieren tener a su madre cerca cuando van a la universidad, pero... Ha sido duro, ¿saben?, y ella es... ¿Entienden lo que digo? —terminó, un poco avergonzado.

—Te entiendo perfectamente —dijo Decker—. Buena suerte con tu carrera como futbolista. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Y nunca embistas con la cabeza. No merece la pena.

Dejaron a Tommy en el gimnasio y volvieron al coche.

—¿Cómo lo has sabido, Decker? —le preguntó Davenport.

—¿Cómo he sabido qué?

—Que Regina Montgomery iba a forrarse.

—No lo sabía hasta que me lo ha contado él, pero lo sospechaba.

—¿Y por qué lo sospechabas? —le preguntó Bogart.

—Porque a los muertos no les sirve de nada el dinero.

—Charles Montgomery ha estado hoy en el juzgado de Alabama y ha declarado ante el juez que fue él quien asesinó a tus padres.

Decker daba golpecitos en el brazo de la silla. Miraba a Melvin Mars, que había pasado una semana de rehabilitación en unas instalaciones anexas al hospital.

Tenía un aspecto mucho más normal. La hinchazón había remitido y también el dolor. Los médicos le habían dado un certificado de buena salud. Iban a darle el alta al día siguiente.

Mars dejó las pesas que estaba levantando y se secó la cara con una toalla.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Es una declaración formal bajo juramento de que lo que dice es cierto. Incluye detalles concretos del asesinato de tus padres.

—¿Y el tribunal lo ha aceptado?

Decker asintió.

Ese día había ido solo a ver a Mars. Quería pasar un rato a solas con él.

—¿Y ahora qué?

—Esa declaración —le explicó Decker— ha sido remitida al tribunal de aquí, el de Texas, que tiene jurisdicción sobre tu caso. El tribunal la revisará y tomará una decisión.

—¿Qué hay de los que me procesaron?

—Están jubilados. Sin embargo, los abogados del estado están al corriente y también tendrán en cuenta todo. Si se decantan por creer a Montgomery y te apoyan a ti, creo que el tribunal no tendrá más remedio que dejar en libertad. Casi de inmediato.

Mars se puso la toalla al cuello, con la camiseta tensa por la musculatura, y se sentó delante de Decker.

—¿Cuánto tiempo calculas que van a tardar?

—Tan lejos no llego.

—¿Cómo es? —le preguntó Mars en voz baja.

—¿Quién? ¿Montgomery?

El otro asintió, mirando al suelo.

—Seguramente como un montón de tipos que habrás conocido en la cárcel.

—¿Solo un gilipollas que quiere hacer daño a los demás?

—Es un veterano de Vietnam. Lo que le pasó allí le daba dolor de cabeza. No podía librarse del dolor. Empezó a delinquir para pagarse la drogas porque el Departamento de Veteranos no hizo nada por él.

—Pero ¿por qué mató a mis padres?

—¿De verdad quieres que te lo cuente? No cambiará nada.

Mars alzó los ojos hacia él.

—Cuéntamelo.

—Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Montgomery quiso empeñar algunas cosas en la tienda de tu padre. Dijo que tu padre no se las compró, que lo despreció. Se cabreó, lo siguió hasta su casa, exigió dinero y tu padre le dijo que él no era más que un empleado, que el propietario ingresaba la caja en el banco todas las noches. Así que... hizo lo que hizo, con la escopeta que encontró en tu habitación y con la lata de gasolina del garaje.

Mars miraba fijamente el suelo.

—¿Y tú le crees?

—Sabía detalles que solo alguien que hubiera estado allí podría conocer.

Mars alzó de nuevo la vista.

—Pero ¿crees que lo hizo él?

Decker no le respondió.

—Así que no le crees, entonces.

—Lo que yo crea da igual. Lo que importa es la verdad.

—Eso no responde ni de lejos a mi pregunta —le espetó Mars con irritación—. ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil, Decker?

—Mi trabajo consiste en averiguar la verdad, Melvin. Ya te lo dije la primera vez que nos vimos. Ahora mismo, no creo a nadie.

—¿A mí tampoco?

—A ti, estoy consiguiendo creer más rápido de lo normal —y añadió—: Seguramente porque eres encantador.

Mars soltó una carcajada.

—Creía que no tenías sentido del humor.

—No lo tengo. Se me debe estar pegando el tuyo.

—¿Dónde voy a estar mientras se decide todo esto?

—En una casa segura del FBI. Está en Austin.

—No he vuelto a Austin desde que jugaba en la Universidad de Texas.

—Lo suponía. —Tras una pausa, Decker añadió—: Tengo una pregunta que hacerte.

—Vale, dispara.

—Leí el informe completo de la autopsia de tu madre.

Mars lo miró con cautela, tenso.

—¿Y qué? ¿Encontraste algo?

—Encontré que el forense concluyó que tu madre tenía un tumor cerebral cancerígeno en estado terminal.

Mars no derribó el taburete de milagro. Consiguió recuperar el equilibrio plantando una mano en el suelo y enderezándose.

—Por tu reacción deduzco que no lo sabías.

—Eso es una gilipollez.

—Según el informe, no. Contiene fotos del tumor. No quiero enseñártelas porque el disparo causó muchos daños. En estadio cuatro, casi siempre mortal. De eso mismo

murió Ted Kennedy.

Mars miraba el suelo, con los ojos muy abiertos, incrédulo.

—Nunca me dijo nada. Nada.

—¿Tenía algún síntoma?

Mars se presionó la cara con la toalla, sollozando.

Decker, que no estaba preparado para aquello, se limitó a esperar sentado.

Cuando, por fin, cesaron los sollozos, Mars se secó la cara y se irguió despacio. Todavía respiraba agitadamente.

—Había perdido peso. No tenía mucho apetito y le dolía la cabeza. Decía que tenía migrañas.

—¿Llegó a ir a un hospital o a recibir algún tipo de tratamiento?

—No me lo puedo creer. ¿Tenía cáncer en el cerebro y no me lo dijeron? ¿Se moría y no se lo dijeron a su único hijo?

—Sé que es un golpe duro, Melvin, pero... Si tu madre hubiera empezado un tratamiento tú te habrías enterado, ¿no?

—No lo sé. Pasaba mucho tiempo fuera de casa. Pero no se le cayó el pelo ni nada parecido. De eso me habría dado cuenta.

—¿Siguió trabajando hasta el final?

Mars alzó la vista.

—No. Papá dijo que quería que se tomara un descanso. Creí que era por el dinero que yo iba a ganar. Nunca... —Se le quebró la voz.

—¿Habrían ido a un médico del pueblo?

—Supongo. Tenían su dentista y mamá iba a veces al quiropráctico. Estaba agarrotada de tanto trabajar.

—¿Sabes cómo se llamaba el médico?

—No. —Tras una pausa, añadió—: Supongo que en esa época solo pensaba en mí, Decker. No tenía demasiada relación con mis padres. Estaba muy ocupado con el fútbol. Pero..., pero los quería. Iba a cuidarlos. Es que... ¡Mierda!

Miró al suelo con culpabilidad, entristecido.

—Tenías un montón de cosas entre manos para ser tan joven, Melvin. Yo no me castigaría demasiado.

—Ese tumor cerebral, ¿crees que tuvo algo que ver con la muerte de mis padres?

—No veo por qué. Pero con lo que no veo ahora podría llenarse una biblioteca.

Mars se irguió y volvió a secarse la cara.

—¿Qué haré si me sueltan, Decker? —dijo con la voz cavernosa. Lo miró como un niño perdido en un mundo que ni siquiera sabía que existiera.

Decker, incómodo por la pregunta, no le respondió.

Mars volvió a bajar la vista.

—Tenía casi veintidós años cuando abandoné el mundo —prosiguió—. Ahora tengo casi cuarenta y dos. Era prácticamente un niño y soy un hombre. Entonces, sin embargo, tenía planes. Tenía un montón de planes. Ahora no tengo ni idea de lo que

debo hacer.

Alzó la vista hacia Decker y vio su cara inexpresiva, así que apartó la mirada.

—Olvídalo. Lo solucionaré. Siempre lo hago.

—Paso a paso, Melvin.

—Sí, claro —repuso Mars distraídamente.

Decker se inclinó hacia delante. Había llegado el momento de hablar de lo que tenía que hablar.

—¿Y si tú no lo hiciste, pero Charles Montgomery tampoco?

Mars se irguió, desconcertado.

—¿Qué?

—¿Cuál es la tercera opción, Melvin? Eso es lo que quiero saber.

—¿La tercera opción?

—El pasado de tus padres es demasiado borroso. Nadie lo investigó entonces porque te tenían a ti para inculparte de los asesinatos. Sin embargo, hay demasiadas lagunas. Es posible que haya algo en alguna de esas lagunas que explique por qué los asesinaron.

—Como qué.

—No lo sé.

—Pero ¿por qué no crees a Montgomery? Sabía detalles de mi casa.

—Pudo dárselos quien realmente lo hizo.

—Pero ¿por qué haría eso? ¿Por qué confesar un crimen que no cometió?

—Porque ya es hombre muerto. ¿Qué importan dos asesinatos más? No pueden ejecutarlo dos veces. ¿Y si alguien le pidió que lo hiciera a cambio de solucionarles la vida a su mujer y a su hijo para siempre?

Mars se arrellanó.

—¿Solucionarles la vida? ¿Para siempre? Eso es mucho dinero. Mis padres... ¿Por qué alguien muy rico iba a preocuparse por ellos o a preocuparse por sacarme de la cárcel después de tanto tiempo?

—No tengo las respuestas a esas preguntas. Solo tengo las preguntas.

Mars se frotó la cara con una mano sudorosa.

—Me estás dejando hecho un lío con toda esta mierda, hombre. Primero me dices que mi madre tenía cáncer y ahora esto —añadió enfadado.

—He supuesto que querrías saber la verdad. La auténtica verdad. Si yo me hubiera pasado veinte años en la cárcel por algo que no hice, querría saber exactamente quién me puso en esa situación, y por qué.

Mars se lo quedó mirando un momento antes de asentir en silencio.

—Sí, yo también. Así que ¿cómo puedo ayudar?

—Recordando todo lo que puedas acerca de tus padres. Algo que dijeron que te pareció raro. Cartas, llamadas telefónicas que pudieron haber recibido y que te parecieron fuera de lugar. Visitas. Cualquier cosa que pueda indicarnos de dónde eran realmente.

—Tendré que pensarlo.

—Bien. No me voy a ninguna parte. Y tú tampoco.

Milligan dejó la taza de café y miró a Decker, sentado a la mesa frente a él.

El equipo estaba cenando en un Applebee's de Austin, donde habían trasladado a Mars tras su salida del centro de rehabilitación. Llovía y habían pasado un largo día detallando todo lo que habían encontrado sobre Charles Montgomery.

—Es cierto que hay un seguro de vida que se cobrará cuando Montgomery haya muerto —dijo Milligan.

—Pero no son más que treinta mil dólares —apuntó Jamison, sentada al lado de Decker.

—Pero apuesto a que para ella eso es mucho dinero —replicó Milligan.

—No tanto como para comprar una casa y no tener que volver a trabajar —dijo Davenport.

—Es posible que Tommy Montgomery exagerara —sugirió Milligan.

—No lo creo.

—¿Por qué no nos dices simplemente por qué crees que Montgomery está mintiendo? —le preguntó Milligan a Decker—. Vamos, somos un equipo, ¿no? Tenemos que compartir la información.

Decker dejó el tenedor en el plato y se limpió la boca con la servilleta.

—Es una cuestión de efectivo.

—¿Qué? —dijo Milligan en un tono bastante agresivo—. ¿De la mujer?

—No, del marido.

Decker había pedido una ensalada, aunque en realidad le apetecían las costillas. Cuando había sugerido pedir el costillar Jamison le había lanzado una mirada que lo había hecho sentir lo bastante culpable como para conformarse con la lechuga. Había perdido siete kilos más y habían dejado de dolerle constantemente las rodillas. Su gesto de rebeldía había sido pedir una Amstel sin alcohol.

Apuró la cerveza y miró a Milligan con cara de tener que hacer algo que no quería molestarse en hacer.

—Montgomery nos contó que no tenía dinero cuando llegó al pueblo. Por eso entró en la casa de empeños. Iba en coche por el pueblo con el depósito de gasolina y el estómago vacíos. Nos dijo que, después de asesinar a los Mars, se marchó pitando del pueblo. No les robó nada a ellos ni se lo robó a nadie. No dio ningún golpe después de irse. Según él, condujo hasta Abilene, y eso es un viaje de tres horas, sin parar.

—Vale, ¿y?

—Conducía un Impala del '77 con motor V8. Lo he buscado. Nuevecito, ese coche, para recorrer aproximadamente treinta kilómetros consumía cuatro litros y medio. Con veinte años de antigüedad, dudo que recorriera más de diecinueve con esa gasolina. Habrían hecho falta como mínimo sesenta y siete litros para cubrir el trayecto. En esa época el litro de gasolina costaba poco menos de un cuarto de dólar.

Así que, si llegó al pueblo con el depósito y la cartera vacíos y se marchó con el depósito y la cartera igualmente vacíos, ¿cómo consiguió llegar a Abilene sin que el coche lo dejara tirado? Para colmo, tuvo que conducir hasta la casa de los Mars para matarlos. Eso eran casi nueve kilómetros más. Así que dime, ¿cómo es posible?

Davenport y Jamison intercambiaron una rápida mirada.

Bogart carraspeó.

—No lo es —dijo—. Lo que significa que mentía o que estaba equivocado.

—No me trago que estuviera equivocado. Su relato fue demasiado detallado. Solo pasaron por alto un pequeño detalle cuando se inventaron la historia.

—¡Vaya! —saltó Milligan—. ¿De dónde sacas eso de la historia inventada?

—Alguien tuvo que inventarla.

—Esto es dar un salto enorme e injustificado, a mi entender.

—Bueno, supongo que esa es precisamente la diferencia: que no entendemos las cosas del mismo modo. Mi cabeza no funciona como la tuya.

A Milligan se le crispó la cara. Cogió la taza de café.

—¿Y recuerdas la sangre de Lucinda en el coche de Melvin? Nunca había subido a ese coche —dijo—. Así que, ¿cómo llegó allí la sangre? Seguro que Montgomery no la puso.

El móvil de Bogart sonó. Respondió a la llamada. Estuvo a la escucha un momento y cortó.

Miró a todos los presentes.

—El tribunal de Texas acaba de decidir concederle a Mars el indulto. Van a excarcelarlo.

—Una noticia estupenda —comentó Jamison.

—Si es inocente —dijo Milligan con hosquedad—. Si no lo es, no tanto.

—¿Querrá ir a Alabama? —dijo Bogart.

—¿A Alabama? —inquirió Davenport—. ¿Por qué?

—Los familiares de las víctimas tienen derecho a presenciar la ejecución. Aunque Montgomery no estuviera en la cárcel por los asesinatos, los ha confesado, y Mars no va a tener otra oportunidad de verlo morir.

—Bueno, vamos a preguntárselo —dijo Decker.

Mars estaba sentado en una habitación de una casa de alquiler vigilado por tres agentes del FBI de Austin. Su abogada, Mary Oliver, acababa de llegar porque estaba abrazando a Melvin cuando Decker, Bogart y el resto del equipo llegaron.

—Sabía que podría venir —dijo Mars—. Pero todavía es difícil creer.

—Habrà un procedimiento judicial durante el cual se borrarán tus antecedentes penales y ya he solicitado una indemnización del estado. No creo que tengas ningún problema para obtener el importe máximo —dijo Oliver.

Cuando todos lo hubieron felicitado, Bogart le habló de la ejecución de Montgomery.

—He hecho unas cuantas llamadas. Le dejarán asistir si usted quiere.

Mars miró a Decker.

—¿Qué te parece? ¿Debería ir?

Decker se lo pensó un momento.

—Si te parece que eso te ayudará a pasar página, sí.

—Pero, en realidad, tú no crees que lo hiciera él.

—Puedo equivocarme. —Tras una pausa, añadió—: Además, tenemos otro motivo para ir todos a Alabama.

—¿Qué motivo?

—La señora Montgomery.

La vista se celebró al día siguiente. Mars, vestido con un traje barato, estuvo de pie al lado de Mary Oliver mientras el juez le pedía perdón por lo sucedido y lo exoneraba de todos los cargos.

—Solo espero, señor Mars, que el resto de su vida esté llena únicamente de cosas positivas —le dijo. Dio un golpe de maza y levantó la sesión.

Había bastantes periodistas a las puertas del juzgado esperando que Mars les contara algo. Bogart, Decker y Milligan, sin embargo, se habían unido a la pugna y Amos usó el corpachón a modo de bola de *bowling*, haciendo pasar a Mars entre la multitud de micrófonos hasta el todoterreno.

—Va a ser la noticia nacional del día —comentó mientras aceleraban.

—Me sorprende que a alguien todavía le importe —dijo Mars.

—Les importa, pero solo durante veinticuatro horas, el tiempo que una noticia es noticia.

Bogart le entregó algo. Mars lo miró.

—¿Un móvil?

—Un teléfono inteligente, de hecho —le respondió Jamison—. Le permite conectarse a Internet, escribir *e-mails*, mensajes de texto, tweets, acceder a Instagram, Snapchat, hacer fotos y ver la televisión y películas. ¡Ah! También puede usarlo para llamar —añadió sonriente—. Pero enviar mensajes explícitamente sexuales solo le dará problemas. Así que no lo haga.

Mars acarició la pantalla del móvil con un dedo.

—Creo que tengo que ponerme al día en muchas cosas.

—Bueno, eso es mejor que la alternativa —comentó Decker.

Puesto que Mars ya no era un presidiario, podía viajar sin vigilancia y sin ir esposado. En el avión de United Airlines se sentó al lado de Decker. Bogart lo hizo al otro lado del pasillo. Jamison y Davenport estaban en los dos asientos de detrás de Bogart. Milligan se había ofrecido a quedarse en Texas para seguir trabajando en el caso.

Mars miró por la ventanilla.

—Hacía mucho que no tomaba un avión. Parece todo bastante igual.

Decker ajustó la posición de su asiento, reclinándolo al máximo de lo permitido.

—Hay una diferencia. Los asientos son más pequeños, o puede que yo sea mucho

más corpulento.

Mars siguió mirando por la ventanilla.

—Nunca pensé que me iría de Texas.

—Estoy seguro que pensaste que no volverías a hacer un montón de cosas.

—Nunca he presenciado una ejecución.

—Como sabes, Montgomery eligió la silla eléctrica en lugar de la inyección letal.

Mars se volvió bruscamente hacia él.

—¿Por qué diablos lo ha hecho?

—No sabría decírtelo. El estado de Alabama te permite escoger y su elección fue esa.

—¿Estará presente su mujer?

—Tiene derecho a estar. Si asistirá o no, eso no lo sé. Dudo que traiga a su hijo si lo hace.

—¿Y si él no mató a mis padres?

—No hay duda de que mató a otros. Su sentencia de muerte es legal.

Mars asintió en silencio.

—¿A cuántos inocentes crees que han ejecutado?

—Con uno solo habría de sobra. Y estoy bastante seguro de que a más de uno.

—Yo me quedé a minutos de ser de ese grupo.

—Como te dije cuando te conocí, tú eres un tipo afortunado después de haber sido un tipo realmente desafortunado.

—Sí. Bueno, esperemos que la suerte no se me acabe.

Mars miró hacia la parte delantera del avión y observó cómo el auxiliar de vuelo bloqueaba con el carrito de las bebidas el acceso a la cabina de mando mientras uno de los pilotos iba al baño.

—¿Desde cuándo hacen eso? —le preguntó a Decker.

—Desde el once de septiembre.

—Ah, vale.

Mars dejó de mirar hacia la parte delantera del avión.

—Dijiste que también veníamos por la señora Montgomery.

—Eso es.

—¿Por qué?

—Es la única que ha visitado a su marido estos últimos años.

—Vale, ¿y eso qué importa?

—Si ha sido todo un montaje, no lo han preparado por teléfono. Lo han hecho cara a cara. Y la única cara presente era la de ella. Fue a la cárcel y le dijo a su marido lo que tenía que hacer. Se lo contó con pelos y señales, para que su historia colara. Seguramente se lo repitió una y otra vez hasta asegurarse de que se lo sabía de pe a pa.

—En tal caso estuvo en contacto con quien verdaderamente asesinó a mis padres, ¿no? Fue ella la que empezó esto, no su marido.

—Así es como yo lo veo, sí.

—Pero no nos dirá sin más quién se puso en contacto con ella.

—No, no creo que lo haga —contestó Decker.

—Pues ¿qué hacemos?

—Averiguar todo lo que podamos por nuestra cuenta y hacérselo saber.

—¿Y esperas que se dé por vencida?

—Sí. ¿Recuerdas algo de lo que te pedí que recordaras?

Mars volvió a mirar por la ventanilla mientras el avión aterrizaba en Alabama.

—Lo he estado pensando mucho. Solo recuerdo una cosa, si te digo la verdad.

—¿Y es?

Mars se señaló detrás de la oreja derecha.

—Mi padre tenía una cicatriz justo aquí. La vi cuando era niño y me llevaba a horcajadas, gateando. Ya sabes, haciendo el tonto. Se la toqué y le pregunté cómo se la había hecho. Se puso furioso. Creí que iba a darme una paliza. Entonces mi madre entró en la habitación, vio lo que pasaba y consiguió calmarlo. A partir de entonces no volvió a tratarme igual y empezó a llevar el pelo muy largo.

—¿Para que le tapara la cicatriz?

—Eso es. Al menos eso creo.

—¿Alguna vez le preguntaste a tu madre algo acerca del asunto?

—No. Estaba demasiado asustado. Nunca había visto a mi padre de aquella manera. Daba miedo.

Decker se quedó mirando fijamente el respaldo del asiento de delante.

—¿Parecía una herida de bala o de arma blanca?

—De bala no. Era más bien un corte largo.

—¿De arma blanca, entonces?

—Sí, eso me pareció. Mira, sé que no es gran cosa.

—Bueno, es más de lo que teníamos, Melvin. Solo tenemos que descubrir qué significa.

Jueves, 5.30 de la tarde.

A Charles Montgomery le quedaba media hora de vida.

Había tomado su última comida de una máquina expendedora. Un sándwich de carne a la barbacoa y una lata de Coca-Cola.

No tendría que digerirlo.

Bogart, Decker y Mars estaban sentados en la primera fila de una de las salas de observación. Jamison había preferido no ir. Davenport estaba justo detrás de Decker, en la segunda fila. Había tres personas más en la sala. Dos periodistas y alguien de la fiscalía. Aparte de Mars, no había acudido ningún otro familiar de las víctimas.

Los periodistas habían reconocido a Melvin y habían tratado de entrevistarlo, pero Bogart les había enseñado la placa poniendo fin a su intento.

Las cortinas estaban corridas, de modo que la cámara de ejecución no era visible de momento. En una habitación adyacente se permitía estar a la familia del condenado. Las cortinas de esa habitación también estaban corridas, de modo que no sabían si Regina Montgomery estaba o no dentro.

Mars parecía nervioso y tenía gotas de sudor en la cara a pesar de que hacía frío en la habitación.

Decker lo notó y le puso una mano en el hombro.

—¿Lo aguantarás o quieres marcharte?

Mars se inclinó hacia delante y respiró profundamente varias veces.

—Estaba pensando en lo cerca que he estado de esto.

Decker apartó la mano.

—No eres tú, Melvin. Es otro tipo. Aunque podemos irnos si quieres.

Mars se irguió.

—No, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Bogart se inclinó hacia él.

—Ya vienen.

Una docena de funcionarios de prisiones rodearon a Montgomery cuando salió de la celda a la que lo habían traído el martes anterior. Encabezaba la marcha hacia la cámara de ejecución un pastor con una Biblia, rezando. Por los altavoces se oía un himno.

Habían quitado la camilla de la cámara y habían traído del almacén la silla eléctrica. La apodaban Yellow Mama, a causa de su color amarillo, porque la habían pintado con la misma pintura que se usaba para pintar las líneas de las autopistas. La había construido un recluso británico en los años veinte. Era muy grande y de aspecto robusto.

Con la cabeza gacha, el pastor se apartó y fue hacia la sala de observación donde

estaban Decker y los demás. Se sentó al final de la fila y se puso a leer la Biblia.

Los funcionarios de prisiones hicieron entrar a Montgomery en la cámara de ejecución. Después recorrieron las cortinas para que pudieran ver al condenado desde las salas de observación.

Decker y los demás vieron entonces que Regina Montgomery estaba presente. Su hijo no la acompañaba.

Montgomery se quedó mirando a su esposa un momento, pero no intercambiaron una sola palabra. Por fin, Regina apartó la cara.

El guardia leyó la sentencia de muerte en voz alta y le preguntó a Montgomery si quería decir unas últimas palabras.

Él volvió a mirar a su mujer. Iba a decir algo pero cabeceó y dejó de mirarla. Entonces vio a Melvin Mars y ambos hombres se miraron largamente. Fue una tortura.

Una vez más, Montgomery apartó los ojos de él sin decir nada. Su expresión no era de remordimiento. A Decker le pareció más bien de asco.

El guardia entró en otra sala adyacente donde había un hombre al teléfono. Eso era para asegurarse de que el gobernador no hubiera indultado al reo en el último instante.

No lo había hecho, así que el guardia hizo la señal correspondiente.

Diez de los funcionarios de prisiones salieron de la habitación y pasaron al lado del guardia que volvía a la cámara de ejecución. Los dos funcionarios restantes prepararon a Montgomery. Le quitaron las esposas y los grilletos, lo sentaron en la silla y le ataron los brazos, las piernas y la cabeza a Yellow Mama.

Le pusieron un casco de metal conectado a los electrodos y luego una capucha cubriendo el casco. También le pusieron electrodos en los brazos y las piernas. Enchufaron la toma de corriente de la silla.

El guardia entró en la sala del generador y puso en marcha el equipo accionando varias palancas.

Mars se aferró a los brazos de la silla; respiraba agitadamente.

Decker le pasó un brazo por los hombros.

—Ya casi está —le susurró. Se fijó en que Regina Montgomery tenía los ojos clavados en el suelo.

Decker volvió a mirar a Montgomery. No le veía la cara porque la capucha se lo impedía, pero el cuerpo lo tenía rígido contra la madera amarilla. Parecía una talla de piedra en su trono.

Uno de los funcionarios recogió un letrero que ponía listo y lo sostuvo contra el cristal de la ventana que daba a la habitación del generador.

Los dos hombres salieron de la cámara y todos oyeron el golpe de la puerta al cerrarse.

Un funcionario hizo la señal requerida: dos golpes en la puerta. El guardia envió inmediatamente a la silla la primera de las dos descargas eléctricas de ocho amperios,

1.850 voltios y treinta y cuatro segundos de duración cada una.

Decker observó cómo Montgomery se arqueaba hacia atrás en la silla como la oruga de un tanque cuando la corriente lo golpeaba. Las correas de sujeción estaban tensas. Un electrodo se le cayó de la pierna debido a la convulsión. Empezó a salirle humo de la cabeza. El olor de carne quemada llegó a la sala de observación.

Oyeron un grito y se volvieron a tiempo de ver a Regina Montgomery desmayarse y caer de la silla al suelo. El personal de la prisión corrió a socorrerla.

Montgomery recibió la segunda descarga y se sacudió incontrolablemente. Lo oyeron gritar, jadear, gritar de nuevo. Después cayó hacia delante, sostenido únicamente por las correas de sujeción.

El tufo a carne quemada se intensificó; era como si se dirigiera directamente a sus poros.

Mientras observaban, salió una llamita parpadeante de la ropa que se apagó al mismo tiempo que el ocupante de la silla.

—¡Dios mío! —siseó Davenport. Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación. La oyeron vomitar en el pasillo.

Después el generador eléctrico se apagó y quedó en silencio.

Corrieron las cortinas y la visión del muerto, todavía humeante, desapareció. Oyeron pasos apresurados y el ruido de un extintor.

Todo había terminado.

—Han sido los minutos más largos de mi vida —dijo Davenport, todavía pálida y descompuesta.

Estaban sentados a una mesa, en el vestíbulo del hotel donde se alojaban, cerca de la cárcel.

Decker la miró.

—Imagina lo que ha sido para Montgomery.

Ella se puso un poco colorada.

—Lo sé. No me refería a eso. Es que ha sido... espantoso.

A pesar de que Jamison no había asistido, estaba tan consternada y tan hundida como los demás.

—¿Han confirmado que estaba realmente muerto?

Bogart asintió apenas.

—Es lo que marca la ley. El médico ha entrado y le ha hecho pruebas. Montgomery ha sido declarado muerto a las seis y cinco. Han reanimado a Regina y el médico de la cárcel la ha atendido. Después un patrullero la ha acompañado a su casa.

Decker se volvió hacia Mars, que no había dicho una sola palabra desde que se habían marchado de la cárcel. Parecía no saber ni dónde estaba.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Mars cabeceó.

—El tipo estaba en llamas —repuso.

—Por eso ya no se usa la silla eléctrica —le explicó Amos—. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal. Creo que el estado de Alabama no debería seguir dejando que el condenado elija.

—O, mejor incluso, abolir simplemente la pena capital —dijo Davenport con vehemencia. Miró a Mars—: Han estado a punto de ejecutarlo a usted, a un inocente. Es motivo suficiente para acabar con esto. No hay posibilidad de enmienda.

Mars asintió brevemente y apartó la cara.

—Bueno, no me pagan para eso ni vamos a resolver el tema esta noche —dijo Bogart—. Creo que necesitamos dormir un poco. Nos reuniremos mañana. —Miró a Decker—. ¿Qué más quieres hacer mientras estemos aquí?

—Hablar otra vez con Regina Montgomery. Tenemos que averiguar de dónde procedía el dinero.

—No va a contarnos nada por propia voluntad —apuntó Jamison—. La última vez casi nos echa a patadas.

—Pero puede escapársele algo o, tratando de evitar decírnoslo, responder a nuestras preguntas.

Bogart se levantó.

—Bueno, insisto, esta noche no va a pasar nada más. Así que demos por

concluida la jornada aunque sea pronto. No creo que sea capaz de más. Presenciar una ejecución agota, al menos a mí.

Se marchó y Davenport, todavía temblorosa, lo siguió.

Cuando Jamison estaba a punto de irse, Decker la agarró del brazo.

—Espera, Alex.

—¿Qué pasa?

Decker miró a Mars.

—¿Estáis dispuestos los dos a ir a un sitio? ¿Ahora mismo? Porque no creo que debamos esperar.

Estuvieron llamando un buen rato. Cuando por fin Regina Montgomery tuvo claro que no se marcharían, abrió la puerta. Se quedó en el umbral, retadora. Seguía llevando la misma ropa que en la ejecución.

—¿Qué quieren? —les espetó.

—Tenemos unas cuantas preguntas que hacerle —repuso Decker.

—Esta tarde han ejecutado a mi marido. ¿No pueden dejarme en paz? —dijo ella, irritada.

—No puedo saber cómo se siente, señora Montgomery, pero no habría venido si no fuera realmente importante. ¿Podemos entrar? No tardaremos más que unos minutos.

Regina miró a Jamison y luego a Mars, con una mueca de asco.

—¿Qué? ¿Él también?

—Sobre todo él —dijo Decker—. Es...

—¡Sé quién es, maldita sea! Yo solo... Quiero decir que no tengo...

—Serán solo unos minutos —dijo Decker—. Y como esto atañe al señor Mars, también tiene que estar. Por favor, señora Montgomery.

Jamison se adelantó y cogió de la mano a la mujer.

—Vamos a entrar y a sentarnos. ¿Ha comido algo? ¿Una taza de té para calmar los nervios? No puedo ni imaginar por lo que ha tenido que pasar hoy. Lo siento muchísimo.

—Yo..., eso sería... No puedo comer nada, pero un té caliente, sí.

—Pues dígame dónde lo tiene y lo preparo enseguida.

Jamison guio con suavidad a Montgomery hacia el interior de la vivienda. Decker y Mars las siguieron. Cuando Jamison se volvió, Mars la miró con admiración.

Después de enseñarle a Jamison dónde estaban las cosas en la cocina, Regina y Mars se sentaron a una mesa de centro en el pequeño y abarrotado salón. En la cocina, Jamison puso la pava al fuego para calentar el agua. Luego sacó una taza y una caja de bolsitas de té. Mientras el agua se calentaba, se reunió con ellos.

Cuando se sentó delante de Montgomery, le echó un vistazo y se quedó mirándole la muñeca. Parecía sorprendida.

Montgomery tenía los ojos puestos en Decker.

—¿Y bien? —dijo, airada.

—¿Está aquí su hijo? —le preguntó Decker.

—No —se apresuró a responderle—. Está en casa de unos amigos. Me ha parecido lo mejor. No tiene por qué aguantar esto.

—Ha sido una buena idea.

Ella miró a Mars, que estaba sentado al lado de Decker, y se le crispó la boca.

Mars le sostuvo la mirada. Parecía a punto de decir algo cuando Decker se le adelantó.

—Tommy nos habló del dinero del seguro.

Aquello la desconcertó.

—¿Qué? ¿Cuándo lo...? ¿Cómo supieron dónde estaba?

—Los Howling Cougars —dijo Decker, indicando la foto de la mesa de enfrente.

—Bueno, ¿y qué? Chuck tenía un seguro de vida. Yo soy la beneficiaria. No tiene nada de malo.

—¿De treinta mil dólares?

Ella volvió a sobresaltarse.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Somos del FBI, señora Montgomery. Averiguamos las cosas.

La pava silbó. Jamison se levantó para ir a la cocina a preparar el té. Lo sirvió en la taza y, luego, buscando tostadas, apartó la cortina que cubría un pequeño nicho de la cocina. Lo que vio dentro la sorprendió. Cogió una caja de tostadas y mantequilla de cacahuete de un estante y se acercó al fregadero.

—¡Eh, Decker! —lo llamó—. ¿Puedes echarme una mano? A la señora Montgomery no le hace falta que estemos aquí más de lo necesario.

Un poco desconcertado por la petición, Decker se levantó y entró en la cocina. Mientras Jamison untaba las tostadas de mantequilla de cacahuete, le hizo un gesto con la cabeza hacia la cortina descorrida.

—Mira ahí —le dijo en voz baja.

Decker vio lo que había dentro y miró de reojo a Jamison, que arqueó las cejas.

—Y he visto otra cosa —le dijo.

Al cabo de un minuto volvieron a la salita. Jamison llevaba el té y Decker el plato de tostadas con mantequilla de cacahuete. Dejaron ambas cosas delante de Montgomery, que miraba gélidamente a Mars.

—Gracias —dijo. Tomó un sorbo de té y mordisqueó una tostada, cabizbaja.

Mientras, Jamison echó un vistazo a su alrededor y se fijó en un perchero que había junto a la puerta principal. Esta vez no pareció sorprendida.

Montgomery dejó la taza en la mesita.

—¿Por qué les interesa el dinero del seguro?

—Tommy dijo también que planea mudarse a donde acabe él yendo a la universidad. Que van a comprar una casa y no tendrá que volver a trabajar —dijo Decker.

Regina no contestó de inmediato. Al cabo de un rato hizo un gesto desdeñoso con

la mano.

—Es solo un niño. No sabe lo que dice. Tengo intención de mudarme a donde vaya a la universidad, sí, pero tendré que trabajar. Y no me compraré ninguna casa, eso seguro. Treinta mil dólares no me bastan para quedarme en casa mano sobre mano.

—Así que tendrá que trabajar.

—¿Es que no me ha oído? Sí, tendré que trabajar. ¿Le parezco rica? He trabajado como una mula toda la vida. Y trabajaré hasta que me muera, a menos que Tommy consiga entrar en la NFL y pueda mantenerme.

—Yo no confiaría en eso. Es una posibilidad entre un millón —dijo Mars.

Regina lo miró.

—Usted jugaba al fútbol, he oído.

—Es un deporte duro. Dígale a Tommy que sea médico o abogado en lugar de futbolista. Estará mucho más sano cuando se jubile.

—Estoy segura de que está usted furioso con mi marido, pero él confesó. Es la única razón por la que ha salido de la cárcel.

—Él fue la razón de que estuviera dentro —replicó Mars—. Asesinó a mis padres. Así que perdóneme si no me siento agradecido.

—¡Qué gente! —masculló ella, cabeceando.

Decker le puso una mano en el hombro a Mars para que se contuviera, porque parecía a punto de saltar.

—¿Cuándo recibirá el dinero del seguro? —preguntó.

—¿Qué le importa eso?

—Ya le he dicho que solo tenía un par de preguntas que hacerle, señora Regina. Cuanto antes las responda antes nos marcharemos. Cuanto más tarde, más tiempo estaremos.

Ella cogió la taza de té, tomó un sorbo y mordió una tostada.

—Tengo que reclamarlo —dijo luego—. Puede tardar unos días o quizás una semana. No es que no tengan pruebas de su muerte, precisamente.

—Está bien. —Decker miró a Jamison y asintió.

Jamison señaló la muñeca de Regina.

—Un reloj muy bonito. Es un Cartier, ¿no?

Montgomery se lo tapó inmediatamente con la otra mano.

—No, no lo es.

—Pone Cartier en la esfera —dijo Jamison.

Regina se miró la mano.

—Lo compré por diez dólares.

—¿Dónde?

—No me acuerdo.

—Es ilegal vender imitaciones —dijo Decker.

—Pues encuentren a quien me lo vendió y arréstenlo.

Decker se levantó, fue a la cocina, apartó la cortina, cogió las cajas guardadas, las llevó a la salita y las dejó en el suelo.

Montgomery se levantó de un salto.

—¿Qué demonios hace? No puede hacer esto. Son mías.

—Chanel. Neiman Marcus. Saks. Bergdorf Goodman. Jimmy Choo. Son marcas muy elegantes, y además muy caras.

Jamison indicó una bolsa colgada del perchero de la entrada.

—Y ese bolso es de Hermès. Ojalá yo pudiera permitirme uno.

Montgomery se había puesto pálida.

—Son todo imitaciones. No puedo permitirme nada de esto.

—No sabía que los vendedores de imitaciones metieran los productos en cajas con el nombre de la marca impreso. Lo normal es que los vendan en la calle, sin envoltorio.

Montgomery no dijo nada. Tomó otro sorbo de té y mordió otra tostada.

—¿Puedo mirar dentro de las cajas? —le pidió Decker.

—¡No!

—¿Por qué?

—¿Tiene una orden de registro?

—En realidad, no la necesito.

Regina lo miró con los ojos como platos.

—¿Por qué no?

—Era policía, pero entregué la placa.

—¡Pero está con el FBI!

—Como civil, no como agente. No tengo placa ni he hecho ningún juramento.

A pesar de las protestas de Regina, Decker abrió las cajas y fotografió el contenido con el móvil.

Luego él se inclinó para que su rostro estuviera a solo unos centímetros de Regina Montgomery.

—Podemos rastrear fácilmente todas estas compras. Y, ya que usted nos ha dicho que no ha recibido el dinero del seguro, esta no puede ser la fuente de los fondos. ¿Por qué no me dice la verdad? ¿Cómo consiguió el dinero?

—¡No sé de qué demonios me está hablando!

—¿De verdad quiere seguir por ese camino?

—Fuera de mi casa.

—Alguien le pagó para que su marido mintiera y dijera que había matado a mis padres —le dijo Mars—. ¿Quién?

Ella lo miró furiosa.

—¿Quién demonios se cree que es para hablarme así? —le dijo con rabia—. No es más que...

—¿Que qué? —la cortó Mars—. ¿Un tipo de color que debería mantener la boca cerrada en presencia de buena gente blanca como usted?

—¡Fuera de mi casa! —bramó ella.

—¡He perdido veinte años de mi vida! —le contestó Mars, también gritando.

—Salgan de mi casa o llamo a la policía —dijo Montgomery, mirando a Decker.

—Puede llamarla —le dijo este—. Le contaremos lo que sabemos y descubriremos quién le ha dado ese dinero y por qué. Entonces se verá usted en un serio aprieto. De hecho, irá a la cárcel.

Aquello la dejó perpleja.

—No he cometido ningún delito.

—Obstrucción a la justicia, conspiración, complicidad con un asesino.

—¡No he hecho nada de eso!

—Ayudando a quienes realmente asesinaron a los Mars, hizo todo eso. Y las penas sumadas por todos esos delitos implican que no tendrá que preocuparse por seguir a su hijo hasta la universidad a la que vaya a asistir. El Gobierno le proporcionará alojamiento. —Tras una breve pausa, añadió—: Para lo que le quede de vida.

Regina Montgomery parecía a punto de volver a desmayarse. Inspiró profundamente varias veces.

—Salgan de mi casa —dijo.

—Como quiera. Mañana volveremos. Con la policía. —Sacó el móvil—. Diga patata. —Sacó una foto del Cartier.

—¡Fuera! —gritó ella.

Iba a tirarle la taza de té a la cabeza a Decker, pero Jamison la agarró del brazo y la taza se le cayó de la mano y se hizo añicos.

Cuando se iban, Decker sacó una foto del bolso de Hermès.

Una vez en la calle, Jamison lo miró.

—No puede ser más culpable —le dijo.

—Sí. Dicho sea de paso, has hecho un trabajo estupendo ahí dentro, Alex —le comentó él.

Ella sonrió.

—Tengo mis momentos, sobre todo cuando tienen que ver con la alta costura.

—Tenías razón, Decker —terció Mars—. Alguien le pagó.

—Ahora solo tenemos que descubrir quién.

Decker soñaba en color. Veía una combinación de habitaciones, números y días de la semana, todo ello realzado en distintos tonos fuertes.

Era un fenómeno relativamente nuevo para él. Sin embargo, como uno de los médicos del Instituto Cognitivo le había dicho, el cerebro evoluciona constantemente y Decker iría descubriendo nuevas experiencias de vez en cuando.

El ruido dejó de interrumpir. Casi había salido de la habitación y se movía hacia algo nuevo, oscuro y misterioso. Un rompecabezas por resolver.

El ruido volvió, sin embargo, haciéndole cosquillas en los oídos, como el zumbido de un mosquito. Perturbaba todo lo que intentaba hacer.

Por fin, como un nadador subiendo desde las profundidades hasta la superficie del agua, Decker se apartó de los colores y respiró aire de nuevo. Abrió los ojos y el color que vio fue otro.

Su móvil, desde donde estaba, en la mesita de noche, emitía una luz blanca, y estaba sonando.

Se incorporó, lo cogió y vio que eran las tres de la madrugada y que la llamada era de Bogart.

—¿Diga?

—Decker, ¿puedes reunirte conmigo en el vestíbulo dentro de diez minutos?

—¿Qué pasa?

—Se trata de Regina Montgomery.

—¿Qué le pasa?

—Está muerta.

A los cinco minutos Decker ya estaba en el vestíbulo. Vio bajar a Davenport primero y luego a Jamison. Al cabo de un momento llegó Bogart.

—Tengo el coche fuera.

—¿Dónde está Melvin? —preguntó Decker.

—Me ha parecido mejor no involucrarlo en esto.

—Has dicho que ha muerto. ¿Cómo ha sido?

—Vamos primero al coche.

—¿Y su hijo Tommy? ¿Está bien?

—Sí. No estaba. Estaba en casa de unos amigos. Y de momento va a quedarse con su entrenador.

Los llevó fuera y subieron todos al todoterreno. Bogart iba al volante, con Decker a su lado. Las mujeres iban en el asiento trasero.

—¿Cómo ha muerto? —dijo Decker en cuanto salieron a la carretera.

—No están seguros.

—¿Cómo es posible que no lo estén?

—Porque el dúplex ha volado por los aires. Todavía están buscando entre los escombros.

—¡Dios mío! —dijo Davenport.

—Pero ¿han encontrado a Regina? —inquirió Decker.

—Sí. La identificación es positiva. Quiero decir que estaba bastante desfigurada, por lo que han dicho, pero no como los cadáveres de los Mars. La han identificado allí mismo.

—Vale. Ha sido una explosión. ¿De gas?

—En la casa había un depósito de propano subterráneo, así que es posible, sí.

—¿Podría haber sido otra la causa?

Bogart lo miró de soslayo.

—Como cuál.

Decker miró hacia atrás, a Jamison, y luego se volvió hacia Bogart.

—Hicimos una visita a Regina anoche.

—¿Qué? —exclamó Bogart—. ¿Tú y quién más?

—Jamison, Melvin y yo. Fue idea mía.

—¿Por qué?

—Tenía una teoría.

—¿Y no quisiste ponerme al corriente?

—Dijiste que por un día ya tenías bastante y yo no quería esperar.

Bogart parecía tan enfadado como decepcionado.

—Íbamos a contarte todo lo que descubrimos esta mañana —dijo rápidamente Jamison.

—Bueno, pues gracias —repuso Bogart con sarcasmo.

—Es que descubrimos muchas cosas —dijo Decker.

—Contadme.

Decker le relató todo lo sucedido en casa de Regina Montgomery.

—Decker —dijo Bogart en cuanto lo hubo asimilado—, si me hubieras contado todo esto anoche habría puesto vigilancia a la casa. De hecho, la habría encerrado para interrogarla y hoy seguiría viva para decirnos la verdad.

Amos se arrellanó y se puso a mirar por la ventanilla.

—Sí, ahora me doy cuenta.

—El cerebro te funciona mejor que a todos nosotros, pero eso no implica que seas infalible.

Decker suspiró.

—Vale, lo siento. He metido la pata.

—Has hecho mucho más que meter la pata. Es posible que hayan asesinado a Regina Montgomery por tu culpa.

Amos guardó silencio.

—Cuando formé este equipo, para mí era obvio que íbamos a actuar como un equipo. Lo último que necesito es vuestra desobediencia, Decker. La responsabilidad última por cualquier cosa recae sobre mí. También lo que le ha pasado a Montgomery.

—No sé... No sé qué decir —se excusó Decker, incómodo.

Bogart lo miró muy serio.

—Dejémoslo para luego, pero esto no se ha terminado. ¿Entendido?

Amos asintió. Jamison y Davenport lo miraban con ansiedad.

—Ahora decidme lo que os parece que ha pasado —dijo Bogart, tenso.

Decker se rehizo.

—Una de dos —dijo—: o alguien nos estaba vigilando anoche o Regina llamó a alguien justo después de que nos fuéramos y le contó lo sucedido. Y esa persona la mató. Así que tienes razón, nuestra visita fue el catalizador del asesinato. —Después de una pausa, añadió—: Aunque creo que la habrían matado de todos modos.

Bogart condujo hacia la rampa de entrada de la autopista y aceleró.

—¿Y eso por qué? —le preguntó.

—Era un cabo suelto. Tenían que dejarla con vida el tiempo suficiente para que su marido fuera ejecutado y no pudiera retractarse de su confesión. También le habían pagado parte de lo prometido. Con eso se compró todas esas cosas. Pero ¿para qué dejarla vivir una vez muerto el marido? Seguramente sabía demasiado. Dudo que supiera exactamente quién estaba detrás de todo esto, pero estuvo en contacto con alguien. Y si nos hablaba de eso podríamos muy bien haber seguido la pista hasta la fuente. Por tanto, adiós Regina.

Bogart asintió.

—Tiene lógica.

—Ahora que la han eliminado, sin embargo, ya no tenemos esa posibilidad. —Dio un manotazo en el salpicadero que los sobresaltó a todos—. No tendría que haberme marchado. Tendría que haber previsto lo que pasaría. —Miró a Bogart—: La he fastidiado.

—Bueno, en realidad fuiste el único que sospechó de ella, para empezar —repuso el agente del FBI—. Pero vamos a su casa y veamos qué podemos encontrar.

Decker asintió distraídamente, pero no parecía esperanzado.

«Soy idiota. Esa mujer ha muerto porque soy idiota.»

De lo que no había destruido inicialmente la explosión se había encargado el incendio subsiguiente. Era una suerte que no hubiera habido nadie viviendo en la otra parte del dúplex. Había daños considerables en varias casas cercanas, pero afortunadamente la única víctima mortal había sido Regina Montgomery.

Decker inspeccionó la zona. Las llamas se habían apagado. El estado del hogar de Regina era catastrófico. De hecho era un milagro que hubiera quedado de ella algo para identificarla. Por lo visto, la explosión la había arrojado fuera de la casa antes de que el incendio consumiera el dúplex. Los bomberos habían dicho a la policía que habían encontrado el cadáver en el jardín delantero.

Bogart había aparcado el todoterreno bastante lejos y habían recorrido el resto del camino andando. Empezaba a caer una llovizna que, sumada al humo del incendio todavía reciente, hacía que pareciera que paseaban entre la niebla.

Se reunieron en una ambulancia y un policía local levantó la sábana que cubría el cadáver.

Era Regina Montgomery, seguro. Tenía la cara quemada pero por lo demás intacta. La había matado la fuerza de la explosión. Le faltaban una pierna y el antebrazo derecho.

—Sigue llevando el Cartier —comentó Jamison.

Decker miró el cadáver y luego las ruinas del dúplex. A lo largo de la corta calle la gente había salido de casa preguntándose qué demonios pasaba. Algunos llevaban ropa andrajosa y otros simplemente iban en ropa interior.

Puesto que cada casa tenía su propio depósito de propano, las autoridades no habían creído necesario evacuar la zona, como habrían hecho seguramente si se hubiera tratado de una explosión de gas natural suministrado por una tubería principal.

Bogart tardó unos minutos en explicar a la policía local su teoría sobre lo que podía haber pasado.

—Bueno, tenemos a los expertos en incendios ahí dentro. Ellos sabrán decirnos si alguien ha causado esto deliberadamente. Siempre quedan indicios.

Se marchó para informar y los dejó a los cuatro mirando desolados el panorama.

—Aunque determinen el punto de origen de la explosión, es posible que no nos dé ninguna pista sobre quién la causó —dijo Davenport.

Bogart y Jamison asintieron ante lo obvio; sin embargo, Decker miraba fijamente el espacio que había ocupado el dúplex, evidentemente sin prestarles atención.

—¿Qué pasa? —le preguntó Bogart viendo lo distraído que estaba.

—Solo hay una calle hasta aquí. No hay ningún escondite para que alguien se quede vigilando. Está lo bastante lejos de la carretera principal para que cualquiera que viniera e hiciera esto tuviera que arriesgarse a dejar el coche ahí abajo y completar andando el trayecto. De otro modo alguien podría haber oído algo. —Se volvió hacia Bogart—. ¿Alguien vio u oyó algo?

—Puedo averiguarlo.

El agente del FBI se acercó a un grupo de agentes de policía que había cerca del dúplex destruido mirando cómo los bomberos mojaban las brasas que quedaban. Habló brevemente con ellos y volvió.

—Fueron casa por casa poco después de llegar y le tomaron declaración a todo el mundo. Nadie vio ni oyó nada hasta el momento de la explosión.

Decker recorrió con la vista la hilera de casas y la gente que había de pie delante de cada una.

—¿En el dúplex pegado al de Montgomery no vivía nadie?

Bogart asintió.

Decker volvió a inspeccionar la hilera de casas.

—¿Hay algún otro desocupado?

—No lo sé.

—Bueno, hay gente de pie delante de todas las casas menos esa. —Indicó el cuarto dúplex de la izquierda. No había luz dentro y, como había dicho Decker, nadie había salido a curiosear.

—No hay ningún coche, pero eso no significa nada. No todos los que viven aquí tienen coche —dijo Bogart—. Y puede que la casa esté deshabitada.

Decker volvió mentalmente a las dos veces que había visitado a Regina Montgomery. No había visto nada la vez que había ido allí con Bogart, pero la noche anterior había visto la luz encendida en aquella casa y un coche aparcado enfrente.

Se lo dijo a Bogart.

—El vehículo era un Toyota Avalon tostado de cuatro puertas. Las placas de la matrícula no se veían desde donde yo estaba, pero verás que hay marcas de ruedas delante de la casa, y que son recientes.

—Vale —convino Bogart—, eso es otra cosa. Puede que hubiera alguien dentro.

—Vamos a comprobarlo —dijo Decker—. Y no estaría mal disponer de refuerzos.

Desenfundó al tiempo que Bogart le hacía señas a uno de los agentes de policía, que se acercó corriendo. Después de susurrarle unas cuantas instrucciones, el policía y sus colegas empuñaron las armas y se dirigieron hacia la casa para rodearla. Con Decker y Bogart detrás, el jefe de los tres agentes llamó a la puerta, se identificó y pidió que lo dejaran entrar. No obtuvo respuesta alguna.

Volvió a llamar antes de derribar la puerta de una patada. La endeble madera cedió al primer intento.

Inmediatamente rompieron la puerta trasera y los dos grupos de policías confluyeron en el pequeño interior.

Bastó un minuto para comprobar que todo estaba despejado.

Dejaron entrar a Decker y los demás en el dúplex.

No había mucho que ver. Estaba vacío. Ni un solo mueble. Nada.

—No parece que haya habido nadie nunca —dijo Davenport.

—Pero alguien había —sentenció Decker.

Mars movía de lado a lado la cabeza, incrédulo.

—¿Alguien la ha matado? ¿Han volado su casa?

Decker asintió.

Estaban sentados en el vestíbulo del hotel, con Jamison y Davenport.

—¿Y dices que su hijo está bien? —preguntó Mars.

—Está bien, aparte de haber perdido a sus padres el mismo día.

—¿Y de verdad crees que la han asesinado?

—Si no, es la mayor coincidencia con la que me he topado jamás, y no creo siquiera en las pequeñas.

—¿Sabes quién puede haberlo hecho?

—Quien le pagó con relojes Cartier y ropa cara y la promesa de una vida mejor con su hijo.

—Entonces ¿crees que Tommy corre peligro? —le preguntó Jamison.

—Bogart le ha puesto escolta policial —respondió Decker—. No creo que su madre le contara nada, pero quien la haya matado no puede saberlo con seguridad. Cuando hablamos con Tommy quedó claro que creía que el dinero era del seguro.

Mars lo miró.

—¿Y ahora qué hacemos?

En aquel momento Bogart entró. Parecía alterado.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jamison—. No habrá habido otro asesinato, ¿verdad?

El agente del FBI negó con la cabeza y se dejó caer en una silla, junto a Davenport.

—No, no se trata de eso —dijo, sin mirar a nadie a los ojos—. Es más complicado, de hecho.

Decker lo taladró con los ojos.

—¿Vas a contárnoslo?

Bogart le sostuvo la mirada.

—Acaban de llamarme de Washington D. C. Nos han apartado oficialmente del caso.

—¿Qué? —exclamaron a la vez Jamison y Davenport.

—Lo diré de otro modo. El cuartel general no lo considera un caso. Un caso abierto, quiero decir. El señor Mars ha sido absuelto. El verdadero asesino confesó los asesinatos y pagó por ellos con la vida. Eso es todo. Quieren que volvamos.

—Pero ¿qué pasa con la muerte de Regina Montgomery? —preguntó Decker, sin dejar de mirar a Bogart.

—Es irrelevante, al menos para ellos. Un accidente, nada más. Y no compete al FBI resolverlo, en todo caso.

Mars los fue mirando uno a uno antes de detenerse en Bogart.

—¿Y eso qué significa exactamente, agente Bogart?

—Exactamente significa que haremos las maletas y volveremos a Quantico. Siento cómo ha acabado todo esto. No era mi intención. Se lo comunicaré a Milligan. Él puede volver directamente desde Texas.

—Bueno, estará exultante —comentó Decker con sequedad.

Bogart se levantó y le tendió la mano a Mars, que se levantó a su vez para estrechársela.

—Siento que nos marchemos así, señor Mars. Si pudiera escoger, no lo haría. Le deseo lo mejor.

—Vale —repuso Mars, apabullado—. Claro, gracias.

—Buen viaje, agente Bogart —dijo Decker.

Bogart no pareció sorprendido.

—Entonces ¿no vienes?

—Yo no dejo un caso hasta que lo resuelvo. Así que me quedo aquí hasta que lo haga.

—Decker, por favor, sé razonable. No puedes hacer eso —le dijo Bogart.

—Puedo y lo haré.

—Pero trabajas para...

—Dimito —lo cortó Decker.

Bogart inspiró profundamente.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí. Aunque no me llevará mucho tiempo.

Bogart miró a las dos mujeres.

—¿Y vosotras? —les preguntó.

—Yo me quedo con Decker —declaró Jamison, categórica.

—¿Y tú? —le preguntó el agente especial a Davenport.

No parecía ni mucho menos tan segura, pero después de mirar de reojo a Decker, dijo, sin mirar a Bogart:

—Yo también me quedo.

Bogart asintió despacio.

—Parece que ni mi proyecto ni mi equipo funcionan ya.

—Lo sentimos, agente Bogart —se disculpó Jamison.

Sorprendentemente, Bogart sonreía.

—Puede que vosotras sí, pero él no —dijo, mirando a Decker.

—No es nada personal —dijo este último—, pero Charles Montgomery no asesinó a Roy y a Lucinda Mars. Averiguaré quién lo hizo.

—Te deseo suerte. Ojalá pudiera quedarme para ayudarte, pero en mi caso no tengo esa opción.

Les dio la espalda y se marchó.

Mars miró inmediatamente a Decker.

—¡Vamos, hombre! No tienes por qué hacer esto. No quiero que pierdan todos el

trabajo por mi culpa.

—Ahora mi trabajo es averiguar lo que les pasó a tus padres, Melvin. Me importa un comino si lo hago con el FBI o sin él.

—Pero el agente Bogart es amigo tuyo.

—Y seguirá siéndolo. Y estará perfectamente. Él cumple órdenes.

—Pero es posible que no os permitan volver a trabajar con él cuando esto termine.

Decker echó un vistazo a Jamison antes de responderle a Mars.

—Eso es problema nuestro, Melvin, no tuyo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Davenport.

—Puesto que ya no estamos con el FBI —le contestó Decker—, la policía no tiene el deber de cooperar con nosotros.

—Eso nos dificultará mucho las cosas de ahora en adelante —señaló Davenport.

—Por eso precisamente no se lo vamos a contar —arguyó Amos.

—¿Mentir a la policía? —exclamó Davenport—. Mira, sé que he estado de acuerdo en quedarme, pero no voy a meterme en un lío por esto.

—No vamos a mentir a la policía. Lo que haremos será no decirle nada. Seguiremos investigando como si no hubiera pasado nada. Si la policía cree que seguimos trabajando con el FBI, la equivocación será suya.

—Pero Decker —dijo Davenport—. Seguramente Bogart informará a la policía de que nos retiramos.

Decker miró de soslayo a Bogart, que esperaba el ascensor, echándoles un vistazo de vez en cuando.

—No, no creo que lo haga.

—Está bien. Como dice Lisa. —Jamison cambió de tema—. ¿Qué hacemos ahora?

Decker se volvió hacia ella.

—Atrapar un asesino.

—¿Cómo?

—Tenemos pistas, solo tenemos que seguirlas.

—¿Qué pistas? —preguntó Davenport.

—Una casa que ha volado por los aires. Un Toyota Avalon de cuatro puertas y todo lo que los vecinos puedan contarnos acerca de la persona o las personas que había en ese dúplex. Además, rastreamos el origen del dinero que recibió Regina.

—¿De verdad crees que así obtendremos respuestas? —le preguntó Mars.

—¿Cuál es la clave para ganar en el campo de fútbol?

—La preparación —respondió Mars sin pensárselo.

—Eso es. Bueno, cuando se investiga sobre el terreno la preparación consiste en fijarse en todos los detalles, por pequeños que sean, con la esperanza de que aporten respuestas significativas. Sé por experiencia que, cuando buscas a un delincuente, tienes que hurgar bien en la mierda. Porque ahí es donde viven. Vamos.

Salió del vestíbulo del hotel a paso vivo.
Mars miró a Jamison.
—¡Dios mío! Sí que se comporta siempre así.

Llevaba varias horas lloviendo a cántaros y el solar del dúplex se había convertido en un lodazal.

Con chubasquero y botas de agua, Decker, Jamison y Davenport recorrieron el lugar buscando pistas y hablando con los agentes de policía. Puesto que no estaba con el FBI ni con la policía local, Mars solo podía observar desde el coche de alquiler con el que habían ido hasta allí.

—No hemos encontrado ninguna prueba de que se usara un acelerante o un temporalizador o materiales explosivos, agente Decker —dijo el policía que los había acompañado.

Amos no lo corrigió en cuanto a lo de «agente». Llevaba la credencial del FBI sujeta al chubasquero, para que todo el mundo la viera, al igual que Jamison y Davenport.

Echó un vistazo a los escombros.

—¿Cree que todavía pueden encontrar algo?

—Normalmente a estas alturas ya lo hemos encontrado. No nos falta experiencia con explosiones por aquí. A la gente le gusta volar la mierda, de modo que sabemos lo que buscar. Sabemos qué pautas de explosión solemos ver si se ha usado un artilugio manufacturado. El dúplex era muy viejo y estaba en pésimo estado. Supongo que las tuberías y las válvulas subterráneas no estaban en condiciones óptimas. No es el primero que vuela por los aires. No es nada raro.

Decker asintió.

—Lo comprendo —dijo—. Solo que me gustaría mucho más que hubiera sido en otro momento.

El policía asintió, comprensivo.

—No cuando acababan de ejecutar a su marido, ¿verdad?

—Exacto.

—No creerá que se suicidó, ¿no?

—¿Con una explosión? —preguntó Decker con escepticismo.

—No. Pero pudo querer meter la cabeza en el horno o algo así y haberse producido la explosión. Dice usted que era fumadora. Pudo encender una cerilla por alguna razón.

—Es una posible teoría, pero no creo que sea la acertada.

Decker se alejó del agente para reunirse con Davenport y Jamison.

—¿Y ahora, qué? —dijo la primera, empapada y visiblemente irritada.

—Bueno, puesto que no han hallado la causa de la explosión, hablaremos con los vecinos.

—¿Podemos esperar a que pare de llover para hacerlo? —le preguntó Davenport.

—Podéis.

Les dio la espalda y se dirigió a la casa más próxima.

Jamison echó un vistazo a Davenport.

—¿Vienes?

Davenport miró fijamente a Decker, con cara de fastidio.

—En realidad creo que esperaré con Melvin. Puede que sea más productivo.

Se alejó a zancadas hacia el coche mientras Jamison corría para alcanzar a Decker.

Los habitantes de seis de los dúplex no se habían fijado en el Toyota Avalon. Abrió la séptima puerta una mujer de pelo blanco, encorvada y diminuta, que parecía casi centenaria. Llevaba un albornoz blanco, usaba andador y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para ver a Decker de cuerpo entero. Usaba gafas de culo de botella y Amos no tuvo demasiadas esperanzas de que pudiera decirles algo.

Los invitó a entrar. Estaba emocionada, les dijo, de que «un agente especial» hubiera ido a hablar con ella.

—Y una agente especial —añadió, asintiendo sonriente hacia Jamison cuando se sentaron a una mesa baja—. Supongo que incluso en el FBI han aprendido que las mujeres pueden hacer las cosas mejor que los hombres.

—Supongo que sí —convino Jamison, mirando con picardía a Decker.

—Me llamo Patricia Bray, pero pueden llamarme Patti. Toda mi familia y mis amigos me llaman así. Bueno, lo hacían cuando vivían. Soy la única que queda. La última de nueve hermanos.

—Lamento oírlo, Patti —dijo Jamison.

Un gato atigrado saltó al regazo de la anciana. Bray lo acarició.

—Pero no estoy sola. Este es *Teddy*. Tiene dieciséis años y nadie sabe cuál de los dos sobrevivirá al otro.

—¿Se ha enterado de lo que le ha pasado a su vecina? —le preguntó Decker.

Bray asintió, frunciendo la boca.

—Conocía a Regina. Menuda vida tuvo. Pero he oído que Tommy está bien, gracias a Dios. Es un joven agradable. Me ha ayudado en la casa un montón de veces. Lo he visto crecer. Se mudaron aquí cuando trasladaron a ese marido suyo a la cárcel que hay carretera abajo.

—Lo sabemos.

—Acaban de electrocutarlo —prosiguió Bray—. Y ahora esto. ¡Dios del cielo! Eso significa que Tommy se ha quedado huérfano. ¿Quién se ocupará de él? Todavía va al instituto.

—Se están ocupando de eso —le dijo Decker—. De momento vivirá en casa de su entrenador.

—¡Oh, qué bien! Juega muy bien al fútbol. Regina hablaba y hablaba de él. Era una madre muy orgullosa de su hijo.

—Entonces ¿hablaban a menudo las dos?

—¡Oh, sí! Yo solía hornear y le llevaba cosas. Ahora ya soy demasiado vieja, así que Regina me hacía la compra y me ayudaba un poco con la casa. También me

mandaba a Tommy para hacer recados. Era la mujer más agradable del mundo.

Decker le lanzó a Jamison una mirada de culpabilidad.

—No sabíamos eso.

—¡Oh, sí! Ha tenido una vida difícil, como les he dicho. Pero últimamente parecía más feliz. Quiero decir que puede que fuera porque veía la luz al final del túnel. Lo que con su marido... Y además tenía a Tommy. Creo que a eso se aferraba. A verlo en una buena universidad. A estar allí, para él.

—¿Le habló de sus planes para el futuro? —le preguntó Jamison.

—Claro que sí. Iba a mudarse, lo que por una parte me entristecía. Pero tenía que organizar su vida y a mí no me queda mucho. Iba a irse con Tommy a la universidad. No quiero decir que fuera a ir con él a clase, sino que iba a vivir cerca. Iba a ocuparse de él, ¿saben? No tenía a nadie más.

—¿Le dijo cómo se las arreglaría económicamente? —le preguntó Decker.

—Dijo que contaba con el dinero del seguro. Así que supongo que ese marido suyo era bueno para algo.

—¿Vio usted algo sospechoso anoche?

—¿Sospechoso? Creía que había sido una explosión de gas.

—La policía lo sigue investigando. En esta etapa de la investigación no hay que descartar ninguna posibilidad.

—¡Ah, claro! Entiendo. Bueno, me acosté pronto. Algo que comí no me sentó bien, por lo visto. Lo siguiente que sé es que oí lo que me pareció el estallido de una bomba. Me puse la bata y fui hasta la puerta principal y... —Se le quebró la voz y le tembló la mano con la que acariciaba a *Teddy*.

Jamison se la sujetó.

—Está bien. No tiene que contarlo. Ya sabemos lo que pasó.

—Así que no vio nada fuera de lo común —le dijo Decker.

—No que yo recuerde. —Miró repentinamente a su alrededor—. ¿Qué ha sido de mis modales? ¿Quieren tomar algo? ¿Un café? Fuera hace frío.

—No, gracias —dijo Decker—. Estamos bien. —Tras una pausa, añadió—: Bien, ahora...

Jamison lo interrumpió.

—¿Quiere que yo le prepare un café? Como bien ha dicho, fuera hace frío.

A Decker lo desconcertó la interrupción, pero Bray le sonrió con calidez.

—Cariño, eres muy amable. Acababa de poner el agua a hervir cuando han llamado a la puerta.

—¿Qué ha preparado?

—Café. —Bray soltó una risita.

Jamison sonrió disimuladamente.

Decker parecía impaciente.

Jamison fue a buscar el café y se lo sirvió a la anciana, que tomó un sorbo y dejó la taza en la mesita. Luego volvió a centrarse en Decker.

—Y bien, ¿qué iba a preguntarme, joven?

—¿Ha visto alguna vez un Toyota Avalon aparcado delante del dúplex que hay dos puertas más abajo?

—¿Un Avalon?

—Sí.

—¿Se refiere a ese tostado de cuatro puertas?

Decker se enderezó un poco.

—Sí.

—No sabía que fuera un Avalon. Estuvo ahí ayer.

—¿A qué hora fue eso?

Bray se quitó las gafas y limpió la mancha de un cristal con la manga.

—¡Oh! Me parece que a eso de las seis. Lo digo porque empezaban las noticias de la tarde. Sé que la gente ya no ve las noticias de la tele. Usan ordenadores y eso, ¡incluso el móvil! Pero a mí me encantaba ver a Walter Cronkite y aunque ya no hay nadie en la tele como el Tío Walt, todavía las veo. Así que, a eso de las seis, saqué a *Teddy* fuera para que diera un paseo. Entonces lo vi. Estacionado justo enfrente.

—Supongo que no se acuerda de la matrícula, ¿verdad? —le dijo Decker, mirando fijamente las gruesas gafas que la mujer se estaba poniendo de nuevo.

—Tenía una A y una R y el número 4. ¡Ah! Y era de Georgia.

Decker pareció sorprendido.

—Una matrícula de Georgia. ¿Está segura?

—Segurísima. He jugado bastante al juego de los coches con mis hijos. Ya sabe, a contar las matrículas del estado. Eso era cuando la gente recorría al volante grandes distancias con camas en la parte trasera para que los niños durmieran y los cinturones de seguridad solo se usaban para sujetar las provisiones. He visto muchas matrículas de Georgia. Llevan el melocotón de Georgia justo en el centro. Ninguna otra matrícula lleva un melocotón, ¿verdad?

—No —convino Decker, mirando de soslayo a Jamison—. ¿Vio quién lo conducía?

—Verá, el asunto es que en ese dúplex no suele vivir nadie. El propietario lo alquila, pero aquí solo vive la gente que no puede permitirse hacerlo en un lugar mejor. Como yo. Mis únicos ingresos provienen de la Seguridad Social. Me fijé en el coche porque era bonito y relativamente nuevo. Por aquí lo habitual es que la gente no tenga coche. Cogen el autobús en la carretera o van a trabajar en bicicleta. Regina tenía coche, sí, pero tenía veinticinco años y estaba en las últimas. ¿Ha dicho usted que era un Avalon?

Decker asintió en silencio.

—Bueno, pues parecía bastante nuevo.

—¿Y la persona que lo conducía?

—¡Ah, sí! También lo vi.

—¿Era un hombre, entonces?

La anciana lo miró a los ojos.

—Bueno, ¿no acabo de decirle que lo era?

Jamison tuvo que esforzarse para no sonreír.

—¿Puede decirnos qué aspecto tenía? —le preguntó.

—Era corpulento —dijo—; no tanto como usted —añadió, mirando a Decker de los pies a la cabeza—, pero poco le faltaba.

—¿Edad? —preguntó Amos.

—Ni tan joven como usted ni tan viejo como yo. Tendría unos setenta años. Era calvo o casi calvo. El pelo que le quedaba lo tenía blanco. No llevaba barba. Iba completamente afeitado. Una cara de hombre duro.

—¿Gordo? ¿Flaco?

—Ni una cosa ni la otra. Parecía bastante en forma, robusto. No tenía tripa ni nada. —Se palmeó una rodilla—. En este país, si ves a una persona mayor que no esté gorda, ¿qué es lo primero que piensas? Que tiene cáncer. ¿Tengo razón o no? Hay que controlar las raciones. Siempre me ha funcionado. Ceno en platos que la gente considera de postre. Y se extrañan de estar obesos. Bueno, dejémoslo así. —Volvió a mirar a Decker, que a pesar de haber perdido más de catorce kilos seguía con bastante sobrepeso—. Perdóneme, hijo. Estoy segura de que es muy bueno, pero debería reducir los carbohidratos.

Decker pasó por alto su comentario.

—Dice que parecía un hombre duro por su cara. ¿Desde qué distancia lo vio? Si eran cerca de las seis de la tarde, tenía que estar bastante oscuro.

La anciana se señaló las gafas.

—Con estas veo perfectamente. Me lo dijo el médico. Lo digo por si está pensando que estoy ciega como un murciélago y que, si de día no veo, menos veré de noche. Además, nunca he tenido cataratas. Estaba de pie en el porche delantero, con la luz de fuera encendida, así que le eché un buen vistazo. ¡Ah! Y cojeaba un poco. —Tras pensar un momento, añadió—: Me parece que tenía mal la pierna derecha.

—¿Vio alguna vez que alguien lo visitara?

Ella negó cabeceando.

—A decir verdad, pensé que podía ser un okupa. Aquí ha pasado otras veces. Alguien ve un sitio como este y, simplemente, echa el ancla y se instala. Sin ningún respeto por los derechos de los propietarios.

—Patti, ¿él la vio mirándolo? —le preguntó Jamison, ansiosa—. Porque eso podría ser un verdadero problema.

Bray le respondió sacando del bolsillo de la bata una elegante Beretta compacta de nueve milímetros.

—Puedo parecer frágil y ciega, cariño, pero con esta monada soy capaz de darle a cualquier cosa que esté a no más de tres metros de distancia. Lo para todo. Caen redondos, sobre todo si les disparas en los huevos.

—Apuesto a que sí —dijo Decker.

—Estaremos al acecho del Avalon y de ese tipo —dijo el agente de policía de Alabama que vigilaba el escenario del crimen, cuando Decker le hubo contado su conversación con Bray—. Es un poco vago, pero merece la pena intentarlo. No es que tengamos mucho más para continuar.

Decker no tenía demasiadas esperanzas de que el tipo siguiera en el estado de Alabama. Aunque hubiera estado por allí cuando el dúplex de Regina Montgomery había volado por los aires...

Se reunió con Davenport, Mars y Jamison en el todoterreno que Bogart había alquilado antes.

—Aquí ya no podemos hacer nada más —les dijo—. Volvamos al hotel.

—Háblame de su hijo Tommy —le pidió Mars de camino hacia allí.

—Va al instituto. El año que viene estará en el último curso. Ya le han hecho ofertas de algunas universidades. Es defensa, como eras tú.

—¿Y qué será de él cuando todo esto acabe?

—Si tiene familiares en alguna parte, seguramente irá a vivir con ellos. O puede que su entrenador le deje quedarse con él hasta que se gradúe.

Mars asintió y miró por la ventanilla. Seguía lloviendo y no tenía pinta de que fuera a parar. Además, estaba refrescando.

—¿Por qué lo preguntas? —le dijo Decker, mirándolo con curiosidad.

—Por nada. Es que... Solo quería saberlo. Es duro para un chico perder a sus padres.

—También lo es para un adulto —comentó Decker.

Cuando llegaron al hotel se enteraron de que Bogart había dejado pagadas sus habitaciones para unos cuantos días más. También había pagado el coche de alquiler para el mismo tiempo.

—Espero que esto no se vuelva contra él —dijo Davenport—. Está asumiendo un gran riesgo haciéndolo, sobre todo porque le han ordenado que deje el caso.

—Nos lo han ordenado a todos —puntualizó Jamison.

—Es una lástima que el equipo haya durado tan poco —comentó Davenport—. Podría haber sido realmente gratificante.

—Si te marchas ahora es posible que puedas seguir en él —dijo Decker—. Suponiendo que vayan a reconstituirlo.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Quieres que me vaya?

—Quiero que quien se quede esté comprometido al ciento por ciento en la resolución de este caso.

—¿Te refieres a que yo no he querido investigar bajo la lluvia? —le espetó Davenport.

—Me refiero exactamente a lo que he dicho —le respondió Decker sin alzar la

VOZ.

Davenport parecía a punto de replicar algo, pero de repente cambió de cara.

—Tienes razón. Lo siento. —Se miró las manos, nerviosa—. Es que no me saco esa ejecución de la cabeza. Me ha hecho cambiar... mucho. Me ha hecho plantearme si realmente quiero hacer esto.

Jamison le puso una mano en el hombro.

—Lo entiendo, Lisa. Yo no tuve siquiera el valor de ir.

Davenport soltó una carcajada cavernosa.

—Ojalá hubiera sido tan lista como tú y hecho lo mismo. —Se volvió hacia Decker—. Supongo que me consideras una pusilánime.

Decker cabeceó.

—Para empezar conozco a un montón de tipos duros que nunca hubieran ido a presenciarla.

—Pero me derrumbé.

—Yo no me castigaría por eso. Necesitamos tus talentos para resolver esto.

Davenport miró a Jamison, que le sonrió para animarla, y otra vez a Decker.

—Te lo agradezco. Y lo daré todo. Así que, ¿cuál es el siguiente paso?

—Tenemos que avanzar al menos en un frente. Aquí o en Texas. Que asesinaran a Regina demuestra que vamos por buen camino. Le pagaron para que su marido mintiera y dijera que había matado a los padres de Melvin. Eso nos indica que veinte años después sigue habiendo gente por ahí relacionada de algún modo con el crimen, incluido posiblemente el verdadero asesino.

Mars se rebulló en el asiento.

—Pero no consigo entender por qué alguien iba a tomarse tantas molestias para salvarme después de todos estos años.

—Eso podría evidenciar el motivo —dijo Decker.

Davenport asintió.

—Eso es un punto importante, de hecho. —Miró a Mars—. Puede que tenga un aliado por ahí cuya existencia desconoce.

—¿Cómo puede ser? ¿Y por qué ahora? —dijo Mars.

—Tenemos que resolver la secuencia temporal —dijo Decker.

Hacía rato que había pasado la hora de la cena y tenían hambre. Tomaron algo rápido en un restaurante situado a una manzana del hotel. Cuando volvieron a este, se desearon buenas noches, pero no antes de que Decker les advirtiera a todos que pensarán en el caso y a la mañana siguiente aportarán ideas para seguir con la investigación.

Amos subió en ascensor a su habitación, se aseó y estaba a punto de desvestirse y acostarse cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —dijo.

—¿Tienes un momento, Amos? Me gustaría que habláramos.

Era Davenport.

Decker lo debatió consigo mismo un momento.

Notando su vacilación, ella volvió a hablar.

—Solo será un momento, de verdad.

Le abrió la puerta. Lisa llevaba una botella de cerveza en cada mano.

—Estoy a régimen —le dijo él.

—Por eso traigo cerveza *light*. Solo aporta noventa calorías. Con el día que hemos tenido seguramente necesitas carbohidratos.

Se sentaron para tomárselas.

—¿Y bien? —dijo Decker.

—Empezamos con mal pie.

Él se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Me parece que la franqueza y la honestidad son la mejor política.

—Vale.

—Pues ahí va mi franca y honesta afirmación. Tomé la decisión de unirme al equipo solo después de que Bogart me hablara de ti.

Decker tomó otro sorbo de cerveza y se arrellanó en la silla, escuchando la lluvia.

—¿Y por qué fue un factor decisivo que Bogart te hablara de mí?

—No me interpretes mal. Estaba verdaderamente interesada en la oferta de Ross. Parecía fascinante y he hecho prácticamente todo lo posible en mi campo. Además, me gusta aprovechar las oportunidades. Soy la típica alumna de sobresalientes. Hija única de padres intelectuales que me adoraban. Excelente en todos los sentidos. También fui corredora de fondo en Stanford antes de ir a Columbia.

—Impresionante. Pero eso no responde a mi pregunta.

—No quería presumir. El hecho es que fuiste tú quien me llevó a unirme al equipo cuando Ross lo propuso.

—Mencionaste algo parecido cuando nos conocimos.

—Lo sé.

—Y también los paralelismos entre mi caso y el de Melvin. Pensabas que podía ser un fascinante caso de estudio.

—Exactamente.

—Y yo te dije que no tenía nada que ver con mis «anomalías cognitivas», que el foco estaría en la culpabilidad o la inocencia de Melvin.

Davenport tomó un sorbo de cerveza.

—Y yo que sería desaprovechar una oportunidad.

—Lo sé, pero desperdiciarla ¿cómo, exactamente?

—Quería ver si me permitirías incluirte en un estudio profesional. El hecho de que hayas dedicado tus singulares habilidades mentales a resolver crímenes no hace más que incrementar su singularidad. Me pareció que podría escribir un artículo maravillosamente convincente o incluso un libro. Incluso un éxito de ventas —añadió, seductora.

Decker apuró la cerveza.

—No me interesa en absoluto.

Ella lo miró, resignada.

—Lo supe a los cinco minutos de conocerte.

—¿Entonces?

—Ya te he dicho que me quedaré hasta el final. Te ayudaré cuanto pueda a resolver este caso.

—¿Por qué?

Davenport iba a decir algo pero dudó, tirando de la etiqueta de la botella.

—Puedo darte la respuesta profesional, que será un verdadero galimatías, o decirte la verdad.

—Prefiero lo segundo.

Ella se inclinó hacia él y lo miró a los ojos por primera vez.

—Fue por la ejecución. Por el modo en que murió ese hombre. Es posible que se lo mereciera. No voy a entrar en el debate acerca de los pros y los contras de la pena capital, pero Melvin Mars es inocente y estuvieron a punto de ejecutarlo. ¿A cuántos otros inocentes les han quitado la vida?

—Como ya dije una vez, basta con que haya sido a uno —dijo Decker—. Así que, ¿para qué has venido esta noche?

—Como he dicho, empezamos con mal pie. No me malinterpretes. Fue por mi culpa únicamente. Solo quería dejar las cosas claras antes de seguir y afrontar este caso hasta el final.

—Vale. Estamos en paz.

Ella sonrió levemente.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Mañana será otro día, sin embargo.

Davenport lo pilló y asintió.

—Supongo que todos tendremos que ponernos a prueba. A diario.

—Así es como yo lo veo, desde siempre. —Alzó la botella en un brindis—. Gracias por la cerveza *light*.

Ella se levantó.

—Gracias por escucharme. —Le dio la espalda para marcharse, pero volvió la cabeza hacia él—. Ross me contó lo de tu familia. Lo siento muchísimo, Amos. Muchísimo.

Decker la miraba, pero no dijo nada.

—¿Hasta qué punto es difícil no olvidar nunca?

—Hasta un punto que ni te imaginas.

Davenport se marchó.

Decker dejó la botella y se acercó a la ventana. Fuera llovía a cántaros.

Rebobinó las imágenes de su perfecta memoria hasta su encuentro con Regina Montgomery.

Un reloj Cartier.

Tres cajas de Neiman Marcus.

Dos cajas de Chanel.

Dos de Saks.

Una de Bergdorf Goodman.

Una de Jimmy Choo.

Luego estaba el bolso de Hermès.

Sacó el portátil y se conectó a Internet para visitar las páginas de todas esas tiendas. Encontró los artículos que había visto y los precios.

Calculó mentalmente el importe total.

«Cincuenta y cuatro mil dólares y pico.»

Solo el bolso de Hermès costaba más de diecinueve mil. El reloj otros catorce mil. Los zapatos de Jimmy Choo otros mil.

Decker cabeceó, incrédulo.

Solo para tener donde llevar las cosas, saber la hora y calzarse, treinta y cuatro mil dólares.

Eso quería decir que quienquiera que estuviera detrás de aquello tenía mucho dinero. Regina Montgomery, evidentemente, esperaba cobrar muchísimo más.

La gran recompensa por una vida de miseria con Charles Montgomery.

Pero no había llegado a disfrutarla, ¿verdad? Muerto Charles, Regina resultaba prescindible. Era una crueldad. Era despiadado.

Decker no habría esperado menos de la gente que había permitido que un inocente se pudriera veinte años en la cárcel.

Se desvistió y se acostó.

Ya llevaba algún tiempo trabajando en el caso y mucho se temía que el mínimo progreso que habían hecho se quedara solo en eso.

El gimnasio era pequeño, con una sola cinta para correr, una estantería de mancuernas herrumbrosas, una vetusta bici estática y una solitaria pelota medicinal.

Decker andaba en la cinta, aumentando poco a poco la velocidad cada pocos minutos mientras miraba la televisión atornillada a la pared.

Estaban dando las noticias, la principal de las cuales era la ejecución de Charles Montgomery y la posterior muerte de su mujer en la explosión de su casa.

—¿Qué probabilidades hay de que ambos murieran así, el mismo día? —preguntó uno de los presentadores del telediario.

«No murieron el mismo día», pensó Decker. En realidad, Regina había muerto pasada la medianoche y, por tanto, había sido al día siguiente.

A pesar de todo, no podía negar que aquel hombre tenía razón en lo fundamental. ¿Qué posibilidades había?

Bueno, Amos sabía que eran muchas si alguien había asesinado a Regina en cuanto su marido había perdido convenientemente la vida.

Se abrió la puerta del gimnasio y entró Melvin Mars vestido para hacer ejercicio. Lo saludó con una inclinación de cabeza y se puso a hacer estiramientos.

Después empezó a ejercitarse y Decker se olvidó de lo que hacía y se puso a observarlo. La intensidad de su rutina le parecía increíble. Era casi demencial. Estuvo a punto de caerse una vez de la cinta de lo fascinado que estaba por lo que Mars, de casi cuarenta y dos años, era capaz de hacer.

Al final detuvo la cinta y se limitó a mirarlo.

Cuando Mars terminó por fin, cogió una toalla limpia de una mesa y se secó el sudor.

—¿Con qué frecuencia haces eso? —le preguntó Decker.

—Todos los días desde hace veinte años.

—Impresionante. Me parece que me va a dar un infarto solo de verte.

Mars se encogió de hombros.

—Me permitía seguir adelante. Me mantenía cuerdo, ¿entiendes?

Decker asintió.

—Lo entiendo.

Mars se sentó en un taburete y miró a Decker con cara seria.

—¿Qué crees que está pasando en realidad?

—Alguien te odiaba, y ahora alguien se ha compadecido de ti.

Eso sorprendió a Melvin.

—¿Qué?

—Te incriminaron, te encarcelaron y estuvieron a punto de ejecutarte. Luego pagaron a los Montgomery y una falsa confesión te ha sacado de prisión.

—¿Crees que han sido los mismos?

—Fue hace veinte años, pero puede que sí.

—¿Por qué ese cambio de actitud? ¿Mataron a mis padres, vieron cómo me encerraron y ahora me sacan? No tiene ningún sentido.

—Estoy de acuerdo. Te achacaron el crimen porque eras el sospechoso más probable.

—Pero ¿por qué asesinaron a mis padres?

—Por algo que sabían, que vieron, oyeron u hicieron.

—No eran más que gente corriente de un pueblecito del oeste de Texas, Decker.

—Eso eran cuando los conociste, pero pudieron llevar una vida completamente diferente antes de tenerte, Melvin. Y es posible que se mudaran al oeste de Texas para alejarse de ella.

Mars asintió.

—Supongo que eso es lo que más sentido tiene. ¿Crees que estuvieron implicados en algo turbio?

—Cabe la posibilidad. A la gente implicada en cosas buenas no suelen asesinarla.

—Me cuesta ver a mis padres de ese modo.

—¿Y la cicatriz en la cabeza de tu padre?

—Sí, lo sé. He estado pensando en eso. Se puso hecho una fiera. Nunca había visto así a mi viejo.

—Es posible que se pusiera a menudo hecho una furia de joven.

—¿Crees que era un corte que le hicieron los mismos tipos que los encontraron luego y los mataron?

—No necesariamente.

—¿Qué era, pues?

—Podía ser de una cirugía plástica defectuosa.

Mars estuvo a punto de caerse del taburete.

—¿Qué?

—Si tu padre huía de alguien, es muy posible que quisiera cambiar de apariencia. La cirugía plástica es un modo de conseguirlo, pero puede que no tuviera el dinero necesario o la posibilidad de ir a un cirujano legal y que optara por uno clandestino. De ahí la cicatriz.

—Pero ¿y mi madre? Ella no tenía cicatrices.

—Pudo conocerla después de huir. A lo mejor ella no estaba envuelta en los asuntos turbios de él.

—Sí, vale. No me imagino a mi madre cometiendo un delito. Era una mujer muy dulce. Nunca me gritaba. Siempre estaba tranquila.

—La pregunta es cómo les seguimos la pista.

Mars se secó otra vez el sudor de la cara.

—¿Tenemos que hacerlo?

Decker lo miró desconcertado.

—Tenemos que hacer qué.

—Seguir adelante con esto. Quiero decir que... Mis padres están muertos. Yo he

salido de la cárcel.

—Entonces ¿no quieres saber la verdad?

—No quiero saberla si...

—¿Si tu padre era realmente un mal tipo?

—¿Querrías enterarte tú de eso acerca de tu viejo? —le preguntó Mars a la defensiva.

—Te han tenido apartado del mundo veinte años, Melvin. Asesinaron a tus padres. ¿No quieres ver a los asesinos de tus padres ante la justicia?

—Lo sé, lo sé —convino Mars tristemente—. Mira, no quiero que nadie se libre de esto. Es solo que...

—¿Qué? —le espetó Decker—. ¿Que hay algo en tu vida más prioritario?

—¿Por qué te importa tanto? —rugió Mars—. ¡No es tu maldita familia!

—Pero fue mi maldita familia —replicó Decker—. Alguien la mató. Podría haber pasado página y seguido adelante con mi vida, pero te diré una cosa, Melvin. Puedes intentar pasar página, pero ¿qué vida tendrás si lo haces? Una que no merecerá la pena.

Cogió la toalla y se bajó de la cinta, dispuesto a irse del gimnasio. Cuando llegó a la puerta se volvió hacia Mars.

—Por si te sirve de algo, tú podrías haber ganado el Heisman ese año. El tipo que lo ganó duró unos cuantos años como profesional y nunca hizo nada destacado. Tú habrías sido también *Offensive Rookie* del año. Habrías ganado el premio sin despeinarte. Simplemente porque no hayas tenido la oportunidad no significa que no fueras una superestrella. Porque lo eras.

Salió y la puerta se cerró.

Mars se quedó sentado en el taburete, mirando al suelo.

Decker habló por teléfono.

—¿Agente Bogart?

—Decker. ¿Qué tal va por ahí? Supongo que seguís en Alabama.

—Sí. La cosa marcha, despacio. Puede que tengamos un punto de partida con el tipo que asesinó a Regina Montgomery. Es posible que lo vieran. Los polis de por aquí le están siguiendo la pista.

—Me alegro por vosotros.

—Te agradezco que pagaras unas cuantas noches más de hotel, y el alquiler del coche.

—No hay de qué. No era mi intención dejaros en la estacada.

—¿Has vuelto a Quantico?

—Sí.

—¿Qué te han asignado?

—De momento, no mucho.

—¿Y eso por qué?

—No puedo hablar de eso.

—¿Tiene relación con el hecho de que la mayor parte de tu equipo haya optado por proseguir la investigación?

—Si así fuera, ¿te importaría?

—No quiero perjudicar tu carrera.

—Me parece que ya lo has hecho.

—Lo siento.

—Así son las cosas, a veces. A lo mejor mi gran idea de tener un equipo cuyos miembros pertenecieran a distintos ámbitos era una estupidez, después de todo.

—A mí no me lo parece —dijo Decker abiertamente.

—Asúmelo, Decker. A ti no te hace falta que nadie trabaje contigo. Eres capaz de resolver casi cualquier cosa por tu cuenta.

—En Burlington me hizo falta ayuda para encontrar a los asesinos de mi familia.

—Lo habrías conseguido sin nosotros.

—Puede que sí, o puede que no. ¿Todo lo demás bien?

—¿El qué? ¿Te refieres a mi matrimonio? Me han llegado los papeles del divorcio esta mañana, de hecho. Menuda gracia. Después de todo esto creía que podríamos hacer que funcionara.

—Te has llevado una sorpresa, entonces.

—Sí, me la he llevado. Y mi pronto exesposa por lo visto tiene un novio nuevo. Es un artista en aprietos, así que ella va detrás de mí para conseguir una pensión sustancial.

—Te hace falta un buen abogado.

—Ya tengo un buen abogado. El problema es que ella también. Bueno, ¿qué

puedo hacer por ti? Te conozco lo suficiente como para saber que no llamas solo para charlar.

—Puede parecer una locura, pero ¿podrías averiguar algo para mí?

Oyó el suspiro de Bogart, pero también el *clic* de un bolígrafo.

—Como qué.

—Como si Roy y Lucinda Mars estaban en el Programa de Protección de Testigos.

—¿Qué? —exclamó Bogart.

—No tienen un pasado rastreable. Es posible que los reubicaran.

—Pero ¿por qué Protección de Testigos?

—Alguien que no fuera su hijo habría tenido un buen motivo para asesinarlos.

—¿Y Charles Montgomery?

—Sobornaron a su mujer para que él confesara. Las cosas que vi en su pequeño dúplex costaban en total más de cincuenta mil dólares. Y eran solo un anticipo. Como la asesinaron, no han tenido que pagarle nada más. Además, nosotros la estábamos presionando. Si se hubiera derrumbado podría habersele escapado algo. Tenía que morir.

Bogart se quedó callado un momento.

—Ya sabes que los *marshals* de Estados Unidos jamás han perdido un testigo protegido.

—Y puede que no quieran que nadie sepa que perdieron a los Mars.

—Es una acusación muy grave.

—Es un caso muy grave, así que, eso equilibra las cosas.

—Pero, si estaban en Protección de Testigos, ¿por qué no dijeron nada los *marshals* durante la celebración del juicio de Mars?

—Bueno, si nadie sabía que estaban en Protección de Testigos, nadie se lo pediría, y dudo que ellos hicieran voluntariamente algo a lo que no estaban obligados.

—Pero se enterarían del juicio. Tenían que saber que un inocente podía acabar en la cárcel.

—Había pruebas más que suficientes contra Melvin. Tal vez creyeron que sí que los había matado y que no tenía nada que ver con que en su día los hubieran metido en el programa.

—Vale. Digamos que lo averiguo para ti. No digo que pueda. Eso podría generar controversia con los *marshals*. Sería como abrir la caja de los truenos.

—Lo entiendo.

—Pero, si lo hago, y los mató alguien de su pasado, ¿cómo te explicas que pagaran a Montgomery para que mintiera y excarcelaran a Mars?

—No me lo explico, todavía.

—¿Esto ha sido por sugerencia de Mars?

—No. Ha sido idea mía. Él no sabe nada del pasado de sus padres.

—De eso no puedes estar seguro. Cabe la posibilidad de que sus padres se lo

contaran.

—Cabe la posibilidad —convino Decker—. Pero si estaban en el programa tendríamos un cabo del que tirar para averiguar quién los mató.

—Lo tendríamos, sí —dijo Bogart—. Ya te haré saber mi decisión, en un sentido u otro.

—Agente Bogart, siento lo que ha pasado. No era mi intención. —Oyó otro suspiro de su interlocutor.

—Lo sé. Lo único que te importa es el caso.

—De hecho, lo único que importa es la verdad.

—Bueno, pues buena suerte.

Bogart cortó la comunicación y Decker dejó el teléfono.

El enfoque de Protección de Testigos se le había ocurrido hacía varios días, en realidad, pero lo había meditado en la ducha después de hacer ejercicio y había decidido pedirle a Bogart que cursara una solicitud oficial de información a los *marshals*.

Que Roy y Lucinda Mars hubieran estado en Protección de Testigos habría explicado muchas cosas: su ausencia de pasado, que hubieran aparecido de repente en un pueblecito del oeste de Texas, la cicatriz en la cabeza de Roy Mars y, por último, su asesinato.

Lo inexplicable era lo que había tenido lugar recientemente. Es decir, que alguien hubiera pagado a los Montgomery para sacar a Melvin Mars de la cárcel.

¿Quién podía haberlo hecho? ¿Los mismos que habían matado a sus padres lo habían incriminado y conseguido que lo encarcelaran durante veinte años y que casi lo ejecutaran?

No, no podían ser ellos.

Entonces ¿quién?

A menos que encontrara la respuesta a esa pregunta, Decker se temía que nunca conduciría aquel caso a un final satisfactorio.

Bajó por las escaleras al vestíbulo del hotel y se encontró a Jamison esperándolo.

—¿Has comido? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza. Entraron en el restaurante de la planta baja.

Decker empezó a pedir el desayuno americano completo, con huevos fritos, tortitas, salchichas y beicon, gachas y pan frito, pero Jamison lo taladró con la mirada, así que en vez de eso pidió un zumo de naranja, tostadas y una tortilla de claras de huevo.

Mientras comían le contó su idea.

—¿En Protección de Testigos? —se extrañó ella—. Interesante. Supongo que eso explicaría una cuantas cosas.

—Pero no la principal: por qué está en libertad Melvin.

—No, supongo que no.

No le contó su encuentro con Mars en el gimnasio del hotel ni su repentina

renuencia a continuar con el caso. Lo que pensara Mars a Decker le daba igual. Si quería dejar el caso, pues bien. Él seguiría solo si hacía falta.

Le contó a Jamison su conversación con Davenport.

—Bueno, al menos te trajo cerveza *light* —dijo ella—. Así que un libro, ¿eh? Me lo estaba preguntando.

Decker la miró un tanto sorprendido.

—¿Por qué?

Se la veía incómoda.

—¿Por qué? —insistió Amos.

—Porque en Burlington yo tuve una idea parecida mientras investigábamos el asesinato de tu familia.

—¿Qué idea? ¿Escribir un libro sobre el caso?

—Sobre el caso y sobre ti. Eres fascinante. No me lo negarás, Amos.

—Si soy fascinante es únicamente por el trauma cerebral que sufrí en el campo de fútbol. No hay que animar a nadie a reproducir lo que me pasó, me parece.

—Pero tu mente, tu capacidad de recordar...

Decker dejó el tenedor en el plato.

—Entonces ¿sigues queriendo escribir un libro sobre mí?

Jamison lo miró. En su cara se reflejaba una mezcla de fastidio y culpabilidad.

—No, ya no.

—Bien, porque tendrías que hacerlo sin mi ayuda, Jamison.

—Lo entiendo. Es decir, ahora lo sé. —Echó un vistazo a su alrededor—. Bien. ¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos en Alabama y vemos lo que descubre la policía?

Decker negó con la cabeza.

—Los sucesos de Alabama no son más que parte de los efectos. La ejecución de Charles Montgomery, que asesinaran a Regina Montgomery... La causa de todo eso está en Texas. Ahí es donde debemos ir.

—Pero ¿no empezó todo esto antes de Texas? Quiero decir que, si los Mars estaban en Protección de Testigos...

—Por supuesto, Jamison. Pero para llegar ahí antes tenemos que pasar por Texas. Porque, para Melvin, ahí fue donde todo empezó.

Acababa de decirlo cuando frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Amos?

—Heisman —murmuró Decker.

—Heisman. ¿Te refieres al trofeo?

Decker se levantó.

—No, a todo el bombo y platillo que conlleva.

—¿Qué relación tiene eso con el caso?

—Creo que pudo ser el catalizador de todo lo demás.

—No lo sé —dijo Mars.

Decker, Davenport y Jamison estaban frente a él, sentados a una mesa de su habitación. Como Decker, se había duchado y cambiado de ropa después de hacer ejercicio.

—Tienes que saber algo —le dijo Decker tercamente—. Eras finalista del Trofeo Heisman. Fuiste a Nueva York, a la ceremonia de entrega de premios. ¿Te acompañaron?

—No —se apresuró a responder Mars—. Se lo pedí pero me dijeron que no. Papá tenía trabajo y a mamá no le gustaba viajar sin él.

—¿Su padre no pudo sacarle tiempo a su tienda de empeños para ir a ver si su hijo ganaba el Heisman? —dijo Davenport, incrédula.

Mars la miró.

—Sé que ahora parece extraño, pero entonces no lo parecía. Yo iba a la ceremonia. Claro que quería que vinieran, pero me estuvieron acosando con cámaras y micrófonos todo el tiempo. De todos modos no habría podido estar mucho con ellos.

Decker se arrellanó.

—¿Trató alguien de entrevistarlos para que hablaran de ti antes de la entrega del premio? Sé que son típicos los reportajes acerca de la familia y el pasado de los finalistas.

Mars asintió.

—Sí. Nos lo pidieron, quiero decir. Aparecieron en la universidad. La ESPN y otras cuantas querían un reportaje sobre mis padres. Del periódico de Austin, incluso del *New York Times* llamaron.

—¿Y? —lo acicateó Decker.

—Mis padres rechazaron todas las ofertas. No querían hablar con nadie.

—¿Eso no te pareció raro?

—Bueno, a toro pasado, sí que me lo parece. Pero tienes que entender que por entonces todo iba a mil por hora. Llevaba una vida de vértigo. Apenas tenía tiempo para respirar. Todas las semanas alguien me homenajeara. Demonios, si hasta el colegio donde estudié primaria celebró un día de Melvin Mars en el que fui a dar una charla. No tenía demasiado tiempo para mis padres. Sabía que se enorgullecían de mí. Todo era genial.

—Seguro que lo hacían, pero que no quisieran exponerse públicamente tiene que significar algo —dijo Jamison. Miró a Decker, que asintió—. Decker piensa que tal vez tus padres estuvieran en Protección de Testigos —añadió en voz baja.

Mars abrió unos ojos como platos y jadeó, mirando a Decker.

—Tiene lógica, de hecho —dijo Davenport—, y explica muchas cosas. —Se volvió hacia Amos—. ¿Podemos comprobarlo?

—Estoy en ello —le respondió Decker, sin dejar de observar a Mars.

—¿Por qué iban a estar mis padres en Protección de Testigos? —preguntó este—. ¿Eso no es para delincuentes que delatan a alguien?

—No siempre. Hay inocentes en Protección de Testigos que ayudan a que caigan elementos peligrosos, por lo cual su vida corre peligro.

Mars se quedó pensativo.

—Supongo que eso tendría sentido —dijo por fin—. Sin embargo, nunca me dijeron nada.

—Me lo imagino —dijo Davenport—. Contárselo podría haber tenido consecuencias negativas. Podría haber tenido un desliz y contado algo. Estoy segura de que el protocolo de los *marshals* es que lo sepa cuanta menos gente mejor.

Mars asintió en silencio, pero todavía parecía asombrado por esa posibilidad.

—¿Fueron tus padres a la celebración de la escuela de primaria? —dijo Decker.

Mars se rehízo.

—Sí. De hecho fue el único evento al que asistieron, si mal no recuerdo. Era una ceremonia sin importancia, en la sala de actos. Hablé para los chicos y los profesores. Luego unos cuantos pequeños trajeron una placa y me la entregaron. Me tomaron fotos con el director y algunos de mis antiguos maestros.

—¿Y tus padres?

—Bueno, ellos estaban entre el público.

—¿No subieron al escenario?

—No. Jamás habrían hecho eso. Detestaban este tipo de cosas. Querían pasar desapercibidos.

—¿Os marchasteis juntos?

Mars frunció el entrecejo, evidentemente recordando.

—Sí, sí que nos fuimos juntos. —Hizo una leve mueca y miró a Decker—. Cuando salimos del colegio había un equipo de televisión. No sabíamos que iba a estar ahí. Fue una sorpresa. Hablaron conmigo. Les concedí una breve entrevista. Hablé de mi época en el colegio y del premio que me habían dado. De cosas agradables.

—¿Y tus padres?

—Estaban detrás de mí.

—La cámara los filmó.

—Bueno, sí, supongo. El tipo hizo un barrido del gentío.

—¿Mencionaste a tus padres?

—Sí. Me volví y los señalé... —Calló.

—¿Emitieron la filmación por televisión?

Mars asintió en silencio.

—La ESPN emitió partes durante un par de días. Recuerdo que las vi —dijo luego.

Decker se arrellanó.

—Entonces, así empezó todo.

—¿A qué te refieres?

—A tus padres saliendo en una televisión nacional.

—Pero dijiste que seguramente mi padre se había hecho la cirugía plástica para cambiar de cara.

—A lo mejor lo hizo pero no se la cambió lo suficiente.

—Decker —dijo Davenport—. ¿Estás diciendo que alguien vio a los Mars en televisión y fue a Texas a matarlos?

—Es una teoría, sí.

—¿Y quienes lo hicieron eran el motivo por el cual habían metido a los Mars en Protección de Testigos? —dijo Jamison.

Decker asintió.

—Pero hacía mucho tiempo de eso —dijo Mars.

—Cierta gente nunca deja de buscar —le explicó Decker—. Lo digo con conocimiento de causa. El tiempo que hubiera pasado daba igual.

Jamison lo miró de reojo pero no dijo nada.

—Entonces ¿podemos comprobar si mis padres estuvieron...? Ya sabes, en Protección de Testigos.

—El agente Bogart se está ocupando de eso.

—¿Bogart? —exclamó Davenport.

—Pero tardará su tiempo —añadió Decker.

—¿Y mientras qué hacemos? —preguntó Jamison.

—Como te he dicho antes, volver a Texas.

—¿Qué hay del tipo que mató a Regina Montgomery? —inquirió Davenport.

—Creo que es posible que ya esté en Texas.

—¿Por qué?

—Porque no le encuentro la lógica a una pieza importante de este rompecabezas.

—¿A cuál? —quiso saber Jamison.

—A un hombre que asesina y al mismo tiempo salva a alguien.

Decker y Mars no tenían dinero para ir en avión, pero Jamison y Davenport sí. Las dos estaban dispuestas a pagar con tarjeta de crédito los billetes de los dos, pero ambos rechazaron la oferta. Mars dijo que no se sentía cómodo aceptando nada de nadie.

—Volveremos a Texas en el coche de alquiler que ha pagado el FBI —dijo Decker—. Vosotras dos tomad un vuelo y nos reuniremos en el mismo motel.

—¿Estás seguro? —insistió Davenport—. Podemos volver en coche contigo.

—Melvin y yo podemos hablar. Y vosotras dos no querréis pasar tanto tiempo en el coche con nosotros. Cuando aterricéis, conseguid habitaciones. Bogart me mandó un correo electrónico diciéndome que ha autorizado vales gubernamentales durante cinco días más para cada uno de nosotros. Os reenviaré la información y podéis usarlos. Cuando volváis, comprobad en la policía local si ha pasado algo desde que nos fuimos.

—¿Si ha pasado algo? —se extrañó Jamison—. ¿Como qué?

—Cualquier cosa inexplicable.

—Y a ti no te gusta lo inexplicable, diría yo.

—No, no me gusta. Lo detesto, de hecho.

Las mujeres gestionaron su vuelo mientras Decker llenaba el depósito de gasolina y recogía sus escasas pertenencias. Mars había hecho lo mismo. El estado de Texas le había entregado algo de dinero a su salida de prisión, para comprar un poco de ropa, zapatos y otros artículos de primera necesidad, así como una bolsa de lona para llevarlo todo.

Decker había hablado con Mary Oliver antes de regresar ambos a Texas. Estaba ocupada preparando los documentos para que Mars recibiera la indemnización oficial del estado. También le había dicho a Decker que tenía otra estrategia en mente y que lo pondría al corriente de ella más adelante.

—¿Qué estrategia? —le había preguntado él.

—Conseguirle a Melvin lo que realmente merece después de pasar dos décadas en la cárcel. Porque veinticinco de los grandes no bastan.

—¿Cuánto dura el viaje en coche? —le preguntó Mars cuando salieron.

—Diecisiete horas o más. Son más de mil seiscientos kilómetros.

—¿Haremos el trayecto de un tirón?

—No lo sé. Nos turnaremos al volante. Ya veremos.

—Decker, llevo más de veinte años sin conducir. Ni siquiera tengo carné.

Decker lo miró de reojo.

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa que te pare la policía?

—Pues sí. Seguramente volverían a enchironarme.

—Yo no me preocuparía demasiado por eso. Si llegara a pasar, diré que te he obligado a conducir a punta de pistola porque soy un malparido.

—Incluso conduciendo los dos sigue siendo un viaje largo.

—Me encanta conducir. Me ayuda a pensar.

—Bueno, si vamos a turnarnos será mejor que duerma mientras tú conduces y viceversa.

—Antes hablemos.

—¿Sigues pensando en lo que te dije en el gimnasio?

—Por supuesto que sí.

—Entiende mi punto de vista. He sido yo el enchironado todo este tiempo. Quiero saber la verdad, claro que sí, pero también tengo que solucionar lo que voy a hacer durante lo que me quede de vida. Y me da un miedo espantoso que algo se tuerza y acabar otra vez en la cárcel.

Decker toqueteó el volante mirando por el parabrisas. Habían llegado a la Interestatal 20 dirección oeste y pisó el acelerador. Activó el control de velocidad del vehículo y se arrellanó.

—Puedes hacer ambas cosas.

—¿Ah, sí?

—Cuando asesinaron a mi familia me pasaba todas las horas de vigilia intentando enterarme de quién lo había hecho. Incluso durmiendo seguía en ello. Estaba obsesionado.

—¿Y crees que eso era bueno?

—No, no lo era. Lo perdí todo por culpa de eso. El trabajo, la casa, prácticamente todo. Sin embargo, me daba igual.

—¿Por qué?

—Porque ya había perdido lo único que realmente me importaba.

Mars suspiró y miró por la ventanilla.

—¿Cómo se llamaban?

—Mi mujer, Cassandra, aunque la llamaba Cassie. Mi hija, Molly. Mi cuñado, Johnny.

—¿Y los encontraste muertos?

—Sí.

—Tuvo que ser lo peor que podía pasarte.

—Los vi de color azul.

Mars lo miró.

—¿Cómo? Repítemelo.

—Tengo sinestesia.

—¿Sines... qué?

—Sinestesia. Es cuando tienes los sentidos entremezclados. Veo algunos números en color, por ejemplo. Y vi el asesinato de mi familia de color azul. Veo la muerte azul. También tengo hipertimesia.

—¿Qué es eso?

—Memoria fotográfica.

—¡Caray, qué suerte! ¿Naciste así?

—No. No la tuve hasta que jugué en la NFL.

Mars lo miró con escepticismo.

—¿Jugaste en la NFL? Creía que te habías quedado en el fútbol universitario.

—Estuve en los Browns de Cleveland. Duré un partido de la temporada.

—¿Un partido? ¿Qué demonios pasó?

—Un tipo me noqueó. Estuve muerto dos veces sobre el césped. Cuando salí del coma me había cambiado el cerebro. Era una persona diferente.

Puesto que Mars no decía nada, Decker lo miró. Estaba boquiabierto.

—¿Y fue así como conseguiste esa hiper..., esa memoria fotográfica?

Amos asintió.

—Anda ya. Te estás quedando conmigo —dijo Mars.

Decker negó con la cabeza.

—Lo de bromear ya no me va, porque con la memoria fotográfica también cambié de personalidad. Verás, el cerebro también controla eso. O lo hacen determinadas zonas del cerebro.

—Pero lo que te pasó tiene que ser muy poco frecuente.

—Tremendamente infrecuente.

—En tu profesión, sin embargo, lo de ser investigador y eso, tiene que ser muy útil recordarlo todo.

—Lo es, pero el resto del tiempo no tanto.

Siguieron en silencio un rato.

—¿Por qué me lo has contado? —le preguntó Mars—. Es decir, me da la impresión de que me estás haciendo confidencias a pesar de que no somos buenos amigos ni nada. Apenas nos conocemos.

—Quería que supieras que no hay soluciones acertadas o desacertadas para esto a lo que te enfrentas. Yo sé lo que quiero hacer. Quiero averiguar qué les pasó a tus padres y quién te dejó con el culo al aire. Pero quien quiere eso soy yo. Tus circunstancias son otras, como has dicho. Tienes otras prioridades, aunque también quiero que sepas que soy realmente bueno en mi trabajo. No valgo para nada más, pero en esto soy bueno. Así que, si colaboras conmigo en este caso, es muy probable que acabemos llegando al fondo de la cuestión.

Mars lo evaluó.

—¿Sabes? Ahora me acuerdo de ti. Como jugador, quiero decir. Tenías una técnica perfecta; en el campo lo hacías todo bien.

—Pero la velocidad, la agilidad, la habilidad para cambiar de dirección a la carrera o la visión de campo no son cosas que se aprendan. Y tú tenías todo eso.

—No fue un encuentro justo —dijo Mars con objetividad—. Pero yo tenía una motivación añadida: era mi única salida. Lo es para muchos tipos como yo. Tú tenías otras opciones.

—Menos mal, porque no habría estado en la NFL mucho tiempo, con

encontronazo o sin.

—Quiero saber lo que les pasó a mis padres y sé que puedes ayudarme a conseguirlo.

—¿Eso quiere decir que te apuntas?

—Sí, supongo.

—Una cosa más, Melvin.

—¿Qué?

—A veces la verdad duele más que el hecho de no saber.

Mars frunció el ceño.

—Gracias por esperar a que aceptara continuar para decírmelo, hombre. —Echó atrás el respaldo del asiento, cerró los ojos y se durmió.

Volvían a estar en Texas.

Pero seguían teniendo más de ochocientos kilómetros y otras ocho horas por delante.

En Texas todo era grande.

Era la hora de cenar y los dos estaban muertos de hambre. Además, tenían que ir al baño.

Decker salió de la autopista y se metió en el aparcamiento de un centro comercial enorme que contaba con un bar restaurante, un supermercado y una tienda de regalos. El aparcamiento estaba bastante lleno, principalmente de camionetas sobredimensionadas con soportes para armas en la parte trasera y dobles tráileres.

A veinte pasos de la puerta ya se oía la música a todo volumen del local.

Entraron, fueron al baño y luego se sentaron a una mesa del fondo, lejos de la barra y de la música en directo. Pidieron.

Mars echó un vistazo a los hombres y a las mujeres, la mayoría con sombrero y botas de vaquero, bailando en hilera. A la derecha había una sala de billar. A la izquierda una máquina recreativa con un videojuego.

Cuando el grupo musical se tomó un descanso oyeron el chasquido de las bolas de billar y la conversación de los jugadores. Decker se fijó en un grupo de jóvenes con el taco de billar en una mano y una cerveza en la otra que los observaban. Se volvió hacia Mars, que tomó un sorbo de cerveza y sonrió.

—¿Qué? —le preguntó Amos.

—Llevaba veinte años sin tomarme una cerveza.

—Bien.

Decker tomó un sorbo del agua que había pedido.

Mars lo miró divertido.

—¿Cómo va el régimen?

—Va.

—¿Quieres volver a estar tan en forma como para jugar al fútbol?

—No, quiero seguir vivo para celebrar otro cumpleaños.

A Mars se le ensombreció la cara.

—Sí, yo también. —Miró el reloj—. Las chicas ya deben haber llegado a su destino.

—En realidad hace seis horas que aterrizaron. He seguido su vuelo por el móvil.

—¿Eso es posible? —dijo Mars—. ¿Por un móvil?

—Tendrás que actualizarte en muchos aspectos.

—Sí. Bueno, ¿qué crees que pueden hacer ellas?

—Enterarse de lo que está pasando. La policía local sigue creyendo que somos del FBI, así que podemos coordinarnos con ellos.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Quiero acompañarte a tu antigua casa y dejar que eches un vistazo. Puede que recuerdes algo.

—¿Y si no quiero ir?

—Pues no vayas. No voy a obligarte.

—¿Qué más?

—Bogart está explorando la vía de Protección de Testigos. Todavía tratamos de rastrear el dinero que Regina usó para comprar todo aquello.

—Vale.

—¿No recuerdas nada más de tus padres?

—Lo he estado pensando, pero todavía no.

—Entonces, a lo mejor iría bien que volvieras a tu antigua casa.

—A lo mejor.

—Fue una trama elaborada, ¿sabes? Pagaron a la chica y al encargado del motel.

—¿Cómo?

—A Ellen Tanner. Estaba en el ajo. Fue idea suya que esa noche os vierais en su casa, ¿a que sí?

—Bueno, sí.

—Te retuvo un rato. Luego discutisteis y tú te marchaste. Y ella mintió en cuanto a la hora. Además, te registró la cartera cuando no mirabas y te quitó todo el dinero, para que tuvieras que usar la tarjeta de crédito.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Por la misma razón que Regina. Le pagaron para que lo hiciera.

—¿Y el encargado del motel?

—Te estaba esperando.

—¿Cómo iba a saber que el coche se me averiaría justo delante de su establecimiento?

—¿Un coche que funcionaba perfectamente a la mañana siguiente cuando la policía se presentó?

—¿Me estás diciendo que manipularon mi coche?

—Puede que mientras estuviste en casa de Tanner.

—Un momento. Oí al encargado llamar a información de mi tarjeta de crédito.

—Sí, a eso de las once, cuando llegaste realmente. La cuestión es que no hablaba con la empresa de la tarjeta de crédito. Por lo que yo sé, pudo haber estado fingiendo hablar por teléfono sin efectuar realmente ninguna llamada. Da igual. Seguramente anotó los datos de la tarjeta y realizó la llamada más tarde, a eso de la una y cuarto, a la empresa esta vez, para que en el registro de llamadas quedara reflejada esa hora como la de tu entrada. La máquina manual que usó para pasar la tarjeta no tenía indicación de hora, por supuesto. Él solo escribió la fecha, no la hora ni los minutos. Sin embargo, tuvo que llamar a la compañía para que quedara registrada la hora de la llamada. Y *voilà*, tu coartada se fue al traste.

Mars dejó la cerveza en la mesa.

—¡Hijo de puta!

—Sí, eso mismo pienso yo. Un hijo de puta.

—Requería mucho trabajo, mucha planificación.

—Lo que implica que tenía que haber una muy buena razón.

Decker tomó un bocado de ensalada sin aliño.

—¿Qué tal? —le preguntó Mars, mirando la lechuga, el pepino y la zanahoria rallada.

—En realidad, preferiría comerme una mierda.

Mars resopló y esperó a que terminara de masticar.

—Te implicaron en una elaborada conspiración y luego te sacaron de la cárcel. ¿Por qué? —dijo Decker.

—Si fueron los mismos.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—Entonces, como dices, ¿por qué?

—Esa es la pregunta del millón, Melvin. ¿Por qué?

Terminaron de comer, pagaron la cuenta y salieron del local.

—¡Mierda! —dijo Decker mientras iban hacia el coche.

—¿Qué pasa? —dijo Mars, mirándolo.

Antes de que Amos pudiera responderle, los mismos que habían estado observándolos en el restaurante salieron de entre dos coches estacionados. Rápidamente los rodearon. Cinco contra dos, y los otros eran veinteañeros, altos, musculosos y con pinta de forzudos.

Decker se encaró con el que parecía el jefe.

—¿Puedo ayudarte?

El más grandullón señaló a Mars.

—Tú eres ese tío que salió del corredor de la muerte, ¿no? Te vi en la tele.

Mars no le respondió.

—¡Eh! Te estoy hablando, tío —insistió el otro.

Decker no quería pelear con aquellos gamberros, pero tampoco que Mars se cabreara de verdad y matara a aquel tipo, así que intervino.

—¿Por qué no volvéis dentro a jugar al billar, eh?

El chico lo ignoró. Seguía mirando fijamente a Mars.

—¿Asesinaste a tus padres y estás en libertad? ¿Qué sentido tiene, gilipollas?

Decker vio la expresión de Mars y no le gustó.

El jefe del grupo siguió hablando.

—Dijeron que jugabas al fútbol. Mierda, apuesto a que mi hermano pequeño te gana en una carrera, tío.

—Moveos. ¡Ya! —le dijo Decker.

El otro se lo quedó mirando.

—¿Quién demonios te crees para decirme lo que tengo que hacer?

Decker le enseñó la credencial de FBI.

—Esto es lo que soy. —Se abrió el abrigo para que viera que llevaba pistola—. Y esta me da derecho a decirte que te vayas al infierno.

El joven miró la acreditación del FBI y el arma. Su mirada se volvió incluso más despreciativa.

—¡Eh, tío! ¿Este es tu niñera o qué?

Decker notó que Mars se tensaba y le puso una mano en el hombro, sin dejar de mirar al otro.

—¡Moveos!

El joven se volvió hacia sus compañeros.

—¿Creéis que este cobarde ya se ha meado en los pantalones?

Todos soltaron una risotada.

—He dicho que os mováis. —Decker miró a Mars—. Ve hacia el coche, yo me ocuparé de estos tipos.

Mars miró a Decker como si hubiera perdido el juicio.

—¡Vete, Melvin!

Reacio, Mars le dio la espalda dispuesto a marcharse.

El joven avanzó y le dio una colleja. Mars se volvió despacio mientras Decker le preguntaba al otro:

—¿Tienes ganas de morir?

—Creo que quien tiene ganas de morir es este, o las tendrá cuando hayamos acabado con él.

Decker inspiró profundamente y miró de reojo a Mars, que parecía un toro enorme empujando la puerta del chiquero. Soltó una maldición.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al joven, que lo miró con condescendencia.

—¿Por qué? ¿Me vas a empapelar?

—No. Solo quiero saber con quién me enfrento.

—Me llamo Kyle, gilipollas. Y, ya de paso, nos importa un bledo que seas un federal. Eso aquí no quiere decir nada. —Se abrió la chaqueta para enseñar el arma—. Solo para que lo sepas, todos vamos armados.

—Vale, Kyle, quieres pelear con este. Establezcamos unas normas básicas.

Kyle resopló.

—Normas básicas, ¿qué demo...?

—¡Cállate de una puta vez! —le gritó Decker, que había llegado al límite de su paciencia con aquellos tipos.

Kyle se quedó petrificado.

Decker inspiró con calma y trató de pensar que estaba solo en lugar de delante de toda aquella gente. Desenfundó.

—Primera norma: nadie saca el arma; le dispararé en los huevos. Segunda norma: tienes que dar tu consentimiento a lo que voy a decir ahora. —Sacó el móvil y activó el vídeo. Sosteniéndolo en alto para captar su imagen, dijo—: Independientemente del resultado de la pelea, ninguno de vosotros intentará presentar cargos contra el

señor Mars por ninguna razón, jamás. Si uno o más de uno muere, ningún superviviente presentará una demanda civil ni criminal contra el señor Mars.

—¿Me tomas el pelo? —dijo Kyle.

—Nada de esto puede ser un problema para ti.

—¿Por qué?

—Como has dicho, porque es un cobarde. —Volvió la pantalla del teléfono hacia Kyle—. Tienes que decir: «Estoy de acuerdo.»

Los otros cuatro miraban a Kyle.

—Estoy de acuerdo —le espetó a Decker.

Los demás se miraron y uno por uno dijeron lo mismo, aunque no con el mismo grado de entusiasmo.

—Bien —dijo Decker. Miró a Kyle—. Ahora, dame el número de teléfono de tu familiar más cercano.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó receloso Kyle.

Decker miró a Mars y de nuevo a Kyle.

—Porque va a matarte, estúpido. —Retrocedió y le hizo un gesto de asentimiento a Mars, que se acercó a Kyle.

—Da el primer puñetazo —le dijo.

—¿Por qué? —gritó el otro.

—Porque no quiero que nadie diga que esto lo empecé yo.

Kyle se volvió para mirar a sus colegas, dándoles instrucciones en silencio. Luego, sin previo aviso, giró en redondo y le asestó un golpe directo en la barbilla a Mars. O se lo habría asestado si Melvin no lo hubiese parado fácilmente con el brazo.

Kyle chilló y retrocedió un paso.

—Me has roto el maldito bra...

No terminó la frase, porque Mars le estampó el puño en la cara con tanta fuerza que lo levantó del suelo. Aterrizó en la calle, inconsciente.

Los colegas de Kyle, que habían saltado hacia atrás, lo miraban. Le salía sangre por la boca, tenía la nariz rota y había tres dientes en el asfalto, a su lado.

—El siguiente —dijo Decker, mirando expectante al resto.

Los otros levantaron a Kyle del suelo y se marcharon corriendo.

Decker enfundó la pistola y se acercó a Mars.

—Vamos —le dijo.

Caminaron hasta el coche, subieron y se marcharon.

Mars se frotaba los nudillos mirando por la ventanilla.

Decker lo observaba.

—No compensa, ¿verdad? —le comentó.

Mars negó con la cabeza.

—Nunca —dijo.

Mars se quedó allí de pie un rato, mirándola fijamente.

No llovía, el cielo estaba despejado y el calor iba en aumento, a pesar de que era enero.

Melvin se volvió hacia Decker, al lado del cual estaban Jamison y Davenport.

—¿Estás bien? —le preguntó Amos.

El otro asintió levemente, sin dejar de mirar su vieja casa.

Estaban a un paso del porche delantero.

—Dijiste que estuviste dentro, ¿no? —preguntó Mars.

Decker asintió.

—¿Qué hay?

—Poca cosa. Pero no es eso lo que importa. Lo que importa es si estando dentro se te ocurre algo.

Habían llegado al pueblo e inmediatamente se habían reunido con Jamison y Davenport en el motel en el que ellas los habían registrado a todos. Las mujeres habían hablado con la policía local y se habían enterado de que no habían progresado demasiado. De hecho, ahora que Mars había obtenido el perdón, parecía que las autoridades de Texas consideraban cerrado el caso.

—Nos hemos reunido con Mary Oliver —le había contado Jamison a Mars—. Ha cursado una petición para que el estado lo indemnice a usted, Melvin.

—¿Cuánto tardará en hacerlo? —preguntó Mars—. No tengo dinero ni trabajo.

—No está segura, pero dijo que solicitó una revisión urgente. Parecía confiada en que recibirá usted el importe máximo.

—Sí, veinticinco de los grandes —había murmurado él antes de subir al coche para ir hasta allí.

Decker encabezó la marcha y entraron en la casa. Las viejas bisagras de la puerta, rota desde que él la había forzado, emitieron un chirrido angustioso. Mars, con un leve gesto de dolor, entró detrás de Amos. Las mujeres los siguieron.

Se quedaron en la habitación delantera unos minutos. Jamison y Davenport miraron a su alrededor mientras Decker observaba fijamente a Mars.

El tipo parecía petrificado, como si acabaran de teletransportarlo a la década de los noventa.

—Tómate tu tiempo —le aconsejó Amos.

Mars se acercó a las fotos del estante. Cogió una suya con el uniforme de futbolista y la estudió atentamente.

—Trata de recordar —le dijo Decker.

—Es como si este no fuera yo —dijo Mars. Miró las otras fotos, una por una—. En ninguna. Es como si fueran de otro.

—Eso es porque su vida cambió de un modo drástico, Melvin. Su pasado se ha vuelto tan distante que le resulta prácticamente irreconocible —dijo Davenport.

—Entonces ¿no hay fotos de tus padres aparte de la que mencionaste que les sacaron cuando ibas al instituto? —dijo Decker.

—No. Como te dije, eso les daba igual. Esa fue la única cuando yo vivía aquí.

—¿Quién les hizo esa foto a tus padres?

—Yo.

—¿Quién te hizo a ti todas estas fotos, tu padre o tu madre?

—Mi madre.

—Está bien.

—¿Por qué?

—Solo por curiosidad.

Recorrieron la planta baja. Mars se detuvo a mirar varias cosas.

—Tenías la escopeta para cazar. ¿Poseían otras armas tus padres?

Mars asintió.

—Mi padre tenía dos pistolas. Una nueve milímetros y una calibre cuarenta y cinco. Preciosas. Las guardaba bajo llave, pero por la noche sacaba una y la subía al dormitorio.

—¿Qué fue de ellas? —le preguntó Jamison.

—No lo sé.

Davenport echó un vistazo a Decker.

—Aparte de la escopeta, en ningún informe policial pone que encontraran armas en esta casa —dijo.

—Y Charles Montgomery no mencionó que se hubiera llevado nada —añadió Jamison.

Decker asintió.

—Y si un intruso hubiera sorprendido a tu padre en la cama, habría tenido un arma para defenderse.

—¿Qué conclusión podemos sacar? —preguntó Davenport, con repentina curiosidad.

—Que olvidaron esa parte de la historia —repuso Decker—. Melvin, ¿dijiste algo de las pistolas?

—No. Nadie me lo preguntó.

—Y no testificaste durante el juicio —añadió Amos—. Por tanto, ¿qué pasó con las armas?

Davenport echó un vistazo a su alrededor.

—Bueno, alguien pudo venir a cogerlas después.

Decker cabeceó.

—La policía tuvo que haber registrado este sitio concienzudamente mucho antes de que algún buscador de recuerdos pudiera llevarse nada. Y si hubieran encontrado dos pistolas constarían en el inventario. No constan, lo que implica que no las encontraron aquí. —Miró a Mars—. Dices que las guardaba bajo llave. ¿Dónde?

—En un maletín para armas, en el armario del pasillo.

—¿De qué tamaño?

—De unos sesenta y cinco centímetros cuadrados.

—Enséñamelo.

Fueron todos hasta el armario y Mars les indicó un estante situado encima de la barra para colgar la ropa. Decker ya sabía que allí no había ningún maletín, porque había registrado el armario durante su primera visita.

—Asesinaron a tus padres con la escopeta que tenías tú y que fue encontrada aquí, y luego quemaron los cadáveres. No había ningún motivo para preguntar por armas cortas, así que la policía no lo hizo. —Miró a Mars—. ¿Quién sabía de la existencia del maletín con las pistolas?

El otro se encogió de hombros.

—Lo sabía yo. Lo sabía mi madre. Nunca venía nadie a vernos, así que nadie más lo sabía.

—Bueno, alguien más tenía que saberlo, porque desaparecieron —puntualizó Decker—. ¿Por qué tenía dos pistolas tu padre?

—En Texas todo el mundo tiene armas.

—Escopetas y rifles sí, pero ¿dos pistolas?

—Vivíamos en una zona alejada. Por protección, supongo.

—¿Las viste alguna otra vez aparte de cuando las subía al dormitorio?

—Una noche que mi padre las estaba limpiando.

—¿Fue la única vez que la viste limpiarlas? —le preguntó Decker.

Mars asintió en silencio.

—¿Cuándo?

—¿Qué importa eso? —le espetó Mars, pero se calmó enseguida—. No estoy seguro. Más o menos por la misma época en que...

—¿En que fuiste a tu antigua escuela de primaria? ¿Unos días después, quizá?

Mars se lo quedó mirando, sorprendido.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

La que le respondió fue Jamison.

—Porque su padre supuso que alguien lo había visto por la tele y lo había reconocido, tal vez.

—Así que se estaba preparando por si aparecía alguien de su pasado —añadió Davenport.

—Y por lo que parece, así fue —dijo finalmente Decker.

Jamison lo miró con curiosidad.

—Vale, entiendo que se vengaran o lo que sea de los padres, pero ¿por qué incriminar a Melvin?

—A lo mejor fue una venganza por asociación —sugirió Decker—. Querían hacer pagar a toda la familia.

—¿Por qué no me mataron a mí también y ya está? —inquirió Mars—. ¿Por qué urdir esa trama tan complicada?

—Ojalá pudiera responderte, pero no puedo —le dijo Amos—. Sin embargo, por algún motivo, querían que cumplieras el castigo por su crimen.

Davenport carraspeó y todos se volvieron hacia ella, que miró nerviosa a Mars.

—No digo que este sea el caso, Melvin.

—¿Qué? —dijo él bruscamente—. ¿Cuál no es el caso?

—Quienesquiera que asesinaran a sus padres pudieron haber imitado lo malo, o lo que consideraban malo —se apresuró a añadir— que sus padres podían haber cometido contra ellos.

—¡Alto ahí! ¿Me está diciendo que mis padres cometieron delitos contra otros? ¿Que mataron a alguien y que los otros hicieron lo que hicieron para desquitarse?

—No es más que una posibilidad —dijo Davenport con delicadeza—. Y, probablemente, no sea plausible.

—¡No puedo creer que mis padres fueran unos criminales!

—Como ya te dije, muchos de los que entran en Protección de Testigos no son criminales —terció Decker—. Y es muy posible que tus padres pertenecieran a esta categoría.

—Sí, bueno, ¿cuándo lo sabremos con seguridad?

—Pronto, espero. Y ahora, ¿quieres subir al piso de arriba?

—No —dijo Mars. Sin embargo, se dirigió hacia las escaleras.

—No puedo creer que todo esto siga aquí.

Estaban en el dormitorio de Mars, que miraba los carteles murales.

—Y mi cama también. —Puso una mano en el cabecero—. Es como si fuera hace veinte años —comentó distraídamente.

—Pero no, Melvin —le dijo Decker—. Es hoy.

Amos había apoyado la ancha espalda en la pared para no perder el equilibrio. El azul lo había asaltado en cuanto había puesto un pie en la escalera, igual que cuando había visitado la casa con Bogart.

Jamison se había fijado pero no sabía la causa. Davenport también lo había mirado con curiosidad y le había sonreído para darle ánimos.

Una vez en el dormitorio, Decker pudo arreglárselas con el color, al menos lo bastante para volver a funcionar.

—¿No hay nada que te llame la atención? —preguntó.

Mars recorrió la pequeña habitación.

—¿Qué ha sido del resto de mis cosas?

—¿Volviste aquí después del asesinato de tus padres?

—No. No me dejaron. Era el escenario de un crimen. Me quedé en casa de unos amigos. Y luego me arrestaron. Es la primera vez que vengo desde su muerte.

Davenport se le acercó.

—Quizá le sirva sentarse en la cama, cerrar los ojos y dejar que su mente regrese a la última vez que estuvo en esta casa, o en esta habitación. Podría recordar algo que nos sirva de ayuda.

—¿De verdad cree que funcionará?

—O puedo hipnotizarlo.

—No puede hipnotizarme —se mofó Mars.

—¿Ah, no? —repuso ella, sonriente—. ¿Qué se apuesta?

Su expresión escéptica se esfumó.

—¿Cómo lo hará?

—Siéntese en la cama.

Melvin miró a Decker y a Jamison, como si se preguntara cuándo iban a poner fin a aquella bobada. Nadie dijo nada.

Mars se volvió de nuevo hacia Davenport.

—Siéntese en la cama —repitió ella—. No duele, se lo prometo.

Se sentó.

Ella se le puso delante, de pie, y se sacó un bolígrafo del bolsillo. Lo sostuvo frente a su cara en un ángulo que lo obligaba a alzar un poco la vista.

—¿Puede seguir este bolígrafo con los ojos?

—Esto es una tontería.

—Melvin —le dijo Decker—. Simplemente, hazlo, ¿vale? Merece la pena

intentarlo.

Mars suspiró y miró el bolígrafo.

—Vale. ¿Y ahora, qué?

—Siga el bolígrafo.

Davenport empezó a desplazarlo lentamente arriba y abajo primero y luego de lado a lado, sin dejar de hablarle en voz baja.

Mars hizo lo que le pedía y fue siguiendo con los ojos los movimientos del bolígrafo. Eran lentos, rítmicos, y la voz de la mujer fluctuaba en consonancia con el movimiento.

Entonces Melvin negó con la cabeza.

—Esto es una estupidez.

Davenport siguió con el bolígrafo en alto.

—Sé que muchos deportistas se meten en situación antes de un partido de fútbol. Mantenga la cabeza recta. Relájese, pero concéntrese. —Miró de reojo a Decker—. Está a punto de jugar con el Ohio State y de arrollar otra vez a Decker. —Indicó el bolígrafo—. Esto es, Melvin. Puede estar allí. El gran partido. Por el campeonato. Simplemente, concéntrese. Este bolígrafo es la línea de gol. A por ella.

Mars seguía mirando fijamente el bolígrafo, con la vista ligeramente alzada debido a la altura a la que Davenport lo sostenía.

—Dale algunas órdenes futbolísticas en voz baja y monótona —le dijo a Decker. Amos parecía bastante inseguro.

—Puedes hacerlo, Amos. Como cuando hablaste con Tommy Montgomery —le dijo Davenport en un tono relajante.

Decker asintió y se puso a hablarle en voz baja, dubitativo, explicándole lo que sucedía en el campo. Habían robado la pelota. Mars cogió el pase. La brecha A estaba tapada. La brecha B era una posibilidad. Mars tenía que leer los ojos del apoyador, fuerte seguridad procedente de la izquierda, la defensa derecha solo tenía que mantener el bloqueo un segundo más, apenas un instante.

Davenport le indicó por señas que callara.

Mientras Decker hablaba, ella había ido moviendo el bolígrafo cada vez más despacio y Mars siguiendo el ritmo con los ojos. Finalmente, lo dejó quieto en el aire y Mars se quedó mirándolo fijamente, con la mirada vidriosa y las facciones relajadas.

—Melvin, ¿me oye? —le preguntó.

—Sí —repuso él, con una voz que no era la de siempre.

Davenport bajó despacio el bolígrafo, pero Mars siguió mirando fijamente el mismo punto.

—Va a la Universidad de Texas. ¿Lo recuerda? —le preguntó ella.

Él asintió en silencio.

—Ahora está en casa con sus padres, sin embargo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Es después de que la ESPN emitiera por televisión las imágenes en las que salían sus padres. Se habían enterado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo?

—Alguien se lo dijo a mi padre en la tienda de empeños. Estaba enfadado.

—Se comportan de un modo raro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puede decirnos qué hacen?

—Están nerviosos y furiosos. Mi padre está realmente fuera de sí.

—Porque ha salido en televisión.

—Sí.

—¿Ha dicho por qué lo ha enfurecido tanto eso?

—No.

—¿Y su madre? ¿Ha hablado del tema?

—Ha dicho que dejemos solo a papá, que ya se le pasará. Ella... Ella no quiere hablar del asunto.

—¿Vio a su padre haciendo algo inusual por entonces?

—Trabajaba mucho y no comía. Además bebía mucho.

—¿Discutía con su madre?

—Los oía gritar, pero no podía entender lo que decían.

—¿No entendió nada?

Mars frunció el ceño.

—Una palabra española. Una graciosa. La dijo mi madre.

—¿Cuál?

Frunció más el ceño.

—Ch... chocha.

—¿Chocha? ¿Está seguro?

Mars asintió.

—Chocha. La busqué. En realidad tiene un par de significados en español. Puede referirse a una prostituta o... —Hizo una leve mueca—. O a las partes íntimas de la anatomía femenina. No sé a cuál se referían. No tenía ningún sentido.

—¿Recuerda algo más de esa época?

Mars se quedó callado un momento y Davenport esperó pacientemente.

—Volví a casa una noche y él estaba en su butaca. Mamá no estaba.

—Bien, siga.

—Le pregunté qué hacía y me miró de un modo...

—Sí.

A Mars se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—De un modo que me asustó. Como... Como si me odiara.

—Vale. ¿Habló con él?

Mars negó con la cabeza.

—Estaba asustado. Iba a subir a mi habitación, pero me dijo una cosa.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo... Me dijo que lo sentía.

Davenport miró a Decker y a Jamison. Se le notaba en la cara que no se esperaba aquella respuesta. Pero Decker no parecía sorprendido.

Ella volvió a concentrarse en Mars.

—¿Le dijo qué era lo que sentía?

Mars sacudió la cabeza.

—Simplemente se levantó y salió.

—¿Tiene alguna idea de a qué se refería?

Mars volvió a sacudir la cabeza.

—Se lo pregunté a mi madre, al día siguiente.

—¿Y ella qué le dijo?

—Se echó a llorar y salió corriendo de la habitación.

—¿Se lo contó a la policía?

—No. No lo pensé. Es decir, que no sabía lo que iba mal. Nunca pensé que tuviera algo que ver con quien los mató.

Davenport miró a Decker.

—¿Algo más? —le susurró.

Amos avanzó pero sin entrar dentro del campo visual de Mars y le dijo algo al oído a Davenport. Ella lo miró de un modo extraño y se volvió hacia Mars.

—Melvin, ¿su padre le dijo alguna vez que lo quería?

Jamison miró sorprendida a Decker.

Mars seguía con la mirada al frente.

—No. Nunca me lo dijo.

—Vale. Cuando cuente hasta tres va a despertarse. No recordará nada de esta conversación. ¿De acuerdo?

Mars asintió en silencio.

Ella contó hasta tres y la mirada se le enfocó lentamente. Los miró a todos.

—Ya le he dicho que no podría hipnotizarme —dijo.

—Chocha —dijo Decker.

Mars le lanzó una mirada.

—¿Qué?

—Estaba hipnotizado. ¿Recuerda a su madre diciendo la palabra «chocha» durante una discusión con su padre?

Mars pareció sorprendido, pero asintió despacio.

—Sí, ahora que lo menciona. ¿Le parece importante?

—Podría serlo.

Decker se movió hacia un rincón de la habitación.

—Estos arañazos en el suelo... ¿Qué había aquí?

—Una librería.

—¿Qué tipo de libros guardabais en ella?

—De varios tipos. Desde los de cuando era pequeño hasta los que tuve de mayor. Cuando era adolescente no leía mucho. —De repente sonrió.

—¿Qué? —se apresuró a preguntarle Decker.

—No es nada.

—Cuéntamelo.

—Es solo que mi padre me leía cuando era pequeño. Era divertido, ¿sabes? Aquel tipo grande y fuerte leyéndole un libro a una criatura.

—¿Qué clase de libros te leía?

—Solo uno. —Mars sonrió de nuevo—. Incluso lo interpretaba, ¿sabes?, como un bobalicón. Nunca volvió a hacerlo.

—¿Qué libro era? —le preguntó muy serio Decker.

Mars soltó una carcajada.

—*Los tres cerditos*. Me dijo que él era el lobo malo que iba a comerse a esos cerditos. A veces se metía tanto en el papel que me asustaba un poco.

Decker se lo quedó mirando un buen rato mientras Jamison y Davenport lo miraban a él.

—Decker, ¿qué pasa? —le preguntó Alex.

—No era más que un libro ilustrado, Decker. Un cuento de hadas —añadió Mars.

—Sí —dijo Decker, completamente ensimismado.

Su teléfono sonó y miró la pantalla.

—Es Bogart.

Respondió, escuchó y planteó un par de preguntas.

—Gracias, agente Bogart. Te lo agradezco de veras. —Cortó y miró a los demás.

—¿Y bien? —dijo Jamison—. Nos tienes en ascuas.

—Bogart tiene una respuesta de los *marshals*.

—Así que mis padres estaban en Protección de Testigos —dijo Mars, petrificado.

—No. No lo estaban.

Las dos lo miraban fijamente. Una mayor, una todavía una niña que seguiría siéndolo siempre, mientras que la otra no envejecería ni un minuto más.

Porque las dos estaban muertas.

Decker, sentado en una silla de su habitación del motel, miraba la foto de su mujer y de su hija.

La sacaba tanto si se sentía triste como si se sentía esperanzado y simplemente necesitaba ver sus caras. Nunca tendría que preocuparse por llegar a olvidarlas, porque sus recuerdos se esfumaran en los sombríos recovecos de su mente.

En su mente no había recovecos sombríos.

Era como Times Square. Siempre.

Tenía claustrofobia, como si estuvieran comprimiendo todo su ser y no tuviera capacidad para impedirlo.

La noticia de que ni Roy ni Lucinda Mars habían estado nunca en Protección de Testigos había sido un fuerte golpe. ¡Estaba tan seguro de tener razón en eso! Pero Bogart lo había comprobado y lo había vuelto a comprobar. Y los *marshals* no tenían motivo alguno para mentir. Si hubieran perdido un protegido lo habrían documentado de siete maneras desde el domingo.

Tenía pistas, tenía novedades, pero nada más. Nada de eso le aportaba lo que tanto necesitaba: la verdad, que en ocasiones parecía lo más escurridizo de toda la creación.

Había reducido otro agujero del cinturón y era como si el apetito se le redujera en consonancia con las perspectivas de resolver el caso. De haber podido, gustosamente habría recuperado los kilos para averiguar quién había matado a los Mars.

Aunque no hubieran estado al cuidado de los *marshals*, era posible que estuvieran huyendo de un oscuro pasado. Con toda probabilidad así era. Solo tenía que averiguar de qué clase de pasado se trataba. Y para eso le hacía falta información.

Eso era lo primero.

Lo segundo era enterarse de quién les había pagado a los Montgomery y por qué.

Se levantó para acercarse a la ventana. Se había puesto a llover de nuevo y había refrescado. El día era nublado, frío y miserable.

A conjunto con su estado de ánimo.

Se suponía que en aquella zona de Texas tendía a no llover mucho, pero el tiempo que estaba haciendo desmentía, sin duda, esa tendencia.

A causa de su memoria fotográfica algunos lo consideraban una especie de máquina. Y puesto que sus habilidades sociales no tenían nada que ver con lo que habían sido y, en cierto modo, parecía indiferente, incluso un robot, Decker seguía teniendo sentimientos. Estaba cada vez más triste y deprimido y su memoria fotográfica era inútil para remediar eso. Si algo hacía era empeorarlo.

Lo sorprendió que llamaran a la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo.

Se metió la foto en el bolsillo y abrió la puerta. Era Mars.

—¿Tienes un minuto?

—Sí.

Melvin entró y se sentaron a muy poca distancia el uno del otro. Antes de que Decker tuviera tiempo de preguntarle qué quería, Mars sacó una foto y se la tendió.

Amos la miró.

El hombre era muy alto. Tenía el pelo castaño rizado con algunas canas y un rostro duro, pero era bien parecido. Se había roto la nariz y no le había quedado bien del todo. La mirada era sosa, sin vida. La boca pequeña y de labios finos, como un corte en la parte inferior de la cara.

El contraste con la mujer no podía ser mayor. Ella era alta y esbelta, con una cascada de pelo que le caía sobre los hombros anchos. Tenía la piel oscura y perfecta. En la cara Decker no le encontró ninguna imperfección. Su mirada danzaba llena de vida. Tenía los labios curvados en una sonrisa contagiosa. De hecho, Amos se dio cuenta de que sonreía mirándola.

—Tus padres, evidentemente —le dijo a Mars—. Esta es la foto que mencionaste, la que les tomaste, ¿no?

El otro asintió.

—¿De dónde la has sacado?

—Siempre la he tenido. Me la llevé a la cárcel.

—Podrías habérmela enseñado antes.

Mars se secó los ojos.

—Sí, podría haberlo hecho.

—¿Por qué ahora, entonces?

—Porque quiero que los veas como personas de verdad, no solo como piezas de un rompecabezas, Decker. Y quería que vieras la sonrisa de mi madre. Y los ojos de mi padre. Solo quería que supieras que... que estuvieron vivos.

Decker volvió a mirar la foto, un poco tirante por la sinceridad del otro.

«Y tal vez por su propio descuido.»

—Lo entiendo, Melvin. ¿Cuándo la tomaste?

—Cuando me gradué en el instituto. Estaban muy orgullosos. Yo ya me había comprometido con la Universidad de Texas. Me iba de casa. Mi madre lloró mucho.

—¿Y tu padre?

Mars dudó un momento antes de contestar.

—No tanto.

—A veces los padres son así.

—Sí.

—Tu madre era guapa. Despampanante, de hecho.

—Sí que lo era.

Los dos hombres se estuvieron mirando un rato, sin decir nada.

—¿En qué más estás pensando? —preguntó por fin Decker.

—Es como si yo no existiera, Decker.

—¿Por qué lo dices?

Mars lo miró fijamente.

—No sé nada de esas dos personas de la foto. Ni de dónde eran. Ni quiénes eran en realidad. Ni por qué los asesinaron. Nada. Y puesto que desciendo de ellos, ¿qué soy? —Alzó las manos—. Nada.

El silencio se prolongó mientras la lluvia arreciaba. El tamborileo de las gotas seguía el compás de los latidos del corazón de los dos hombres.

Decker sacó la foto de su mujer y su hija y se la tendió a Mars.

—¿Tu familia?

Decker asintió en silencio.

—Tu hijita es supermona.

—Era supermona.

Mars parecía incómodo.

—Sé que tienes que echarlas de menos.

Decker se inclinó hacia él.

—La cuestión, Melvin, es que yo lo sabía todo acerca de ellas. Todo. No encerraban para mí ningún misterio.

—Vale —dijo despacio Mars, claramente perdido.

—Y ya no están. Y yo..., tampoco soy nada. Igual que tú.

Mars parecía a punto de dar un puñetazo contra algo.

—¿Así que es eso? ¿No es más que eso? Entonces ¿para qué demonios hacemos esto?

—Lo hacemos porque puede haber algo más. Depende de nosotros.

—Pero si acabas de decir...

—He dicho que no soy nada. Hoy. Mañana podría ser algo. Es la única garantía que tenemos los dos. Este es un país grande y libre. Hay oportunidades para que todo el mundo haga algo.

—En mi caso es distinto.

—¿Por qué?

—¡Joder! ¿Por qué crees? Soy negro. Tú eres blanco. No puede haber mayor diferencia.

—¿Eso crees?

—¿Tú no? ¿Conoces alguna mayor?

—Estaba pensando más bien en las líneas de los Longhorns y los Buckeyes. Allí la raza da igual, lo único que importa es ganar.

Mars le sonrió con suficiencia.

—Esa ha sido buena. Pero no cambia la realidad. Soy un exconvicto negro, me hayan o no otorgado el perdón. ¿Te acuerdas de esos gilipollas del restaurante?

—Olvídalos. Son un segmento de la sociedad que va disminuyendo. Sin embargo, descubrir quién hizo esto en realidad puede cambiar las cosas, Melvin.

Mars sacudió la cabeza, pero Decker continuó.

—La mitad de la gente sigue creyendo que mataste a tus padres.

—Me importa una mierda lo que piensen.

—Escúchame.

Mars iba a añadir algo, pero calló y asintió brevemente.

—Hay pocas cosas más poderosas que la verdad —prosiguió Decker—. En cuanto tienes la verdad de tu parte, tienden a sucederte cosas buenas, seas negro, blanco o de cualquier tono intermedio.

—Pero creíste que estaban en eso de la Protección de Testigos. No estaban. Así que volvemos a estar como al principio.

—En un partido, si iba mal y te tapaban el primer hueco, ¿qué hacías? ¿Echarte en la hierba y rendirte?

—¡Dios! ¿Tú qué crees?

—Entonces ¿qué hacías?

—Buscar otro hueco para pasar.

—Bueno, eso es lo que vamos a hacer nosotros, Melvin. Vamos a encontrar otro hueco por el que colarnos.

—¿Cómo?

—¿Tenía tu padre una caja fuerte en casa?

—¿Una caja fuerte? No.

—¿Es posible que la tuviera en el trabajo? ¿Una que solo pudiera abrir él?

—Había una caja fuerte, pero mi padre me dijo que el dueño era un capullo. Que se pasaba el día vigilándolo, temeroso de que le robara. Y eso que llevaba años trabajando para él. Así que es imposible que mi padre fuera el único que podía abrir esa caja.

—En tal caso, solo queda una alternativa.

Decker y Mars se encontraban delante del edificio de piedra mientras se formaban nubes de tormenta. La oscuridad se había adelantado gracias a aquel nuevo sistema tormentoso.

—¿El Banco Nacional de Texas? —preguntó Decker—. ¿Estás seguro de que es este?

—Tenía aquí una cuenta cuando iba al instituto y después a la universidad. Mis padres me trajeron. Aquí guardaban el dinero, el poco que tenían.

—Es posible que tuvieran más del que crees.

—Si tenían dinero, ¿por qué no gastaban un poco?

—No me refiero necesariamente a dinero en efectivo —repuso Decker, empezando a subir los anchos escalones hasta las puertas de entrada al banco.

Dentro, le hizo una petición a un cajero y enseguida los guiaron hasta el director adjunto de la sucursal.

Era un hombre bajo de cuarenta y pocos años, con gafas. La tripa le sobresalía de la americana del traje.

Mientras les tendía la mano observó a Mars y se quedó con la boca abierta.

—¿Melvin Mars?

Melvin asintió.

—¿Nos conocemos?

—Soy Jerry Bivens. Fuimos juntos al instituto.

Mars lo estudió con más atención.

—Yo no jugaba al fútbol —dijo Bivens en tono de disculpa—. No estoy hecho para eso.

Mars le estrechó la mano y forzó una sonrisa cuando Decker le dio un ligero codazo.

—Sí, Jerry, te recuerdo. ¿Qué tal?

—Bien. Casado y con cuatro hijos. Estoy subiendo en el escalafón. Dentro de cinco o seis años seguramente seré el director de la sucursal.

—Me alegro por ti, hombre.

Los dos se miraron, incómodos.

—He oído que, bueno, que saliste de prisión —dijo Bivens, nervioso.

—Sí. Otro tipo confesó.

—¡Qué injusticia! —comentó Bivens. Se fijó en el físico impresionante de Mars—. Tienes pinta de poder vestir aún la camiseta.

—Sí, ojalá.

Decker carraspeó para que Bivens le prestara atención. Le enseñó la credencial de FBI, que aun sin placa pareció impresionar al banquero, que inmediatamente se enderezó y se abrochó la americana.

—Sí, agente, eh, Decker. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesitamos información.

Bivens echó un vistazo a su alrededor. Tanto los cajeros como los tres clientes que había en el banco los estaban mirando con curiosidad.

—¿Les apetecería entrar en mi despacho? —se apresuró a sugerirles.

El «despacho» de Bivens era un cubículo parcialmente cerrado con cristales. Les indicó que ocuparan las sillas y se acomodó detrás del escritorio.

—¿Qué clase de información? —les preguntó.

—Tengo entendido que Roy y Lucinda Mars tenían aquí una cuenta.

Bivens no dijo nada pero juntó las manos y las apoyó en la mesa.

—¿Eso es un sí? —inquirió Decker.

—Tendré que comprobarlo.

Decker echó un vistazo al ordenador del escritorio.

—De acuerdo.

—Me refería a que lo haré con la autorización pertinente. Aquí respetamos la privacidad de los clientes.

—Es de agradecer, pero los Mars están muertos.

Bivens se puso pálido y miró de reojo a Mars antes de quitar las manos del escritorio para acto seguido apoyarlas en los brazos del sillón.

—Bueno, sí. Ya lo sé, desde luego. Pero en tal caso su representante legal...

—No tienen —dijo Decker.

—O su familiar más próximo...

Decker le dio unas palmaditas en el hombro a Mars.

—Está aquí sentado.

Bivens miró fijamente a Melvin.

—Bien —dijo.

—Tienes mi permiso para comprobarlo y decírselo, Jerry —dijo Mars.

El banquero se puso a teclear. Leyó un par de pantallas.

—Tenían una cuenta, pero fue cancelada hace veinte años.

—¿Puede decirnos exactamente en qué fecha? —le preguntó Decker.

Bivens se lo dijo.

—Eso fue dos días antes de su muerte —comentó Mars.

Decker asintió en silencio.

—¿Puede decirnos cuánto dinero había en la cuenta cuando la cancelaron?

Bivens pulsó unas cuantas teclas más y a continuación sacó el estado de cuentas.

—Unos quinientos cincuenta dólares.

Decker y Mars parecían decepcionados.

—Si buscabas fondos, Melvin, lo siento. —Tras una pausa, añadió—: Sé que has estado mucho tiempo en la cárcel.

—¿Ninguna otra cuenta? —preguntó Decker.

Bivens miró la pantalla.

—No, solo la cuenta corriente.

Mars estaba destrozado, pero Decker se estaba animando.

—¿Qué me dice de una caja de seguridad? —le dijo al banquero.

Mars dio un respingo y se lo quedó mirando.

Bivens pulsó más teclas.

—Es verdad, tenían una caja de seguridad. ¿Cómo lo ha sabido?

—Ha sido una suposición afortunada, nada más. ¿Qué puede contarnos sobre ella?

—Bueno, la dejaron al mismo tiempo que cancelaron la cuenta. Ahora lo tenemos todo informatizado. Su padre la dejó y firmó todos los documentos necesarios.

—¿Y no hay modo de saber lo que contenía?

Bivens negó con la cabeza.

—No se guardan inventarios de las cajas de seguridad a menos que algún cliente especifique que así lo quiere. Si no, su contenido es completamente privado.

—Pero la dejó y se lo llevó todo —dijo Decker.

—Sí.

—¿De qué tamaño era la caja?

Bivens tecleó un poco más.

—De las más grandes que tenemos. Una caja doble. Tiene mucha capacidad.

—¿Queda alguien que trabajara en el banco por esa época con quien podamos hablar? —le preguntó Amos.

—¡Oh, no! Soy el más veterano. Llevo aquí catorce años. Al director de la sucursal lo trasladaron aquí desde El Paso hace tres años. Los demás llevan menos de cinco años en el banco. —Bivens echó un vistazo por encima del hombro de Decker—. ¿Puedo hacer algo más por usted? —le preguntó.

Amos volvió la cabeza y vio a dos personas haciendo cola para hablar con Bivens.

—No, pero le agradecemos la ayuda.

Salieron a la calle y el deprimente clima los golpeó.

Mars protestó.

—No puedo creer toda esta mierda. Mi madre se moría de cáncer y nadie me lo dijo. Y ahora me entero de que mi padre tenía una caja de seguridad llena de quién sabe qué. Es como estar viviendo la vida de otro.

—Y la cerró dos días antes de morir —puntualizó Decker.

—¿Crees que mi padre sabía que pasaría algo?

—Pues claro que sí. Lo que debemos preguntarnos es qué hizo con el contenido de la caja de seguridad.

Se reunieron con Jamison y Davenport en una zona privada anexa al vestíbulo del hotel ese mismo día, más tarde. Decker los puso al corriente de la conversación con Jerry Bivens en el banco.

—Así que, aunque no estuvieran en Protección de Testigos, por lo visto los Mars tenían secretos —dijo Jamison.

—El pasado que nadie es capaz de descubrir, ni siquiera el FBI —añadió Davenport. Miró a Mars—. Seguramente sus verdaderos nombres no eran Roy y Lucinda.

—AC y RB —dijo Decker—. Encontramos esas iniciales escritas en el tabique de su armario. Puede que fueran sus verdaderas iniciales.

—Mierda —dijo Mars, sacudiendo la cabeza y evitando mirarlos. Parecía un hombre inmerso en un sueño en cuya creación no había participado en absoluto.

—Así que no estaban en Protección de Testigos pero huían de alguien.

—O de algún grupo —lo corrigió Jamison—. De la mafia, por ejemplo.

—¡La mafia! —se escandalizó Mars—. ¡Ya está bien! Mis padres no eran de la mafia, ¿vale?

—De hecho, Melvin —se apresuró a decirle Decker—, ahora mismo ninguno de nosotros sabe en qué estaban implicados, ni siquiera tú. Pero, fuera en lo que fuese, era lo bastante peliagudo para que se crearan una nueva identidad y se mudaran a un pueblecito de Texas con el fin de huir de ello.

—Y el contenido de la caja de seguridad podía ser algo incriminatorio para esa gente, fuera quien fuese —dijo Jamison.

—Pero no tenemos modo alguno de enterarnos de lo que había en esa caja —añadió Davenport—. Fue hace veinte años. Además, quienquiera que asesinara a sus padres, Melvin, pudo llevárselo.

—O no —dijo Decker.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Te importa explicárnoslo? —le pidió Davenport.

—La única pregunta a la que nada de esto responde es por qué iba a pagar alguien a los Montgomery para sacar a Melvin de la cárcel. —Los miró uno a uno.

—Me rindo —dijo por fin Mars—. ¿Por qué?

—Porque no encontraron lo que había en la caja de seguridad entonces y todavía sigue por ahí, en alguna parte. Y puede que crean que tú sabes dónde.

—Es una posible teoría —dijo Davenport.

—Pero, en tal caso, ¿por qué esperar tanto tiempo? —le preguntó Jamison.

—Es posible que cuando fijaron la fecha de la ejecución de Melvin les entrara el pánico y pensaran que era su última oportunidad para recuperarlo.

Mars estaba anonadado.

—Pero Decker, nadie ha tratado de ponerse en contacto conmigo ni de

secuestrarme y obligarme a decir lo que sé, que es nada.

—Tal vez su plan sea simplemente dejarnos hacer lo que estamos haciendo: buscándolo nosotros.

—Y aparecer cuando lo encontremos y, ¿qué?, ¿asesinarnos a todos? —preguntó Davenport con escepticismo.

—Puede que sí —dijo Decker—, o puede que no.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado —dijo Davenport, frustrada.

—Las investigaciones no siempre son sencillas —terció Jamison—. El caso en el que trabajamos en Burlington dio un giro de noventa grados, pero nos hizo falta una tonelada de trabajo preliminar y de preguntas para llegar hasta allí. Y lo que parecía sin importancia al principio resultó ser vital.

—Vale. Pero Decker, tu teoría está llena de lagunas —dijo Davenport.

—Lo está —admitió este, lo que le valió una mirada de sorpresa de Lisa—. Por eso no es más que una teoría. Podemos muy bien refutarla más adelante, pero, en cualquier caso, debemos tener en cuenta la posibilidad.

Mars lo miró, nervioso.

—Entonces ¿crees que es posible que alguien me persiga todavía?

Decker se lo pensó un momento antes de contestarle.

—Si nos están siguiendo, lo que es muy posible, sabrán que también buscamos respuestas. Si nos han visto en el banco y han deducido lo que hacíamos allí, también sabrán que nos hemos marchado con las manos vacías.

—Así que tal vez simplemente nos dejen seguir adelante hasta que encontremos algo —dijo despacio Mars.

—Eso es.

—Tienen buena memoria —comentó Melvin—. Si esto dura desde antes de que yo naciera, estamos hablando de más de cuarenta años.

—Bien, yo también tengo buena memoria —dijo Decker.

—Amén a eso —dijo Mars. Alzó la vista y vio a Mary Oliver entrando en el vestíbulo.

—¡Aquí, Mary! —la llamó por señas cuando ella iba hacia el mostrador de recepción. Llevaba un traje sastre y sonreía.

—Parece contenta por algo —le dijo Davenport.

—El estado de Texas te ha concedido el máximo de veinticinco mil dólares de compensación, Melvin.

—Bueno, algo es algo —dijo Mars.

—Y les he puesto una demanda por lo que te pasó en la cárcel de alrededor de cincuenta millones de dólares.

Mars se la quedó mirando, mudo de asombro.

—¿Me tomas el pelo? —le preguntó finalmente.

—Melvin, estuviste a punto de perder la vida. Fue una conspiración en la que estuvieron implicados los guardias, que son los representantes del sistema

penitenciario estatal. Y he descubierto que esos mismos guardias han sido demandados otras veces y que no se ha tomado jamás ninguna medida disciplinaria contra ellos. Eso constituye, como mínimo, negligencia deliberada por parte del estado.

—¿Es esa la estrategia que mencionó antes? —le preguntó Decker.

Ella asintió.

—Lo es, sí.

Decker miró a Mars.

—Bueno, al menos cincuenta millones te compensarán económicamente por no haber podido jugar en la NFL.

—Mira —añadió Oliver—, no quiero crearte falsas esperanzas. Será un proceso largo y no hay garantía de éxito, pero me esforzaré al máximo.

Mars se había quedado sin habla. Luego la abrazó.

—Gracias, Mary. Gracias.

Se sentaron y los demás dejaron que Mars recuperara la compostura.

Nadie se fijó en los tres patrulleros ni en el detective de paisano que se les acercaban hasta que no los tuvieron encima.

—¿Puedo ayudarles, agentes? —les preguntó entonces Decker.

Lo ignoraron y rodearon a Mars.

—Señor Mars, por favor, levántese —dijo el de paisano después de enseñar la placa y decirles que era detective de homicidios.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Melvin.

—Por favor, levántese —insistió el otro con más firmeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver, que se había puesto de pie—. Soy su abogada.

—Y tendrá ocasión de hablar con su cliente. Pero no ahora. Por favor, levántese, señor Mars. Es la última vez que se lo pido.

Mars miró a Decker, que asintió. Se levantó y automáticamente puso las manos a la espalda. El de paisano le hizo un gesto a un agente, que se adelantó y le puso las esposas.

—Queda arrestado por el asesinato de Roy y Lucinda Mars —le dijo el de paisano y, a continuación, le leyó sus derechos.

—¡Lo indultaron! —exclamó Oliver, incrédula.

—El indulto ha sido revocado. Por eso estamos aquí.

—¡No pueden hacer eso! —dijo Oliver.

El de paisano le entregó un fajo de documentos.

—Eso es precisamente lo que hace la orden judicial. Vamos, señor Mars.

—Nos veremos en la comisaría, Melvin —le dijo Oliver mientras se lo llevaban. Luego leyó la primera página del documento.

—¿Qué pone? —le preguntó Jamison, levantándose.

Oliver se puso pálida cuando terminó de leerlo por encima. Miró a Decker.

Amos suspiró.

—Creía que no lo harían —dijo en voz baja.

—Que no harían, ¿qué? —le espetó Jamison.

—¿Lo sabía? —le preguntó Oliver.

—Lo sospechaba.

—¿Alguien puede decirnos qué está pasando, por favor? —gritó Davenport, que se había levantado y estaba al lado de Jamison.

—Nuestra investigación ha demostrado que es más que probable que pagaran a los Montgomery para mentir y decir que Charles había asesinado a Roy y a Lucinda. Esa confesión fue el único motivo por el que Melvin fue excarcelado e indultado. — Miró a Oliver—. ¿Tengo razón?

Ella asintió, pero no dijo nada.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Jamison.

—Eso significa... —empezó Davenport.

Decker la cortó.

—Eso significa que, en lo que respecta al estado de Texas, Melvin asesinó a sus padres. Por eso han revocado su indulto.

—¿Cómo se han enterado de lo que hemos descubierto? —preguntó Jamison.

—Texas mandó su propia gente a Alabama a investigar a Montgomery —le contestó Decker—. Y nosotros hablamos de nuestras sospechas y de nuestros hallazgos con las autoridades de Alabama. Se los habrán transmitido a los de Texas.

—Pero él no tuvo nada que ver con que los Montgomery mintieran —apuntó Jamison.

—Eso, en el caso de Melvin, no importa legalmente —dijo Oliver—. Ahora es como si nada hubiera cambiado. Sin confesión, la sentencia se restablece. La declaración que hizo Montgomery no es válida si mintió.

Jamison se volvió hacia Decker, horrorizada.

—Entonces ¿nuestro trabajo lo ha devuelto a la cárcel y puede que a su ejecución?

Decker no le respondió. Había sacado el móvil e iba hacia la salida del motel por la que un minuto antes Mars se había marchado de vuelta a la cárcel. Mientras observaba cómo se lo llevaban en un coche patrulla, marcó un número.

Tras dos tonos de llamada alguien respondió.

—Agente Bogart, soy Decker. Lo entenderé si me dices que me vaya a hacer puñetas, pero tengo que pedirte un gran favor.

—Todos en pie —dijo el fornido alguacil.

Los presentes en la sala se levantaron, incluido el único que llevaba grilletes.

El juez Matthews, un hombre marchito que se estaba quedando calvo, con una prominente nuez de Adán, entró por la puerta de detrás del estrado, subió los escalones y ocupó su asiento.

—Siéntense —ordenó el alguacil, y todo el mundo obedeció.

Mary Oliver estaba a un lado del esposado Mars. Decker, que llevaba el traje que había comprado con Jamison, al otro.

El fiscal no paraba de hablar en la otra mesa de los abogados. En la cincuentena, tenía un pelo blanco y fino que no conseguía tapanle del todo el rosado cuero cabelludo. Llevaba el cuello de la camisa muy tieso, demasiado almidonado, algo que cuadraba perfectamente con su actitud. Tenía delante un expediente que ponía: «Mars, Melvin.» Movía los labios en silencio, como si ensayara lo que estaba a punto de decir.

Davenport y Jamison estaban en la segunda fila de la sala. Había un buen número de periodistas porque había corrido la voz de que habían arrestado a Mars. Unas docenas de ciudadanos boquiabiertos completaban el público.

El juez miró las dos mesas de los abogados y a sus respectivos ocupantes, carraspeó y empezó.

—Ha sido el acusado quien ha presentado la petición, de modo que oigamos en primer lugar a la defensa.

Oliver se levantó, se arregló la americana del traje y los puños de la camisa.

—Señoría, las acciones del estado en este asunto pueden resumirse del siguiente modo. Equivocadamente, encarceló a mi cliente, el señor Mars, lo mantuvo encerrado más de veinte años y estuvo a punto de ejecutarlo hasta que vio su error cuando se presentaron pruebas de su inocencia. Entonces le garantizó su puesta en libertad y el indulto, y ordenó que se le pagara la máxima indemnización por su errónea encarcelación, aunque veinticinco mil dólares no compensan más de dos décadas en la cárcel. —Inspiró, henchida de justa indignación—. Y ahora, poco después de su puesta en libertad, ha revocado unilateralmente el indulto, lo ha arrestado y aquí está, sentado, esposado y con grilletes, delante de nosotros. Todo esto se ha hecho sin juicio ni representación por parte de un abogado. Es decir, sin que haya tenido lugar el debido proceso legal. Por eso presenté la petición de *habeas corpus*, porque no hay duda alguna de que el estado retiene ilegalmente a mi cliente. Por lo tanto, pido que sea puesto en libertad inmediatamente y que tanto los términos de su indulto como los de su indemnización sean reconocidos e impuestos por este tribunal. —Puso una mano en el hombro de Mars y añadió—: Cualquier otra cosa sería una farsa de justicia y se establecería un insostenible y peligroso precedente si se permite que el estado reniegue unilateralmente de su acuerdo con mi cliente, puesto que cabe asumir

que tratará de hacer lo mismo con otros acusados en el futuro.

—Entiendo —dijo el juez Matthews. Se volvió hacia el fiscal—. Señor Jenkins, la defensa ha planteado una excelente argumentación. No me gusta la idea de que el estado se desdiga. Sembraría la confusión en el sistema si la defensa no pudiera confiar en los acuerdos con la oficina del fiscal.

Jenkins se levantó, se abrochó la americana, se aplanó un mechón de pelo díscolo, miró con desaprobación a Mars y a Oliver y luego le dedicó toda su atención al juez.

—Señoría —dijo, lenta y pesadamente—, la decisión que ha tomado el estado es, honradamente, la única que podía tomar. Aunque soy el primero en admitir que la situación es un tanto inusual...

—Eso es un eufemismo —dijo el juez Matthews.

—Sea lo que sea, solo hubo un motivo por el que el señor Mars fue excarcelado. —Hizo una pausa, alzando el índice enfáticamente—. Porque otro hombre, Charles Montgomery, ya fallecido, ejecutado por el estado de Alabama por varios delitos atroces, confesó los asesinatos por los que el señor Mars había sido previamente encarcelado. Tras la debida investigación, resultó que el señor Montgomery tenía información y conocimientos acerca de los crímenes que solo podía poseer quien los había cometido. Ahora, debido en buena medida al trabajo llevado a cabo por el FBI, ha quedado claro que al señor Montgomery y su mujer, quien, lo que resulta bastante significativo, fue asesinada probablemente para tapar lo que estaba pasando, les pagaron una elevada suma de dinero para que Charles confesara. Por lo tanto, casi con absoluta certeza el señor Montgomery tuvo que ver con el asesinato de Roy y Lucinda Mars tanto como usted o como yo, señoría. Así que la posición del estado es que el encarcelamiento del señor Mars era correcto y justo, y que su entrada en prisión ahora está justificada y es legal. —Jenkins miró otra vez a Mars con frío desprecio—. Y permítame añadir que el estado investigará con rigor si el señor Mars estuvo de alguna manera relacionado con lo que equivale a un intento de engañar al sistema judicial de Texas, dado que se ha beneficiado más que nadie de esta supuesta confesión del señor Montgomery.

Oliver saltó de la silla.

—No existe la más mínima prueba de que mi cliente haya estado implicado en eso, señoría.

Jenkins se enfureció.

—Bueno, el hecho de que la ahora desacreditada confesión llegara minutos antes de la ejecución del acusado resulta una coincidencia enorme y terriblemente oportuna.

Oliver lo miró con incredulidad.

—Sí —dijo, rezumando sarcasmo—, estoy segura que el señor Mars esperó hasta minutos antes de que lo ejecutaran para arreglar desde el corredor de la muerte esa milagrosa confesión para que llegara en el último segundo y lo salvara.

—No es necesario que lo diga en ese tono tan poco profesional —le espetó

Jenkins.

—En cualquier caso —le dijo Oliver al juez—, el estado tuvo tiempo más que suficiente para comprobar la veracidad de lo que afirmaba el señor Montgomery. Lo hizo y el resultado fue que le concedió el indulto a mi cliente. Si ahora se le permite echarse atrás, nadie volverá a confiar en que el estado otorgue un indulto sin temer que revoque otra vez su acuerdo.

—Pero el estado está particularmente interesado en que los asesinos convictos no anden sueltos —dijo Jenkins.

—Bien —terció el juez Matthews—, a mí me parece que el estado se ha metido solito en este lío, señor Jenkins. Y si puede rechazar unilateralmente sus propios acuerdos, entonces la señorita Oliver acierta al decir que eso hace insostenible el sistema de indultos.

Jenkins abrió los brazos.

—Nuestro único deseo, señoría, es poder investigar a fondo el asunto y que, mientras dura la investigación, el encarcelamiento del acusado está debidamente justificado. Hay más pros que contras. Si es inocente, no se habrá hecho ningún daño. Si es culpable, como creemos que es, no tendrá ocasión de escapar. No tiene lazos con la comunidad y consideramos que existe riesgo de fuga.

—No tiene pasaporte —dijo Oliver—, ni documento de identidad de ningún tipo. Además, gracias al estado de Texas, tampoco tiene trabajo ni dinero. Me cuesta creer que haya riesgo de que se fugue.

—Y la frontera de México está a un paso —replicó Jenkins—. Es tan permeable para quienes quieren entrar en el país como para quienes desean lo contrario.

El juez Matthews se los quedó mirando, inseguro. Se centró en Oliver.

—Bien, no digo que esté completamente de acuerdo con la postura del señor Jenkins, pero no me parece perjudicial permitir que el estado custodie al señor Mars mientras dura la investigación.

En ese momento Decker se levantó, atrayendo con su imponente presencia todas las miradas. Notó los ojos de todos puestos en él y se le revolvió el estómago, con los nervios crispados, porque no le gustaba interactuar con los demás.

Y, desde luego, no le gustaba verse forzado a no ser completamente sincero con un juez. Sin embargo, ese era el plan que había urdido y no tenía más remedio que ponerlo en marcha.

—Con su permiso, señoría, ¿puedo decir algo?

—¿Y usted es? —le preguntó el juez Matthews con curiosidad.

Decker se enjugó una gota de sudor de la cara. Se notaba las axilas húmedas. De repente tenía náuseas. No estaba seguro de si iba a desmayarse en plena sala.

—Amos Decker —respondió con la voz ligeramente temblorosa—. Estoy aquí en representación del FBI.

Jenkins se apresuró a intervenir.

—No veo que el FBI esté en posición de inmiscuirse en un caso que está

completamente bajo la jurisdicción del estado de Texas.

Decker seguía mirando al juez.

—El FBI ya está implicado en este caso, señoría. De hecho, como ya se ha dicho, han sido nuestros esfuerzos los que han despertado las dudas sobre la confesión del señor Montgomery.

—Pero... —empezó a decir Jenkins.

El juez Matthews lo cortó alzando una mano.

—Es un argumento válido. Dejemos que el agente Decker termine.

Por primera vez en la vida, Decker lo estaba viendo todo de un color azul brillante a pesar de que no había ningún muerto en la sala. Cerró los ojos.

—¿Agente Decker? —dijo el juez Matthews.

Jenkins bufó, mirando con sorna a Amos.

«Hazlo, Decker. Ahora. Taponar el hueco. Plácalo. Ahora.»

Abrió los ojos.

—El FBI cree que este caso es mucho más complicado de lo que parecía a primera vista. También creemos en la inocencia del señor Mars.

—¿En qué se basan? —lo interrumpió Jenkins con terquedad.

—En lo que hemos descubierto durante la investigación que estamos llevando a cabo. Creemos que en este caso están implicadas fuerzas que operan más allá de las fronteras del estado, lo que lo sitúa dentro del ámbito de acción del FBI.

—¿Y este tribunal tendrá los resultados de sus pesquisas, agente Decker? —le preguntó el juez.

—Mi superior, el agente especial Ross Bogart, dirige un equipo especial, señoría. Me ha autorizado para decirle al tribunal que se ponga en contacto con él directamente. Él le proporcionará todos los detalles.

Jamison y Davenport se miraron sorprendidas.

—¿Al tribunal sí y a la fiscalía del estado de Texas no? —ladró Jenkins.

—¿Hay algún motivo válido para que la información no pueda darse en audiencia pública? —preguntó el juez.

—El agente Bogart se lo explicará todo, señoría. Es un asunto realmente delicado y creemos que hacerlo público ahora puede tener un impacto negativo sobre nuestra investigación y permitir que los culpables eviten ser arrestados y juzgados por sus delitos.

—Nada de lo que ha dicho explica por qué el señor Mars no puede quedar bajo custodia hasta que se resuelva ese asunto —comentó Jenkins.

—Lo siento —dijo Decker antes de que el juez pudiera intervenir—. Pensaba que el hecho de que el señor Mars fuera golpeado casi hasta la muerte por los guardias de la prisión después de que dos prisioneros a quienes otro guardia había pagado trataran de matarlo hacía que fuera bastante obvio. Hay que sumar a esto, además, que el señor Mars ha interpuesto una demanda multimillonaria contra el sistema penitenciario de Texas por este acto ilegal y detestable. Supongo que el señor Mars es

persona non grata para esa gente, incluido cualquier amigo o compinche en la conspiración del guardia en cuestión, de quien no se conoce aún la identidad y que sigue de servicio. Por tanto, la cárcel no puede considerarse un refugio seguro para el señor Mars. Al contrario, lo más probable es que devolverlo allí sea firmar su sentencia de muerte.

El juez miró furioso a Jenkins.

—¿Es eso cierto?

Jenkins se puso un poco pálido.

—Señoría, aunque ese acto desafortunado tuvo lugar, creemos que el señor Mars no correrá ya ningún peligro mientras permanezca bajo la custodia del estado.

—Vale más pecar de cautos —dijo Decker—. Debemos evitar cualquier posibilidad de que el señor Jenkins se equivoque. Si se descubre que el señor Mars es inocente, pero acaba muerto en su celda, ¿en qué le beneficia eso? A lo mejor el estado de Texas opina de un modo diferente...

El juez resopló.

Jenkins se limitó a mirar a Amos.

—El FBI —prosiguió este—, con la aprobación del estado, asumió la custodia del señor Mars después de la paliza y estamos dispuestos a volver a hacerlo.

El juez Matthews le prestó atención.

—¿Y el FBI lo aprueba?

—El agente Bogart le dará todas las garantías y todos los detalles.

El juez se volvió hacia Jenkins.

—Por la presente ordeno que el acusado quede bajo la custodia del agente Decker y del FBI hasta que los hechos dicten otro curso de acción.

—Pero, Señoría... —se quejó Jenkins en tono de reproche.

—Ese ha sido mi fallo. ¡Cuidado, Frank! No me gusta cómo habéis manejado esto, así que da gracias de que no ordene la puesta en libertad bajo fianza del acusado. Se suspende la sesión.

El juez Matthews hizo sonar la maza, se levantó y entró en su despacho.

Jenkins miraba a Decker mientras los agentes le quitaban las esposas y los grilletes a Mars.

—Espero que sepa qué demonios hace —le dijo.

«Y yo —pensó Amos—. Y yo.»

Mars, sentado en el asiento del copiloto, se frotaba las marcas que las esposas le habían dejado en las muñecas.

—Gracias —le dijo a Decker, que iba al volante.

Oliver, Davenport y Jamison iban en el asiento trasero.

Decker no había dicho nada mientras salían del juzgado, dando empujones a los periodistas que les ponían micrófonos y libretas delante de la cara.

Jamison y Davenport lo habían acribillado a preguntas mientras cruzaban el aparcamiento hasta su vehículo, pero había seguido callado. Ahora Jamison se inclinó hacia su asiento y le dio un fuerte golpe en el hombro.

—¿Vas a explicarnos lo que acaba de pasar o voy a tener que vérmelas contigo a puñetazos?

Decker la miró por el retrovisor y vio la duda en su semblante.

—Le pedí un favor al agente Bogart y me lo concedió.

—Entonces ¿es todo legal y respetable? —le preguntó Jamison, lo que le valió una mirada azorada de Oliver—. Decker, por favor, no me digas que he sido una involuntaria participante en un fraude al tribunal.

—No hay ningún fraude. Melvin está bajo nuestra custodia. Y todo lo que le he dicho al juez es cierto.

—Se ha creído que eres un agente —dijo Davenport.

—Lo ha dicho él, no yo —contestó Decker.

—Pero tampoco lo has sacado de su error —retrucó ella.

—No me correspondía a mí, aunque de todos modos da igual. Bogart es agente y me apoyará. —Miró a Oliver—. ¿Y usted presentó la demanda?

—Sí.

—Entonces estamos bien.

—Bueno, yo no lo estaré si vienen otra vez a arrestarme. Ya has oído lo que ha dicho el juez. Si los hechos dictan otro curso de acción dejará que lo hagan. «Otro curso de acción», dice. Y ese tío, Jenkins, estaba cabreado. Apuesto a que ya está trabajando en algo para devolver mi culo a la cárcel de Texas.

—Me extrañaría que no lo hiciera —dijo Decker—. Solo tenemos que asegurarnos de que eso no pase.

—¿Cómo? —preguntó Davenport.

Fue Jamison quien respondió.

—Resolviendo el caso.

El teléfono de Decker sonó y respondió a la llamada, sosteniendo el móvil contra la oreja con el hombro mientras conducía hacia un cielo cada vez más oscuro que prometía más lluvia. Las inclemencias del tiempo no lo perturbaban. Tenía otras cosas en la cabeza mientras escuchaba a su interlocutor. Le dio las gracias y dejó el teléfono.

—Era la policía de Alabama. Han seguido el coche de alquiler, el Toyota Avalon beis con matrícula de Georgia parte de cuyo número nos dio Patricia Bray. Lo alquiló un hombre llamado Arthur Crandall. —Miró a Mars—. ¿Te suena?

—No.

—Ya me lo imagino, puesto que es un nombre falso. La tarjeta de crédito que usó era falsa. El permiso de conducir seguramente también era falso.

—¿Estamos seguros de que es el mismo tipo? —preguntó Jamison.

—En estos momentos tratan de asegurarse.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Mars.

—Cabos sueltos —dijo Decker—. Solo eso.

—¿Así que el tío que creemos que asesinó a Regina Montgomery después de pagar al matrimonio para que el marido confesara es ese tal Arthur Crandall? —preguntó Mars.

—No es su verdadero nombre.

—Sí, lo entiendo. Pero haciendo lo que hace me ha ayudado a salir de la cárcel.

—Y como dijimos, es posible que crea que tienes algo que puede perjudicarlo o que quiere conseguir.

—Pero eso no tiene lógica, Decker. Aunque supiera algo, que no sé nada, ¿por qué no dejó que me ejecutaran y me lo llevara a la tumba?

—Puede que necesiten conseguir lo que sea que crean que tienes. Así que te sacan de la cárcel esperando que vayas a cogerlo.

—En ese caso, ¿por qué me cargaron el asesinato? —dijo Mars.

—Quizás entonces lo consideraron la mejor opción —sugirió Jamison—. Asesinar a sus padres, acusarlo y quitarlo de en medio para siempre. Es la única explicación.

—No, no lo es —discrepó Decker.

—¿Cuál, pues? —le preguntó Jamison con curiosidad.

—Estamos dando por supuesto que quienes le cargaron el asesinato a Melvin y mataron a sus padres son los mismos que ahora buscan lo que había en la caja de seguridad. Lo cierto es que podemos estar viéndonoslas con dos grupos diferentes con objetivos distintos.

—¡Dios! ¿No era ya lo bastante complicado? —dijo Davenport.

—Por lo visto no —dijo Decker. Miró a Mars—. ¿Quién era el médico de tu madre?

—¿Su médico? ¿Por qué?

—Bueno, alguien tuvo que diagnosticarle el cáncer de cerebro terminal.

—No me acuerdo.

—Intenta acordarte.

—¿Crees que la identidad de su médico es realmente importante? —le preguntó Davenport.

—Ahora mismo, en este caso, no hay nada que no lo sea.

Decker durmió profundamente hasta las cinco de la madrugada. Llovía bastante. Se levantó y se acercó pesadamente a la ventana para echar un vistazo fuera. Agua, viento, algún que otro relámpago y el retumbar de los truenos. Se dijo que el tiempo era tan miserable como su caso.

Se miró los pies, momentáneamente sorprendido de vérselos. La tripa le había bajado lo bastante para que fuera posible. Hacía tanto que no se los veía...

Se sentó en el borde de la cama y estiró las piernas. Tenía las pantorrillas duras y el trasero todavía más.

Físicamente estaba como antes.

Mentalmente, sin embargo...

Cerró los ojos y dejó que su memoria fotográfica vagara hasta hacía casi veinte meses, hasta el momento en que lo había perdido todo.

Sabía que aparecería el color a cuestras de su recuerdo, como el parásito de un gran pez.

Azul.

El azul se derramó por el recuerdo del hallazgo de su familia masacrada, como si alguien hubiese vaciado un cubo de pintura encima de su más preciada posesión o como si hubiera explotado un bolígrafo enorme ensuciándolo todo de tinta.

«Hubiera», en pasado, esa era la clave.

Molly y Cassie ya no estaban. No había nada que pudiera hacer para recuperarlas. Las recordaría a la perfección, con todo detalle, hasta su último aliento, lo que era tanto una bendición como una maldición.

Se duchó, se puso ropa limpia y abrió la puerta de su habitación del motel, que daba directamente a la calle. Estaba en el primer piso, cuya galería exterior recorría todo el edificio. Todos estaban en el mismo piso. Él en un extremo, Mars y Jamison en el centro y Davenport en la otra punta.

Seguía lloviendo a cántaros cuando se apoyó en una columna para escrutar la oscuridad.

No le gustaban los engaños. No le gustaban las mentiras. No le gustaba que las fechorías no tuvieran consecuencias. La gente cometía maldades, eso era un hecho. Elegía cometerlas. Y tenía que sufrir las repercusiones de sus malos actos.

Miró la hora. Pasaban de las seis. El sol avanzaba todavía desde el otro lado del mundo. Cuando saliera, la espesa capa de nubes tormentosas le impediría brillar.

Había un café junto al motel, al que podía llegar protegido de la lluvia por el alero del edificio.

Tardó apenas dos minutos. Ya había tres clientes desayunando. La camarera, con aspecto de cansancio, servía café. Cuando lo vio entrar le hizo un gesto abarcando todo el local. Por lo visto tenía que escoger una de las mesas desocupadas. Eligió la más alejada de los demás parroquianos. Se sentó, cogió la carta y le echó un vistazo.

Comida para tener un infarto. Colesterolmanía con cada bocado.

Cuando la mujer se acercó, le pidió café, zumo de naranja y una tostada.

—¿Tiene tortilla de claras de huevo? —le preguntó.

La mujer lo miró sin entender.

—¿Ensalada de frutas? —probó suerte él.

Ella echó un vistazo a su envergadura y le sonrió comprensiva.

—Claro, cielo, enseguida. Comida sana. Te la traigo. —Y se marchó.

Al cabo de un momento le sirvió el café.

Decker tomó un sorbo. Estaba bueno y caliente. Lo reconfortó mientras la lluvia azotaba los cristales. Se arrellanó, entrecerró los párpados y se concentró.

Primer punto: Roy y Lucinda Mars tenían una vida oculta antes del nacimiento de su hijo. Habían cambiado de nombre y se habían mudado para alejarse de esa vida, fuera la que fuese. La cicatriz de Roy Mars podía muy bien ser de una operación de cirugía plástica.

Segundo punto: Habían salido en un programa deportivo de ámbito nacional poco antes de ser asesinados.

Tercer punto: Roy Mars había vaciado la caja de seguridad justo antes de morir. El contenido de dicha caja y el actual paradero del mismo eran desconocidos.

Cuarto punto: Lucinda Mars padecía un cáncer terminal.

Quinto punto: Los habían asesinado y le habían cargado el muerto a su hijo.

Sexto punto: Se había fijado la fecha de la ejecución de Malvin Mars, de la cual lo había salvado la confesión de Charles Montgomery.

Séptimo punto: Habían puesto a Mars en libertad.

Octavo punto: Montgomery había sido ejecutado.

Noveno punto: Lo más seguro era que Montgomery hubiera mentido.

Décimo punto: Regina Montgomery se había beneficiado económicamente de la confesión de su marido.

Undécimo punto: Regina había sido asesinada, posiblemente por el hombre del Toyota Avalon.

Duodécimo punto: Alguien quería el contenido de la caja de seguridad.

Décimo tercer punto: Y esas personas podían no ser las mismas que habían incriminado a Mars.

Las preguntas que destacaban entre todas las demás eran: ¿Quién había pagado a los Montgomery? Si había sido el del Avalon, ¿por qué lo había hecho? ¿Para que soltaran a Mars, seguirlo y servirse de él para localizar el contenido de la caja de seguridad? En tal caso, era un modo muy torpe de hacerlo. ¿Cómo sabían si Mars estaba al corriente de ese contenido y, menos todavía, de su actual paradero? Además, ¿por qué ahora, al cabo de veinte años? ¿Por qué no entonces? Ya puestos, ¿por qué no torturar a los Mars antes de matarlos para que dijeran dónde estaba lo que había en la caja?

«Tal vez los torturaron pero se llevaron el secreto a la tumba.»

A Decker no se le ocurría ninguna teoría plausible que conjugara ambas preguntas.

Y eso lo sacaba de quicio.

Tenía memoria fotográfica, lo que no implicaba que encontrara siempre todas las respuestas en sus recuerdos.

Si alguien le mentía, recordaba perfectamente la mentira pero sin saber que lo era hasta que podía cotejarla con otros hechos que, afortunadamente, demostraran su inconsistencia.

Aunque en aquel caso su principal enemigo no era la inconsistencia. Simplemente, le faltaba información. No sabía lo suficiente.

—Parece que el cerebro vaya a estallarte.

Cuando alzó la vista, Decker se encontró con Mars. Le indicó que se sentara y el otro obedeció.

—¿Tienes algo de lo que te pedí que intentaras recordar? —le preguntó.

Mars negó en silencio.

—Me he pasado la noche pensando en eso y no tengo nada que contarte, Decker. Me siento... Me siento como un idiota. Ni siquiera conocía a mis padres. Mi vida consistía únicamente en jugar al fútbol.

Era evidente que quería añadir algo, pero por lo visto no encontraba las palabras adecuadas. Al final, sacudió la cabeza.

—No te rindas —le advirtió Decker—. Todavía puede ocurrírsete algo. —Miró a la camarera, que se acercaba con el desayuno—. ¿Quieres café o algo de comer? —le preguntó a Melvin.

—Solo café.

La mujer le dejó la tostada y el cuenco de fruta delante.

—Aquí lo tienes, cielo. Apuesto a que dentro de nada podrás ponerte unos vaqueros ceñidos.

Mars lo miró con curiosidad pero no hizo ningún comentario. Pidió café.

Cuando la camarera se fue, Amos pinchó la fruta con el tenedor y partió un pedacito de tostada.

—¿Y tú? ¿Has pensado en algo? —le preguntó Mars.

—Un montón de cosas. La mayoría son preguntas para las que no tengo respuesta.

—¿Sabes? Me he acordado de una cosa.

—¿De qué? —se apresuró a preguntarle Decker.

La camarera volvió con el café de Mars. Se lo sirvió y se alejó.

—La única consulta médica del pueblo en esa época estaba en el paseo Scotch. Si mi madre habló con un médico, tuvo que ser allí. También iban al dentista en ese centro médico.

Decker asintió.

—Bien. Hoy lo comprobaremos.

—Sigo sin saber de qué va a servirnos eso.

—La investigación no es una ciencia exacta. Sigues adelante hasta que algo empieza a tener sentido.

—He hablado con Mary. Sigue cabreada por lo que ha pasado. Está más decidida que nunca a demandar al estado de Texas.

—Es una buena amiga.

—Me creí perdido cuando mi último abogado renunció. Luego llegó Mary y se encargó del caso. Tuvimos largas conversaciones. No era solo mi abogada. Era, como has dicho, una amiga. Y no solo hablábamos de asuntos legales. Me enteré de cosas acerca de su familia y ella me hizo preguntas sobre la mía, aunque no es que pudiera contarle mucho. Sin embargo, le interesaba. Estaba dispuesta a escuchar todo el tiempo que yo quisiera. Sabía cómo me sentía por mi madre y mi padre. Sabía que jamás los habría matado.

—Estoy seguro, Melvin.

Mars miró a su alrededor.

—¿Sabes? Creía que Jamison estaría aquí contigo.

—¿Por qué?

—Su habitación está al lado de la mía. He llamado a la puerta cuando venía hacia aquí, por si quería algo de comer. Nadie ha contestado.

—¿La has oído dentro?

—No. No he oído nada. ¿Por qué?

—¿Dónde más puede estar a esta hora de la mañana? —Decker dejó unos dólares en la mesa y se levantó.

Mars lo imitó.

—¿Crees que pasa algo? —le preguntó.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Salieron rápidamente para ir a la habitación de Jamison. Decker llamó fuerte a la puerta.

—¿Alex? ¿Estás ahí?

Cuando Decker sacó la pistola, Mars retrocedió un paso.

—¿Quieres que abra de una patada? —le preguntó.

—¿Qué hacéis?

—Se volvieron y vieron a Jamison acercándose.

—¿Dónde demonios estabas? —le preguntó Decker, aliviado, enfundando la pistola.

—No había champú en la habitación, así que he ido hasta el mostrador de recepción para conseguir un poco y he tardado una eternidad porque no había nadie. Luego he ido a la tiendecita de regalos a comprar una botella de agua. ¿Pasa algo?

—Ahora ya no —dijo Mars—. Estábamos preocupados, eso es todo.

—Bueno, agradezco la... —Calló.

Se les acercó corriendo una mujer de unos sesenta años, con uniforme de

camarera de habitaciones, sin aliento.

—Creo que ha pasado algo —dijo.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Decker.

—Por favor, deprisa. —Les dio la espalda y se marchó corriendo por donde había venido.

Corrieron tras ella. Doblaron una esquina y llegaron al otro extremo del ala del motel en forma de «U». La mujer les indicó una puerta entreabierta.

—Es la habitación de Davenport —dijo Jamison.

Decker volvió a sacar el arma, se acercó a la puerta y la abrió despacio.

Echó un vistazo dentro y vio que la habitación estaba revuelta.

La registraron rápidamente.

Davenport se había marchado.

Y no lo había hecho voluntariamente.

—Bogart y Milligan están de camino —dijo Decker.

Sentado en su habitación con Mars y Jamison, acababa de colgar el teléfono. La policía había estado allí para investigar la desaparición de Davenport, pero se había marchado sin hacer prácticamente ningún descubrimiento. Era evidente que se había defendido. Nadie había oído nada porque en esa ala del motel no había ningún huésped.

—¿El FBI vuelve a estar en el caso? —le preguntó Jamison, frotándose los ojos.

—Parece que se han tomado el secuestro como un ataque personal contra la agencia, a pesar de que técnicamente ya no trabaja para ellos.

Decker estudió a Jamison. Estaba pálida y temblorosa.

—Alex, ¿tienes un arma?

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—¿Un arma? No. ¿Por qué?

—Te conseguiré una y te enseñaré a manejarla.

—¿De verdad te parece necesario?

—Dados los recientes acontecimientos, ¿lo consideras innecesario?

Jamison apartó la mirada. Se estrujaba los dedos de las manos.

—No lo entiendo —dijo Mars—. ¿Por qué se han llevado a Davenport? ¿Por qué no a mí? Es a mí a quien quieren. Davenport no sabe nada de lo que había en esa caja de seguridad.

—Eso ellos no lo saben con seguridad, Melvin —dijo Decker—. Además, afrontémoslo, Davenport es un objetivo mucho más fácil. ¿Te imaginas que hubieras sido tú? Podrías haberlos matado.

Mars asintió despacio.

—Supongo que tienes razón.

Decker se quedó pensativo de repente.

—En realidad, puede que no. —Se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jamison.

—A echar un vistazo a la habitación de Davenport.

—La policía local ya la ha registrado.

—Y ahora lo haremos nosotros.

Decker entró en la habitación del motel, se acercó a una pared, apoyó en ella la espalda y repasó el interior moviendo la cabeza de lado a lado, haciendo pasadas, como si lo iluminara con una linterna. Jamison se quedó de pie a su lado. Mars se quedó cerca de la puerta, nervioso e inseguro.

—¿Ve algo? —le preguntó, ansioso.

—¿Davenport pesaba unos cincuenta kilos? —dijo Decker.

—Más o menos, creo. Era de mi altura y muy delgada —le respondió Jamison, sorprendida por la pregunta.

—Es corredora —dijo Decker, pensativo—. Así que tiene que ser delgada.

Se fijó en la mesa derribada, en la silla tumbada, en la lámpara rota, en el tabique de Pladur contra el que estaba la cama y, por último, en la cama sin hacer.

—Dormía cuando ha pasado —dijo Jamison—. El intruso la ha despertado.

—Bueno, puede haberse levantado e ido a correr y no hacer luego la cama antes de que se la llevaran.

—Los dos os equivocáis —dijo Decker.

—¿Cómo es posible que ambos estemos equivocados? —preguntó Jamison.

Decker indicó el suelo del armario, que estaba abierto.

—Las zapatillas de correr están ahí y también la ropa de gimnasia. Está lloviendo a cántaros y lo ha estado haciendo toda la noche. Las zapatillas y la ropa no están ni húmedas ni manchadas de barro. Con este tiempo no habría salido a correr. No hay senderos y la carretera va muy cargada de tráfico. No es demasiado segura.

—Vale, pues la han atacado cuando dormía —dijo Jamison—. Por tanto, yo tenía razón.

Decker señaló la puerta y luego la ventana.

—No han forzado ni la una ni la otra. La policía lo ha confirmado. Hace falta llave para entrar. Han registrado la oficina del motel. Las cerraduras son de las antiguas, con llave. No hay duplicados.

Jamison no iba a rendirse fácilmente.

—Bueno, puede que consiguieran una del personal de limpieza. Tendrán llave maestra.

Decker se acercó a la cama.

—Mira la mesa volcada.

Se pusieron a su lado para verla.

—Es la mesilla de noche. Había una lámpara encima. La lámpara se ha caído y se ha roto al volcarse la mesa. ¿Y? —dijo Mars.

—Mirad la pata.

Eso hicieron.

—Tiene un pedazo de lámpara incrustado —comentó Decker.

Jamison examinó la pata y asintió. Mars no lo había entendido, pero ella sí.

—Si la mesa se hubiera caído durante la pelea, la lámpara habría salido disparada y se habría estrellado contra el suelo a cierta distancia. Imposible que hubiera golpeado la mesa con tanta fuerza como para que un pedazo se incrustara en la madera —comentó.

—Exactamente —convino Decker. Les indicó el tabique de Pladur—. Y mirad ahí.

Eso hicieron.

—No veo nada —dijo Mars.

Jamison negó con la cabeza.

—No. Amos tiene razón. No hay marcas en el tabique. La mesa estaba al lado de

la cama. En un forcejeo seguro que habría golpeado la pared trasera y dejado alguna marca. —Se volvió hacia Decker—. Es un montaje. Han volcado la mesa y estrellado la lámpara contra ella. Alguien ha llamado a la puerta y ella ha abierto. Se la han llevado y luego han revuelto la habitación para que pareciera que había habido una pelea.

—Eso creo yo —dijo Decker.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mars.

—Porque no querían que supiéramos que Davenport conocía a quien se la ha llevado —le aclaró Decker.

Jamison chasqueó los dedos.

—A esa hora ella no habría dejado entrar en su habitación a alguien que no conociera. Por eso no han forzado la puerta —dijo.

—Cierto —convino Decker, todavía escaneando la habitación.

Mars estaba admirado.

—¡Vaya! ¿Todo eso lo has averiguado gracias a tu memoria fotográfica?

—No. Lo he deducido porque he sido policía durante veinte años y sé lo que debo buscar.

Mars miró a Jamison.

—Y a usted también se le da muy bien esto.

Ella sonrió.

—Amos me lo ha contagiado.

—No —la contradijo Decker—. Tú ves cosas, Alex. A veces ves más cosas que yo.

—Pero Decker, Davenport no conoce a nadie aquí —dijo ella.

—Bueno, es evidente que sí. Y es alguien en quien confía.

—Entonces volvemos a lo mismo. ¿Por qué se la han llevado? —dijo Mars.

Jamison se apoyó en la pared.

—¿Creéis que intentarán sacarle lo que hemos averiguado hasta ahora?

Decker se la quedó mirando.

—¿A golpes? ¿Torturándola? —le preguntó.

Jamison palideció, asintiendo.

—Creo que es mucho más probable que la utilicen como moneda de cambio —le comentó.

Mars estaba desconcertado.

—¿Como moneda de cambio? ¿Por qué?

—Por ti.

—No debería haberme marchado.

Bogart miraba fijamente a Decker, sentado a la mesa frente a él.

Ambos estaban en un despacho del edificio que el FBI había convertido en un improvisado centro de mando.

Bogart y Milligan habían llegado con otra media docena de agentes que estaban en otra zona del edificio, intentando localizar a Lisa Davenport.

—No tuviste elección —repuso Decker.

—Todo el mundo puede elegir —retrucó Bogart, consternado. Llevaba la corbata sin anudar y el pelo revuelto.

—Fue una decisión realista, entonces —le dijo Decker—. Además, aunque hubieras estado aquí, seguramente habría pasado lo mismo.

—No sabemos de nadie de por aquí a quien conociera tanto como para dejarle entrar en su habitación a esas horas. ¿Alguna idea?

—Es posible que conociera a alguien de quien nosotros no sabemos nada.

—Si la están usando para presionarnos cabe esperar que se pongan en contacto con nosotros.

Decker asintió.

—El problema será el intercambio. En estos casos siempre lo es.

—¿Crees que no la recuperaremos con vida?

—Ha visto a quien se la ha llevado. Conocía a esa persona.

Bogart suspiró y se hundió en el asiento.

—Y no pueden permitir que nos diga quién es.

—Todas las probabilidades están en contra.

—¿Quién crees que está detrás de esto?

—Más de una persona.

—Exactamente por qué.

—Los motivos y los hechos nos dicen muchas cosas. Son motivos y actos incompatibles. Eso implica que hay más de un implicado.

—Algo ha cambiado —dijo Bogart—. Mars estuvo en la cárcel veinte años sin que pasara nada.

—El cambio fue que iba a ser ejecutado. Nunca había estado tan cerca de la cámara de ejecución. Ese fue el detonante que los impulsó a actuar.

—¿Pagando a Montgomery?

—Sí.

—¿Qué «facción» lo hizo?

—No lo sé. En ese momento pudo ser cualquiera. Quieren lo que creen que sabe. Lo que había en la caja de seguridad y que su padre se llevó. Ese es el objeto de su deseo. Su padre lo cogió y lo guardó en alguna parte y creen que su hijo sabe dónde.

—¿Cuáles son los motivos y los hechos incompatibles? —le preguntó Bogart.

—El grupo que quiere la información habría dejado que ejecutaran a Melvin. Esa información no ha salido a la luz en veinte años. La habrían dado por perdida. Sacando a Melvin de la cárcel le daban la oportunidad de ir a cogerla, suponiendo que supiera dónde estaba. ¿Y qué esperaban? ¿Estar allí cuando lo hiciera y cogerla? —Decker negó con la cabeza—. Muy arriesgado. Tanto que no lo habrían hecho. Habrían dejado dormir a los perros.

—Entonces ¿quién sacó a Mars de la cárcel?

—El otro grupo.

—Pero ¿por qué?

—Eso es lo incompatible, Ross. Y todavía no lo he averiguado.

Bogart se pasó una mano por el pelo.

—Lo averiguaremos, Amos. Tenemos que hacerlo. No podemos permitirnos fallar.

Decker lo miró con aprecio.

—Te agradezco que me cubrieras en el juzgado —le dijo.

—Llamaron del tribunal. Les dije lo que necesitaban oír.

—¿Van bien las cosas en Washington?

—Vuelvo a estar en el caso, así que supongo que los capitostes se han dado cuenta de su equivocación.

—¿Y el divorcio?

—Nada bueno. Pero he llegado a un punto en que me da igual. Tengo mi trabajo, que ya es bastante.

—¿Estás seguro?

—No, pero eso me digo y me agarro a ello. —Miró los expedientes que tenía en la mesa—. No tenemos demasiadas pistas.

—No. Le conseguiré un arma a Jamison y le enseñaré a manejarla.

Bogart se sorprendió.

—¿Crees que intentarán otro secuestro?

—No, pero no sería la primera vez que me equivoco.

—Bienvenido al club.

Decker se levantó.

—¿Adónde vas?

—A conseguirle el arma a Jamison y luego al médico.

—¿Estás enfermo?

—No. No pierdas de vista a Melvin.

Salió. Bogart se quedó mirándolo.

Decker eligió una compacta de nueve milímetros para Jamison. En Texas hacía falta permiso de armas, pero cuando Jamison enseñó al dueño de la armería su credencial del FBI y Bogart le mandó por *e-mail* una carta oficial de la agencia en la que especificaba la participación de la joven en un equipo así como su autorización para llevar armas, el hombre se saltó la norma y se la entregó.

Jamison usó su propia tarjeta de crédito para pagar.

—Caramba —comentó el armero—, ¿tan mal está el gobierno como para que tengan que pagarse ustedes las armas?

—No, solo las balas —le contestó ella.

En la parte trasera de la armería había una galería de tiro. Decker le enseñó cómo cargar, sostener y apuntar el arma. Después la hizo disparar un centenar de rondas hasta que quedó satisfecho.

Jamison guardó el arma y se fueron.

—Me resulta extraño llevar un arma —le comentó ella.

—Es mejor que no llevarla cuando la necesitas.

Se subieron al coche de alquiler y arrancaron.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Jamison.

—Al médico.

—¿Por los Mars?

—Sí.

—Decker, tendríamos que volver para ayudar a los otros a encontrar a Davenport.

—Lo que tenemos que hacer es resolver esto. Puede que sea el mejor modo de descubrir quién se la ha llevado y dónde está.

Aparcaron en el estacionamiento de un edificio de oficinas no demasiado grande. Según el directorio del vestíbulo todos los ocupantes eran médicos. Tardaron casi una hora y tuvieron que hacer muchas preguntas para llegar al sitio correcto.

La enfermera, de sesenta y muchos años y casi tan ancha como alta, asintió.

—Sí, los Mars eran pacientes nuestros.

—¿Qué puede decirnos de ellos? —le preguntó Decker.

—Fue hace veinte años...

—¿Nada?

La mujer se sentó a la mesa de metal.

—Bueno, me llamaron un poco la atención porque eran la primera pareja interracial que veía. La primera del pueblo, seguramente. En esa época mucha gente no se preocupaba por eso, si les digo la verdad.

—¿Trajo al mundo a Melvin Mars un médico de esta consulta?

—Sí. El doctor Turner. Murió hace... Uf, unos siete años ya.

—¿Nació en el hospital local? —inquirió Jamison.

—Eso es. Yo estuve en el parto. Era un pueblo pequeño. El doctor Turner era especialista en medicina general, pero aquí hacías lo que exigían las necesidades. No había suficientes habitantes para que tuviéramos un médico dedicado solo a ginecología y obstetricia —comentó, nostálgica—. Recuerdo que Lucinda Mars era la mujer más guapa que había visto en la vida. Tenía una cara preciosa. El cuerpo, bueno, ¿qué les voy a contar? Ojalá yo hubiera tenido uno como el suyo. Tenía unas piernas que me llegaban a la cintura.

—¿Empezaron a venir a la consulta cuando se quedó embarazada? —le preguntó

Decker.

—¡Oh, no! Estaba de cinco meses cuando vinieron a vivir al pueblo. Lo recuerdo porque yo solo llevaba aquí un año y ella me preguntó dónde hacía la compra y qué clase de trabajo había.

Decker echó una breve ojeada a Jamison.

—Así que ya estaba embarazada cuando vino... —le dijo a la enfermera.

—Ya se le notaba. No ganó mucho peso. Yo, gané dieciocho kilos con el primero, catorce con el segundo y otros catorce con el tercero, y desde entonces no me los he quitado de encima. Ella parió a Melvin y al cabo de una semana era como si no hubiera estado nunca embarazada. Algunas tienen esa suerte. Y Melvin, si quieren que se lo diga, era grande. Pesó casi cuatro kilos y medio. Ya se veía que sería un hombretón. Su papá era un gigante. Alto como usted, más o menos, y pesaba más de cien kilos, ninguno de grasa. No era de los que querrías tener en contra.

—¿Tenía mal carácter? —le preguntó Jamison.

La enfermera frunció los labios.

—Nunca parecía..., contento. Quiero decir que teniendo esa preciosidad de mujer... Y su hijo llegó a ser el mejor futbolista que había tenido este pueblo y puede que todo Texas. Ahora sé lo que pasó después, pero tenía siempre cara de enfadado.

—¿Cree que el matrimonio tenía problemas? —inquirió Jamison.

—Querida, todos los matrimonios tienen problemas y algunos lo disimulan mejor que otros. Pero le diré que nunca había visto a un hombre que quisiera más a su mujer que Roy Mars. Era muy cariñoso con ella. Cuando estaba embarazada no le dejaba mover un dedo. A veces los veía por el pueblo. Le abría la puerta del coche. Iban cogidos de la mano por la calle. De hecho, solo lo veía contento cuando la estaba mirando. —Suspiró—. Si mi marido me hubiera mirado así una sola vez me habría dado un síncope de la impresión.

—¿Cuándo le diagnosticaron cáncer cerebral? —le preguntó Decker.

La mujer se irguió en la silla.

—¿Cómo?

—El tumor cerebral. ¿Cuándo se lo diagnosticaron?

—No tenía cáncer.

—La autopsia pone que tenía un glioblastoma maligno. En estadio cuatro. Le quedaban pocos meses de vida cuando la asesinaron.

La mujer se lo quedó mirando como si le hablara en un idioma extranjero.

—Bueno, desde luego aquí no se lo diagnosticaron, se lo puedo asegurar —dijo finalmente—. ¿Un glioblastoma? ¿Está seguro?

—Lo encontró el forense. No creo que se equivocara con algo así.

—No, no creo —comentó ella distraídamente—. Nunca lo habría dicho. Parecía muy sana. Y los periódicos no publicaron que tuviera cáncer.

—Seguramente porque la policía sabía perfectamente que el cáncer no era lo que le había causado la muerte, así que no había motivo para divulgar esa información.

Además, no creo que contemplaran un pacto de asesinato y suicidio. No te prendes fuego después de suicidarte.

La dejaron sentada en su silla, asimilando la noticia. Iban por el pasillo cuando Decker vio el rótulo en una de las puertas y se acercó a ella, obligando a Jamison a dar media vuelta y seguirlo.

Amos abrió la puerta y se dirigió al mostrador de recepción. Jamison se colocó a su lado.

Él sacó la tarjeta del FBI.

—Queremos hablar con alguien sobre una paciente de esta consulta, de hace veinte años —dijo.

La mujer se quedó con la boca abierta, pero cogió el teléfono.

—Un segundo.

Al cabo de un momento apareció un hombre de treinta y pocos años con bata blanca. Llevaba un instrumento dental de acero inoxidable y las manos enguantadas.

—Estoy terminando con un paciente. Pueden esperarme en el despacho.

La recepcionista los acompañó por un pasillo y les indicó el despacho. Se sentaron en las sillas que había delante del escritorio.

Jamison se estremeció.

Decker la miró.

—¿Qué te pasa?

—Odio el dentista. Tengo más caries que dientes.

—Tranquila, hemos venido a buscar información, no a hacernos un empaste.

—¿Sí? Juraría que me ha echado un vistazo a la dentadura y se ha puesto a dar brincos de alegría.

Al cabo de un momento entró el dentista. Se había quitado la bata y los guantes. Iba en mangas de camisa, con corbata de rayas. Jamison se rebulló incómoda en la silla cuando pasó a su lado y se sentó.

—Soy Lewis Fisher. ¿Qué puedo hacer por el FBI?

Decker le explicó el motivo de su visita.

—Supongo, por la edad que tiene, que el dentista de los Mars no era usted.

—No. Yo era un crío. El que llevaba la consulta era mi abuelo. Yo me hice cargo de ella cuando se retiró.

—¿Todavía guardan el historial de los Mars?

—No. Han pasado veinte años. Además, murieron. He oído que Melvin ha salido de la cárcel —añadió.

—Así es. ¿Lo conocía?

—No, pero fuimos al mismo instituto, aunque no en los mismos años, claro. Todo el mundo sabía quién era. Me quedé atónito cuando lo arrestaron por los asesinatos.

—¿Y la identidad de sus padres se confirmó gracias al historial dental de esta consulta?

—Supongo que sí. Recuerdo que no quedaba mucho de... Bueno, ya saben.

—Sí. ¿Su abuelo vive todavía?

—Así es. Y sigue viviendo cerca de aquí.

—¿Podríamos hablar con él?

—Pueden intentarlo.

Decker ladeó la cabeza.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que tiene demencia senil y vive en una residencia.

—¿Tiene algún momento de lucidez?

—De vez en cuando. Antes tenía más, pero me temo que está degenerando a un ritmo alarmante. Es muy triste que tu abuelo no te reconozca.

—Seguro que sí —se compadeció Jamison.

—¿Podríamos hacer un intento? —preguntó Decker.

—¿Con qué objetivo? —quiso saber Fisher.

—Para obtener información —dijo Decker—: Nunca se sabe dónde puede encajar una nueva pieza en la investigación y hacerla avanzar.

—¿Y qué investigan, exactamente?

—Eso no podemos revelarlo —le contestó Amos adoptando un tono muy oficial.

—Ah, claro, por supuesto. —Fisher escribió la dirección en un papel y se lo pasó

—. Llamaré y les diré que irán ustedes.

Decker leyó el nombre: «Lewis Fisher Sr.»

—Yo soy Lewis Fisher tercero. Mi padre es el júnior.

Decker y Jamison se levantaron.

—Se lo agradezco —le dijo Amos.

Fisher miró a Jamison, que se apresuró a cerrar la boca para que no le viera los dientes.

—Debería sonreír más —le dijo el dentista—. Tiene una dentadura preciosa.

—Esperemos que Fisher sénior nos dé alguna pista —dijo Jamison, ya en la calle—. Podríamos seguirla.

—Para eso hurgamos, Alex.

—Por favor, no digas eso tan cerca de la consulta de un dentista.

Lewis Fisher sénior había prosperado, sin duda alguna, porque las instalaciones en las que vivía eran de lo más exclusivas. El edificio estaba diseñado para parecer una plantación de antes de la Guerra Civil, con columnas altas y gruesas y un porche enorme lleno de mecedoras y de residentes meciéndose. El interior estaba decorado con papel pintado alegre, molduras para que las sillas no marcaran las paredes y también en los techos, estas de doce centímetros de ancho, y alfombras mullidas. Incluso había una sala de juegos con mesa de billar y un anticuado dispensador de gaseosa.

El tablón de anuncios del vestíbulo estaba lleno de anuncios de actividades. Ancianos ciudadanos iban caminando o en silla de ruedas a sus citas. El lugar estaba cargado de energía y entusiasmo. Decker y Jamison recorrieron el ancho pasillo acompañados por una empleada vestida con una bata azul almidonada. Según ponía en la tarjeta identificativa se llamaba Deb. Saludaba a los residentes que pasaban junto a ellos.

—Bonito lugar —dijo Jamison—. Todo el mundo parece muy feliz.

—Es mucho mejor que lo que ofrece el estado —dijo Deb—, pero hay que pagarlo, y no es barato. Es para gente pudiente. Tenemos residentes de trescientos kilómetros a la redonda porque es una institución muy exclusiva y esta zona de Texas es grande y está aislada. —Suspiró—. Cuando yo tenga su edad no podré permitirme vivir aquí.

Llegaron ante una puerta de dos hojas que ponía: Unidad de memoria. Deb tuvo que usar una llave para abrirla.

—¿Es para que nadie de la unidad deambule por ahí? —sugirió Jamison.

—Exacto —repuso la mujer mientras entraban—. No queremos que ninguno se pierda.

Los acompañó por un pasillo y se detuvo ante una puerta. Llamó con los nudillos.

—Doctor Fisher, tiene visita.

Oyeron un gruñido.

Deb se volvió hacia ellos.

—Tiene días buenos y días malos. No estoy segura de cómo está hoy. Se siente muy frustrado, como la mayoría de nuestros pacientes de esta unidad. —Se fijó en la credencial del FBI que llevaba Decker a la cintura—. ¿Tiene el doctor Fisher algún problema?

—En absoluto —dijo él.

—Bueno, es un alivio. ¿Sabes?, cuando llegó tenía una memoria estupenda. Seguramente mejor que la suya.

—Lo dudo mucho —comentó Decker mientras la mujer abría la puerta, y entró.

Deb, desconcertada, miró a Jamison, que la miró a su vez, incómoda.

—Es una larga historia —le dijo—. Cuando acabemos la avisaremos. Gracias. —

Entró detrás de Decker y cerró la puerta.

Fisher estaba sentado en una silla, al lado de la cama. Llevaba una bata de hospital y zapatillas. Por su aspecto encorvado y frágil estaba cerca de ser nonagenario. Cuando los miró, Decker vio que tenía un gran parecido con su nieto.

—¿Doctor Fisher? —lo saludó.

—¿Quién demonios es usted? —rezongó Fisher.

—Debe ser uno de sus días malos —susurró Jamison.

Decker se le acercó más.

—Soy amigo de su nieto. Ella también.

Fisher miró a Jamison.

—Ella no es mi nieto.

—No. Es amiga de su nieto.

Fisher se miró el regazo.

Jamison se agachó a su lado.

—Tiene una habitación muy bonita.

Fisher alzó los ojos hacia ella.

—¿La conozco?

—Soy Alex y él es Amos.

—Amos y Andy, ¿como el programa? —preguntó Fisher.

—No. Alex y Amos. Él es Amos. Yo soy Alex.

El anciano miró a Decker.

—Es usted muy alto.

—Sí, lo soy. —Acercó otra silla y se sentó—. Su nieto nos ha dicho que fue dentista muchos años. Que tenía muchos pacientes.

Fisher pareció desconcertado.

—¿Dentista? Mi nieto, mi nieto...

—Lewis —lo ayudó Jamison.

—Yo me llamo Lewis —rezongó él. Luego añadió, con desesperación—. ¿Verdad?

—Sí. Y él se llama así por usted.

Fisher se golpeó el cráneo con los nudillos.

—Es que...

—Lo sé —dijo Jamison para tranquilizarlo—. Estoy segura de que es frustrante.

—Era usted dentista, doctor Fisher —dijo Decker—. Tenía muchos pacientes. ¿Se acuerda de la familia Mars? ¿De Roy y Lucinda? ¿Y de Melvin?

—¿Mars? ¿Como el planeta? ¿Se refiere al planeta Marte? Es... el planeta rojo. —Sonrió, complacido.

—No, el planeta no. Una familia apellidada Mars. Los asesinaron. Y usaron los historiales de su consulta para identificarlos.

—¿Asesinado? ¿Asesinaron el planeta? ¿Está... loco?

Jamison le puso una mano en el brazo a Decker.

—Déjame a mí —le dijo, y se volvió hacia Fisher.

—Fueron pacientes suyos hace muchos años —le dijo en voz baja al anciano—. Veinte años. Los asesinaron. Quemaron sus cadáveres, así que tuvieron que usar sus historiales dentales para identificarlos. Los historiales de su consulta. —Lo miraba esperanzada, pero lo único que obtuvo fue una mirada de incompreensión.

Pasó un minuto sin que nadie rompiera el silencio.

Decker estaba a punto de decir algo pero Jamison alzó una mano para impedirse.

—Doctor Fisher, tengo un problema con la dentadura. ¿Se acuerda de mí? —dijo a continuación—. Soy Lucinda Mars. Este es mi marido, Roy Mars. Él también tiene problemas dentales. ¿Puede ayudarnos? Somos pacientes suyos. Tiene nuestros historiales.

Esperaron un buen rato. Al principio parecía que Fisher no iba a responderle.

—El segundo premolar del maxilar superior —dijo por fin.

—¿Cómo dice, doctor Fisher? —le preguntó Jamison.

—El segundo premolar del maxilar superior —repitió él, cabeceando.

—¿Qué le pasa?

—No está bien.

—¿Qué no está bien?

—El segundo premolar. No está bien.

Jamison se arrodilló a su lado.

—¿El de quién? ¿El de Roy o el de Lucinda?

—No está bien. Debería haberlo dicho. No está bien. —Alzó los ojos hacia Decker—. ¿Quién demonios es usted?

—Un hombre muy agradecido. —Se levantó y le dijo a Jamison—: ¿Puedes quedarte aquí? A ver si consigues sacarle algo más. Volveré a recogerte.

—¿Adónde vas?

—A encontrar el segundo premolar.

—Un premolar —dijo Bogart—. ¿En serio?

Decker y él estaban en el almacén mohoso donde se guardaban los expedientes policiales.

—Eso ha dicho. El segundo premolar del maxilar superior. Algo tenía que no estaba bien.

Se quedaron mirando los estantes llenos de cajas amontonadas de cualquier modo.

—El sargento con el que he hablado dice que los archivos están un poco... —dijo Bogart.

—Desordenados —terminó por él Decker—. Diría que es de los que ven el vaso medio lleno. —Se quitó el abrigo y se arremangó—. Bueno, manos a la obra.

Aquello era un caos. A veces los años estaban mezclados y las cajas no estaban inventariadas correctamente. En más de una ocasión los documentos de los expedientes brillaban por su ausencia.

Pasaron seis horas sin éxito.

El teléfono de Decker sonó. Era Jamison y no estaba precisamente contenta.

—He vuelto en taxi al motel. Cuando me has dicho que me quedara por si podía sacarle algo más, no he pensado que querías que me quedara para siempre.

—Lo siento Álex. Me he despistado.

—¡Oh, menuda sorpresa!

—¿Ha dicho algo más que pueda sernos útil?

—Solo que algo no estaba bien. No dejaba de repetirlo.

—¿Ni idea de si se refería a Roy o a Lucinda?

—No. Se ha quedado dormido. Llevo tres horas llamándote, dicho sea de paso.

—Me he quitado el abrigo. He oído esta llamada porque lo había cogido cuando me has telefoneado.

—¿Dónde estás?

Se lo contó.

—Pero no hemos tenido mucho éxito.

—¡Hasta ahora! —gritó Bogart. Había sacado una caja de un estante y la había abierto.

—¡Voy! —dijo Decker, cortando la llamada.

Sacaron el contenido de la caja y lo pusieron en la mesa. Decker lo encontró primero. Sacó las radiografías de los Mars, etiquetadas con sus nombres.

—Antes de venir he buscado «premolar» en Google —dijo. Sacó el móvil y le enseñó una imagen de una dentadura—. Los segundos premolares son estos. —Se los indicó en las placas—. Contribuyen a la masticación y a triturar la comida. El de la derecha es el cuarto y el de la izquierda es el décimo tercero, según la jerga de los dentistas.

—Fascinante —comentó con sarcasmo Bogart—. Pero ¿qué estaba mal, según Fisher? Las fichas dentales de los Mars de la consulta del dentista coinciden con las tomadas de los cadáveres en el escenario del crimen.

—Alex no ha conseguido enterarse. El tipo tiene demencia senil y solo farfullaba «el segundo premolar del maxilar superior...». —Calló de repente, sacó el móvil y marcó un número.

—Alex, ¿Fisher ha dicho algún número?

—¿Un número?

—Sí.

—No.

—Vale —dijo Decker, claramente decepcionado.

—Pero, cosa rara, ha alzado cuatro dedos un par de veces.

—¿Cuatro? ¿Estás segura?

—Sí. Y se los miraba como si significaran algo.

—Gracias.

—Deck...

Decker ya había colgado. Se volvió hacia Bogart.

—Vale. Es el premolar derecho.

Estudiaron la radiografía.

—En la de Lucinda no veo nada —dijo Bogart—. Pero en el premolar de Roy hay un empaste.

Decker se fijó.

—Tienes razón.

—Entonces ¿Fisher estaba diciendo que Roy Mars no tenía ningún empaste en el número cuatro? ¿Por eso algo estaba mal? En tal caso, ¿por qué no lo dijo entonces?

Decker volvió a coger el móvil, llamó a la consulta de Fisher y, al cabo de un minuto, hablaba con el dentista.

—Su abuelo nos ha sido de gran ayuda —le dijo—, pero tengo una pregunta para usted.

—Adelante, dispere.

—Explíqueme el procedimiento que sigue la policía cuando quiere copias de sus expedientes.

—Manda una orden judicial y respondemos.

—¿Pero cómo? ¿Usted personalmente saca los expedientes?

—No siempre. Pero si no lo hago yo lo hace alguno de mis empleados.

—¿Quién comprueba que no se ha cometido ninguna equivocación?

—Bueno, todos los historiales están perfectamente archivados, cotejados y etiquetados con pulcritud. Además, tenemos copia electrónica de todos ellos. Así es la práctica de la medicina hoy en día. No hay posibilidad de equivocación.

—Pero hace veinte años...

—Bueno, era diferente. Mi abuelo tenía unos historiales estupendos, pero se

archivaban a mano, etiquetados con la información del paciente: nombre, dirección, número de la Seguridad Social y número de historia clínica de cada paciente en concreto.

—¿Queda en su consulta algún empleado que trabajara con su abuelo hace treinta años?

—Sí. Melissa Dowd.

—¿Puedo hablar con ella?

—¿A qué viene todo esto?

—Por favor, el tiempo es esencial.

—No cuelgue, voy a buscarla.

Al cabo de un momento una mujer se puso al teléfono.

—Soy Melissa.

—Melissa, soy Amos Decker, del FBI. Preguntaba por su sistema de archivo de hace veinte años.

—Sí, el doctor Fisher me lo ha dicho. Bueno, muchas cosas ya se habían informatizado entonces, pero el viejo doctor Fisher era de la vieja guardia, así que lo hacíamos todo manualmente. Escribíamos a máquina. Hacíamos etiquetas para todos los historiales. Estaba todo muy organizado. Nunca cometíamos errores archivando.

—¿Recuerda haber recibido la orden judicial para entregar los historiales de los Mars?

—No fui yo quien sacó los expedientes, pero recuerdo la petición. Es que nunca habíamos recibido una petición semejante, al menos por un asesinato.

—¿Alguien tuvo que autenticar los historiales durante el juicio?

—Sí. Lo hice yo, puesto que era quien se ocupaba del archivo.

—Entonces ¿el doctor Fisher no tuvo nada que ver?

—No. Estaba muy ocupado y no tenía tiempo para ir al juicio. Fue la única vez que me pidieron que hiciera algo así. Estaba emocionada.

—¿El doctor Fisher le mencionó que podía haber algún problema con los historiales?

—No. No que yo recuerde. ¿Algo estaba mal? —preguntó con ansiedad la mujer. Decker ignoró la pregunta.

—¿Se acuerda de quién limpiaba la consulta por entonces?

—¿Quién limpiaba la consulta?

—Sí.

—Bueno, la misma empresa que sigue haciéndolo. Quality Commercial Cleaners. Limpian todas las consultas.

—Así que tienen llave de la suya.

—Bueno, sí, es lo normal. Pero no hemos tenido nunca ningún problema.

—Gracias.

Decker cortó la comunicación y miró a Bogart.

El agente del FBI lo estaba observando.

—¿Se trata de lo que creo que se trata? —le preguntó.

—No creo que Roy Mars muriera en su dormitorio esa noche. Creo que una enfermera o que un técnico sacó esos historiales y se los mandó a la policía y que luego Dowd los autenticó en el juicio. Pero ella solo se fijó en los nombres y en otros criterios de clasificación para hacerlo. Puede que pasado cierto tiempo, o quizá mucho, el viejo Fisher revisó los historiales y vio el empaste en un cuarto premolar que no había empastado.

—Bueno, no podemos asegurar que no fuera al revés. Que se estuviera refiriendo al historial de Lucinda. Que en el de ella no estuviera el empaste que él le había hecho.

—Estoy de acuerdo. Y no sé por qué no lo dijo entonces. A lo mejor empezaba a acusar la demencia. —Suspiró y añadió—: Bueno, esto plantea un montón de preguntas.

Bogart asintió en silencio.

—Para mí la principal es: si no era el cadáver de Roy o el de Lucinda, ¿de quién era?

—¿Cómo vas a darle la noticia a Melvin? —le preguntó Bogart. Se habían marchado del almacén y volvían en coche al motel.

—No es un hecho probado, es una teoría. No tengo pruebas.

—Pero es una teoría bastante buena basada en hechos —dijo Bogart.

—Si asumimos que fue Roy Mars quien fingió su muerte, eso explicaría el tiro en la cara. Y que quemaran los cadáveres. Los historiales dentales serían lo primero para identificarlos. Los dientes estaban relativamente intactos.

—Pero tendría que haber entrado en la consulta del dentista y cambiado el historial por el del cadáver que encontraron.

—Lucinda trabajaba para una empresa de limpieza. Apuesto a que para Quality Commercial Cleaners. Eso les habría permitido a ella y a Roy acceder a la consulta del dentista de noche.

—Espera un momento, ¿crees que el otro cadáver era el de Lucinda?

—No lo sé. Puede que no. Si Roy sigue vivo y mató a las dos personas que encontraron, me cuesta creer que le disparara a su mujer en la cara y luego le prendiera fuego.

—Y que incriminara a su hijo. Porque eso tampoco es moco de pavo.

—Y puede que sea lo más inexplicable.

—Volvamos a esas dos personas. Es un pueblo pequeño. ¿Cómo es posible que dos personas desaparezcan sin que nadie lo note?

—Es posible que fueran vagabundos, que no fueran de aquí. Pero... —Calló y cerró los ojos. Pasó y repasó las imágenes mentales buscando lo que le habían dicho concretamente la policía y Melissa Dowd.

Le habían dicho dos cosas.

La primera era: «Robos, personas desaparecidas, peleas de borrachos.» La segunda: «Es que nunca habíamos recibido una petición semejante, al menos por un asesinato.»

Cogió el móvil y marcó un número. Al cabo de un momento volvía a tener en línea a Melissa Dowd. Parecía un poco incómoda por el hecho de haberse visto obligada a abandonar otra vez el trabajo, pero Decker ignoró su enojo. Había puesto el manos libres para que Bogart oyera la conversación.

—Cuando hemos hablado antes —dijo—, me ha dicho que nunca antes habían recibido una orden judicial para entregar historiales dentales para la investigación de un caso de asesinato.

—Así es.

—Sin embargo, lo ha dicho de un modo que implicaba que habían recibido otras órdenes judiciales.

—Bueno, solo una vez. Fue justo antes del asesinato de los Mars, de hecho, ahora que lo pienso. Qué raro.

—¿Fue por una persona desaparecida?

—Pues sí, ¿cómo lo sabe?

—Una simple suposición. ¿Qué puede contarnos de eso?

—Bueno, era uno de nuestros pacientes, y la policía creía haber encontrado su cadáver en el bosque, pero lo habían desfigurado los animales salvajes. Se habían enterado de que venía a nuestra consulta y nos pidieron la ficha. Pero no coincidía. No era él.

—Y eso fue justo antes del asesinato de los Mars. ¿Está segura?

—Sí. Muy poco antes.

—¿Se acuerda del nombre de ese hombre?

—De hecho sí. Se llamaba Dan Reardon. Que yo sepa, nunca lo encontraron.

—¿Tiene algo sobre él en el archivo?

—No. A estas alturas ya habremos prescindido de todo.

—¿Puede describírmelo? Raza, peso, altura, lo que sea.

—Bueno, era un hombretón. Medía un metro noventa y cinco más o menos y pesaba unos noventa kilos. De constitución robusta.

—¿Blanco o negro?

—Blanco.

—¿Tenía familia?

—No. Su mujer había muerto y no tenían hijos. Vivía en las afueras del pueblo, solo.

—¿Qué hacía para ganarse la vida?

—Poca cosa. Alguna chapuza, aquí y allá. Siempre empeñando cosas. Conseguiría algo de dinero y se iría. Solíamos tener que cancelar los cargos porque no tenía dinero.

—Bueno, gracias, Melissa, nos ha ayudado mucho.

Decker cortó la comunicación y miró a Bogart.

—Siempre empeñando cosas. Conseguiría algo de dinero y se iría. ¿Qué posibilidades hay de que fuera a la tienda de empeños donde trabajaba Roy y de que luego Roy se enterara de que iban al mismo dentista?

—Desde luego la descripción física coincide. Por eso lo eligió Roy. Con los cadáveres quemados y las caras destrozadas, mucho tenías que conocerlos para notar el engaño.

—Así que Roy secuestró a Dan para sustituir su cadáver en la casa. Luego lo mató y mató a otra mujer o a su esposa y quemó los cadáveres.

—E incriminó a su hijo. Tuvo que pagar al encargado del motel y a Ellen Tanner para que mintieran sobre la hora.

—Y tuvo que manipular el coche para que se parara justo delante del motel. Melvin nos dijo que su padre entendía de coches.

—Pero ¿por qué, Decker? ¿Por qué tomarse tantas molestias para implicar a su hijo y mandarlo a la cárcel?

—No lo sé —admitió Amos.

—¿Es posible que odiara a Melvin por algún motivo?

—Odiar a tu hijo es una cosa. Hacer todo eso para que lo encarcelen es completamente diferente.

—A menos que Roy Mars sea un psicópata.

—Vivió aquí veinte años sin perjudicar a nadie —comentó Decker—. Fue un plan elaborado que requería la suficiente motivación.

—Lo que nos trae a mi primera pregunta: ¿Cómo se lo vas a contar a Melvin?

Decker miró por la ventanilla. Se avecinaba otra tormenta.

—Ni idea.

Cuando llegaron al motel, Mary Oliver estaba en el vestíbulo con Jamison. Las dos se levantaron cuando entraron ellos.

—¿Se sabe algo de Davenport? —preguntó Oliver, sin aliento.

Bogart negó con la cabeza.

—Hacemos lo que podemos, pero, de momento, nada. La policía local me informa cada hora. No han dado con nada.

Oliver miró al suelo, claramente turbada.

—¿Está bien? —le preguntó Bogart.

Ella cerró los puños.

—Dios. ¡Qué frustrante es esto! Primero, ese Montgomery confiesa y saca a Melvin de la cárcel.

—Bueno, usted contribuyó a ello —comentó Jamison—. Lo mantuvo vivo hasta ese momento.

Sorprendentemente, Oliver expresó su desacuerdo negando con la cabeza.

—Ojalá pudiera adjudicarme el mérito, pero no puedo. Hace relativamente poco que me hice cargo del caso. Cursé una petición para detener la ejecución, pero el tribunal la rechazó. Los otros abogados de Melvin se habían lavado las manos. Creo que lo consideraban culpable. Leí acerca del caso y me puse en contacto con él. Tuve el presentimiento, ¿saben?, de que algo no encajaba. Y luego Montgomery confesó. Parecía un milagro. Pero ahora resulta que todo era mentira.

—Pero no creerá que Melvin es culpable, ¿verdad? —le preguntó Jamison.

—No. Algo está pasando. Algo muy grave. Sin embargo, ahora han secuestrado a Davenport y es posible que no volvamos a verla.

—Bueno, tenemos noticias —dijo Bogart.

Les contó sus descubrimientos acerca de las radiografías dentales y del posible cambio de los historiales. Cuando terminó, las dos se lo quedaron mirando, atónitas.

—No, no... puedo creerlo —tartamudeó Oliver—. ¿Por qué haría eso Roy Mars?

—Buena pregunta —dijo Decker—, para la que no tenemos respuesta.

—¿Les parece bien que trabaje con ustedes en esto? —dijo Oliver—. Sé que son profesionales, pero no creo que nadie quiera llegar más al fondo del asunto que Melvin y yo. Y soy abogada criminalista, así que sé cómo investigar.

Bogart miró a Decker y a Jamison antes de responderle.

—Otro par de ojos siempre va bien.

—¿Dónde está Melvin? —preguntó Decker.

—En su habitación —repuso Oliver—. Vengo de allí. ¿Va a...?

—Voy a intentarlo —dijo Amos, y se marchó.

Al cabo de un minuto llamaba a la puerta de Mars.

—¿Quién es? —preguntó Melvin.

—Soy Decker.

Oyó pasos acercándose a la puerta, que se abrió.

—¿Te apetece dar un paseo?

Mars lo miró suspicaz.

—¿Por?

—Hay algo de lo que quiero hablarte.

—¿Algo malo?

—Tal vez. De hecho, seguramente lo sea, para ti.

—¿Se trata de Davenport?

—No. Es un poco más personal. Solo quiero que me escuches, ¿vale? Y luego puedes decir lo que quieras.

—Mierda, Decker, has conseguido intrigarme.

—Vamos, desafiaremos la lluvia. Y a ti te vendrá bien tomar el aire.

Echaron a andar por la carretera. Decker llevaba las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

Mars lo miraba de reojo, ansioso.

—Vamos, hombre, ahora no te calles. Estoy en ascuas.

Decker inspiró profundamente y le contó lo que habían descubierto. Mars no dijo nada hasta que hubo terminado. De hecho, no dijo nada hasta que Decker le espetó:

—¿Y bien?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Algo.

Mars se paró y lo mismo hizo Amos. Los dos se miraban fijamente.

—Está bastante claro que no sé nada en realidad acerca de mis padres —dijo por fin Mars—. Así que lo que acabas de contarme, supongo que... ¡Dios! Supongo que puede ser cierto.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que tu padre quisiera incriminarte?

—No. ¡Ni repajolera idea! —gritó Mars—. ¿Qué responderías tú si alguien te preguntara eso de tu viejo?

—Me cabrearía, como te has cabreado tú.

—Bueno, ahí lo tienes.

Mars echó a andar otra vez y Decker se mantuvo a su altura.

Pasó un camión y luego un coche. Se apartaron hacia la cuneta y caminaron por el borde de un canal de drenaje.

—Si no era el cadáver de mi padre —dijo Mars, con la cabeza gacha—, ¿crees que era el de mi madre?

—No tengo pruebas que lo demuestren, pero creo que sí, que era el cadáver de tu madre. Una persona desaparecida en un pueblecito ya es bastante. La desaparición de dos habría llamado la atención de la policía, seguida además por el hallazgo de dos cadáveres quemados.

—Entonces ¿mi padre la mató y luego quemó su cadáver? ¿Cómo pudo hacer

eso? Sé que la amaba. No sé nada de ese tipo, pero eso sí.

—Tiene que haber una explicación.

—¿Como cuál? —le espetó Mars.

—Como que se estaba muriendo y que no iba a ser una muerte indolora. Le esperaban meses de agonía. Quizá pensaron que así era mejor. No lo sé.

—Vale, pero mi madre nunca habría conspirado para incriminarme.

—Es posible que no estuviera al corriente de eso.

Mars se lo pensó.

—¡Mierda! —dijo por fin—. No lo sé. No soy lo bastante inteligente.

—Puede que yo tampoco.

—Caray. Si tú no lo eres, ¿quién?

—Los asesinatos y la quema de los cadáveres fueron para que tu padre pudiera huir. La muerte de tu madre tiene una explicación: el cáncer. No iba a huir con él, así que era la única solución.

—¿Para huir de su pasado, quieres decir?

Decker asintió.

—Quizá por eso también te dijo esa noche que lo sentía.

—¿Qué?

—Cuando Davenport te hipnotizó, nos contaste que volviste a casa una noche y que allí estaba tu padre. Que te dio miedo, pero te dijo que lo sentía. Solo eso, sin más explicaciones. Luego salió de la habitación.

—¡Dios! Lo había olvidado.

—Y tenía que ser por algo realmente terrible porque tuvo que tomar medidas extremas. Mató a ese tal Dan Reardon, Melvin, y usó su cadáver como parte del engaño. Tendrás que aceptar eso.

—¿Que mi viejo era un asesino despiadado? Sí, déjame aceptarlo. Seguramente solo me llevará un segundo —añadió con sarcasmo.

—Bueno, puede que lo hubiera sido anteriormente, pero al parecer se había reformado hasta que pasó algo que lo echó todo a perder. Creo que pasó lo siguiente. Le diagnosticaron un cáncer a tu madre, y no fue aquí, porque en la consulta del médico no sabían nada, así que fueron a alguna otra parte a pedir un diagnóstico. No sé a dónde.

—Vale —convino Mars—. ¿Y luego?

—Seguramente iban a darle la mala noticia y a afrontar los hechos como cualquier otra familia en esa situación. Pero salió la noticia por la ESPN y alguien reconoció a tu padre y/o a tu madre y todo cambió.

—¿Crees que los amenazaron?

—Es posible, o puede que no esperaran a que eso pasara. Actuaron. Cambiaron los historiales dentales. Tu padre secuestró a Reardon. Dijiste que hacía poco que conocías a Ellen Tanner. Tu padre pudo haber arreglado eso también. Y lo del tipo del motel. Les pagaron para que mintieran. Luego Tanner se esfumó y el del motel se

marchó a Florida. Seguramente usó el dinero de la cuenta bancaria para pagarles.

—¿Estás diciéndome que mintieron y me mandaron a la cárcel por...? ¿Por cuánto? ¿Por menos de tres de los grandes cada uno?

—He conocido a gente que te rajaría el cuello por una taza de café —le respondió escuetamente Decker.

—¡Joder!

—Y sabes que tu padre entendía de coches.

—Sí, arreglaba lo que fuera.

—Así que pudo sabotear tu coche con facilidad para que te dejara tirado justo delante del motel. Seguramente drogó a tu madre y a Reardon, les disparó y quemó los cadáveres. Y luego se fue. Seguramente también puso la sangre en el coche. — Decker hizo una pausa antes de proseguir—. Tuvo que ir en coche hasta el motel para ponerla allí y arreglar lo que sea que le hubiera hecho al motor, para que arrancara cuando la policía se presentara. Eso explicaría que alguien viera un coche cerca de tu casa esa noche. Solo que no era el tuyo sino el de tu padre.

—Nuestros coches se parecían, sí. Pero ¿y si hubiera llamado a casa esa noche desde el motel y le hubiera pedido que viniera a recogerme?

—Supongo que no habría cogido el teléfono, Melvin. Así que te habrías quedado tirado igualmente en el motel.

—Así que lo hizo todo a sabiendas de que me arrestarían por el asesinato. Pero ¿por qué?

—Quienes lo buscaban habrían sospechado un engaño, puesto que habían muerto tan convenientemente, sin cara, y habían quemado los cadáveres. Lo que seguramente no habrían pensado nunca era que Roy incriminara a su propio hijo. Eso acababa definitivamente con las sospechas y hacía que las muertes parecieran auténticas. Eso le daba a Roy margen de maniobra. Se largó con lo que hubiera en la caja de seguridad.

—¿Y veinte años después todo estalla? ¿Sobornan a Montgomery? ¿Yo excarcelado? ¿Davenport secuestrada? ¿Por qué?

—Quieren lo que había en la caja, Melvin. Te consideran su última baza para conseguirlo.

—¿Sigues creyendo que se pondrán en contacto contigo por lo de Davenport?

—Eso espero. Quizá sea la única posibilidad de recuperarla con vida.

Sentado en la habitación del motel, Decker miraba la pantalla del portátil.

Había tecleado una palabra y comprobaba los resultados. La mayoría de la gente que tiene que leer mucha información lo hace por encima, pero Decker no. Él se lo leía todo de cabo a rabo.

Al final de la tercera página encontró algo interesante.

Esto, a su vez, lo llevó a otra cosa más interesante aún.

Luego se arrellanó y tomó un sorbo de agua del vaso que tenía junto al codo mientras escuchaba la lluvia que arreciaba fuera. Había oído que Texas había pasado por una prolongada sequía. Bueno, acababan de salir de ella, porque nunca había visto llover tanto, ni siquiera en Ohio, donde había largos periodos de mal tiempo.

Dejó el vaso en la mesa, haciendo coincidir el culo con el círculo que había dejado antes. Sus pensamientos no estaban tan alineados.

«Chocha» significaba «prostituta» en español. Decker se había enterado de que la parte de la anatomía femenina que Mars se había negado a pronunciar bajo hipnosis era «vagina». Sin embargo, «chocha» significaba también otra cosa en una variante regional del español. En un país que no era España ni México. Y esa otra cosa era tan ilustrativa como problemática.

Decker no sabía cómo afrontar el cariz problemático, al menos de momento.

Lucinda era quien había dicho esa palabra, no el padre de Mars.

Sí, problemático.

Al cabo de un par de minutos llamaba a la puerta de Mars después de hablar con el agente del FBI de guardia que la vigilaba.

—Ya veo por la cara que traes que tienes más preguntas —le dijo Melvin cuando abrió.

—Las tengo.

—¿Nunca te cansas?

—Estoy siempre cansado. Estoy gordo y en pésima forma.

—Ya no estás tan gordo, Decker. ¿Quieres empezar a entrenar conmigo?

—A los cinco minutos estiraría la pata.

—Empezaré despacio.

—Tal vez. Déjame hacerte una pregunta.

Mars suspiró y lo dejó entrar. Se sentaron en las sillas, junto a la cama.

—¿Tenía tu madre alguna reliquia familiar?

Mars soltó una carcajada.

—¿Reliquias familiares? Mierda, Decker. ¿Qué crees, que tenía una olla de oro o algo parecido? ¿Te parece que habríamos vivido como lo hacíamos si hubiera tenido eso?

Decker no se inmutó.

—De oro puede que no, pero ¿y de plata?

Mars parecía a punto de echarse a reír de nuevo, pero de repente cambió de cara.

—Ostras.

—¿Qué?

—Tenía una tetera de plata.

—¿De dónde decía que la había sacado?

—De su bisabuela o algo.

—¿Qué fue de ella?

—No lo sé. La guardaba en el dormitorio, en el armario.

—¿Le sacaba brillo?

—Sí, a veces.

—¿Cómo lo hacía?

—¿A qué te refieres?

—¿Usaba un paño?

—Sí. —Se concentró, evidentemente recordando—. Pero terminaba de darle brillo con los...

—¿Con los dedos?

—¿Cómo lo sabes?

—Al final la plata se lustra con los dedos. Al menos los sirvientes bien entrenados lo hacen, o lo hacían.

—¿Los sirvientes?

—Limpiadora de casas, costurera experta, lustradora de plata, planchadora profesional... Todo eso sabe hacerlo quien ha trabajado como criada en una casa rica. Es posible que la tetera saliera de ahí.

—¿Cómo podía haber sido mi madre criada en una casa rica? Es decir, ¿me estás hablando de algo así como de la realeza británica?

—Puede que te sorprenda, pero tal vez fue allí donde aprendió español.

—¿Crees que esos ricachos le habrían dado una tetera de plata?

—No. Creo que se la llevó.

Mars se levantó.

—Mi madre no era una ladrona.

—No digo que lo fuera.

—Entonces ¿qué demonios estás diciendo?

—Es posible que fuera una esclava en esa casa.

—Una esclava. ¿Lo dices en serio? ¿Dónde?

—¿Usaba tu madre un lenguaje soez?

—Nunca. Era muy educada.

—Pero usó la palabra «chocha». Se puede traducir como «puta» o como «vagina». Eso no es muy fino, que digamos.

Mars volvió a sentarse, confuso.

—Ya, pero estaba trastornada. Ya te lo dije.

—Pero no encaja con la discusión que tenía con tu padre. ¿A qué venía lo de

«puta»? ¿Estaba acusando a tu padre de ir de putas o de ser un cobarde?

—No. Mi padre nunca la habría engañado y no creo que nadie hubiese tildado de cobarde a mi padre. Además, no estaba enfadada con él. Estaba más asustada que enfadada, de hecho.

—Lo que refuerza mi idea de que esa palabra no tenía sentido en ese contexto. Eso si usamos la traducción más común para ella —añadió.

—¿Hay otra menos común?

—El español se habla en muchos países. Y en esos países y en regiones de esos países a veces usan la misma palabra para referirse a cosas muy diferentes.

—Y has encontrado otro significado para «chocha».

—Eso es.

—¿En qué país?

—En Colombia, concretamente en la región de Cali. Esa ubicación es la base de la teoría que he desarrollado.

—Espera. ¿Estás diciéndome que mi madre era colombiana?

—No puedo decir con seguridad que fuera de Colombia, pero en algún momento de su vida acabó allí, creo. Es posible que en contra de su voluntad. Ahí es donde entra en juego la esclavitud.

—¿Quién demonios traficaba con esclavos en Colombia?

—Los cárteles de la droga de Cali. He investigado un poco. Cuando el tráfico de cocaína estaba centrado en Colombia, los señores de la droga amenazaban a las familias y usaban eso para tenerlas controladas. También secuestraban, sobre todo a mujeres, y las usaban como criadas en sus haciendas. Se llevaban gente de otros países, incluso de Estados Unidos. Creo que tu madre pudo ser una de esas mujeres, y creo que escapó. Y que se llevó esa tetera como parte del pago por lo que le habían hecho. No es más que una suposición, y puede que me equivoque, pero creo que pudo llevarse algo solo para vengarse de quien la estuviera reteniendo.

—¿Y estás seguro de que fue en Colombia? ¿Cómo puedes estarlo?

—Por la traducción. Por lo visto es una particularidad de la zona de Cali.

—No me has dicho cuál es.

—«Chocha», en vallecaucano, significa «comadreja».

Mars se lo quedó mirando sin entender nada.

—¿Y por qué una comadreja tiene más sentido que lo demás?

Decker inspiró profundamente antes de contestar.

—Sobre todo, Melvin, porque las comadrejas saben hacerse las muertas, que es exactamente lo que tu padre hizo.

—Entonces ¿crees que detrás de todo esto hay un cártel? —le preguntó Bogart.

Decker estaba sentado frente a Milligan y Jamison y Bogart en la habitación del motel de este último. Había puesto al corriente a todos de sus deducciones y de la conversación mantenida con Mars.

—No estoy completamente seguro, pero es muy posible. Si Lucinda escapó y les robó algo, puede que la buscaran. Se casó con Roy y huyeron juntos a Texas.

Milligan negó con la cabeza.

—¿Y al cabo de veinte años los ven en la ESPN y el cártel vuelve a ir tras ellos? Según tú, era una sirvienta. ¿Por qué iban a molestar? Además, por entonces las guerras entre cárteles se estaban poniendo feas. Los capos de la droga caían como moscas o eran encarcelados. ¿Y ahora, cuarenta años después, todavía persiguen a los Mars?

—¿Y si tenía algo más suyo? —dijo Jamison—. Algo muy perjudicial o muy valioso que tantos años después sigue siéndolo y que los líderes actuales quieren recuperar. Puede que fuera lo que tenían en la caja de seguridad del banco.

—Sigue estando muy cogido por los pelos.

—Muy cogido por los pelos, sí —convino Decker—, pero no podemos descartarlo. Todavía no. Tenemos que seguir esa pista.

—¿Cómo? —preguntó Milligan—. Hablamos de hace cuarenta años, Decker. Los implicados habrán muerto o estarán en un geriátrico. Dado que hablamos de cárteles, lo más probable es que estén muertos. Los jugadores son otros. Y en Colombia el tráfico de drogas se ha venido abajo durante las dos últimas décadas. La mayoría de los negocios se han trasladado a otros lugares, como México.

—Todo eso es cierto —dijo Decker—, pero una manera de seguir ese rastro es encontrar a Roy Mars.

—Tenemos agentes buscándolo —dijo Bogart—, pero no es nada fácil. Hace mucho que se esfumó.

—En eso te equivocas —lo corrigió Decker—. Se le vio hace poco.

—¿Qué dices? —se extrañó Milligan—. ¿Dónde?

—En Alabama.

—Nadie lo ha visto en Alabama —dijo Milligan.

—Patricia Bray lo vio. Vio al tipo del Avalon.

—Alto ahí —terció Bogart—. ¿Estás diciendo que el hombre que hizo explotar a Regina Montgomery era Roy Mars?

—Por supuesto que lo era. La edad coincide. La descripción física también.

—¿Le has dicho a Melvin que sospechas que era su padre? —le preguntó Jamison.

—No.

—¿Se lo dirás?

—No lo sé. ¿Tú qué opinas?

Jamison los miró a todos antes de hablar.

—Opino que ya tiene mucho que digerir de momento. A menos que estemos seguros, prefiero que no se lo digamos.

—Estoy de acuerdo —dijo Bogart, y Milligan asintió.

—Pero Decker, ¿por qué mató Roy Mars a Regina? —inquirió Jamison.

—Porque metió la pata. Se gastó el dinero que le había pagado. Volvimos a su casa. Así supo Mars que pasaba algo. Se había quedado por ese motivo precisamente, para ver hasta qué punto estábamos interesados en ella. Charles Montgomery estaba muerto. El chico no habría dicho nada. Regina era el único cabo suelto. A lo mejor Roy tenía intención de matarla de todos modos. No tuvo reparos a la hora de despachar a Reardon y quemar su cadáver. El tipo es un asesino.

—¿Crees que trabajaba para el cártel? Como sicario, digo. Pudo conocer así a Lucinda.

—Puede ser, aunque los cárteles por entonces no tenían una red extensa. Se nutrían más bien de gente del país. Traer a un tipo blanco de Estados Unidos no formaba parte de su protocolo de actuación, seguramente. Aunque pudo haber estado en Suramérica y conocido allí a Lucinda. Quizá la ayudó a escapar del cártel.

—Pero no son más que conjeturas —dijo Bogart—. No tenemos pruebas de que nada de eso sea cierto.

—Entonces —dijo Jamison—, Roy Mars le pagó a Montgomery para que mintiera con el fin de sacar a Melvin de la cárcel. Pero si Roy cometió los asesinatos por los que cumplía condena Melvin, fue él quien lo incriminó. ¿Por qué esforzarse tanto para sacarlo de prisión ahora?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Bogart—. No tiene demasiada lógica.

Decker miraba por la ventana.

—¿Decker? —le dijo Jamison—. ¿Puedes explicárnoslo?

Él la miró.

—Es posible que hiciera una promesa.

—¿Una promesa? ¿A quién?

—A Lucinda.

Bogart sacudió la cabeza.

—No entiendo nada.

Decker siguió hablando con Jamison.

—¿Recuerdas que le pregunté a Melvin, mientras estaba hipnotizado, si su padre le había dicho alguna vez que le quería?

—Sí, me chocó un poco que se lo preguntaras.

—Lo hice porque quería tantear el terreno.

—¿Tantear el terreno? —dijo Milligan, completamente confundido—. Vamos, Decker, es como si me hablaras en un idioma desconocido.

—No creo que Roy quisiera a Melvin, pero Lucinda sí. Creo que Lucinda sabía lo

que iba a hacer Roy. Matarla para ahorrarle el sufrimiento del cáncer. Seguramente planearon eso juntos. No hay que olvidar que fue hace veinte años, que estaban en un pueblecito con poco dinero. Dudo que hubiera tenido un final tranquilo sin dolor. Así que hicieron un pacto. Roy mataría a Reardon y Lucinda cambiaría el historial dental para tapar el asesinato. Roy vaciaría la caja de seguridad. Tuvo una discusión con Lucinda en la que ella usó la palabra «chocha». Por eso supe que ella era consciente de que Roy iba a fingir su muerte, como una comadreja.

—Pero si ella estaba en el ajo, ¿por qué discutieron? —preguntó Bogart.

—Porque ella se arrepintió. Amaba a su hijo. Estaba enferma, se moría. Que estuviera al corriente del plan no implica que le gustara. Evidentemente no le gustaba.

—¿Cómo podía querer a Melvin y dejar que le cargaran los asesinatos? —dijo Jamison—. Se ha pasado dos décadas en la cárcel.

—Quizá su madre pensó que estaría más seguro en prisión —dijo Milligan.

Todos lo miraron.

—Veámoslo así —prosiguió él—. Si temían que el cártel los hubiera localizado por la emisión de la ESPN... Es posible incluso que hubieran recibido una advertencia o una amenaza. Entonces sabían que si no se esfumaban firmaban su sentencia de muerte. Sin embargo, ¿cómo podía desaparecer Melvin con ellos? El chico era una estrella del fútbol, todo el mundo lo conocía. Iban a seleccionarlo. Jugaría en la liga nacional. Ellos dos podían escabullirse, pero él no. Tampoco podían abandonarlo porque el cártel aparecería y lo mataría o lo torturaría para sacarle información acerca de sus padres y luego lo mataría.

—El cártel también podía llegar hasta él en la cárcel —puntualizó Bogart.

—Sí —repuso Milligan—, pero no tan fácilmente como en la calle. Seguramente era el menor de los males. Además, seguramente pensaron que, estando en la cárcel, el cártel no lo consideraría una amenaza. Si creían que había matado a sus padres, supondrían que Roy y Lucinda no le habían contado nada del cártel y de sus secretos.

Decker lo evaluó.

—Agente Milligan, buen razonamiento.

Milligan sonrió.

—Gracias. Y Decker, llámame Todd. Estamos en el mismo equipo.

—Bueno, pues yo no me lo trago —dijo Jamison.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Para proteger a tu hijo lo encarcelas? —prosiguió ella—. ¿Y lo condenan a la pena de muerte? Sí, la mejor opción, sin duda.

—No digo que sea la respuesta correcta, Jamison —le dijo Milligan—. Solo digo que es posible.

—Vale —dijo Bogart—. Supongamos que estamos en lo cierto. En tal caso, ¿por qué ha vuelto Roy para sacar de la cárcel a Melvin?

—Iban a ejecutar a Melvin —se apresuró a decir Decker—. Yo creo que Roy le prometió a su mujer que si eso llegaba a pasar salvaría a Melvin. Y eso hizo.

—¿A eso te referías cuando hablabas de una promesa?

Decker asintió en silencio.

—¿Al cabo de tantos años? —dijo Bogart—. Podría haber muerto y Melvin habría estado con la mierda hasta el cuello.

—Pero no había muerto. Y cumplió su promesa.

—Tuvo que haber amado mucho a su mujer —dijo Jamison.

—Sí —dijo Decker—. No puedo ni imaginar lo que le costó apretar el gatillo de esa escopeta y acabar con su vida. Aunque supiera que le ahorraba seis meses de agonía.

—¿De verdad puedes hacerle eso a alguien a quien amas? —preguntó con escepticismo Milligan.

—Creo que solo puedes hacérselo a alguien a quien amas de verdad —le contestó Decker—. Tiene que ser lo más difícil que has hecho pero lo haces por amor. Y me parece que Roy Mars murió un poco esa noche. Perdió lo único bueno de su vida.

—¿Y Melvin? —preguntó Jamison.

—No quería a su hijo. Lamentaba lo que estaba a punto de hacer. Esa noche le dijo a Melvin que lo sentía, ¿recordáis? Era por la madre, no por el hijo. Pero hay algo más, solo que no sé qué. Así que ahora la pregunta es dónde está Roy Mars.

—Un momento —dijo Jamison—. A lo mejor el cártel no tiene nada que ver con esto. Como ha dicho Todd, cuarenta años después estarán todos muertos. Roy le pagó a Montgomery, sacó de la cárcel a Melvin y luego mató a Regina. Tal vez es el único implicado.

Decker negó con la cabeza.

—Si así fuera, ¿quién ha secuestrado a Davenport?

—¿Roy? —sugirió Jamison.

—¿Por qué?

Ella fue a decir algo pero se lo pensó mejor.

—No sé por qué.

—Hay alguien más metido en esto. Que Melvin saliera de la cárcel ha despertado su interés.

—¿Crees de verdad que Roy Mars sigue vivo? —le preguntó Milligan.

—Es posible, y/o que Melvin, al salir de la cárcel, haya despertado de nuevo el interés de quien sea por lo que hubiera en la caja de seguridad. A lo mejor esperan que los lleve hasta eso, como ya había sugerido.

—¿Y si el cártel se ha llevado a Davenport? —dijo Jamison lentamente.

Milligan y Bogart se miraron.

—Yo no intentaría endulzar esa píldora —dijo este último—. Las probabilidades de que la recuperemos sana y salva no son muchas.

—¿Y cómo vamos a encontrar a Roy Mars? —preguntó Milligan, rompiendo el incómodo silencio.

—Bueno —dijo Decker—, estoy convencido de que anda cerca. Así que de un

modo u otro nos toparemos con él.

—Lo dices en broma, claro —dijo Milligan.

Decker no le respondió.

Decker caminaba bajo una gris llovizna por la misma carretera por la que había ido antes con Mars. Pensaba en otro aspecto del caso. Un modo de encontrar a Roy Mars era descubrir su relación con Charles Montgomery. Si Roy le había pagado a Regina, tenía que tener algo que ver con los Montgomery. No los había elegido por casualidad. Tenía que haber una razón para ello. Y la respuesta podía estar en su pasado.

Charles Montgomery no les había contado todos los crímenes de los que lo habían acusado. Era comprensible, puesto que la lista era interminable. Sin embargo, Decker había investigado un poco.

Montgomery había vuelto a Estados Unidos y se había licenciado del Ejército en marzo de 1967. En enero de 1968 lo habían arrestado en Tuscaloosa, Alabama, por conducir borracho y posesión de marihuana. Habían depositado la fianza y se había marchado. Al cabo de un mes lo habían detenido en Cain, Misisipí, por posesión ilegal de un arma robada, borrachera y desorden público. Nuevamente había pagado la fianza y de nuevo se había largado. Los delitos no eran lo bastante graves como para ir tras él y, por lo visto, nunca había vuelto a ninguno de los dos estados hasta que había disparado al patrullero de Alabama. Por esa época no había una base de datos interestatal centralizada para la policía. Los delitos eran relativamente de poca importancia y la policía tenía, sin duda, asuntos más urgentes a los que dedicarse que perseguir a un criminal de poca monta.

Decker repasó mentalmente los delitos por orden cronológico:

Conducción bajo los efectos del alcohol y posesión de drogas en Alabama.

Robo de un arma, borrachera y desorden público en Misisipí.

En las dos ocasiones había depositado la fianza.

Y en ambas había huido de la ciudad.

No había motivo para considerarlo importante, pero mientras la llovizna caía sobre él, Decker no podía considerarlo algo sin importancia, no sabía por qué.

Volvió a su habitación, ocupó la silla y miró por la ventana cómo oscurecía. Eran apenas las cinco de la tarde y parecía que fuera medianoche. Le faltaba energía. Si el tiempo seguía así, se ahogarían todos sin tener siquiera que echarse al agua.

No obstante, su deseo de encontrar la verdad superaba la climatología. Encontró mentalmente el botón de rebobinado y apareció de nuevo la pregunta clave.

«¿Por qué había elegido Roy Mars a Charles Montgomery?»

La explicación de este último: que había visto el nombre de Melvin y había atado cabos era evidentemente una mentira. Había sido al revés, de hecho. No había sido Montgomery quien había encontrado a Mars. Había sido Roy Mars quien había elegido a Charles Montgomery.

La única razón posible era que los dos se conocían de antes. A lo mejor Montgomery estaba en deuda con Mars por algún motivo. Y ese motivo, sumado al

aliciente del dinero que recibirían Regina Montgomery y su hijo, había bastado para que el condenado mintiera y dijera que había asesinado a Roy y a Lucinda Mars.

Pero ¿cómo y dónde se habían conocido?

Los dos tenían la misma edad. Roy Mars no era su verdadero nombre, de modo que podía haber estado con Montgomery en Vietnam. No tenían las huellas de Roy para buscarlas en la base de datos del Ejército.

¿Habían servido juntos? A lo mejor Mars le había salvado la vida a Montgomery allí. Era plausible.

Si no había sido en Vietnam, ¿dónde se habían conocido?

¿También Mars era un criminal de poca monta? Si estaba relacionado con el cártel, entonces Montgomery podía haber estado en Suramérica en algún momento. O en México. O había tenido algo que ver con el tráfico de drogas. Les había hablado de sus dolores y de que robaba dinero y medicamentos para el dolor de cabeza.

¿Conocía Montgomery a Lucinda?

¿Era ese el enfoque adecuado?

Decker se frotó los ojos y los cerró.

Incluso para su mente excepcional aquello era un tremendo enigma.

No sabía por dónde agarrarlo. Cada vez que creía haber resuelto algo, surgía otra pregunta todavía más compleja, como una célula cancerígena derrotada sustituida por otra incluso más maligna y arraigada.

Algo en lo más recóndito de su mente le decía que, si daba con la relación entre aquellos dos hombres, muchas otras preguntas tendrían respuesta.

Abrió los ojos y miró por la ventana. En alguna parte, Lisa Davenport estaba siendo retenida contra su voluntad y quizá torturada.

O quizá ya estuviera muerta.

Decker había llegado a la conclusión de que su primera suposición era errónea. No se habían llevado a Davenport para intercambiarla posteriormente por Mars.

Ni siquiera estaba convencido de que se la hubieran llevado para sacarle información.

Pero, si no había sido por ninguna de esas dos razones, ¿por qué lo habían hecho? ¿Cuál podía ser el tercer motivo?

Volvió a cerrar los ojos. La respuesta no llegaba.

Cenó en la habitación mientras los otros se reunían en el pequeño restaurante del hotel. Una manzana y una botella de agua. Dos meses antes se hubiera reído de aquella cena. No le habría servido ni de tentempié. Ahora lo saciaba. No quería nada más.

Al paso que iba tendría que hacer otro agujero en el cinturón o comprarse uno nuevo. Perdía peso rápidamente. Demasiado. Su incapacidad para resolver alguna parte significativa de aquel caso lo estaba consumiendo interiormente.

Se terminó el agua, tiró la botella y el corazón de la manzana, se desvistió y se acostó. A pesar de tener los ojos cerrados, su mente no dejaba de trabajar. Más bien

cambiaba de marcha para correr más.

Revisaba cualquier explicación concebible que se le pasaba por la cabeza y la descartaba etiquetada con un imaginario «descartada». Algunas conclusiones parecían prometedoras hasta el momento en que llegaba a un hecho inexplicable y las arrojaba a su montón de basura mental.

Una vez y otra le parecía estar acercándose, pero siempre lo estropeaba algo. Era como si le faltara un solo movimiento para terminar el cubo de Rubik y fuera incapaz de ejecutarlo. Lo cierto era que no estaba más cerca de resolver aquel caso que el primer día.

Además, tenía la desagradable sensación de que se le escapaba el tiempo, aunque no daba con ninguna razón plausible de por qué.

Abrió y cerró los ojos, y el cerebro, tomando nota de que estaba sobrecargado de trabajo y lejos de tener éxito, también paró.

Amos se durmió.

Y se despertó por una sola razón.

Tenía una hoja de arma blanca en el cuello.

No se movió.

La habitación estaba completamente a oscuras. La capa de nubes cubría la luz de la luna que habría tenido que entrar por la ventana. Oyó la lluvia que golpeaba el tejado.

Sin embargo, prestaba toda su atención a la hoja. Le apretaba la yugular, la autopista de la circulación. Si se la cortaba, solo tardaría un minuto en desangrarse.

Oía la respiración lenta y mesurada de su atacante. Ni pánico ni falta de autocontrol. Eso lo tranquilizó un poco. El aliento era fuerte, a café, cigarrillos y ajo. La mezcla de olores lo asaltó y sintió náuseas.

Mirando hacia abajo consiguió ver que la mano que sostenía el cuchillo era grande.

—Lo estás jodiendo todo —dijo el otro en voz baja y tranquila, pero no por ello menos intimidatoria.

Decker pensó que era un comienzo sincero. Se preguntó si a continuación le rebanaría el cuello.

—No era mi intención —se disculpó.

—No te hagas el tonto. Sé que eres policía. Sé que eres listo. Pero déjalo. Vete a casa y déjalo.

—¿Y Melvin?

Decker notó que la presión del cuchillo aumentaba, tanto que le cortó la piel. Manó una gota de sangre, pero solo una. La arteria seguía intacta.

—¿Qué pasa con él? —le preguntó el otro.

—No tiene nada.

El cuchillo se le hincó más y Amos notó otro ligero corte y otra gota de sangre bajándole por el cuello y manchándole la camiseta.

—Tiene su libertad. Con eso basta.

—¿Después de veinte años?

—Debería dar gracias.

—No digo que no esté agradecido —repuso Amos con calma, a pesar de que notaba que la hoja se le clavaba. Tenía la yugular expuesta, a merced de la presión. El tipo sabía muy bien lo que hacía y seguramente no era la primera vez que lo hacía. Eso no lo hizo sentirse mejor precisamente—. Lo único que digo es que se siente vulnerable.

—Dile que no se preocupe. Le cubro las espaldas.

—¿Por su madre?

La presión de la hoja cedió levemente.

—¿Qué demonios sabrás tú? —refunfuñó el hombre.

—No sé mucho. De hecho, hay muchas cosas que no sé. Pero sé que Lucinda amaba a su hijo, y que usted la amaba a ella. Se lo hizo prometer, ¿verdad?

La hoja presionó más firmemente contra su arteria.

—Te lo estás poniendo cada vez más difícil.

—Solo trato de ayudar a Melvin. Ya te he dicho que le cubro las espaldas.

—¿Lo protege del cártel?

El otro soltó un bufido.

—Entonces no es del cártel —dijo Decker.

El otro no dijo nada.

—¿Por qué eligió a Montgomery para sacar a Melvin de la cárcel? ¿Qué conexión hay?

—Mejor será que no vayas por ahí.

—No es usted quien tiene a Davenport, ¿verdad?

El otro no respondió inmediatamente.

—¿A quién? —preguntó por fin.

—Es una de los nuestros. Alguien se la ha llevado.

Decker notó que el cuchillo se apartaba despacio.

—¿Cuándo?

La voz ya no era intimidatoria sino recelosa.

—Hace un par de días. Seguro que los conocía. Se la llevaron de su habitación e hicieron que pareciera que había habido lucha. Pero era un montaje. Ella conocía a quien se la llevó. Y esto reduce mucho las posibilidades.

—¿Por qué se la han llevado?

—No lo sé. Creía que para presionarnos. A lo mejor para pedir a Melvin a cambio de ella, pero no se han puesto en contacto con nosotros.

—A lo mejor quieren información.

—A lo mejor. Y a lo mejor se la sacarán. Pero creo que a quien quieren realmente es a Melvin.

—¿Por qué?

—Por el contenido de la caja de seguridad. Creen que lo tiene él.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy detective. Es mi trabajo.

—Mellow no sabe nada de eso.

Decker no le entendió, pero no le pareció un buen momento para indagar.

—Yo sé que no, pero ellos no. Creen que los conduciremos hasta allí.

—Mierda —dijo el otro, más para sí mismo que para Decker—. No creía que... después de tanto tiempo...

—Vale, lo entiendo, pero ha pasado y es un problema —dijo Amos—. Usted tenía que ser consciente de que podía pasar. Lo ha hecho saltar y ahora sufrimos las consecuencias. No se han tragado la historia de Montgomery y saben que sigue vivo... Roy.

Decker se preparó para sentir de nuevo el cuchillo en la yugular, porque por fin había dicho su nombre.

—Aunque ese no sea su verdadero nombre —añadió.

—Te he dicho que lo dejes.

—Ya lo sé. Solo le digo lo que sé. Lucinda está muerta, usted no. Incriminó a su propio hijo.

—No lo hice.

—Entonces ¿qué pasó?

—No tengo por qué contarte nada.

—No, es verdad. Usted tiene el cuchillo. Yo solo digo que están por ahí, en alguna parte, que quieren a Melvin y que no estoy seguro de que pueda protegerlo.

—Estás con el maldito FBI, ¿qué puedes hacer tú?

—Hacemos todo lo que podemos, pero no sé si será suficiente, teniendo en cuenta que no tengo la menor idea de quién más está metido en esto. A lo mejor puede ayudarme a saberlo.

Decker esperó a que el otro dijera algo. Sabía que seguía en la habitación. Lo oía. Y lo olía.

Fuera seguía lloviendo. Se preguntó si sería la última vez que oía la deprimente lluvia. Se imaginó desangrándose en aquella cama, en medio de ninguna parte, en Texas.

—¿Sigue ahí? —preguntó—. ¿Tiene algo que decir?

—Si se han llevado a tu amiga, ya puedo dejar de preocuparme. Es demasiado tarde para ella.

—Vale. Espero que se equivoque, pero es probable que no sea así.

—Y tú tienes que parar. Yo me ocuparé de esto.

—¿Como se ocupó de Regina Montgomery?

—¿Quieres que te mate?

—No, pero quiero entender lo que está pasando.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Quiero ayudar a Melvin.

—Nadie puede ayudarlo. Lo jodieron. No fue culpa suya, pero así salieron las cosas.

—Tenía planes de vida.

—Y yo. Las cosas pasan. Así es la vida. Los planes se van a la mierda.

—Lo encarcelaron por su culpa, Roy.

—La alternativa era peor. Sigue vivo, ¿no?

—Por ahora.

—Vuelve por donde has venido y deja que yo me ocupe de esto. Llévate a Mellow. Tan lejos como puedas. No volveré a pedirte. La próxima vez te destripo, ¿me has entendido?

—Entendido.

—No, no lo creo. Qué va.

Decker se preparó para recibir el golpe.

Cuando llegó, no fue del cuchillo sino de algo duro y pesado.
Le dio en la sien y lo único que Decker vio fue la oscuridad.

—Ahora eres tú el afortunado.

Decker parpadeó y abrió los ojos.

Mars lo estaba mirando.

—No me siento afortunado —refunfuñó.

—Bienvenido al club.

Decker miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. Tienes una conmoción cerebral. Tienes la cabeza como si te hubieras peleado con Ray Lewis.

—Y así me siento. —Intentó sentarse, pero Mars se lo impidió.

—Eh, compadre... Tú no vas a ninguna parte.

Decker se recostó de nuevo.

—¿Dónde están los demás?

—Bogart y Milligan intentan enterarse de lo que ha pasado. Jamison se ha pasado horas sentada junto a tu cama. Acaba de irse al baño. Volverá enseguida. Muy leal contigo, la señorita.

Decker se lo quedó mirando.

—Supongo que no siempre me doy cuenta de estas cosas.

Mars acercó una silla y se sentó.

—He investigado un poco acerca de tu «condición». —Se dio unos golpecitos en la sien—. Aquí.

—¿Por qué?

—Porque quería entenderte mejor. Es como estudiar una película y luego hacer un plan de juego.

—¿Y de qué te has enterado?

—Es complicado. Eres complicado. No hay dos casos iguales. Puede cambiar mañana si tu cerebro sigue recableándose. Bastante peligroso.

—Por eso vivo al día, supongo —comentó Amos.

Mars sonrió.

—Tú y yo, los dos. —Dejó de sonreír—. ¿Era él?

—¿Quién?

—Ya sabes quién, Decker. Mi viejo. ¿Él te hizo esto?

La puerta se abrió y entró Jamison. Cuando vio que estaba despierto se acercó corriendo.

—¡Dios mío, Amos! ¿Cómo estás?

—Vivo. Eso es todo. Pero me pondré bien.

—Decker iba a contarnos quién lo dejó sin sentido —dijo Mars.

—¿Lo sabes? —jadeó Jamison—. ¿Viste quién lo hizo?

—Sí que fue tu padre, Melvin. Al menos estoy seguro al noventa y nueve por

ciento de que era él.

—Entonces ¿no lo viste?

—Lo oí. Tenía un cuchillo contra la yugular durante nuestra charla. Lo sabía todo.

—¿Te habló de mí? —le preguntó Mars.

—Sí. Bueno, más o menos.

—¿Qué dijo exactamente?

—Te llamó Mellow.

Mars apartó la cara y se enjugó la mejilla con el dorso de la mano.

—Vale.

—¿A qué se refería?

—Era una broma suya. Porque yo era exactamente lo contrario de delicado. Era el único que me llamaba así. El único.

—Entonces era él —dijo Jamison.

—Seguro que sí —convino Mars.

—Era fumador —dijo Decker.

—Y mi padre.

—¿Qué más te dijo, Amos? —inquirió Jamison.

Decker se lo contó, pero omitiendo algunas cosas, en particular, las que tenían que ver con lo que Roy Mars sentía en realidad por su hijo.

—Entonces ¿dice que lo hizo para protegerme? —dijo lentamente Melvin—. ¿Y me sacó seguramente porque mi madre se lo hizo prometer?

—No dijo exactamente eso, pero cuando yo lo afirmé no me contradijo. Sin embargo, hay una cosa que me desconcierta. Dijo que no te había incriminado cuando está claro que lo hizo.

Mars asintió.

—Y mi madre sabía lo que iba a hacer. Que iba a incriminarme y a hacer creer que había muerto. Una «chocha», como dijiste.

Decker y Jamison lo miraron inquietos.

—Seguramente tu madre pensó que estarías más seguro en la cárcel, Melvin —sugirió Jamison.

—Sí, tan seguro que casi pierdo la vida.

—Tenía un cáncer terminal. Dudo que pensara con claridad. Y es bastante evidente que no le gustaba el plan. Por eso discutieron.

—Pero él siguió adelante y me jodió. Y ella también.

Se produjo un silencio incómodo.

—Podemos seguir hablando eternamente de lo que se les pasó por la cabeza, Melvin —le dijo al final Decker—, pero eso no cambiará las cosas.

—Sí, ya lo sé.

—Aun así es un asco —dijo Amos.

—Sí que lo es.

Jamison lo miró y trató de cambiar de tema.

—Pero ahora no crees que sea el cártel el que está detrás de todo esto.

—Roy resopló porque pensó que yo no iba por buen camino cuando mencioné el cártel. Cuando cambié de rumbo, se negó a hablar.

—¿Y Davenport? —preguntó Jamison con la voz temblorosa.

—Por desgracia, no parecía esperanzado.

—Pero dijo que me cubría la espalda —dijo Mars.

Decker lo miró. Era doloroso ver su cara de súplica.

—Eso dijo, Melvin. Que haría cuanto pudiera para protegerte.

—Por mi madre.

—No creo que solo por ella. Dijo que te jodieron. A lo mejor tiene remordimientos.

—No creo —dijo lentamente Mars—. No estoy seguro de que ese tío pueda sentir algo.

—Sienta lo que sienta su padre por usted, Melvin —dijo Jamison con firmeza—, no tiene que ver con usted. Es su decisión, no la suya.

—Ese hombre sabe usar un cuchillo —dijo Decker—. Tiene más de setenta años, pero sigue en una forma física estupenda. No es fácil dejarme sin sentido, pero él lo hizo.

—Siempre fue fuerte como un buey —comentó distraídamente Mars.

—Hay alguna relación entre tu padre y Montgomery. Es tan bueno como para admitirlo. Si conseguimos encontrar esa relación quizá determinemos quién está detrás de esto.

—A lo mejor deberíamos seguir el consejo de Roy y llevarnos a Mars lejos de aquí —sugirió Jamison.

Mars le respondió inmediatamente.

—No iré a ninguna parte.

—Estoy de acuerdo —dijo Decker—. Si no me equivoco, da igual a dónde vaya Melvin. También está claro que Roy cree que la persona o personas de quienes se esconde van detrás de lo que hubiera en la caja de seguridad.

—¿No tenemos ni idea de lo que es? —preguntó Jamison.

—Evidentemente, algo importante.

—Pero, si no es el cártel, ¿quién es? —dijo Mars—. ¿En qué pudo estar implicado mi viejo hace tantos años?

—Es un hombre peligroso, Melvin —repuso Decker—. Puede que eso sea significativo. Es un asesino.

—¿Qué significa? ¿Que era una especie de asesino a sueldo?

—No estoy seguro. Lo único que digo es que no me sorprendería que alguien lo hubiera usado como sicario.

Mars se levantó y se acercó a la ventana para mirar por ella. Era la viva imagen de la duda y la desesperación.

—Es muy duro para él —le susurró Jamison a Decker—. No puedo ni imaginar

hasta qué punto.

—Yo sí que puedo —repuso Amos—. Sin embargo, el único modo de sacarlo de este embrollo es desentrañarlo. Si no, se pasará el resto de la vida dando vistazos hacia atrás.

—¿En serio crees que podemos hacerlo?

—Sí. Si no nos matan antes.

—Tengo a la policía local montando guardia las veinticuatro horas a la entrada del motel, Amos —dijo Bogart—. Tendría que haberlo hecho antes de que se llevaran a Davenport —añadió en tono de disculpa—. Tengo a alguien ante la puerta de Melvin y la de Jamison, pero ante la tuya no. Es que no creo que nadie vaya detrás de ti.

Se paseaban juntos por el pasillo del hospital.

—Está bien —dijo Decker—. Ya puedo irme.

—¿Era Roy Mars? ¿En serio?

Decker asintió.

—Creo que podemos decirlo así, aunque me gustaría saber su verdadero nombre.

—Nos gustaría a todos.

Se marcharon del hospital, subieron al coche de Bogart y arrancaron.

Bogart le echó un vistazo cuando llegaron a la carretera principal.

—¿Cómo te encuentras?

—Me siento estúpido y lento, igual que cuando nos hicimos cargo de este caso.

—Físicamente, quiero decir.

—Me duele, pero he estado peor. Mucho peor. Mira, necesitamos todos los informes de los arrestos de Charles Montgomery.

—Tenemos los más importantes. Los que lo llevaron a su ejecución.

—Quiero los de poca importancia. Los que evitó con una fianza. Tenemos algunos detalles, pero me hacen falta todos.

—¿Te parece importante?

—Tenemos que encontrar la relación entre Roy Mars y Montgomery. No fue casual. Lo que quiere decir que es importante. Si encontramos esa relación tal vez descubramos quién está detrás de esto. Si lo descubrimos, todo el asunto se desenmarañará.

—Pero es posible que tenga algo que ver con los asesinatos por los que cumplía condena Montgomery.

—No. Eran bastante recientes. En cambio, la relación con Roy Mars creo que es de hace cuarenta años o más.

—Es posible —dijo Bogart—, pero encontrar informes de hace tantos años será muy difícil.

—Montgomery volvió de Vietnam en 1967. Se licenció del Ejército poco después. Luego se vio envuelto en una serie de delitos menores.

—Nos contó que tenía dolores de cabeza. Que estaba mal debido a la guerra. A lo mejor era un rebelde. Era joven y estúpido.

—¿Montgomery te pareció estúpido?

—No, pero era mucho mayor. Se había curtido cuando lo conocimos. En el pasado, cuando era un gamberro, seguramente era capaz de cualquier cosa.

—A mí me parece que el tipo al que conocimos no había cambiado mucho desde

su juventud. Luchó en Vietnam y lo hirieron. No era un gamberro. Era un soldado que había estado en el infierno y había salido de él. Y hay otra cosa, además.

—¿Qué?

—Me ha costado averiguarlo.

—¿Qué pasa? ¿El cerebro te vuelve loco?

—Mi cerebro está loco, siempre.

—Lo que quiero decir es que si está empezando a funcionar como el del resto de los pobres mortales.

—Hubo algo —prosiguió Decker, ignorando el comentario de Bogart—. Algo que vi o que oí. —Se tocó la hinchazón de la sien—. A lo mejor Roy me golpeó más fuerte de lo que creía.

—Ya lo pensarás. Mientras, averiguaré todo lo que pueda acerca de Charles Montgomery.

Aquella noche, más tarde, Mary Oliver se reunió con ellos para cenar en un restaurante situado a varias manzanas del motel.

Milligan miró a la cara a Decker.

—Caramba —comentó—. Me parece que has tenido suerte de que no te partiera la cabeza.

—Seguramente era su intención —repuso él—. Pero si me quería muerto, tendría que haberme rebanado el cuello.

Mars dejó el cuchillo que estaba usando para cortar la ensalada.

—Perdón, Melvin —se disculpó Decker.

—Bueno, es lo que hay. Mi viejo está pirado.

—No. Sabe exactamente lo que hace y por qué. Entiende que al sacarte de prisión ha provocado que esta gente vaya tras de ti. Quieren lo que había en la caja de seguridad.

—Así que él tiene lo que contenía... —dijo Oliver.

—Seguramente. Es decir, no lo lleva encima pero lo tiene en alguna parte. En un lugar seguro que solo él conoce.

—Si lo encontramos, podremos tenerlo. Luego podremos ir tras quien esté metido en esto. Tiene que ser los que secuestraron a Lisa.

—Bueno —dijo Milligan—, es más fácil decirlo que hacerlo. Registramos la habitación de Decker y no hemos encontrado ninguna huella útil ni pisadas. El tipo es un profesional. Nadie lo vio llegar ni marcharse. Y había forzado limpiamente la cerradura.

—Es un profesional —dijo Decker—. Y sabe quiénes van tras él, y también lo que quieren.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarlo? —preguntó Oliver—. Tiene que haber algún modo.

—Nos observa. Nos conoce. Sabe que somos del FBI. Sabe que investigamos todo esto. Creo que anda cerca, seguro.

—En tal caso —dijo Milligan—, podremos encontrarlo. Tenemos su descripción y el pueblo no es demasiado grande.

—Pero se conoce este lugar palmo a palmo —comentó Jamison—. Además seguramente hay un montón de casas y granjas abandonadas en la zona donde puede alojarse.

Decker la miró de un modo peculiar.

—Es verdad.

—¿Que conoce un montón de casas abandonadas donde alojarse?

—Que conoce una casa abandonada donde alojarse.

—No estarás refiriéndote a mi antigua casa... —dijo Mars.

—¿Por qué no?

—Es demasiado obvio.

—¿Tanto como para que nadie lo compruebe? —dijo Decker.

—Pero si estuviste ahí, Amos —señaló Jamison—, y luego volvimos con Melvin.

—Nadie la vigila permanentemente. Ahora mismo, nadie la está vigilando —puntualizó Decker—. ¿Y si quería esconder el contenido de esa caja?

—¿Cree que puede estar ahí? —le preguntó Oliver.

—No hay ninguna garantía, pero vale la pena echar un vistazo. —Se volvió hacia Mars—. ¿Se te ocurre algún buen escondite?

Oliver se sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla.

—Es sobre tu demanda, Melvin. —Tecléo una respuesta y le sonrió a Mars—. Las cosas pintan bien. Tengo un amigo en el gobierno estatal. Me ha dicho que el sistema penitenciario ha recibido la demanda y por lo visto todo el departamento está revolucionado. Todos corren como pollos descabezados. Eso significa que se saben vulnerables. También significa que se sentarán a una mesa de negociación más pronto que tarde.

—¿No es un milagro? —dijo Mars.

—Creo que la opinión pública está ahora de tu parte.

—Son buenas noticias, pero no nos descentremos —dijo Decker—. Melvin, ¿se te ocurre algún sitio de la casa que pueda usarse como escondite?

—A bote pronto, no —repuso Mars—. La casa no es tan grande y nunca tuve que esconder nada en ella.

—¿Y el garaje?

—Bueno, había una tabla suelta en la pared, cerca de la puerta de la cocina. Recuerdo que miré detrás una vez, cuando era pequeño. Vi una lata de café. No me interesó, y dudo que mi padre escondiera una vieja lata de café.

—Bueno, merece la pena echar un vistazo. Melvin y yo podemos ir a comprobarlo esta noche.

—Que os acompañe Todd, por si las moscas —propuso Bogart—. Espero tener pronto información sobre Montgomery. Alex, Mary y yo podemos repararla mientras vosotros registráis la casa.

—Buen plan —dijo Mars.

Milligan abría la marcha entre la masa de árboles y arbustos que había frente a la propiedad, seguido de cerca por Mars y Decker. Había dejado de llover, al menos un rato, pero las nubes estaban cargadas de humedad y todos esperaban que volviera a llover en cualquier momento.

Llegaron al porche delantero y Milligan abrió la puerta, con la mano en la culata del arma. Decker lo imitó.

Entraron en la salita y echaron un vistazo. Fuera estaba oscuro, pero dentro lo estaba todavía más. Milligan encendió la linterna y enfocó hacia las paredes.

Decker los llevó a la cocina con la suya y luego hacia la puerta que daba al garaje para un solo vehículo. Tanto él como Milligan enfocaron el haz de la linterna hacia todas partes.

—Está ahí —dijo Mars, indicando una sección de pared próxima a la puerta de la calle—. Se nota porque la madera es irregular.

Se acercaron al lugar siguiendo el haz de la linterna de Milligan.

Decker agarró el tablón y tiró de él. Se desprendió con bastante facilidad. Detrás había un hueco de pequeño tamaño, justo de la longitud del tablón. Medía unos doce centímetros de profundidad y unos treinta y seis de anchura. El «suelo» del compartimento era una viga transversal.

Estaba vacío.

—Tiene que haber sido el escondite —dijo Decker—. Es lo bastante grande para que cupiera lo que había en la caja de seguridad.

—Pero no está aquí —retrucó Milligan—, así que no nos sirve de nada. —Iluminó con la linterna el espacio y luego el suelo. Estaba limpio, aparte del polvo vio una pequeña astilla de madera—. Seguramente ha sido cuando has sacado el tablón —comentó.

—Antes de sacarlo he mirado el suelo. Ese montón de polvo y pedacitos de madera ya estaba ahí. Si miras el tablón, verás que está astillado y que la astilla está en el suelo. Cuando he tirado de él ha salido con demasiada facilidad. En un sitio como este, abandonado desde hace décadas, lleno de herrumbre y de moho, esperaba que la madera fuera más difícil de sacar. Seguramente costaba sacarla y se astilló cuando la forzaron.

—Lo que significa que aquí ya ha estado alguien —dijo Milligan.

Decker asintió.

—Y no hace mucho, porque registramos esto antes y no recuerdo haber visto la astilla. Y la habría visto de haber estado ahí.

—Entonces ¿crees que mi viejo escondió eso ahí dentro? —le preguntó Mars, emocionado.

—No puedo asegurarlo —le respondió Decker—. Sin embargo, alguien ha buscado aquí por algún motivo. Tal vez él, o puede que otra persona. —Echó un

vistazo a su alrededor—. Dicho sea de paso, las iniciales de los verdaderos nombres de tus padres son A y C.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Están grabadas en el armario y coinciden con las que él usó para alquilar el coche en Alabama. Arthur Crandall.

Milligan se puso rígido y agarró del brazo a Decker.

—Creo que alguien acaba de entrar por la puerta trasera.

Todos se quedaron muy quietos, escuchando.

—¿Lo oís? —dijo Milligan.

—Son pasos, desde luego —dijo Mars.

—Sí —convino Decker. Se fijó en la puerta basculante del garaje—. ¿Podemos salir por ahí?

—Apuesto a que hace veinte años que no abren esa puerta —dijo Milligan—. Si tratamos de abrirla hará más ruido que un tren descarrilando. Y esa puerta de ahí seguramente también. Además, antes hemos visto que los arbustos y la basura se han acumulado en la parte exterior. Estamos atrapados.

—Pero seguro que saben que estamos en la casa —dijo Mars.

—No necesariamente. Si han entrado por detrás, no —lo corrigió Milligan—. Además, aunque sepan que estamos aquí, no saben que estamos en el garaje.

—¿No será Bogart? —preguntó Mars.

—Habría llamado —le contestó Decker—. No se habría colado dentro sabiendo que estamos aquí. El resultado podría ser desagradable y él lo sabe.

—Cierto —lo apoyó Milligan.

—Entonces ¿de quién se trata? —dijo Mars.

Decker y Milligan desenfundaron al mismo tiempo.

—Quédate detrás de nosotros, Melvin —le dijo Decker.

—Oye, que sé cuidarme.

—De gente armada no, de esa no —le dijo Milligan.

Decker tecleó un número en su móvil y miró la pantalla.

—Nada. No tengo cobertura.

—Esto sigue siendo el culo del mundo —comentó Mars—. Y eso que han pasado veinte años.

Milligan se preparó.

—Vale, ¿los esperamos aquí hasta que entren por la puerta? Tenemos una buena línea de tiro y seguramente nos los cargaremos si corren hacia nosotros.

—Buen plan —dijo Decker—. Pero tenemos que separarnos. Yo me pondré en ese rincón, Todd. Tú puedes ponerte en el otro. Así tendrán que cubrirse por ambos lados. Melvin, agáchate en el suelo, ahí, junto al banco de trabajo. Yo te cubriré.

—Oíd, no quiero que os la juguéis por mí.

—Lo estamos haciendo desde que cogimos este caso —le dijo Decker—. Ahora haz lo que te digo porque los oigo acercarse.

Ocuparon sus posiciones, en las esquinas más alejadas, a cada lado de la puerta basculante del garaje. Decker y Milligan se arrodillaron en posición de tiro, apuntando hacia la puerta que daba a la casa. Mars se tumbó en el suelo, en el extremo más alejado del banco de trabajo, con los ojos fijos en la misma puerta.

—¿Esperamos a que ellos disparen? —dijo Milligan.

—Por si acaso son chiquillos fisgoneando, creo que debemos esperar —le contestó Decker—. Les diré quiénes somos. Aunque no creo que sean chicos.

—Yo tampoco.

—Si dispara, rueda hacia la izquierda. Yo dispararé a continuación y rodaré hacia la derecha, si puedo.

—Entendido.

Lo siguiente que oyeron fue la puerta de la cocina cerrándose de golpe. A continuación, la cerradura. Luego el sonido de algo duro golpeando otra cosa también dura.

Decker y Milligan se miraron.

—Esto no me gusta —susurró este último—. ¿Qué están tramando?

—Eh —les dijo Mars en voz baja—. ¿No huele a humo?

Decker se abalanzó contra la puerta que daba al exterior y rebotó. Probó la cerradura. Luego retrocedió y disparó, haciendo volar el picaporte. Volvió a intentar abrir. La puerta no se movió.

—Creo que está atascada o clavada —gritó.

Milligan intentaba levantar la puerta del garaje.

—También está atascada.

El humo entraba por la puerta de la cocina.

Decker y Mars corrieron hacia ella, tosiendo. La linterna del primero atravesaba el humo y la oscuridad.

Amos tocó la puerta y la apartó con un gemido.

—Está muy caliente. El fuego tiene que estar al otro lado. No podemos salir por aquí.

—Bueno, pues no hay otro sitio por donde salir —les gritó Milligan desde el otro lado del garaje.

Mars giró sobre sus talones y echó a correr. Le dio un empujón a la puerta que daba al exterior. Los goznes saltaron. Sin embargo, habían crecido enredaderas y matorrales alrededor de toda la casa que impidieron que la puerta cayera al suelo. La empujó y la pateó, pero estaba completamente atascada por la espesa maleza y no cedió.

—¡Mierda! —se quejó.

A Decker le dolían los pulmones. Se echó al suelo porque el humo subía. Les gritó a los otros dos que hicieran lo mismo. Se arrastró hacia la puerta basculante. Milligan estaba tendido de bruces a su lado.

—Alguien verá el fuego desde la carretera —dijo, jadeando.

—Pero entre que llaman a los bomberos y llegan, ya nos habremos asfixiado —le advirtió Decker.

—Quitaos de en medio —les ordenó Mars.

Se volvieron a tiempo de verlo esprintar hacia la puerta. Los dos se apartaron mientras se catapultaba y cargaba contra ella con el hombro. La puerta basculante crujió, pero no cedió.

Mars, tratando de respirar después de haber tragado un montón de humo, cayó al suelo de cemento y vomitó.

—Alguien nos ha encerrado —dijo Milligan—. Han prendido fuego a la casa y han trabado las puertas.

Decker sabía que tenía razón, pero ¿cómo era posible que alguien supiera que iban a ir a la casa?

Agarró la parte inferior de la puerta y tiró hacia arriba. No se movió. Estaba en una mala posición y no podía hacer demasiada fuerza ni servirse de su corpulencia para superar el obstáculo.

La soltó. Por primera vez pensó que iban a morir allí.

«Acto seguido los oyó.»

Tiros, justo fuera. Instintivamente, se apartó rodando hacia un lado, sin saber si los disparos atravesarían la puerta.

—¿Quién hay ahí fuera? —gritó Milligan.

Algo golpeó la puerta. Siguió una lluvia de golpes. Luego otro disparo. Dio en la puerta, cerca de la pared. Decker se apartó más y sacó el arma, por si acaso.

Milligan, en cambio, se acercó disparado a la puerta, la agarró por la parte inferior y tiró hacia arriba.

La puerta empezó a levantarse despacio.

—Ayudadme —dijo.

Decker y Mars se apresuraron a hacerlo.

La puerta subió más deprisa.

—¡Vamos, vamos! —gritó Milligan.

Empujó a Mars.

Como había pasado con la puerta lateral del garaje, la vegetación había crecido junto a esa. No había sendero de cemento, solo grava, que ya llevaba mucho tiempo invadida por la hierba.

Mars apartó las trepadoras y las ramas a patadas y empujones hasta que despejó el paso. Decker estaba justo detrás de él.

Milligan salió y se quedó atrapado entre una maraña de acebo espinoso y el muro de la casa. Gritó y Decker y Mars corrieron a ayudarlo. Juntaron fuerzas para liberarlo, lo que consiguieron en poco tiempo. Los tres se alejaron de la casa a trompicones y cayeron al suelo, tosiendo y jadeando.

Mars se puso boca arriba y miró su antigua casa. Se veían llamas en las ventanas delanteras. De los cristales rotos salía una negra humareda.

Melvin apoyó la cabeza en el suelo y cerró los ojos, pero Decker se había levantado y miraba desesperado a su alrededor. Había oído arrancar un coche, pero no veía dónde estaba.

—¡Ahí! —gritó Milligan, que había desenfundado y señalaba hacia la izquierda.

Los dos llegaron a la carretera a tiempo de ver las luces traseras de un vehículo desaparecer en la oscuridad.

—¡Mierda! —exclamó Milligan. Sacó el teléfono e intentó hacer una llamada, pero seguía sin cobertura.

Volvió a metérselo en el bolsillo y corrió detrás de Decker, que ya estaba en el coche. Subió corriendo y puso la llave en el contacto. No arrancó.

—Pero ¿qué demonios? —se quejó.

El motor no se ponía en marcha.

—Mira bajo el capó —dijo.

Milligan lo hizo. Abrió el capó e iluminó el motor con la linterna.

—Han cortado los cables de la batería —afirmó.

Decker se apeó del coche cuando Mars se les acercaba.

Detrás de ellos, la casa estaba enteramente en llamas, pero Mars no miró atrás.

Se apoyó en el coche, con los brazos cruzados a la altura del pecho, después de echar un vistazo a los cables cortados de la batería.

—Me pregunto quién era —dijo Milligan—. El del coche.

—Era mi viejo —dijo Mars.

Decker lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

Mars indicó los cables.

—Cuando tenía diecisiete años volqué en el coche que me había dado mi padre. Era una cafetera que había conseguido por una miseria y luego arreglado. Yo estaba corriendo estúpidamente. Por suerte, salí ileso. Mi padre llevó el coche a casa, lo reparó y, cuando quise volver a conducirlo no arrancó. Miré bajo el capó.

—Y encontraste los cables cortados —dijo Decker.

Mars asintió.

—Dijo que me estaba dando una lección. Si cometía un error, había consecuencias. Después de trabajar seis meses como un condenado en la casa sustituyó los cables.

Decker miró hacia donde se había ido el otro coche hacía ya un rato.

—Nos ha salvado la vida.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Milligan—. Para mí que casi nos mata.

—Alguien ha estado a punto de matarnos —dijo Decker—, pero no ha sido Roy Mars.

—¿Estás seguro?

Decker los llevó hasta la puerta abierta del garaje, sin acercarse mucho debido al humo y las llamas. Les indicó el punto en el que la puerta se unía a la pared de la casa.

—Podéis ver que han metido algo ahí para trabarla —dijo. Recogió varios trozos de madera aplastada que había en el suelo—. Seguramente esto. Roy lo ha sacado, aunque creo que uno lo ha sacado de un tiro, lo que cuadra con el disparo que hemos oído al lado de la puerta. Eso nos ha permitido abrirla.

—¿Y el otro disparo? —inquirió Mars.

—Tu padre se ha liado a tiros con quien estuviera intentando matarnos.

Milligan echó un vistazo a su alrededor.

—¿Crees que puede haber algún cadáver por aquí?

—No lo sé.

Mars se lo quedó mirando.

—Entonces ¿mi padre nos ha salvado el culo?

—Sí.

—Bueno, me alegro de que estuviera aquí, porque si no ahora estaríamos muertos. —Mars miró hacia donde había huido su padre—. Si viene a hablar

conmigo, tal vez podamos colaborar.

—No puede hacer eso, Melvin.

—¿Por qué?

—Porque ha matado a gente. Si se presentara no tendríamos más remedio que arrestarlo.

Mars asintió despacio.

—Supongo que sí.

—No intentes que tu padre sea lo que no es.

—Como qué.

—No creo que tenga que decírtelo —repuso Decker—. Y no olvides que estoy aquí para averiguar la verdad. Aunque sé que eres inocente, también sé que tu padre no lo es. Nada va a cambiar eso. Tú no puedes hacer nada para cambiarlo. Es así y punto. Tienes una vida que organizar. No pienses que será una vida con tu padre, porque eso no va a pasar.

Decker se alejó hacia la carretera. Mars se quedó donde estaba, mirando al suelo.

Milligan se acercó a Decker.

—Me parece que has sido un poco duro, Decker. ¿Por qué lo machacas?

—¿Te parece mejor darle falsas esperanzas?

—Podrías tener un poco de tacto.

—No tengo tacto. Y Melvin ya ha perdido veinte años de su vida. No quiero que malgaste ni un solo segundo más en una causa perdida.

La fianza.

El dinero depositado para conseguir que pongan en libertad a alguien.

Al menos temporalmente.

La medida llevaba en vigor casi desde que había gente detrás de unos barrotes.

Era un modo de hacer dinero con la desgracia de otros. Había muchos negocios basados en el mismo principio, y todos eran prósperos, porque las desgracias abundan siempre.

Decker estaba sentado a la mesa de su habitación del motel.

Habían extinguido el incendio de la antigua casa de los Mars, pero había quedado seriamente dañada. Sí, habían atrancado las puertas del garaje. Y la que daba al interior de la casa la habían bloqueado metiendo una tubería metálica entre la puerta y la pared opuesta a ella. La policía había encontrado un acelerador en la cocina, lo que implicaba que habían provocado el fuego deliberadamente.

Habían buscado el coche que había huido del escenario, pero nadie lo había visto. Decker estaba convencido de que quien lo conducía era Roy Mars. No tenía ni idea de quién había iniciado el incendio ni de cómo había escapado.

Habían encontrado varios agujeros de bala en los muros exteriores de la casa, junto al garaje. Podían ser la prueba de un tiroteo entre Roy Mars y quienquiera que estuviera ahí aparte de él.

Más agentes del FBI se habían trasladado a Texas para participar en la investigación, ahora que casi habían matado a uno de los suyos.

Lo que Decker buscaba eran archivos incompletos. En el caso del primer arresto de Charles Montgomery, en 1960, parte del archivo de la fianza se había perdido, incluido el nombre de quién la había depositado.

En los documentos del segundo arresto, sin embargo, encontró quién había depositado la fianza.

—Nathan Ryan —susurró.

Ryan había depositado la fianza de Montgomery en Cain, Misisipí, la mañana del 22 de febrero de 1968. ¿Quién era Ryan y por qué había depositado una fianza de quinientos dólares (mucho dinero en aquella época) para Montgomery?

¿Se conocían? ¿Eran amigos? Evidentemente, ya no podía preguntárselo a Montgomery.

Cerró los ojos y empezó a buscar mentalmente un nuevo ángulo de enfoque.

Los abrió y también abrió el portátil.

11 de enero de 1968, Tuscaloosa, Alabama. Conducción bajo los efectos del alcohol y posesión de drogas.

21 de febrero de 1968, Cain, Misisipí. Conducción bajo los efectos del alcohol y posesión ilegal de un arma.

Los dos arrestos en estados del Sur y los dos bastante seguidos.

En los dos conducía bajo los efectos del alcohol.

¿Era una pauta de comportamiento o simplemente el modo en que un joven exsoldado de Vietnam desilusionado manifestaba su tremenda frustración?

Se había licenciado en marzo de 1967. Entonces ¿por qué en casi diez meses no lo habían arrestado por nada? ¿No habría sido más probable que cometiera sus delitos justo después de volver?

¿Qué le había pasado durante esos diez meses? Además, después de su arresto en Misisipí, por lo visto Montgomery no había vuelto a delinquir, al menos hasta que había empezado a cometer los crímenes graves por los que lo habían ejecutado.

Volvió a cerrar los ojos y dejó vagar la mente.

«¿Cuántos agentes de policía hicieron falta para acorralar a Montgomery en aquellas dos ocasiones?»

¿Habrían usado un coche patrulla, dos, cuatro, seis?

¿Solo para encontrar a un conductor borracho?

En aquella época a los conductores borrachos se los trataba con más benevolencia. Un guiño y un empujoncito y a dormir la mona, tomando mucho café. Era así incluso cuando alguien resultaba herido o muerto. Y Montgomery, aparentemente, no había herido a nadie.

Tuscaloosa y Cain.

Las dos veces en 1968.

Tenía que haber un común denominador.

Volvió a abrir el portátil y se conectó para hacer otra búsqueda.

Enero de 1968, Tuscaloosa, Alabama.

El 10 de enero, habían puesto una bomba en una oficina de la NAACP, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Cuatro muertos. Tres activistas en pro de los derechos civiles y un abogado de Nueva York. Todos ellos negros.

No habían arrestado a nadie por el crimen.

Y allí estaba Charles Montgomery, arrestado por conducir borracho y posesión de marihuana, y depositó la fianza al día siguiente.

Hizo otra búsqueda.

Febrero de 1968, Cain, Misisipí.

Aquel mes habían pasado muchas cosas, pero una destacaba y había conseguido más titulares entonces y más tinta digital ahora.

El 21 de febrero, quince miembros de una iglesia afroamericana, incluido el pastor y cuatro jóvenes del coro, habían muerto en un atentado con bomba.

A la mañana siguiente Charles Montgomery había depositado la fianza por posesión ilegal de un arma, conducción bajo los efectos del alcohol y desorden público.

Decker no sabía qué probabilidades había de que aquel hombre hubiera estado en las dos ciudades coincidiendo con los atentados con bomba. Si era una simple

coincidencia, era el colmo de la chiripa.

Tecléo «Nathan Ryan» y añadió: «Cain, Misisipí.» Luego entró la palabra «bomba» y pulsó «intro».

Leyó los primeros resultados.

Cuando llegó al quinto, encontró algo que llamó poderosamente su atención. La esquela de Nathan Bedford Ryan, de Cain, Misisipí, que había «perdido la vida» el 2 de marzo de 1999.

Había participado en la política local durante treinta años y llegado a ser secretario del alcalde. Había muerto en su despacho, de un infarto. Eso significaba que ya estaba en política cuando había depositado la fianza de Charles Montgomery, si era realmente el mismo Nathan Ryan, y Decker estaba seguro de que lo era.

Consultó de nuevo el documento de la fianza. El nombre que constaba en él era Nathan B. Ryan.

El nombre de la esquela era Nathan Bedford Ryan, seguramente por el general confederado Nathan Bedford Forrest.

Decker siguió leyendo la esquela y se detuvo en una frase: «El fallecido había sido uno de los primeros en llegar a la escena del atentado con bomba en la iglesia en el que murieron quince personas.»

Añadiendo «bomba» a la búsqueda, Decker había conseguido ese resultado.

«Gracias, Google.»

Los artículos que había leído sobre la bomba en la iglesia no mencionaban a los supervivientes. Así que Decker no estaba seguro de lo que había hecho Ryan, si es que había hecho algo, a su llegada a la escena del desastre. A lo mejor solo había podido ayudar a sacar cadáveres.

Había una fotografía de escasa definición de Ryan. Era blanco, sin duda alguna. Así que Decker se preguntó por qué habría estado tan cerca de una iglesia negra como para ser el primero en llegar. Suponía que en 1968 en Cain imperaba la segregación racial.

Y Ryan había depositado la fianza de Montgomery.

Ryan trabajaba en la oficina del alcalde.

Ryan había sido uno de los primeros en llegar a la escena del atentado.

Y quinientos dólares eran mucho dinero para un secretario de la alcaldía, en Cain, en 1968. Así que Decker se preguntó si el dinero no provenía en realidad de otra persona.

De aquel suceso hacía casi cincuenta años. Si Decker viajaba hasta esos lugares, ¿quedaría alguien que pudiera hablar con él del tema?

Se levantó y fue a buscar a Bogart.

—¿Qué propones que hagamos? —le preguntó el agente del FBI cuando le hubo resumido brevemente sus hallazgos.

—Propongo que vayamos a donde haga falta.

Decker, Bogart, Jamison y Mars tomaron un turbohélice hasta Dallas y luego un vuelo directo a Memphis. Desde allí irían en coche a Cain, Misisipí. Habían dejado a Milligan en Texas supervisando la búsqueda de Davenport y trabajando con los demás agentes federales en el ataque a la antigua casa de los Mars. Oliver tenía que terminar un caso y se reuniría con ellos más tarde.

El viaje en coche hasta Cain duró casi tres horas, porque tuvieron que pasar por Tupelo.

—Aquí nació Elvis —dijo Jamison cuando pasaron el cartel de Tupelo.

Bogart miró por la ventana.

—Al menos no llueve —comentó, sombrío.

Cuando llegaron a Cain fueron directamente a la comisaría. Bogart ya había llamado y una administrativa de mediana edad que se presentó como Wanda Pierce los esperaba. Pierce llevaba pantalones de vestir y una blusa verde oscuro, y parecía nerviosa. Los acompañó a una pequeña sala de reuniones con una mesa llena de arañazos y sillas desvencijadas. Las paredes de ladrillo gris estaban pintadas de amarillo.

Tomaron asiento.

—No recibimos muchas... bueno, visitas del FBI —comenzó Pierce con torpeza.

—Le agradecemos que se haya tomado la molestia de recibirnos —le dijo Bogart.

—¿Puede contarnos algo más de Nathan Ryan? —le preguntó Decker.

La mujer asintió y abrió un expediente.

—He vivido siempre en Cain y conozco a algunos de los Ryan, pero cuando el agente Bogart se puso en contacto con el departamento busqué más detalles. Trabajó en el ayuntamiento de la ciudad muchos años. Murió en su despacho, de un infarto. Eso fue hace casi veinte años.

—¿Era el secretario municipal? —inquirió Bogart.

—Así es. —Miró a Mars—. Un momento, ¿usted no es...?

—Lo es —la cortó impaciente Decker—. ¿Quién era por entonces el alcalde?

—Creía que le interesaba el secretario —dijo Pierce.

—Me interesaba, pero ahora me interesa el alcalde.

—¿Por qué?

—Porque sé por experiencia que los secretarios de ayuntamiento no hacen nada que sus jefes no les digan que pueden hacer. En este caso depositar una fianza para un borracho llamado Charles Montgomery.

—Ah, bueno. El que era el alcalde por aquel entonces llegó a ser congresista.

—¿Se llamaba?

—Thurman Huey.

—Me suena el nombre —dijo inmediatamente Bogart.

Pierce asintió.

—El señor Huey es el hijo de Travis Huey, que fue gobernador del estado y luego, en 1950, entró en el Senado de los Estados Unidos, donde se distinguió por su trayectoria.

—Y Thurman Huey no es solo congresista —dijo Bogart—. Es el presidente del Comité de Medios y Arbitrios. Es el comité con más poder del Congreso.

—Porque controla los gastos del gobierno federal —dijo Jamison.

—Sí —convino Pierce—. Y se rumorea que podría ser el próximo portavoz de la Casa Blanca. Eso lo convertiría en el número dos para alcanzar la presidencia —añadió orgullosa.

—¿Thurman se crio en Cain?

—Aquí nació y se crio. Los Huey son la realeza política de Misisipí. Y nos cuidan muy bien.

—Lo que significa que sacan buena tajada de Washington —comentó Decker.

—Lo que significa que recibimos lo que es justo —replicó Pierce, molesta.

—¿Qué edad tiene ahora? —le preguntó Decker.

—Creo que setenta y pocos.

—Entonces, en 1968 tendría veintipocos.

—Supongo que sí.

—¿Y ya era alcalde?

—Bueno, su padre era muy poderoso. Cuando su hijo decidió presentarse, creo que la conclusión inevitable era que Thurman ganaría las elecciones. Nadie iba a ponerse en contra del viejo. Su maquinaria política era demasiado fuerte. Thurman habría ganado las elecciones solo por su apellido.

—¿Qué me dice de la bomba en la iglesia? —dijo Decker, cambiando de tema—. El agente Bogart le ha dicho que eso también nos interesa.

—Sí, en la segunda iglesia baptista de Freeman —dijo Pierce—, aunque no entiendo la relación entre que el señor Ryan depositara la fianza de ese tal Charles Montgomery y la bomba.

—Bienvenida al club —le dijo Decker—. ¿Qué puede contarnos del atentado?

—Cuando eso pasó yo ni siquiera había nacido, pero fue una de las peores cosas que han pasado aquí. Quince personas, incluidos algunos niños, murieron. Las niñas eran del coro. Me las imagino cantando con toda el alma cuando estalló esa bomba. Terrible.

—¿Y nunca atraparon al culpable?

—No, nunca.

—¿Tenían algún sospechoso? —inquirió Bogart.

—Eché un vistazo a los archivos después de que usted lo pidiera. Ese tal Montgomery no se menciona una sola vez, si es lo que quiere saber.

—¿Ninguna otra persona?

—Bueno, en esa época el KKK rondaba por aquí. Hubo amenazas. En el Sur habían puesto otras bombas, incluida la de la iglesia de Birmingham en 1963. El

movimiento en pro de los derechos civiles estaba en su apogeo. Pasaban muchos desastres. Hubo tantas explosiones en Birmingham que empezaron a llamarla «Bombingham».

—¿Cómo provocaron la explosión de aquí? —le preguntó Decker.

—Con dinamita.

—¿Y nadie vio colocar los explosivos? —dijo Jamison.

—Por lo visto no.

—En la información que este departamento hizo llegar al agente Bogart, ponía que la iglesia estaba bajo vigilancia policial debido a las amenazas que había recibido el pastor por haberse manifestado con Martin Luther King Jr. en numerosas ocasiones. Y el pastor había presentado una demanda contra la ciudad de Cain y el estado de Misisipí por actos discriminatorios al amparo de la Ley de derechos civiles —dijo Decker.

—Sí, así es.

—Entonces ¿cómo puede ser que alguien pusiera una bomba tan grande como para volar la iglesia y matar a quince personas si la policía la estaba vigilando y sin que nadie lo viera?

Pierce se limitó a cabecear.

—Nadie se lo explica.

—Necesitamos una explicación —le espetó Decker.

—Pero fue hace mucho. No sé cómo van a encontrar ahora una respuesta definitiva.

—Bueno, en el caso de Birmingham al final procesaron a unos cuantos por el crimen muchos años después. Así que a lo mejor podemos hacer lo mismo. ¿Qué puede contarnos de Travis Huey, el padre de Thurman?

—¿Qué tipo de cosas?

—Sus políticas.

—Era un buen hombre. Se portó bien con este estado.

—Me refiero a cuál era su postura en relación con la Ley de derechos civiles.

Pierce frunció el ceño.

—Eso no puedo saberlo.

—Supongo que fue gobernador y luego senador por Misisipí durante los años cincuenta, que su política tendía más hacia George Wallace que hacia Hubert Humphrey.

—No sé decirle. No lo conocí.

—Pero publicarían artículos sobre un hombre tan importante, seguro.

—Mire, si lo que me pregunta es si el señor Huey era racista, solo puedo decirle que, por lo poco que sé, era un hombre de su época. Y un hombre a favor de los derechos de los estados.^[5]

—¿Comparte su hijo ese punto de vista?

—No estamos en los años cincuenta —repuso Pierce.

—El inconveniente es que no todo el mundo parece darse cuenta —dijo Decker.

—Si quiere saber lo que piensa Thurman Huey, le sugiero que se lo pregunte a él.

—En el expediente del arresto del señor Montgomery, del que solo hemos visto una parte, no pone dónde lo arrestaron.

Pierce consultó el documento, del que fue pasando páginas.

—Sí que lo pone.

—¿Y está ese lugar muy cerca de la iglesia?

La mujer pareció incómoda, como si por fin hubiera atado cabos.

—Mmm, bueno, en realidad está a pocas manzanas.

—¿Y es posible que los agentes que vigilaban la iglesia fueran los mismos que persiguieron y arrestaron al señor Montgomery?

—No tengo manera de saberlo.

—Tiene el informe de la detención y seguramente constan en él los nombres de esos agentes.

—Sí, pero no creo que haya modo de averiguar qué agentes estaban de guardia en la iglesia en ese momento.

—Pero ¿cabe la posibilidad de que fueran los mismos?

—Todo es posible —repuso ella, cortante.

—¿Y qué explicación se dio entonces de por qué habían puesto una bomba y la habían detonado estando supuestamente la iglesia bajo protección policial?

—No estoy segura de que se diera ninguna, porque no se arrestó a nadie. Por lo visto la gente asumió que quien lo hubiera hecho escapó a la vigilancia de los agentes de algún modo.

—¿Y los agentes testificaron acerca de dónde se encontraban en ese momento?

—En el expediente no lo pone.

—Sin embargo, si persiguieron a Montgomery y lo arrestaron, eso implica que dejaron la iglesia desatendida. ¿Me equivoco?

—Aceptando que lo que dice sea cierto, aunque no lo es necesariamente, la respuesta es que no.

—Y al señor Montgomery lo arrestaron a las nueve y diez de la noche.

—Eso pone en el expediente, sí.

—¿Y a qué hora estalló la bomba?

Pierce leyó el expediente.

—Lo más seguro es que fuera a las nueve y cuarto —dijo. Le temblaba un poco la voz.

—Una coincidencia interesante —comentó Bogart.

—Bueno, a mí no me mire. Como ya les he dicho, ni siquiera había nacido —les espetó indignada Pierce.

—Y en la esquila pone que Nathan Ryan fue uno de los primeros en llegar a la iglesia —dijo Decker.

—También leí eso después de que el agente Bogart se pusiera en contacto

conmigo. Antes no lo sabía.

—Sin embargo, la iglesia estaba en un barrio predominantemente de raza negra. Era de noche. ¿Por qué iba a estar Ryan por allí? ¿Vivía cerca?

Pierce se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—¿No ha dicho que conoce a algunos de los Ryan? —inquirió Jamison.

—Sí.

—¿Puede darnos su dirección o su teléfono? —dijo Bogart.

Pierce miró a Decker con cara de pocos amigos.

—¿Está sugiriendo que utilizaron a ese tal Montgomery como distracción para que los agentes de guardia dejaran su puesto y poder poner la bomba?

—No. Lo que sugiero es que la policía local sabía exactamente lo que pasaría y que se les ordenó a los agentes dejar sus puestos para arrestar a Montgomery, de modo que la bomba pudiera ser colocada y detonada.

La mujer palideció.

—Que se les ordenó... ¿Quién lo hizo?

—Bueno, eso es lo que tenemos que averiguar —le contestó Decker.

Después de llamar a varios Ryan de la ciudad, llegaron a un pequeño y cuidado bungalow de un modesto barrio de las afueras. Daban sombra a las casas árboles ya crecidos y se oía la risa de los niños que jugaban.

Mildred Ryan tenía casi noventa años y el cráneo rosado cubierto de pelo blanco ralo. Los años la habían encorvado y empequeñecido. Llevaba unas gafas grandes de montura negra que se le comían la carita. Estaba sentada, arropada con un chal, en un cómodo sillón del dormitorio del bungalow de su hija.

La hija, Julie Smithers, observaba suspicaz a Decker y a su grupo, que se habían quedado de pie en la puerta de la habitación.

—No sé lo que mi madre podrá decirles, en serio. Hace mucho tiempo y no tiene buena memoria.

Smithers era baja pero como un bulldog. Con la misma cara de cabezota que un bulldog.

Bogart le respondió con suavidad.

—Solo queremos hacerle unas preguntas. Si no está bien para responder, nos iremos y ya volveremos otro día.

Ryan dejó de leer la Biblia, que leía siguiendo las líneas con un dedo.

—Diles que entren, Jules. Que me hagan esas preguntas. Estoy bien —dijo, con un acento que denotaba sus raíces sureñas de Misisipí.

—Desde luego no está sorda —comentó Decker.

—Pero no la cansen —les advirtió Smithers.

Se marchó y Decker entró con los demás en el dormitorio.

Ryan les indicó dos sillas. En una se sentó Jamison y Bogart le ofreció la otra a Decker, que la acercó más a Ryan. Bogart se quedó de pie detrás de él. La anciana los miró a todos.

—No me había visitado tanta gente en años —comentó.

Bogart le enseñó la placa.

—Señora Ryan, gracias por recibirnos.

—De nada. ¿De qué va esto?

—De su marido, Nathan —dijo Decker.

—Murió hace mucho.

—Lo sabemos, pero queríamos preguntarle unas cuantas cosas sobre él. Tienen que ver con la bomba que estalló en la iglesia, en 1968. ¿Se acuerda de eso?

La mujer pareció encogerse incluso más.

—Dios mío. ¿Quién podría olvidarlo? Todos aquellos niños de color... Fue..., fue una vergüenza. —Sacudió la cabeza—. Obra del diablo. Eso dije entonces y eso digo ahora.

—Tenemos entendido que su marido fue uno de los primeros en llegar al lugar de la explosión. Eso pone en su esquila.

Ella se quedó muda un momento. Luego miró a Decker.

—¿De qué va exactamente todo esto?

—Sabrá que no se arrestó a nadie por los asesinatos.

—Lo sé.

—Bueno, pues estamos aquí para tratar de averiguar quién puso esa bomba.

—Seguramente ya han muerto todos.

—Puede que sí o puede que no. Si entonces eran jóvenes es posible que sigan vivos. Como usted —añadió.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no sé nada de eso.

—Puede que sepa más de lo que cree —dijo Bogart.

La anciana lo miró y de repente se fijó en Mars.

—Cuando he dicho «de color», no ha sido por falta de respeto. Es el término que usábamos entonces. Tendría que haber dicho afroamericano, o negro. Lo siento, joven.

—No pasa nada —repuso Melvin.

—Entonces era diferente —murmuró Ryan—, muy diferente.

—A lo mejor puede responder a alguna de nuestras preguntas —dijo Decker.

—Soy vieja. No me acuerdo de casi nada. Hace mucho tiempo. Yo..., solo quiero que me dejen sola. —Volvió a ponerse a leer la Biblia, siguiendo las palabras con el dedo y articulándolas en silencio.

Decker miró a Jamison.

—¿Lee la Biblia todos los días, señora Ryan? —le preguntó ella.

Ryan asintió.

—Voy por el Deuteronomio. El quinto libro de la Biblia hebrea. ¿Lo conoce? Los jóvenes ya no leen la Biblia. En lugar de eso juegan a videojuegos o ven porquerías en la televisión.

—Los tres sermones de Moisés a los israelitas —dijo Jamison.

Los tres hombres la miraron sorprendidos y también Ryan.

—Mi tío era pastor. Solía ayudarlo en las clases de la escuela dominical. Los israelitas estaban en las llanuras del Moab, a punto de llegar a la Tierra Prometida, después de vagar cuarenta años. Eso explica el primer sermón.

—Estoy impresionada, niña —dijo Ryan.

—Si mal no recuerdo —prosiguió Jamison—, el tercer sermón habla de que si Israel es infiel y eso le acarrea la pérdida de sus tierras, todo puede arreglarse siempre y cuando los israelitas se arrepientan. Supongo que era un gran consuelo para ellos.

Ryan la estaba mirando fijamente.

—¿Por qué? —dijo en un susurro airado.

—Bueno, como nosotros, los israelitas eran simples humanos. Cometían errores. Dios lo entendía. Así que, si caían, tenían otra oportunidad de enmendarse. Siempre y cuando se arrepintieran de sus pecados. De que intentaran hacer lo correcto. Eso

requiere mucha fortaleza. Y verdadera fe.

Jamison calló, observando atentamente a Ryan.

La anciana cerró despacio la Biblia, la dejó en la mesilla de noche y juntó las manos sobre el regazo.

—¿Qué clase de preguntas quieren hacerme? —les preguntó.

Decker miró a Jamison con admiración antes de volverse hacia Ryan.

—¿Sabe por qué su marido estaba tan cerca de la iglesia esa noche como para ser el primero en llegar? Por lo que hemos averiguado, había casas alrededor de la iglesia. Seguramente la gente salió corriendo después de la explosión. ¿Pasaba en coche por allí por alguna razón? ¿Se lo contó?

Ryan carraspeó y tomó un sorbo de agua del vaso que había al lado de la Biblia.

—Nathan era un buen hombre. Quiero que lo entiendan. Era un buen hombre —repitió, enfáticamente.

—Estoy seguro de que lo era —dijo Decker.

—Misisipí se estaba derrumbando en esa época. Dios mío. El Sur entero se estaba viniendo abajo. Entre los años cuarenta y los sesenta y más aún. Tumultos, linchamientos, tiroteos, explosiones, incendios. Moría gente. Había *marshals* por todas partes. La Guardia Nacional. Gente de color... —Calló y echó una ojeada a Mars—. Quiero decir, afroamericanos, que exigían cosas a los blancos. Todo aquello nos tenía conmocionados. Ese Thurgood Marshal ganando todos esos juicios... El doctor King manifestándose, como la marcha de Sherman hacia el mar... Muchos lo consideraban el apocalipsis.

—¿Usted lo veía así? —le preguntó Jamison.

—Estaba asustada —admitió—. El mundo que conocía estaba patas arriba. No me malinterpreten. No me extrañaba. Dios, yo en su lugar habría exigido las mismas malditas cosas. Pero, verán, yo no era ellos, ¿entienden? —Miró brevemente a Mars—. Y me habían criado de una determinada manera, y me habían enseñado cosas que, afortunadamente, ya no se enseñan. Al menos abiertamente —añadió, mirando nerviosa a Melvin.

Se calló y nadie rompió su silencio.

—El pastor de esa iglesia era el reverendo Sidney Houston —prosiguió finalmente—. Sus sermones no tenían parangón, si quieren saberlo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Decker—. ¿Alguna vez asistió a un servicio religioso suyo?

La anciana puso unos ojos como platos.

—¡Santo Dios! ¡No! Me habrían embreado, emplumado y echado de la ciudad. Pero veré, el reverendo Houston a veces daba su sermón fuera de la iglesia, en el jardín delantero, y se le oía. Tenía una voz profunda y poderosa. Y, bueno, algunos nos acercábamos lo bastante para oírlo. Ese hombre conocía bien las escrituras y comunicaba el mensaje de un modo convincente.

—Vale —dijo Decker.

Ryan siguió hablando, ahora más deprisa y con más aplomo.

—Ese hombre era un agitador. Estaba revolucionando Cain como King hacía en Selma. Como ese tal Marshal había estado haciendo en los tribunales del Sur. Se ganó la animadversión de algunos poderosos de por aquí.

—¿Sabe de quiénes? —dijo Decker.

—Nathan trabajaba en el despacho del alcalde. Era su secretario, de hecho.

—Y el alcalde era Thurman Huey —puntualizó Decker.

La anciana hizo un gesto despectivo.

—Si Thurman Huey estaba en ese cargo era únicamente gracias a su papá. Acababa de terminar la carrera y era más un niño que un hombre. Nathan tendría que haber sido el alcalde, pero cuando Travis Huey abría la boca, adiós —añadió Ryan con evidente amargura—. ¿Saben? Travis Huey era un héroe para muchos de nosotros en esa época. Lo considerábamos nuestro protector.

—¿Y ahora? —dijo Jamison.

Ryan señaló su Biblia.

—Era un falso profeta, que escupía maldad y odio. Y violencia —añadió.

—¿Cree que tuvo algo que ver con la bomba de la iglesia? —le preguntó Decker.

—Travis Huey, no. Él nunca se ensuciaba las manos.

—¿Y su hijo?

Ryan pareció encogerse de nuevo. Cabeceó.

—No puedo decir que sí ni que no.

—¿Qué me dice de su marido?

La mujer suspiró.

—Creo... Creo que Nathan sospechaba algo. —Calló. De repente parecía muy asustada, como si aquellos recuerdos tan antiguos la tuvieran rodeada y no pudiera escapar de ellos.

—¿Tenía alguna idea de que iba a pasar algo? —le sugirió Decker—. ¿Por eso estaba tan cerca de la iglesia esa noche?

Ryan asintió de un modo casi imperceptible. Los frágiles hombros le temblaban.

Jamison se inclinó hacia ella y le puso una mano en el brazo para consolarla.

—Señora Ryan, no pasa nada. Creo que su marido intentaba hacer lo correcto.

La anciana se sorbió los mocos y cogió un pañuelo de papel para sonarse.

—Era un buen hombre, pero no trabajaba con gente tan buena como él.

—¿Sabe si depositó una fianza de quinientos dólares para un hombre llamado Charles Montgomery?

Ella se frotó la nariz con el pañuelo.

—Eso me lo contó. El dinero no era suyo, eso seguro. No nadábamos en la abundancia para poder malgastar. Desde luego, no para depositar la fianza para alguien a quien ni siquiera conocíamos.

—Así que le dijeron que lo hiciera y le dieron el dinero para hacerlo.

—Sí.

—¿Sabe quién?

—Era el secretario del alcalde. No hace falta ser un genio para deducirlo.

—Thurman Huey.

—Es posible que su papá le diera el dinero. No lo sé. Travis era un Dixiecrat —añadió Ryan—. [6] Y encontró buena compañía en Washington. Casi impidió que Thurgood Marshal fuera juez del Tribunal Supremo, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía —reconoció Decker.

—Yo no estaba al tanto de esas cosas, pero mi marido sí. No le gustaban mucho los Huey, pero vivía en Misisipí y mantenía la boca cerrada. Se metió en política para intentar hacer cosas buenas. Sin embargo, era difícil hacer cosas buenas en Misisipí por entonces si implicaba hacerlas para los negros.

—Esa actitud no lo haría muy popular —dijo Bogart.

—Si querías hacer carrera en Misisipí en esa época no causabas problemas, seguías las reglas. Tenía que mantener a su familia, pero eso no significa que creyera lo mismo que los demás. Porque no era así.

—Estoy segura —dijo Jamison.

—Hizo cosas, pequeñas cosas para ayudar a la gente. A escondidas, por así decirlo. —Miró a Mars—. Ayudó a personas como usted, en la medida que pudo.

—Por lo visto era un hombre adelantado a su tiempo —comentó Melvin.

Ella asintió.

—Lyndon B. Johnson perdió el Sur cuando consiguió que aprobaran la Ley de derechos civiles. Los demócratas sureños le dieron la espalda. Desde luego, Travis Huey se la dio. Nathan me contó que estaba furioso.

—Ha dicho usted que Travis Huey no se habría ensuciado las manos implicándose en el atentado y que no sabe si su hijo lo habría hecho, pero ¿cree que Thurman Huey pudo estar implicado en el atentado? —preguntó Decker.

Ryan se volvió hacia su Biblia, la cogió y la abrió por la página que estaba leyendo. Por un momento Decker pensó que no iba a responderle.

—Le diré una cosa: no siempre es cierto que «de tal palo, tal astilla». Desde luego, no lo es en el caso de los Huey.

Decker miró a los demás.

—Entonces ¿cree que Thurman Huey estuvo implicado?

—No lo sé, pero Thurman tenía dos amigos íntimos. Los Tres Mosqueteros, los llamaban. Eran famosos en la ciudad.

—¿Por qué? —le preguntó Bogart.

—¿Por qué iba a ser? Por el equipo de fútbol del instituto.

Decker le hizo algunas preguntas más, pero esas fueron las últimas palabras de la anciana.

Estaban todos en el coche, delante de la casa de Smithers, mirando por las ventanillas.

Bogart fue quien rompió el silencio.

—El presidente del Comité de Medios y Arbitrios y posiblemente el próximo portavoz de la Casa Blanca. Tengo que reconocer que esto no me lo esperaba.

—Era uno de los Mosqueteros —dijo Jamison—. ¿Quiénes serían los otros dos?

—Es fácil saberlo —dijo Decker.

—¿Cómo?

Fue Mars quien le respondió.

—Eran estrellas del equipo de fútbol. ¿Por qué no empezamos por ahí?

Decker lo miró.

—Al final haremos de ti un detective, Melvin —le dijo Decker.

El instituto de Cain estaba en pleno centro. Buscaron las oficinas, pidieron lo que querían y los acompañaron enseguida a la biblioteca, donde una joven con pantalón de vestir y jersey los recibió.

—¿Los Tres Mosqueteros? —dijo, respondiendo a su pregunta—. He oído hablar de ellos. Tenía relación con...

—El fútbol —terminó por ella Mars—. En los años sesenta. Thurman Huey...

—Cierto, sí. Trabajo aquí desde hace solo unos años, pero puedo enseñarles dónde están los anuarios.

Los acompañó hasta una estantería donde guardaban los anuarios del instituto desde los años veinte. Ya habían determinado la edad exacta de Thurman Huey, de modo que sabían cuándo se había graduado. Jamison encontró el anuario correspondiente y se arracimaron a su alrededor para verle pasar las páginas.

Mars fue el primero en verlos, seguramente porque eran las páginas dedicadas al equipo de fútbol.

—Los Tres Mosqueteros —dijo.

Era una foto de tres muchachos vestidos de futbolistas. El pie de foto rezaba: «Thurman Huey, Danny Eastland y Roger McClellan, los Tres Mosqueteros.»

Mars cogió el anuario y señaló la foto.

—¿Ven cómo están alineados? Huey es el *quarterback* y los otros dos los laterales. Es una formación ofensiva. Después pueden ejecutar la triple opción. Usábamos una variante de esa ofensiva a veces, en la Universidad de Texas.

—Y esa formación empezó a usarse en los años sesenta, cuando ellos iban al instituto —comentó Decker.

Bogart estudió la foto de los tres chicos.

—Así que Danny Eastland y Roger McClellan. No me suenan.

—Los estoy buscando en Google —dijo Jamison.

Pulsó las teclas del móvil adecuadas, esperó y leyó los resultados.

—Un momento. Me aseguraré de que es el mismo Danny Eastland. —Pulsó unas cuantas teclas más hasta obtener los resultados. Leyó rápidamente.

—¡Caramba!

—¿Qué? —dijo Decker.

—Danny Eastland ha prosperado. Es el fundador y el director ejecutivo de una empresa contratista del Ejército. Aquí dice que fabricaban armamento, pero que desde hace unos cinco años se dedican más a inteligencia, un cambio inteligente. El año pasado sus beneficios ascendieron a más de cinco mil millones de dólares, la mayor parte procedentes del Departamento de Defensa. La sede está en Georgia, pero tiene una sucursal en Jackson, Misisipí, entre otras. Según este artículo, el valor neto de la sede en Atlanta es de más de mil millones de dólares.

—¿Y el otro Mosquetero? —inquirió Bogart.

Jamison realizó una búsqueda para Roger McClellan.

—¡Madre mía! —exclamó al ver los resultados.

Los tres se la quedaron mirando.

—¿Y? —dijo Bogart.

—Roger McClellan es el actual jefe de policía de Cain, Misisipí.

—Curioso, puesto que participó en un acto terrorista contra una iglesia en la misma localidad.

—Vale —dijo Bogart—. Tenemos que ir con pies de plomo. Esta gente ya sabe que estamos haciendo preguntas sobre los Huey y apuesto a que Pierce, de la comisaría, ya ha puesto al corriente a McClellan acerca de nuestra reunión.

—Y seguramente él ya ha llamado a Huey y a Eastland —dijo Jamison.

—Seguro que sí —convino Bogart—. Así que tenemos que ir con muchísimo cuidado. Lo último que queremos es que nos aparten del caso porque el director del FBI ha recibido una llamada de un cabreado Huey.

—Para los asesinatos no hay limitaciones jurisdiccionales —apuntó Decker.

—Claro que no, pero en Washington D. C. Thurman Huey es un peso pesado.

—Un momento —dijo Jamison—. ¿Crees que fueron ellos quienes secuestraron a Davenport? Eso es un delito muy reciente.

Bogart negó con la cabeza.

—No creo que Thurman Huey se involucrara en algo así.

—Si Roy Mars tenía alguna prueba de que Huey estaba involucrado en el atentado contra la iglesia y esa prueba sale a la luz, Huey no solo verá arruinada su carrera sino que puede muy bien acabar en la cárcel para el resto de su vida. Por eso me parece que ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—¿Qué clase de prueba puede tener mi padre? —inquirió Mars.

—Una que guardaba en la caja de seguridad —le respondió Decker.

—¿Crees que estuvo implicado en el atentado? —dijo Mars. Le temblaba la voz.

—No lo sé, Melvin. Pero de algún modo acabó teniendo algo capaz de hundir a hombres muy poderosos. No me extraña que huyera y se cambiara de nombre.

Mars intentó decir algo, pero no pudo. Acabó negando con la cabeza.

Decker devolvió el anuario al estante mientras los demás iban hacia la puerta. De repente se le ocurrió algo, abrió el anuario por una página, la leyó, la arrancó y se la metió en el bolsillo. Hizo lo mismo con otra página. Devolvió el libro al estante y se unió a los demás camino del coche.

Todos se subieron y Bogart puso en marcha el motor.

—Vale —dijo—. Tenemos mucho trabajo que hacer, pero, como he dicho antes, pies de plomo. No quiero que la policía local esté al corriente de ningún detalle.

—Mierda —dijo Jamison, que miraba por la luna trasera—. Me parece que ya es tarde.

Todos se volvieron.

Un coche patrulla estaba aparcando detrás del suyo.

Dos agentes se apearon. Ambos en la cuarentena, con algunas canas en las sienes y la cintura un poco ancha. Se acercaron y se situaron cada uno a un lado del coche.

Bogart bajó su ventanilla. Ya tenía la placa del FBI preparada.

El agente se inclinó hacia él.

—¿Qué tal, señores?

—Muy bien, agente —repuso Bogart.

El otro miró la placa.

—Bien. Hemos oído que están en la ciudad. Por eso estamos aquí. El jefe McClellan quería saber si hay algo que podamos hacer para ayudarlos en lo que sea que estén investigando.

—Se lo agradecemos mucho, pero ahora mismo no se me ocurre nada.

Decker miraba por la ventanilla al agente que lo miraba a él. El hombre tenía una mano sobre la culata del arma reglamentaria. Amos le hizo un gesto de saludo con la cabeza y le sonrió.

El agente permaneció impávido.

El de la ventanilla de Bogart siguió hablando.

—Solo por cortesía profesional, ¿podrían sacar tiempo para reunirse con el jefe? Se enorgullece de saber todo lo que pasa por aquí y me parece que podrían considerarlo un activo para ayudarlos en lo que sea que los haya traído a nuestra bonita ciudad.

Aunque planteada como una solicitud, por el tono se deducía que una negativa no sería bien recibida.

—Desde luego —repuso Bogart.

Siguieron el coche patrulla hasta una comisaría. No era la misma donde se habían reunido con Pierce. Estacionaron y los agentes los acompañaron al interior y por un pasillo. Uno de los dos llamó a una puerta rotulada con una placa que rezaba: Roger McClellan, Jefe de Policía.

—Adelante —respondió alguien desde dentro.

El agente abrió la puerta, les indicó que entraran y la cerró.

Era un despacho amplio, de unos treinta y seis metros cuadrados, con las paredes forradas de madera y estanterías llenas de premios y condecoraciones de toda una vida dedicada a hacer cumplir la ley. En una de la paredes había varias fotografías de McClellan en compañía de diversos dignatarios, deportistas profesionales y cantantes famosos, la mayoría de *country*. Ocupaban una zona sillones de piel, un cómodo sofá y una mesa baja con un montón de revistas, en su mayoría de la policía y de armas.

La bandera del estado de Misisipí ocupaba una vitrina detrás del enorme escritorio de madera profusamente tallada.

No había ni rastro de barras y estrellas.

Sentado al escritorio había un hombre alto que, a pesar de su avanzada edad, tenía

aspecto de estar en muy buena forma. Iba de uniforme, con el pecho lleno de medallas y galones. Llevaba el bigote recortado y el pelo ya escaso peinado hacia atrás. Su rostro granítico parecía esculpido por el agua durante siglos.

Se levantó y les tendió la mano.

—Soy el jefe McClellan —dijo, estrechándosela uno a uno—. Siéntense, por favor. —Rodeó el escritorio y los llevó hasta los sillones y el sofá.

—¿Les apetece tomar algo? El café no está mal, pero tenemos agua embotellada.

Declinaron la oferta educadamente.

McClellan se sentó y los estudió.

—Les agradezco que hayan venido. Seguro que entienden que cuando el FBI se presenta eso llama mi atención.

—Por supuesto —dijo Bogart—. Deduzco que ya ha hablado con la señorita Pierce.

—¡Dios! Ni siquiera me ha hecho falta. La verdad es que, en un lugar pequeño como este, las noticias corren. Hay ojos y oídos por todas partes. —Estiró un brazo largo para coger una taza de su escritorio de la que tomó un sorbo.

Decker se fijó en que la taza tenía impresas las palabras: *Virtute et armis*.

McClellan vio que lo hacía.

—Es el lema oficial del gran estado de Misisipí —le dijo.

—Por el valor y las armas —tradujo Decker.

—¿Sabe latín?

—No, pero recuerdo haberlo leído en alguna parte.

McClellan dejó la taza.

—¿Qué los trae por aquí? —Fue mirándolos uno a uno hasta detenerse en Mars—. Lo conozco. Usted no es del FBI.

—No. Soy Melvin Mars.

—Sí que lo es, caray. Lo vi jugar al fútbol cuando estaba en la universidad. Soy graduado de Ole Miss y jugué al fútbol también. Me alegro de no haber tenido que placarle nunca. Era como un camión Mack con motor Ferrari. Un jugador magnífico, muchacho.

—Gracias.

Decker cerró los ojos mientras McClellan hablaba y una luz se le encendió. Había atado un cabo importante.

«Ole Miss.»

Abrió los ojos.

—Y he oído hablar de su... situación. Me alegro de que esté fuera. Me parecía una gran injusticia.

—Eso me parecía a mí también —repuso secamente Melvin.

McClellan prestó atención a Bogart de nuevo.

—Entonces ¿no puede decirme nada?

—Estamos investigando ciertos hechos del pasado que puede que tengan que ver

con un caso más reciente.

McClellan asintió en silencio.

—Mire, no voy a hacerle perder el tiempo, agente Bogart. Soy un hombre ocupado y sé que usted también lo es. Estoy al corriente de que ha estado preguntando por el atentado con bomba contra la iglesia de 1968. Como sabrá, no se arrestó a nadie por él. Muy frustrante. Cuando me uní al cuerpo, hace muchísimos años, hice un intento de resolverlo, como todo el mundo en la policía de Cain, por lo visto.

—¿Hizo algún avance?

—No, pero no fue por falta de empeño. Es una mancha en la reputación de la ciudad, se lo aseguro. Nada me gustaría más que resolver ese caso, pero ¿después de tanto tiempo? —Se encogió de hombros—. ¿Ven alguna luz al final del túnel?

Bogart también se encogió de hombros.

—Todavía es pronto.

McClellan se volvió de nuevo hacia Mars.

—Y, puesto que el señor Mars está aquí, ¿debo deducir que tiene algún tipo de relación con el asunto?

—Eso está por ver. Tenemos un largo camino por delante y debemos parar en otros lugares.

—¿Dónde? —preguntó McClellan.

—No en Misisipí. Esto es una investigación multiestatal. Le aseguro que si necesitamos ayuda en Misisipí será usted el primero al que acudiremos.

—Bueno, no puedo pedir más.

Se levantó y lo mismo hicieron ellos. Volvieron a estrecharse las manos.

McClellan se entretuvo más con Mars.

—Me alegro de que tenga una segunda oportunidad, joven. Seguro que la aprovechará. Espero que tenga un buen futuro. Mejor que el pasado. Simplemente, mire hacia delante, no hacia atrás. Le irá bien.

Mars lo miró de un modo extraño pero asintió.

Salieron de la comisaría y volvieron al coche.

Jamison se estremeció.

—Vale —dijo—. Ha sido muy educado, así que, ¿por qué tengo la sensación de que acabo de estar con un sociópata?

—Y quiere que me centre en el futuro, no en el pasado —comentó Melvin.

—Me parece que ese mensaje iba dirigido a todos nosotros —dijo Decker.

—También nos ha dejado claro que en esta ciudad no pasa nada que él no sepa —dijo Bogart.

—Y Pierce le habrá contado que estamos haciendo preguntas. Seguramente mandará unos cuantos matones a interrogar a la pobre señora Ryan y ella les contará lo de los Tres Mosqueteros. Entonces sabrá que está en el punto de mira —dijo Jamison.

—Tendré que traer más agentes. Aquí me siento expuesto —dijo Bogart.

—No tendríamos que haber empezado tan fuerte —comentó Jamison—, pero no sabíamos que uno de los principales implicados era el obseso jefe de policía.

—A lo mejor podemos sacar ventaja de esta situación —dijo Decker.

—¿Cómo? —le preguntó Bogart.

—Mandemos el perro a levantar la liebre.

—¿Cómo propones que lo hagamos? —inquirió Bogart.

—Nos veremos en el hotel —dijo Decker. Les dio la espalda y volvió a entrar en la comisaría.

Pocos minutos después, Decker estaba otra vez sentado en el despacho de McClellan.

El policía lo estudió.

—No se ofenda, hijo, pero me parece un poco bajo de forma para ser del FBI.

—Tendría que haberme visto antes de ponerme a régimen —dijo Decker, y luego guardó silencio, observando atentamente al jefe de policía.

—¿Hay algo más de lo que quiera hablarme? —le preguntó McClellan—. Sus amigos ya se han ido, ¿no?

—Tienen que comprobar otras cosas, pero me ha parecido que debía volver a hablar con usted.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—De los Cuatro Mosqueteros.

—¿Perdón?

—De los Cuatro Mosqueteros.

—Dirá usted de los Tres Mosqueteros. Como en la novela. ¿O me he perdido algo?

—Yo estaba pensando en algo más de por aquí e incluyo a Charles Montgomery como el cuarto Mosquetero.

—¿A quién?

—Usted jugó al fútbol para Ole Miss, ¿verdad? Porque él estaba en el equipo en la misma época.

—No sabría decirle. Hace mucho de eso. Las cosas se olvidan.

—Pero usted no tiene que preocuparse por él. Ha muerto. El estado de Alabama lo ejecutó. Aunque estoy seguro de que ya lo sabe.

—No lo sabía, no.

—Puedo haberme equivocado.

—Diga.

—Los Tres Mosqueteros, como pone en el anuario del instituto de Cain. Usted, Danny Eastland y Thurman Huey. A la ofensiva, dos laterales y el *quarterback*. Huey era el *quarterback*, usted y Eastland los laterales. ¿Les iba bien así?

—Danny era más bien un defensa. El que corría era yo. Pero ganamos dos campeonatos estatales seguidos. Y, en Misisipí, el fútbol va solo por detrás de ir a la iglesia como pasatiempo.

—Seguro que sí. En todo caso, los Tres Mosqueteros. Amigos para siempre.

—No entiendo dónde quiere ir a parar con todo esto.

—Inténtelo. ¿Fue idea suya que Montgomery pasara conduciendo borracho para que los agentes de guardia tuvieran una excusa para perseguirlo y poder hacer ustedes su trabajito sucio? ¿O fue del *quarterback* Huey? Porque esa era la función de Montgomery: la de conductor borracho que distrajo a los policías que vigilaban la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color de

Tuscaloosa y luego los que había en la iglesia, aquí, en Cain.

McClellan le dedicó una mirada compasiva.

—Me temo que está diciendo tonterías. ¿Necesita que le hagamos un test de drogas?

Decker se arrellanó y adoptó a propósito una expresión pensativa, aunque en realidad no tenía mucho en lo que pensar. Sabía exactamente cómo irían las cosas.

—Aunque tal vez el cuarto Mosquetero no fuera Montgomery sino Roy Mars, o comoquiera que se llamase, a pesar de que Chucky fuera la distracción en ambos atentados con bomba. Usted conocería a Roy por su verdadero nombre, no por el falso. El nombre de pila empieza por «A» y el apellido por «C». Es lo único que sé. —Hizo una pausa antes de soltar el mazazo—. No me dijo cómo se llamaba en realidad cuando nos conocimos hace poco.

La única reacción visible del jefe de policía a esto fue un leve tic facial que Decker no le había notado previamente.

Amos fingió estar desconcertado.

—Lo siento. A lo mejor no sabía que sigue vivo. ¿Lo de Texas? Una cortina de humo. Le costó a Melvin veinte años de su vida por algo que no había hecho.

McClellan se humedeció los labios.

—¿Me está diciendo que ese tal Roy sigue vivo?

—Vivito y coleando. Me puso un cuchillo en el cuello mientras dormía. Un tipo formidable, capaz de matarte sin pestañear. Pero usted tenía que saber que sigue vivo, o al menos debería haberlo supuesto cuando Montgomery confesó para sacar a Melvin de la cárcel. La única razón que tenía para hacerlo era que Roy lo hubiera sobornado. Y Roy no podía haberlo sobornado estando muerto. Los Tres Mosqueteros no iban a pagar para sacar a Melvin de la cárcel.

—En realidad no sé de qué demonios me está hablando. Me parece que ya lo habíamos dejado claro.

—No se preocupe. No llevo micrófono. Seguramente sería ilegal que lo intentara. Pero quiere que siga hablando, ¿no? —Decker se incorporó para levantarse—. ¿O quiere que me vaya? Usted decide.

McClellan abrió los brazos.

—Siempre es mejor saber de más que no saber lo suficiente.

—Eso me parecía que pensaba usted —dijo Decker, volviendo a acomodarse—. En cualquier caso, jefe, él tiene los triunfos. Sé que no quiere oírlo, pero los tiene. Después de tantos años vuelve para dejarlo con el culo al aire. Sé que no debe ser fácil para usted.

—¿Los triunfos?

—Una prueba contundente. No hay límite de jurisdicción para un asesinato. Ya lo sabe.

—Sí que lo sé, pero estoy un poco perdido. —Soltó una risita—. Es usted demasiado rápido para mí.

—No he venido a pedirle que confiese. Eso no va a pasar. Se hará el tonto hasta que le pongan la inyección letal.

McClellan tomó un sorbo de la taza.

—Me he perdido otra vez, amigo. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Amos Decker. ¿Sabe que jugué al fútbol para el Ohio State? Melvin me derribó cuando jugamos en la Universidad de Texas. Fue la mejor carrera que he visto jamás, y he jugado con algunos muy buenos. —Se inclinó hacia delante—. La cuestión es, jefe, que cualquier día Melvin me plantaría los tacos en la cara por su viejo.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué, hijo?

—Porque tiene conciencia. Su viejo no. Es evidente que creía que ustedes lo joderían. Y luego, cuando lo localizaron en Texas y fueron tras él, le costó todo lo que tenía. Tuvo que pegarle un tiro en la cara a su mujer, a la única persona a la que había amado. Mandó a la cárcel a su hijo, aunque eso no fue nada en comparación con perder a Lucinda. Ahora Roy solo piensa en vengarse. Y cuando me puso el cuchillo en el cuello me dijo lo que iba a hacerles a todos ustedes.

—¿Lo hizo?

—Tengo hipertimesia. ¿Sabe lo que es?

McClellan negó con la cabeza.

—Ni idea. Suena a algo aumentado.

—Significa que tengo memoria fotográfica. No olvido nada, nunca. Así que, para mí, el tiempo no cura todas las heridas. Porque lo recuerdo todo tan claramente como en el momento en que sucedió, haya pasado el tiempo que haya pasado.

—No parece agradable.

—Es un verdadero asco.

—¿Y?

—Puede que Roy Mars sea como yo, pero en lo que respecta a un solo recuerdo: el de su mujer. El tiempo no le ha curado esa herida. Tiene que culpar a alguien y los culpa a ustedes tres. Y eso no conviene a su futuro bienestar.

—Perdone, hijo, pero ¿me está amenazando?

—Es el jefe de policía, pero afróntelo, esta es una ciudad rural. Roy puede pillarlo cuando se esté tomando una cerveza en un bar de mala muerte o preparando hamburguesas en la barbacoa, y sin despeinarse. Danny Eastland quizá sea un hueso más duro de roer porque es rico, pero acabará cayendo, porque ni siquiera una montaña de dinero significa nada si te persigue un psicópata como Roy. Luego está Thurman Huey, el gran congresista. Ni siquiera él tendrá protección a menos que sea elegido portavoz de la Casa Blanca. Así que *bang-bang-bang*. Y verá: la principal ventaja que tiene Roy Mars es que le importa un bledo morir. En realidad creo que quiere morir, aunque no antes de terminar la partida.

—Así que considera esto una partida, ¿verdad?

Decker se levantó.

—No, de hecho. No más que las personas de esa iglesia o de la Asociación

Nacional para el Progreso de las Personas de Color cuando ustedes, gilipollas, los mandaron al otro mundo de un bombazo.

—Está haciendo acusaciones muy graves. Puedo denunciarlo por difamación.

—Cuando haya hecho el papeleo, también será la siguiente víctima de Roy y estará descansando en la morgue. Eso o nosotros tendremos suficientes pruebas para convertir una demanda por difamación contra mí con un caso de pena de muerte contra usted.

Decker se acercó a la puerta, pero volvió sobre sus pasos.

—Ah. Una cosa más. Roy Mars asesinó a la mujer de Charles Montgomery. No hace falta que sepa por qué, pero lo hizo. Y el arma que eligió fue un artefacto explosivo tan sofisticado que la policía no encontró ni rastro de él. *Bum*. Adiós, señora. Así de fácil. Parecido a lo de la iglesia, ¿verdad? Me pregunto si no fue él quien preparó los explosivos aquella vez también. En tal caso, ese hombre sabe lo que se trae entre manos, vaya que sí. —Eché un vistazo a su alrededor—. A lo mejor ya ha colocado una bomba aquí dentro, o en su coche, o en su casa.

—¿Qué diablos quiere de mí?

—Esta es la cuestión, jefe. No quiero nada de usted. Nada en absoluto.

Abrió la puerta y salió.

—¿Qué has conseguido? —le preguntó Bogart a Decker.

Estaban los dos sentados en la habitación del primero, en el hotel de la plaza de Cain.

Decker apuró una Coca-Cola y se enjugó los labios.

—Le he dicho lo que le he dicho. No va a quedarse de brazos cruzados. Hará algo: una llamada telefónica, mandar un correo electrónico, subirse al coche, tomar un avión.

—¿De verdad crees que va a derrumbarse? Me ha parecido un tipo bastante duro.

—Le he dicho que uno más duro incluso iba tras él.

—¿Roy Mars?

Decker asintió.

—¿No has notado nada en el despacho de McClellan?

—¿Dónde exactamente?

—En su foto de la pared.

—Había muchísimas. Lo he visto en una con Thurman Huey, si te refieres a eso.

—No. Me refiero a una que faltaba.

—No te entiendo.

—Hay una foto que ya no está en esa pared. ¿No has visto la marca que ha dejado?

—¿Por qué iba a quitar una foto?

—Solo por un motivo —dijo Decker—. Habríamos reconocido a quien sale en ella.

—¿Quién demonios puede ser?

—No lo sé.

Bogart lo miraba fijamente.

—¿Por qué será que no te creo?

—Y hay algo más. McClellan intentó hacerse el sorprendido, pero sabía que Roy sigue vivo. Me refiero a ciencia cierta, no que lo supusiera.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero McClellan está a punto de cometer un error. Solo tenemos que estar presentes cuando lo haga.

—¿Y si en lugar de eso, él y sus amigos juntan fuerzas y nos ponen trabas?

—Es otra posibilidad.

—Ojalá hubieras consultado conmigo tu estrategia antes de ponerla en práctica.

—Solo intentaba aprovechar la ocasión. ¿Qué sabemos por ahora?

—He pinchado sus teléfonos y sus conexiones de Internet. Tengo a los agentes locales siguiendo sus movimientos. Si va corriendo a ver a otro Mosquetero o le manda un *e-mail* lo sabremos. Pero, de momento, nada.

Decker consultó la hora. Era tarde.

—Creo que nos hace falta dormir un poco.

Melvin Mars daba vueltas en la cama cuando sonó el teléfono, a las dos de la madrugada. Lo cogió y miró la pantalla: «En el coche dentro de diez minutos. Tenemos que hablar. Decker.»

—Mierda —murmuró.

Se puso la ropa y salió de la habitación, que no estaba demasiado lejos del aparcamiento. Localizó el coche y miró a su alrededor.

—¿Mellow?

Melvin se quedó helado. Se volvió despacio.

Su padre estaba a pocos pasos, al lado de otro coche aparcado.

—¿Cómo has...?

—Conseguí tu información de contacto del teléfono de tu amigo cuando irrumpí en su habitación del motel. Tendría que usar contraseña. Has supuesto que el mensaje era de Decker porque he usado su nombre.

—Papá, ¿qué demonios estás haciendo?

—Aquí no. Vamos a dar una vuelta. —Le indicó que subiera al coche.

Mars retrocedió un paso.

—Vamos, Mellow, si quisiera hacerte daño podría haberlo hecho en cualquier momento.

—¿Adónde vamos?

—Solo a dar una vuelta. Luego te traeré de regreso. Te lo prometo.

—¿Con vida o muerto?

—Te lo prometo, Mellow. No te haré daño. Supongo que ya hice un buen trabajo.

Mars echó un vistazo a su alrededor y luego se acercó a su padre. Subieron al coche y Roy salió marcha atrás a la carretera principal y aceleró.

No había estrellas. El cielo se estaba nublando y la carretera estaba desierta.

Mars miraba a su padre.

—¿Cojeas?

—Sí. Me hago viejo. —Miraba a su hijo mientras conducía—. Debes odiarme, Mellow. Si no me odias es que estás mal de la cabeza.

—Trato de entender por qué hiciste lo que hiciste.

—Ya se lo conté al gordo.

—Sí, él me lo contó a mí. En parte, no todo. Seguramente para proteger mis sentimientos.

Roy soltó una carcajada.

—Yo no tengo ese problema.

—Mataste a mamá.

Roy se puso serio.

—La mataste, ¿verdad? Le disparaste en la cara con mi escopeta.

—El cáncer le corroía el cerebro. No teníamos dinero para tratamientos. Los médicos nos dijeron...

—¿Dónde fuisteis a que le diagnosticaran la enfermedad?

—A México. Tu madre y yo pasamos tiempo allí. Tenían un tratamiento experimental, pero nada para ayudarla. Y no queríamos que nadie de aquí lo supiera, por si acaso.

—Decker me dijo que era posible que hubiera estado esclavizada en Cali y que robara esa tetera de plata cuando escapó.

—Entonces el gordo tiene cerebro. No era exactamente una esclava, pero tampoco era libre. Tenían muchísimo dinero. Le daban de comer, tenía un techo sobre la cabeza, pero... no era libre para marcharse. Además, no eran precisamente amables con ella.

—¿Y cómo consiguió escapar?

—Así fue como nos conocimos. Yo estaba allí por trabajo. Los que tenían a tu madre conocían a la gente para la que yo trabajaba. Tenían problemas con los coches. Fui a arreglárselos. Vivían en un puto castillo, tenían Rolls-Royces y Bentleys, no habían trabajado un solo día en su vida. Cuando llegué me enteré de la situación de tu madre. Estuvimos hablando. Luego hicimos planes. Después me la llevé.

—¿Los mataste?

Roy lo miró.

—¿Te importaría que lo hubiera hecho?

Mars miró por la ventanilla.

—Nos llevamos la tetera, pero no para venderla. Ya sabes que la conservamos. Tu madre quería simplemente tener algo suyo, por todo lo que le habían hecho.

—¿Cómo pudiste matarla, papá?

A Roy se le crispó la cara. Sacó el coche de la carretera, apagó las luces y lo detuvo.

—¿Crees que me levanté una mañana y decidí pegarle un tiro en la cabeza? ¿Es eso? —le gritó a Melvin.

—Lo que sé es que lo planeaste meticulosamente. Mataste a un tipo e hiciste que pareciera que tú también habías muerto. Y luego me hiciste caer en una trampa. En lugar de jugar en la liga de fútbol me pasé media vida entre rejas. Estuvieron a punto de ejecutarme.

—No iba a permitir que te mataran, Mellow.

Mars descargó los puños con tanta fuerza sobre el salpicadero que lo abolló.

—¡Me llamo Melvin, joder!

En el silencio que siguió solo se oía la respiración de los dos hombres.

—Vale, Melvin, todo lo que has dicho es cierto. Maté al tipo. Tu madre cambió el historial dental. La maté. Quemé los cadáveres. Conseguí que la chica y el encargado del motel hicieran lo que hicieron. Te rompí el coche. Te incriminé. Fuiste a la cárcel por mi culpa.

—¿Por qué? ¿Por qué me hiciste eso?

—Era el lugar más seguro para ti. Tu madre opinaba lo mismo.

—¡Y una mierda! —rugió Mars.

Roy sacó el arma, pero, en lugar de apuntar a Mars, la dejó en el asiento, entre ambos.

—Entonces coge la pistola, apúntame a la cabeza y aprieta el puto gatillo, Mellow. Si tienes huevos.

Mars miró el arma, incrédulo. Luego la cogió despacio y apuntó a su padre.

—Mierda, ni siquiera sabes sostener bien una pistola. No es una escopeta. Usa la mano dominante para sujetar la culata y la otra de sostén, incluso a esta distancia. Demonios, da igual, desde donde estás sentado no vas a fallar. Sin embargo, te ensuciarás las manos de sangre y sesos, literalmente.

Roy volvió la cabeza para mirar por el parabrisas, silbando una melodía muy bajito.

—Creo que quieres que te mate —dijo Mars.

—En parte sí. Se acabó. Estoy cansado, Melvin. Ha pasado mucho tiempo y ha sido todo malo.

—¿Y los Tres Mosqueteros?

Esta vez Roy soltó una carcajada tremenda.

—Ya veo que has ido a hablar con McClellan. ¿Cómo está el viejo Roger? Le gusta vestir de uniforme, con todas esas medallas. Cuando se graduó en Ole Miss obtuvo varios aplazamientos para Vietnam. Thurman y Danny también. Sus papás se ocuparon de ello. En cualquier caso, estaban demasiado ocupados matando negros para luchar contra el Vietcong. Y el Vietcong devolvía los tiros. Una diferencia considerable.

—¿Tú estuviste en Vietnam?

—¿Vas a dispararme o no?

Mars bajó despacio la pistola y volvió a dejarla en el asiento, entre ambos.

Roy lo miró con desdén y se la metió en la sobaquera.

—Estabas en la casa. Nos salvaste del incendio —le dijo Melvin.

Roy se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Porque pareces la clase de persona a la que no le importa demasiado que la gente muera.

—Era nuestra casa. La casa de tu madre, la mía. No tenían derecho a estar allí. Y le dije al gordo que te cubriría las espaldas.

—Por eso lo hiciste todo, ¿verdad? ¿Y lo de la ESPN?

Roy se encogió de hombros.

—Eras muy famoso, Mellow. Iba a suceder el día menos pensado. Tu madre rezaba todas las noches para que no pasara, pero en el fondo sabíamos que algún día nuestras plegarias no serían escuchadas. Y ese día llegó.

—¿Se pusieron en contacto con vosotros? ¿Os amenazaron?

—Digamos que nunca dejan que la hierba les crezca debajo de los pies.

—Pero ¿no te sometiste a cirugía plástica? ¿Y esa cicatriz?

Roy se rio.

—No tenía ni un céntimo. Esa cicatriz es de una pelea por una chica.

—¿Qué chica?

—Tu madre. Tenías razón. Maté a los que la tenían. A todos. Se lo merecían.

—¿Y aun así mamá se fue contigo? ¿Con un asesino?

—No me lo preguntarías si hubieras visto cómo la trataban.

—Creía que habías dicho que no era para tanto.

—Te he mentado. Era un infierno. Era la criada y la puta de la familia. Incluso se la prestaban a los invitados.

—¿Mataste a Regina Montgomery?

—Era estúpida. Solo tenía que esfumarse. Pero incluso antes de que frieran a su marido ya estaba comprando y lo jodió todo.

—¿Por qué acudiste a los Montgomery, para empezar?

—Es evidente, ¿no? Para evitar que te ejecutaran.

—Permitiste que estuviera veinte años en la cárcel.

—Pero no iba a dejar que te mataran.

—¿Por qué?

—Porque le prometí a tu madre que no lo permitiría.

—No te entiendo. No sé quién demonios eres.

Roy se volvió hacia él.

—Lo único que necesitas saber es que amaba a tu madre más que a nada en el mundo. Sacrifiqué cuanto tenía por ella. Habría hecho cualquier cosa por ella.

—¡La mataste!

—¡Porque me lo pidió! —gritó Roy.

De repente el coche parecía demasiado pequeño para que cupieran ambos. Mars miraba por el parabrisas, incapaz de volverse hacia su padre.

—Y eso hice —dijo Roy, con un nudo en la garganta—. Porque siempre hacía lo que me pedía. Incluso eso. —Miró a su hijo—. No fue la única que murió esa noche, porque yo también.

—Y me metiste en la cárcel.

Roy se frotó la cara.

—Te habrían matado, puedes estar seguro.

—Porque creen que tengo lo que había en esa caja de seguridad.

El rostro de Roy se endureció.

—¿Otra vez Decker? Es listo el puñetero. Tendría que haberle rajado el cuello cuando tuve ocasión.

—«Chocha» —dijo Melvin.

Roy se lo quedó mirando.

—¿Qué?

—Me refiero a hacer como las comadreas. Hacerse el muerto, como hiciste tú.

—Como te he dicho, mejor la cárcel que la tumba. Esos tipos no se andaban con chiquitas. Disparaban primero y te hablaban después.

—¿Pusiste la bomba en la iglesia y en la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color? ¿Lo hiciste?

—Te estás pasando de listo.

—Es una simple pregunta. ¿Sí o no?

—¿Qué? ¿Quieres una confesión?

—Eran criaturas, papá. De un coro.

Roy apartó la cara.

—No tendrían que haber estado allí. El ensayo del coro duró más, supongo.

—Pero, aun así, lo hiciste.

—Esa parte no estaba en mis manos.

—Vale, entonces ¿eres completamente inocente?

Roy soltó una carcajada.

—Nunca me oirás decir eso.

—Decker le ha contado a McClellan que vas tras él. Para asustarlo.

—¿En serio? Como si yo pudiera hacer una mierda.

—¿De verdad? ¿No fue por ellos que tuviste que matar a mamá? Quiero decir, si hubieras tenido las pelotas para acabar con ellos por ese entonces...

Roy se miró las manos.

—No era tan sencillo.

—Pero ¿por qué no me lo cuentas, papá? Me has traído aquí. Es evidente que querías hablar. Así que, ¿por qué no me cuentas cómo es posible que un hombre que se casó con una mujer negra a la que amaba más que a su propia vida formara parte de un grupo que hacía volar por los aires niños negros? ¿Por qué no me lo explicas?

—Es muy sencillo. Era un gilipollas racista, exactamente igual que McClellan y sus amigos.

—¿Lo eras?

—Hasta que conocí a tu madre.

—¿Y qué? ¿Tus tendencias racistas se desvanecieron?

—No, pero nunca volví a hacer daño a ningún negro.

—¡Me lo hiciste a mí! Soy negro. Me robaste la vida. A tu propio hijo.

Roy se volvió hacia Melvin.

—La cuestión es, Mellow, que no eres mi hijo. Tu madre estaba embarazada cuando la rescaté.

Melvin se quedó mirándolo.

—¿No eres mi padre? —consiguió decir por fin.

—No, no lo soy.

—Entonces ¿quién es?

—Un capullo que violó a tu madre una y otra vez, hasta que lo obligué a parar,

rebanándole el cuello.

Mars se quedó en el aparcamiento, viendo cómo se alejaban las luces traseras del coche. Empezaba a llover. Nunca se había sentido tan desconectado del resto de la humanidad. Era como si hubiera pasado una epidemia y él fuera el único que seguía respirando. De hecho habría recibido con gusto la absoluta soledad. No quería volver a hablar con nadie jamás.

Cuando se desvanecieron definitivamente las luces, fue como si alguien le hubiera cortado la circulación sanguínea. Cayó al asfalto, primero de rodillas y luego boca abajo.

Pensaba en tantas cosas a la vez que no era capaz de procesarlas. Ni siquiera podía intentarlo. Tenía náuseas. Los brazos y las piernas no le obedecían.

Se quedó allí tendido un rato, hasta que la lluvia arreció.

Por fin se levantó y se dirigió a trompicones a su habitación. Se derrumbó en la cama y se quedó tendido sin moverse. Pasó una hora. Se levantó despacio y se sentó en el borde de la cama.

Su padre no era su padre.

Era un asesino.

Lo había incriminado en un asesinato. Le había costado veinte años de su existencia.

Su vida era una pura mierda.

Salió de su habitación y llamó a la puerta de Decker. Tras unos cuantos gruñidos y varias protestas ahogadas la puerta se abrió.

—¿Qué haces levantado tan temprano? —le preguntó Amos. Luego le vio la cara y enseguida lo dejó pasar.

Mars se sentó y le contó lo que acababa de pasarle.

Decker no dijo nada hasta que hubo terminado.

—Lo siento, Melvin.

—No quiero tu compasión. Lo que quiero es llegar al fondo de esto.

—Bueno, eso intento.

Mars alzó la vista despacio.

—¿Tú sabías que no era mi padre?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque por lo visto siempre lo sabes todo, por eso. Y bien, ¿lo sabías?

Decker no le respondió.

—¡Decker!

—¿Eso importa?

—Sí.

—Vale. Lo sospechaba.

—¿Por qué?

—Nunca te dijo que te quería.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Nos lo dijiste tú, cuando estabas hipnotizado. Además, te colgó los asesinatos, Melvin. No conozco a muchos padres capaces de hacer eso. Lo que hizo con Montgomery lo hizo por tu madre. Y cuando dijo que no había incriminado a su hijo lo decía literalmente. Tú no eras su hijo. Sin embargo, nada de esto es problema tuyo. Es problema de él.

—A mí no me lo parece.

—Quizás ahora no. —Decker cambió de postura en el asiento y de tema—. ¿De dónde venía, tienes alguna idea?

—No me he fijado en eso.

—¿Qué más puedes decirme?

—Le he contado que has amenazado a McClellan y a esos tipos con que mi pa..., quiero decir, con que Roy Mars iría tras ellos.

—¿Y qué ha dicho él?

—Que no le preocupan esos tipos.

—¿Y tú te lo has creído?

—Bueno, puesto que me ha mentido acerca de casi todo, no sé si creérmelo.

—Yo no me lo creo. A lo mejor antes le daban igual, pero ahora no.

—¿Por qué?

—Me ha parecido un tipo a quien no le gusta perder. Los Tres Mosqueteros quieren lo que Roy tenía. Y harán lo que sea para conseguirlo. Incluso matar a Roy. Y a ti. Y a nosotros. Así son las cosas. Y no creo que Roy se quede de brazos cruzados. ¿Te dijo algo acerca de lo que tenía sobre ellos?

Mars negó con la cabeza.

—Pero estaba en la caja de seguridad. De eso estoy seguro.

—¿Los ayudó a poner la bomba en la iglesia?

—No me lo ha dicho. Pero me ha dicho que era un gilipollas racista como los demás.

—¿Hasta que conoció a tu madre?

—Mierda, Decker. ¿Eres capaz de leer el pensamiento o qué?

—Es bastante sencillo, Melvin. Un tipo que sigue siendo racista no se casa con una negra.

—Bueno, es verdad —dijo Mars débilmente—. Ha dicho... Ha dicho que mató a mi verdadero padre. Que era un violador.

—Sí, ya lo has dicho.

—Así que tengo un padre violador y un padrastro asesino.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? No has escogido ninguno de esos dos caminos.

—Esto todavía no ha terminado.

—Y vamos a sacarte de esta, Melvin.

Mars cabeceó.

—No creo que ni siquiera tú seas tan bueno. Estoy jodido. Por lo que sé, Texas va a encontrar el modo de volver a meterme entre rejas. Puede que la cárcel sea el lugar que me corresponde.

—Si realmente lo crees, ve a entregarte.

—¿Qué?

—La autocompasión no me va, Melvin. Nunca he tenido tiempo para autocompadecerme y tú tampoco lo tienes. Me dijiste que estabas conmigo en esto. No quiero que te lo replantees. Es una pérdida de tiempo para los dos.

—Tú no endulzas ninguna píldora, ¿verdad?

—No tengo el cerebro configurado para eso.

—Eres afortunado.

—Te sorprendería de lo poco afortunado que soy a veces.

—Es como si hubiera estado viviendo con un extraño todos estos años. El hombre que creía ser y al que no conocía en absoluto.

—La cuestión es, Melvin, que conocías a tu madre. Y ella lo amaba. Su amor no era un fraude. Y su amor consiguió que un individuo como Roy hiciera cosas que no habría hecho normalmente. Como salvarte de la ejecución. Así que puede que él no te quisiera. No era tu padre. Creo que tu madre sentía el suficiente amor por ti para compensarte por todo eso.

Mars se quedó callado un momento.

—Creía que habías dicho que no tenías el cerebro programado para estas cosas.

—Entiendo el amor y lo que puede hacer por amor la gente, Melvin. Cosas buenas y cosas malas. Da igual lo mucho que haya cambiado mi cerebro; eso siempre lo entenderé.

Decker estaba sentado en el borde de la cama. Fuera todavía estaba oscuro y Mars había vuelto a su habitación. Amos le había dicho que no contara a nadie de momento lo que había pasado.

No estaba seguro de por qué no quería que lo hiciera, pero algo le olía mal.

¿Debían ir a Tuscaloosa? ¿Desde cuándo sabía que la respuesta al misterio estaba allí mismo?

Los Tres Mosqueteros.

McClellan, Eastland y Huey.

Tenía la sensación de saber la verdad. Solo que no tenía modo alguno de demostrarla. Necesitaba pruebas. Por lo visto, Roy Mars tenía de sobra. El único inconveniente era que no podía llegar hasta él. Además, aunque hubiera podido, ¿cómo convencerle de que entregara lo que tenía? Mars también era un asesino. Sabían que había matado a Regina Montgomery. Prácticamente le había confesado a Melvin su participación en los atentados con bomba. Si lo pillaban pasaría en la cárcel el resto de su vida. A lo mejor se enfrentaría a la pena de muerte.

No tenía ningún incentivo para cooperar. Aunque le ofrecieran un trato, no había modo de que no incluyera una buena temporada en la cárcel. Y a la edad de Roy eso equivalía a una sentencia de por vida. No creía que el espabilado Roy lo aceptara de buena gana.

Así que los Tres Mosqueteros se convirtieron de repente en los Tres Intocables.

Sin embargo, no podía dejarlo. Había que culpar a esa gente por lo que había hecho. Le daba igual cuántos años hubieran pasado. Los muertos seguían estándolo por culpa de sus actos. Además, los asesinos habían tenido una vida profesionalmente exitosa y, en el caso de Eastland, de riqueza.

Lo meditó un rato más.

El contenido de la caja de seguridad. Era imposible que Roy lo llevara encima constantemente. Habría sido demasiado fácil perderlo si lo atrapaban.

Tenía que haberlo dejado en el lugar donde estuviera viviendo.

Por otra parte, debía tenerlo a mano.

Eso reducía las posibilidades, aunque no demasiado.

Seguían quedando montones de posibles escondites.

No lo tenía en la casa. Demasiado peligroso. Muchos ojos la vigilaban. Y después se había producido el incendio.

Así que, ¿dónde?

Rebobinó los recuerdos hasta su única conversación con Roy Mars. Repasó todos y cada uno de los comentarios, todo lo que habían dicho. Luego tuvo en cuenta lo que Roy le había contado a Melvin, buscando algo que le sirviera.

No es que creyera que Roy había incluido a propósito una especie de código de referencia para el escondite en sus palabras. Tenía que ser algo más sutil.

Incluso involuntario.

¿Había algo?

Si lo había, no lo encontraba.

Y todavía no sabían nada de los secuestradores de Davenport. ¿Por qué secuestrar a alguien sin ningún motivo?

Bueno, nadie lo hacía. Tenía que haber una razón, pero si no era para presionarlos o por una recompensa, ¿qué razón podía haber?

Tampoco encontró respuesta para eso.

Así que volvió a la primera pregunta. ¿Debían ir a Tuscaloosa? Verían dónde había estado la oficina de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Montgomery había estado allí, lo sabían. ¿Había depositado su fianza un cómplice o un mandado de uno de los Tres Mosqueteros?

No podían demostrarlo porque los archivos habían desaparecido hacía mucho. Ni siquiera tenían nada que presentar ante un tribunal. No podían obtener tampoco una orden de registro. Además, de todos modos, ¿qué habrían buscado?

Los tres culpables se irían de rositas.

Decker se tumbó en la cama, tan deprimido como hacía tiempo que no estaba.

Sonó el teléfono.

Miró la hora.

Las seis y cinco.

Era Bogart. Le notó la voz tensa.

—Me han ordenado que vuelva a Washington con todo el equipo.

—¿Por qué?

—El FBI quiere construir una nueva sede. El edificio Hoover está que se cae a pedazos.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Por lo visto el Congreso ha preguntado por qué si el FBI quiere que se le asignen nuevas instalaciones estamos al mismo tiempo, cito literalmente, «malgastando el dinero de los contribuyentes en investigaciones innecesarias». Así que me han pedido que vaya a testificar y han cerrado esta investigación.

—El Comité de Medios y Arbitrios, supongo.

—Al parecer Thurman Huey es más sutil. Ha sido un subcomité, de innumerables que hay. Él no aparecerá en este asunto, en absoluto. Tendrá las manos limpias. Sin embargo, debo ir.

—Entiendo.

—¿Hay algo que deba saber antes de marcharme?

Decker no sabía si contarle la conversación de Melvin con Roy. ¿De qué iba a servirle a Bogart? Tenía que ir a Washington D. C. para salvar su carrera. Que se centrara en eso.

—Nada. Buena suerte.

—Creo que te hace falta más suerte a ti que a mí, Decker. Lo lamento. No hago

más que entrar y salir del caso.

—Así son las cosas.

Decker cortó la comunicación y se recostó de nuevo.

Había empezado el contraataque de los Tres Mosqueteros.

Huey había disparado su andanada.

Se preguntó qué estarían tramando McClellan y Eastland.

En cuanto a su plan de hablar con ellos, acababa de salirle el tiro por la culata.

A más no poder.

—¿Se ha ido?

Jamison miró fijamente a Decker. Estaban sentados a una mesa del comedor del hotel.

Decker asintió. Mars estaba a su lado.

—Ha sido por Huey. —Amos miró a Mars—. Cuéntale lo de anoche.

Mars no tardó ni dos minutos en contárselo.

—Vale, así que Roy no va a ayudarnos —dijo ella cuando Melvin hubo terminado—. Han echado al FBI del caso. No tenemos ninguna prueba. Por tanto, estamos en la boca del lobo sin protección alguna.

—¿Quieres irte de la ciudad? —le preguntó Decker.

—No lo sé. ¿Tú qué quieres hacer? Y no me digas que averiguar la verdad, porque eso ya lo sé. Me refiero a qué hacer hoy, ahora mismo, de hecho. Y seguir con vida no estaría mal.

—Tiene razón —dijo Mars.

—Si pudiéramos averiguar lo que tiene Roy... —Se le iluminó la cara—. Melvin, ¿dónde está enterrada tu madre?

—No está enterrada. La incineraron y esparcimos sus cenizas.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Yo estaba presente, Decker. Las esparcí. Eso fue antes de que me arrestaran. Hice lo mismo con las de mi pa..., bueno, del tipo que creía que era mi padre. Claro que ahora sabemos que no eran las suyas, sino las del individuo al que él había asesinado.

Mars se quedó callado, mirando el plato. No había tocado la comida.

Decker se frotó la barbilla bajo la mirada atenta de Jamison.

—Alegrad esa cara, chicos —comentó.

Vieron que Mary Oliver se acercaba tirando de una maleta con ruedas. Se sentó en la cuarta silla y se frotó la cara.

—He salido antes de que amaneciera. Luego he hecho tres transbordos y aquí estoy. Evidentemente, todavía no me he registrado en recepción. —Los miró a los tres—. ¿Dónde está el agente Bogart?

—Los han llamado a él y a su equipo a Washington —dijo Jamison.

—¿Otra vez? ¿En serio?

Jamison negó con la cabeza.

—Ojalá no lo fuera.

—¿Alguna noticia de Davenport?

—No han pedido rescate. Nada —le respondió Decker.

Oliver cogió una tostada del montón que había en el plato del centro de la mesa y la untó de mantequilla.

—Perdón, no había ni cacahuets en ninguno de los vuelos. Además, dicho sea de

paso, los aviones eran tan pequeños como mi coche. —Mordió la tostada y suspiró.

—¿Qué tal van los aspectos legales? —le preguntó nervioso Mars.

Ella lo miró compasiva.

—No creo que debas preocuparte por eso, Melvin. Por lo que sé la fiscalía de Texas ha decidido que eres un nido de avispas que no quiere tener cerca. Al menos de momento. Si fueran a intentar algo tendrían que habérmelo notificado.

Melvin suspiró aliviado.

—Vale, al menos eso es bueno.

Oliver lo estudió.

—¿Qué pasa, Melvin?

—¿A qué te refieres?

—Te conozco desde hace el tiempo suficiente para saber cuál es tu estado de ánimo. Hay algo que te preocupa.

—Anoche lo visitó su padre —le dijo Jamison.

—Que no es mi padre.

Oliver se atragantó con la tostada.

—¿Qué?

Mars se lo explicó.

Oliver parecía afectada.

—Dios mío. Nunca habría pensado... Quiero decir que... —Le tocó una mano a Mars—. Es horrible.

—Y, además, implica que Roy no tiene ningún incentivo para ayudarnos —dijo Decker.

—Un momento. Me hace falta información. ¿Qué han descubierto hasta ahora?

Mars y Jamison miraron a Decker, que carraspeó.

—Tenemos unos cuantos sospechosos, pero ninguna prueba contra ellos.

—¿Quiénes son?

—El jefe de policía de aquí, para empezar —le dijo Jamison—. Roger McClellan.

—¡El jefe de policía! Un momento. ¿De qué delitos estamos hablando exactamente?

—De los atentados con bomba de los años sesenta.

Oliver estaba perpleja.

—Me he perdido por completo. ¿Atentados con bomba?

—Hemos seguido algunas pistas. Nos hemos enterado de algunas cosas. Sin embargo, seguimos sin tener pruebas —dijo Decker.

Se acercó la camarera para preguntarle a Oliver si quería café.

—Sí, y que sea muy fuerte —le dijo ella.

La mujer sonrió y cogió la taza de Oliver.

—Deja que te la cambie por otra, cariño; esta está sucia.

—Gracias.

Decker se encogió, como si lo hubieran abofeteado.

—«Cambie por otra» —murmuró.

Oliver se volvió hacia él, que recuperó inmediatamente el aplomo.

—¿Creen que pueden conseguir las pruebas?

—Tenemos algunas vías para conseguirlo, pero no será fácil.

La camarera volvió y sirvió café recién hecho a Oliver y a los demás.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Oliver cuando se marchó—. Si son temas legales, seguro que puedo.

Decker asintió.

—Gracias. Puede muy bien llegar el caso.

—La clave será encontrar lo que había en la caja de seguridad de Roy Mars —dijo Jamison—. Creemos que será una prueba más que suficiente.

—Y, puesto que se reunió con Melvin, sabemos que anda por aquí cerca —comentó Oliver.

—Que andaba por aquí cerca —la corrigió Decker—. Puede que ahora esté muy lejos. Sobre todo si se subió a un avión.

Mars los miró a todos.

—No estoy seguro de que debamos continuar con esto.

Todos lo miraron.

—Melvin —le dijo Oliver—, tenemos que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Para corregir errores del pasado? Según mis cuentas han asesinado a una madre y dejado huérfano a su hijo por culpa de nuestra investigación. El tipo que creía que era mi padre es un asesino implacable. Mi madre se estaba muriendo de cáncer antes de que él le volara la cabeza. Decker, Milligan y yo estuvimos a punto de perder la vida en un incendio provocado por esos gilipollas. ¿Y esos delitos de los años sesenta? No digo que no quiera pillar a los bastardos responsables de ellos, pero ¿a qué precio? ¿Serás tú la siguiente a la que asesinen, Mary? ¿O Alex? ¿O Decker?

—Todos nos apuntamos a esto —le dijo Decker.

—Bueno, yo no. Pienso que a lo mejor tendría que seguir con la vida que me quede.

Sin darles tiempo a decir nada, Mars se levantó y se fue.

—Está amargado y frustrado —comentó Oliver—. Hablaré con él.

—Déjelo, de momento —le recomendó Decker—. Ha tenido que soportar golpe tras golpe. Los golpes son acumulativos. Me sorprende que no se haya derrumbado.

—Es fuerte —dijo Oliver.

—Va a tener que serlo. Todos vamos a tener que serlo.

Una vez más, Decker se despertó de un sueño profundo.

En esta ocasión el hombre llevaba una máscara. Le cubría la boca con una mano enguantada. El otro llevaba una pistola semiautomática y le había puesto la boca del cañón en la sien.

Era un despertar infernal.

—Tienes que escuchar lo que voy a decirte —le dijo el primero en voz baja—. Asiente si lo has entendido.

Decker asintió.

—Tienes dos opciones. Una, abandonar lo que estás haciendo y volver a casa. Tu amigo está fuera de la cárcel y seguirá estando fuera. Nos ocuparemos de eso. No seguirás adelante. ¿Has entendido la primera opción?

Decker asintió de nuevo.

—La segunda opción es seguir investigando. Las consecuencias serán que empezarás a perder a la gente próxima a ti. Primero a Jamison, después a Oliver. No será agradable, pero, sin duda, sucederá. No volveré a pedírtelo. Un paso más y morirán. Luego morirás tú. ¿Entiendes las consecuencias de la segunda opción?

Decker asintió por tercera vez.

Entonces notó un pinchazo en el cuello, puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Al cabo de un rato le temblaron los párpados y los abrió.

Se incorporó tan deprisa que sintió náuseas. Creyó que vomitaría, pero después de respirar varias veces profundamente se le asentó el estómago. Se frotó la zona del cuello donde le habían puesto la inyección. Una sustancia potente. Lo había dejado fuera de combate en un segundo.

Puso despacio los pies en el suelo y se levantó. Al principio se tambaleó, pero recuperó el equilibrio. Fue al baño y se mojó la cara.

Comprobó la hora.

Eran las seis de la mañana.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente.

De lo que estaba seguro era de que quien hubiera estado allí hacía mucho que se había marchado.

Se sentó otra vez en el borde de la cama.

Dos opciones. Dos opciones bien distintas.

Gruñó y se tapó los ojos con una mano.

Se quedó sentado un rato hasta que se decidió.

Se vistió, fue hasta la habitación de Mars y llamó a su puerta.

—¿Sí? —respondió Melvin inmediatamente.

Por lo visto Mars ya se había levantado. A lo mejor ni siquiera se había ido a dormir.

—Soy Decker. Tenemos que hablar.

Mars abrió la puerta y Amos entró. Ambos se quedaron frente a frente, en el centro de la habitación.

—Mira —empezó Melvin—, sé que te lo prometí, pero eso fue antes de que el caso tomara por el derrotero de los años sesenta. No es solo porque Roy ronde por aquí. Y solo con él la cosa ya es bastante mala. Tenemos a unos asesinos pisándonos los talones, Decker.

—Lo sé. Acaban de estar en mi habitación.

Mars se lo quedó mirando en silencio.

—¿De nuevo?

Decker le comunicó las dos opciones.

—Entonces ¿dejas el caso?

—No, pero quiero que los tres os vayáis de aquí inmediatamente. Hablaré con Bogart y le contaré lo que ha pasado. Él podrá proporcionaros protección hasta que todo esto acabe.

—Hasta que te maten, querrás decir.

—No veo el futuro, Melvin.

—A mí me parece que está meridianamente claro. Tú sigues con el caso, ellos se te cargan.

—La elección es mía.

—¿Por qué estás dispuesto a morir por esto? Ni siquiera es asunto tuyo.

—Sí que lo es, porque he elegido hacerlo mío.

—No te entiendo, hombre, de verdad que no.

Decker se sentó en una silla y lo miró fijamente.

—Es por la programación radiofónica, Melvin.

Mars se dejó caer en el borde de la cama.

—Vaya, eso lo aclara todo, ¿no?

—Iba conduciendo desde Ohio para incorporarme a mi nuevo trabajo en Virginia. Por algún motivo puse la radio. Y justo en ese preciso momento empezó la historia.

—¿Qué historia?

—La tuya, Melvin. Un minuto antes o después y nunca la habría escuchado. Y nada de lo que ha pasado desde entonces hubiera sucedido.

—Entonces ¿crees en el destino?

—No, creo en no ignorar lo que tengo delante de las narices.

—Te han dicho que te matarán.

—Y eso me da esperanzas.

—¿Has perdido la cabeza?

—A menos que estén asustados, ¿por qué tenían que amenazarme?

—Eres tú quien debería estar asustado.

—Y lo estoy. Lo estaba cada vez que salía al terreno de juego o que hacía mi ronda cuando era policía. Aun así, eso no me impedía hacer mi trabajo.

—Entonces ¿te quedas?

—Me quedo, sí.

Mars suspiró y echó un vistazo a su alrededor. La habitación era pequeña, pero posiblemente todas las respuestas que necesitaba estaban allí.

—Vale, yo también.

—Tú no te quedas, Melvin. Has malgastado veinte años. No quiero que por mí malgastes el resto de tu vida.

—Bueno, tú mismo lo has dicho. La elección es mía. Ya han intentado matarnos una vez. Y eso me cabreó mucho. Y cuando me cabreaba en el estadio era cuando hacía las mejores jugadas. Lo llamaba caos controlado.

—Debías estarlo cuando jugaste contra nosotros.

—Sí. En la segunda jugada tu placador me dijo que corría como una chica.

—Siempre fue un imbécil.

—Me quedo, Decker. Si me marcho ahora y te pasa algo, tendré que vivir con ello el resto de mi vida.

—¿Por? No es que seamos precisamente amigos desde siempre.

—Pero has arriesgado la vida por mí. Has descubierto verdades acerca de mi pasado de las que nunca me habría enterado. Ahora no puedo abandonarte.

Decker asintió despacio.

—Jamison y Oliver no van a tomárselo bien.

—Lo harán si les dices que Bogart quiere que vuelvan a Washington D. C. para trabajar en el caso desde otra perspectiva mientras nosotros nos quedamos aquí.

—¿Y crees que se lo tragarán?

—Si le cuentas a Bogart lo que te ha pasado esta noche creo que será capaz de llegar a ese acuerdo con ellas. A lo mejor Mary vuelve a Texas para ocuparse de mi demanda. Hacerlo le parecerá perfectamente natural. Y Jamison que vaya a Washington. Podemos acompañarla al principio para que no sospeche.

—Buen plan. Y si la cosa se complica, usa tu táctica del caos controlado.

—La tengo a punto y a mano.

—Es el último tiempo del partido, Melvin.

—Cuando hacía siempre mi mejor jugada.

—Me parece que va a hacernos falta todo lo que puedas aportar.

—Nadie querría cambiarse por mí. Apuesto a que ni siquiera tú.

Decker se lo quedó mirando.

—¿Qué? —preguntó finalmente Mars.

—Otra vez esa palabra. La camarera del restaurante también la usó.

—¿Qué palabra?

—Cambiar. Cambiar una cosa por otra.

—Cambiar una cosa por otra. ¿De qué nos sirve eso?

—Créeme, nos sirve. De hecho, lo cambia prácticamente todo.

—¿Qué demonios hacemos aquí, Decker? —dijo Jamison.

Habían tomado un vuelo a Washington D. C. y se encontraban en un sobrio despacho de la sucursal del FBI en la ciudad.

Él le indicó las carpetas esparcidas sobre el escritorio.

—Trabajando en otro caso —le contestó.

—Pero ¿por qué?

—Porque hemos llegado a un callejón sin salida en el otro. No digo que no lo retomemos, pero, de momento, nos centraremos en otra cosa.

—¿Y qué hay de Mary Oliver?

—Está otra vez en Texas, ocupándose de los asuntos legales de Melvin. Queda más papeleo por hacer y él necesita ese dinero. Si no, no tendrá nada.

—¿Y Melvin? ¿Dónde está?

—Por ahí.

Ella se arrellanó y cruzó los brazos a la altura del pecho con terquedad.

—No puedo creer que te hayas rendido —le dijo.

—No me he rendido. —Tras una pausa, añadió, resignado—: Me amenazaron, en mi habitación del hotel, en Misisipí. Un tipo enmascarado con una pistola. Dijo que si no nos retirábamos del caso nos matarían a todos. A ti, a mí, a Melvin, a Davenport, a Oliver, al joven Montgomery, a todos.

Jamison se inclinó hacia delante.

—Mierda. Entonces ¿esa gente tiene a Davenport? ¿Se lo has dicho a Bogart?

—Sí, pero tiene las manos atadas. Huey se ha ocupado de ello. Está atrapado aquí.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Nada?

—Ahora, nada. Sin embargo, puede que más adelante...

Jamison miró los expedientes que tenía delante.

—Ninguno de estos casos es tan interesante como el que estábamos resolviendo.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos que ser listos.

Ella le lanzó una mirada.

—Si estás preocupado por mí, sé cuidarme. Tengo un arma.

—De hecho estoy más preocupado por Melvin y Mary Oliver.

—Así que esos criminales ganan. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Por ahora ganan, sí, pero es una partida larga, Jamison, y nunca he sido cortoplacista.

Decker se reunió con Bogart aquel mismo día, más tarde.

—Me quedaré aquí varias semanas preparando a nuestros agentes más veteranos para testificar ante el Congreso. Me han retirado del trabajo de campo oficialmente durante ese tiempo.

—Entonces ¿Huey está nervioso?

—Puede que eso no sea bueno.

—No es bueno si creen que podemos probar la acusación de asesinato contra ellos.

—Te amenazaron en tu habitación del hotel, Decker. Esa gente no se anda con chiquitas.

—Estoy de acuerdo, pero todavía no tenemos ninguna prueba.

—Es posible que nunca tengas ninguna.

—Si podemos llegar hasta Roy Mars, la tendremos.

—Seguramente está en un país con el que no tenemos tratado de extradición.

—Todavía nos queda una posibilidad.

—La posibilidad de que mueras es mayor. Te aconsejo que te retires y que dejes que el asunto se enfríe. No puedo darte protección. —Bogart miraba a Decker intensamente—. Pero, claro, no vas a seguir mi consejo.

—Eso no significa que no sea bueno o que no te agradezca que me lo hayas dado, porque es bueno y te lo agradezco. Sin embargo, no. No puedo. Esos individuos son unos asesinos. Tienen que pagar por lo que hicieron. Así de sencillo.

—¿Y si para conseguirlo pierdes la vida?

—¿Qué agente de la ley no tiene que plantearse esa misma pregunta a diario? Pero se ponen el uniforme y salen por la puerta.

—Pero tú ya no eres policía.

—Sigo sintiéndome policía.

—¿Y Mars?

—Está conmigo en esto.

—¿Te parece una postura inteligente?

—Ya es mayorcito. No puedo hacer nada para impedirselo. Además, estaremos más seguros juntos que cada uno por su lado. Dos viejos jugadores placando cada uno en bien del otro.

—Tu plan inicial de que siguiéramos a McClellan si trataba de ponerse en contacto con los demás ya no es válido ahora que nos han apartado del caso.

—Ya lo sé. Tendremos que enfocarlo de otro modo.

—¿Y quieres que mantenga aquí a Jamison?

—Te lo agradecería. No tiene ni idea de lo que me propongo.

—Mientras vosotros dos os ponéis en peligro. Muy propio de los años cincuenta, me parece. Jamison no es precisamente una damisela en apuros.

—No lo es, no.

—¿Entonces?

—Pues que es así como quiero hacerlo. Jamison, a pesar de su reputación, no es policía.

—Mars tampoco.

—Pero es más duro que tú y yo juntos. Para serte sincero, me siento mejor teniéndolo cerca. Y tiene más interés en este asunto que nadie. Además, está decidido

a estar presente hasta el final.

—¿Músculos contra armas? ¿Quién crees que va a ganar?

—¿Músculos contra cerebros? ¿Quién crees que va a ganar?

—Tienes un plan, entonces.

—Tengo un plan.

—¿No deberías compartirlo, por si las cosas se tuercen?

—No puedo.

—¿Por qué demonios no?

—Porque no es del todo legal y no quiero meterte en un lío.

—¿Al menos puedes decirme en qué se basa?

—Sí. Se basa en un cambio que tuvo lugar.

Bogart lo miró con suspicacia.

—¿Qué significa exactamente eso?

—Significa eso exactamente.

Lo de los Tres Mosqueteros estaba justificado.

En un avión privado, nada menos.

Era de Danny Eastland o, más bien, de la compañía que había levantado en su mayor parte con los contratos de defensa gubernamentales. Al principio habían sido de mil dólares en tornillos para alas o de un millón en ruedas. Ahora eran más bien contratos de *software* y plataformas de contrainteligencia de mil millones de dólares cada uno.

El avión de Eastland era más grande desde que él se ocupaba más de la informática que de las armas. Los costes de fabricación eran mucho menores y la capacidad de aplastar al Tío Sam bajo un billón de *bytes* de mentiras era incluso mayor.

Los tres hombres eran septuagenarios. Cumplían años con un intervalo de dos semanas. Habían sido superestrellas en Cain, los tres ciudadanos más conocidos que habían salido de aquella pequeña población.

Eastland, el megacapitalista.

Huey, el gran político.

McClellan, el eterno policía.

Eran los únicos pasajeros del G5. Los dos pilotos estaban en la cabina, detrás de una puerta cerrada.

McClellan sirvió una copa para cada uno y los tres, sentados alrededor de una mesa de caoba pulida inmensa, se miraron.

Tenían mala cara. El cuerpo había empezado a marchitárseles. Todos disfrutaban de estupendos cuidados médicos, así que les quedaban diez o incluso veinte años más de vida, aunque tal vez no todos buenos. Eso lo entendían perfectamente.

Las jovencitas todavía iban detrás de Eastland, pero solo por el dinero. Su tercera esposa le había costado tanto que era reacio a volver a casarse. Se centraba en sus negocios y, cuando le hacía falta sexo, conseguía una mujer, la pagaba y adiós muy buenas. Le iba bien así. Tenía tres hijos de tres esposas y todos ellos lo habían decepcionado. Eran unos remilgados, porque él había hecho fortuna siendo joven. No tenía nietos. Por lo visto los inútiles de sus hijos no eran capaces ni de eso. Llevaba cierto tiempo preguntándose a quién legar su fortuna.

Thurmna Huey era viudo. La que había sido su esposa durante más de cuarenta años había perdido su larga batalla contra el cáncer de mama el verano anterior. Su consuelo eran sus cuatro hijos y sus doce nietos, y también una elegible mujer de influencia en Washington D. C. que acababa de perder a su marido, con el que había estado casada tres décadas. Sin embargo, su mujer era irremplazable. Se sentía perdido sin ella, pero tenía que ocuparse del control de gastos del país, lo que le resultaba más y más difícil a medida que con cada ciclo electoral llegaba más gente al Congreso más decidida a poner impedimentos que a gobernar. Podría haber

renunciado al cargo hacía años y ganado una fortuna como activista de un grupo de presión o como asesor. Su trabajo habría consistido únicamente en hacer llamadas, asistir a comidas y cenas y dejar que los jóvenes hicieran el trabajo duro. Pero no había renunciado. Esperaba morir haciendo lo que hacía. Creía que realizaba un buen trabajo para el país. Era lo único que le quedaba.

Roger McClellan vestía de civil. Era el más pobre de los tres, porque como policía de una población pequeña no cobraba demasiado. La mujer con la que se había casado hacía más de cuarenta años vivía aún, pero se había divorciado de él hacía quince. Por «diferencias irreconciliables», que estaba siendo el término más usado en las separaciones. Si su ex hubiera alegado abusos físicos durante años en los papeles del divorcio habría sido más precisa. Lo mismo habían sufrido sus hijos. Se habían hecho mayores, se habían ido cada uno por su cuenta y no habían vuelto jamás. ¿Para qué?

McClellan había sido temperamental desde muy joven. Cuando perdía una jugada en un partido de fútbol del instituto o universitario (porque había ido a Ole Miss y jugado al fútbol allí también), sus colegas Mosqueteros tenían que impedirle atacar a los jugadores del equipo victorioso.

Huey tomó un sorbito de su copa. Eastland tomó un buen trago.

McClellan apuró la suya de golpe y se levantó para servirse otra.

Cuando volvió a sentarse, Huey carraspeó.

—Estoy convencido de que ya ha pasado lo peor. El FBI está oficialmente fuera del caso y han vuelto a Washington D. C.

Eastland asintió, pero McClellan miró a sus amigos como si acabaran de decirle que la Tierra era plana.

—Eso es una gilipollez, Hugh —dijo.

Hugh era el sobrenombre que solo ellos usaban.

Eastland cabeceó.

—No estoy de acuerdo, Mac. Han vuelto a Washington con el rabo entre las piernas.

—¡Y un cuerno! Yo estuve en mi despacho oyendo a ese gordo...

—Decker —dijo Huey.

—Ese gordo... —prosiguió McClellan—. Insistió una y otra vez en que nos tenía pillados y que no necesitaba nada para meternos entre rejas. Vosotros dos no lo oísteis, pero yo sí, os lo aseguro. Ese hombre nos la tiene jurada. Yo he mirado a muchos delincuentes en estos años, vosotros no. He visto otras veces esa mirada. Ese hombre nos la tiene jurada.

—Eso es ilusorio por su parte —dijo Huey—. Sé de buena tinta que la investigación ha sido cerrada oficialmente.

—¡De buena tinta! —replicó McClellan, incrédulo—. En Washington D. C. eso no existe.

—He hecho que los míos de inteligencia lo comprobaran, sin decirles nada, claro,

por supuesto, y han llegado a la misma conclusión.

—¿Son los mismos de inteligencia que creían que en Iraq había armas de destrucción masiva? —retrucó McClellan—. Porque si lo son, yo no pondría la mano en el fuego por tu dichosa inteligencia.

Huey se indignó.

—Mac, por favor, no crees problemas donde no los hay. No tienen pruebas. No tienen modo alguno de obtenerlas.

—Te olvidas de Aaron Callahan alias *Roy Mars*. Él tenía la prueba. Y el imbécil sigue vivo.

—Nos lo dijeron, pero no tenemos ninguna prueba evidente de ello —comentó Huey.

—¿Quién diablos, a no ser su padre, habría sacado a ese chico de color de la cárcel? ¿Cómo demonios pudo casarse Callahan con una mujer de color? No lo entiendo. Era uno de los nuestros.

—Nunca fue de los nuestros —dijo Eastland—. Lo trajimos y le pagamos. Nunca creyó en nuestra causa. Solo quería el dinero.

—Pensaba igual que nosotros —insistió McClellan—. Pensaba como debería pensar un blanco. Eso opino yo.

—¡Y si no hubieras ido por él cuando viste ese reportaje en la ESPN no estaríamos en esta situación! —le gritó Eastland—. ¿Nunca has oído decir eso de que «no levantes la liebre»? Llevaba décadas sin revelar nuestro secreto, Mac. Vas tú a sacudir el avispero y mira cómo estamos.

—Yo no voy a cargar con la culpa. Tú ganaste dinero a espaldas y tienes abogados estupendos para defenderte. Si Mars hubiera hablado, habrías podido luchar. Yo no. Me he pasado la vida protegiendo a la ciudadanía, Danny, mientras tú te hacías cada vez más rico y Hugh conseguía su gran despacho en Washington D. C. Así que disculpad por querer salvar el culo. —McClellan estaba tan furioso que por un momento pareció que iba a saltar sobre la mesa para atacar a Eastland.

Dándose cuenta de ello, Huey se apresuró a intervenir.

—Vale, vamos a tranquilizarnos y a pensar las cosas. No podemos perder la cabeza. Venga, Mac. El enemigo no somos nosotros.

McClellan siguió taladrando a Eastland un momento, pero luego volvió a sentarse.

—Digamos que está vivo —dijo Huey—. ¿Por qué iba a confesar ahora? Él también iría a prisión.

—Dios mío, chicos —exclamó McClellan—. Habéis subido tan alto que uno diría que tenéis más cabeza. No tiene que presentarse ante la policía. Solo tiene que mandar lo que tiene por correo electrónico al *New York Times*. O a la CNN. O al Departamento de Justicia. Sabéis perfectamente lo que tiene. Nos lo robó. Fuimos estúpidos fabricando toda esa mierda que prueba lo que hicimos.

—Podría haberlo hecho en cualquier momento de los últimos cuarenta años —

comentó paciente Eastland—, y no lo hizo.

—Y si esta vez no levantamos la liebre, como ha sugerido Danny, saldremos de esta incólumes —añadió Huey.

—Y todo seguirá como siempre —dijo Eastland—. No sacudas la barca. McClellan cabeceaba.

—No lo entendéis, chicos. No habéis visto la mirada de Decker. Y he investigado un poco acerca de él. Fue un buen policía en el Medio Oeste. Le pidieron que trabajara en una nueva fuerza del FBI. Pero olvidad eso. Sé interpretar la mirada de un hombre. Como solía interpretar la de un *quarterback* en el campo de juego. ¿Quién hizo más intercepciones que yo en la competición del instituto los últimos tres años? ¿Eh? ¿Quién? ¡Decídmelo!

—Nadie —repuso con cansancio Eastland—. Mac, el jugador polivalente, capaz de jugar como defensa y de atacar.

—Exacto. Y os digo que este tal Decker no va a rendirse tan fácilmente.

—Sí, nos lo has dejado bastante claro —dijo Huey.

—¿Qué quieres que hagamos exactamente, Mac? —le preguntó Eastland—. Dilo claro.

McClellan se terminó la copa y meditó su respuesta.

—En los viejos tiempos la respuesta habría sido obvia.

Eastland miró a Huey, que miraba fijamente a McClellan.

—¿Sugieres que, qué? ¿Que lo hagamos volar por los aires? Eso fue hace cincuenta años, Mac. Son otros tiempos y un lugar muy distinto.

McClellan descargó un puñetazo sobre la mesa.

—Entonces nuestro estilo de vida estaba amenazado e hicimos algo. No nos quedamos de brazos cruzados. Ahora nos amenazan de nuevo. Y yo digo que tenemos que hacer algo. El mundo no ha cambiado tanto. De hecho, noto que el péndulo vuelve al punto de partida. Hay indicios por todas partes. La gente quiere recuperar su país. Los políticos lo pregonan. Se aprueban leyes. Caray, Hugh, tú lo ves desde tu puesto. La gente no quiere aguantar más esta mierda. Y ya es hora. Para las futuras generaciones de estadounidenses al menos.

Huey miró por la ventanilla del avión las nubes blancas que sobrevolaban.

—Lo que hicimos entonces fue una estupidez. Éramos unos jóvenes exaltados. Fue un error.

—No lo dirás en serio —dijo McClellan.

Huey lo miró.

—Lo digo muy en serio. Soy abogado. Soy congresista desde hace más de tres décadas. Soy el presidente del que es seguramente el comité más importante del Congreso.

—Bla, bla, bla —ironizó McClellan, balanceando la copa vacía—. Ahora mismo eso no significa nada. ¡Mierda! Así que no me vengas con esas, don Arrogante.

—Soy el presidente ejecutivo de una empresa que cotiza en Bolsa, Mac —dijo

Eastland—. Ya no estamos en los años sesenta. Hugh tiene razón, ya no somos unos jóvenes gamberros con la cabeza llena de pájaros.

McClellan los señaló con el dedo.

—Esa actitud es la que ha llevado a este país al sumidero en el que está. Lo malo pasa cuando los buenos hombres no hacen nada.

Eastland intercambió otra mirada con Huey.

—Siempre hemos decidido las cosas por votación, ¿verdad? —dijo este último.

—Cierto —convino Eastland.

—Pues yo voto que, a menos que la situación cambie, nos retiremos y no demos ningún otro paso.

—Lo secundo —dijo Eastland.

McClellan los fulminó con la mirada.

—Os habéis convertido en un par de auténticos maricas, los dos —dijo al cabo de un momento demasiado largo.

—Estamos siendo prácticos, Mac —le contestó Huey—, y ya hemos votado. ¿Respetarás esta votación?

—Lo haré. De momento. Pero si la situación cambia, ¿respetaréis el hecho de que matemos a esos hijos de puta?

Al ver que los otros dos no decían nada, se alteró.

—¿Lo haréis? ¿O volveréis a votar y a huir con el rabo entre las piernas?

—Si la situación cambia, actuaremos —dijo Eastland.

Huey asintió.

—Los mataremos, querrás más bien decir —lo corrigió McClellan.

—Si hace falta, sí —repuso Eastland—. No iré a la cárcel por aquello. Fue hace demasiado tiempo y creo que lo he compensado. Hemos hecho mucho bien en este mundo.

—Amén a eso —dijo Huey—. Toda una vida al servicio de los demás equilibra las cosas. Incluso las cosas que hicimos —añadió—. Cincuenta años de vida honesta versus unas cuantas acciones exaltadas que ahora lamentamos. He ayudado a mucha gente a lo largo de los años. Tengo la conciencia tranquila. Dios me ha perdonado, lo creo de veras.

—Yo opino lo mismo. He dado millones para obras benéficas. He intentado que el mundo sea un lugar mejor. Incluso he financiado programas para niños negros y mexicanos. Les he tendido la mano. Sabes que en muchos casos sus padres están en la cárcel. Es muy triste. Pero me he reconciliado con mi pasado. Me siento satisfecho de en quién me he convertido. Todo el mundo comete errores de juventud, como hicimos nosotros. Pero hemos saldado la deuda, por así decirlo.

—Puede que vosotros lamentéis el pasado, pero yo no. ¡Qué va! —les espetó McClellan.

—Deja de hablar así —le dijo Eastland, cansado—. Corren otros tiempos. No puedes ser jefe de policía, ni siquiera en Misisipí, y decir estas cosas. Simplemente,

no puedes. Piénsalas, si quieres, pero ¡por Dios bendito, no las digas!

—¡Claro! La puta corrección política de la policía —protestó McClellan—. No me digas que te estás convirtiendo en uno de esos gilipollas.

—Te estoy diciendo que el mundo ha cambiado —le dijo Eastland—. Varios de los generales con los que trato son negros. Mi director financiero es negro. Incluso tengo un amigo íntimo negro.

—Y en mi comité hay negros —añadió Huey—. Y en representación de Misisipí estoy completamente seguro de que hay un montón de negros. No estoy de acuerdo con muchas de las cosas que quieren, que son fundamentalmente fondos gubernamentales, pero ahí están y no van a irse.

—Apuesto a que también los queréis —le dijo McClellan con desprecio—. Los queréis tanto como si fueran blancos.

—Claro que no —le respondió Eastland—. Pero tenemos que tratar con ellos. Esa es la cuestión.

—Hicimos los que debíamos —dijo Huey—. Por desgracia, perdimos. Tenemos que aceptarlo. Seguimos pensando igual, pero tenemos que actuar de otra manera. Si no, yo perdería mi escaño y Danny su empresa. Ahora es mucho más difícil, Mac. Ya lo sabes. Tenemos que cambiar nuestro modo de comportarnos. Debemos tenerlo en cuenta. Y yo lamento la matanza. Había otras maneras de hacer entender nuestros puntos de vista. No teníamos que matar, a los niños no, en cualquier caso. Todavía pienso en ello.

—Si tu viejo te oyera —le dijo McClellan, asqueado—, se revolvería en la tumba. Era un hombre que sabía lo que quería. Les das una mano y te cogen el brazo entero. Y los niños de color crecen hasta convertirse en adultos de color. Y ahora son los maricas y las lesbianas. Y esos anormales, los transexuales. ¿Me estás diciendo que así es América? ¿En serio?

—Si las condiciones cambian —dijo Eastland—, te prometo que actuaremos. Tengo los recursos necesarios. Se hará.

—Yo también quiero estar presente. —McClellan miró a Huey—. Aunque dudo que nuestro intrépido congresista quiera. Ya tiene demasiado que perder para hacer lo debido, ¿verdad, Hugh?

Se sirvió otra copa mientras Huey y Eastland permanecían sentados como estatuas. Alzó el vaso lleno en un brindis.

—Joder, muchachos. Cumplamos por lo menos con las formalidades. ¡Por los Tres Putos Mosqueteros!

Los otros dos alzaron el vaso con renuencia.

McClellan apuró el suyo de un trago y lo tiró al suelo alfombrado.

—Y demos un beso de despedida a los buenos y viejos Estados Unidos de América. —Señaló con el índice a Eastland—. Pero cuando las condiciones cambien, que cambiarán, el gordo es mío. Me amenazó en mi propio despacho. Nadie hace eso y se larga tan tranquilo. Así que Decker es mío. ¿Entendido?

—Todo tuyo, confía en mí —le dijo Eastland.

—¿Estás seguro de que no está aquí? —preguntó Mars.

Miraban la modesta casa de Roger McClellan. Estaba en un terreno muy arbolado junto a un camino rural de grava, a unos veinte minutos del centro de Cain, Misisipí.

—Está en una convención de jefes de policía, en Jackson. No volverá hasta mañana.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Cuento con los recursos del FBI.

—¿Tiene sistema de alarma? —inquirió Mars, nervioso.

—No. Ese tipo es el jefe de policía. ¿Quién iba a allanar su casa?

—Bueno, por lo visto nosotros.

—Yo lo haré. Tú quédate en el coche.

—No. Iremos más deprisa si entramos los dos.

—¿Estás seguro?

—No, pero vamos.

Bajaron del coche y, rápidamente, cruzaron el camino y fueron hacia la parte posterior de la casa. Decker iluminó la cerradura con la linterna.

—Es una cerradura sencilla. No vamos a necesitar el armamento pesado. Sostén esto.

Insertó una ganzúa en la cerradura y la fue moviendo hasta que la puerta se abrió. Entraron y Decker cerró.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Mars.

—En el despacho de McClellan faltaba una foto.

—Vale.

—Eso es lo que buscamos.

—Pero ¿qué demostrará esa foto?

—Demostrará que realmente hubo un cambio.

—¿Qué significa eso?

Decker lo miró de un modo extraño.

—Primero vamos a buscarla y luego ya hablaremos.

—¿Por qué iba a estar aquí?

—McClellan es desconfiado. El tipo tiene un plan. Estoy seguro de que cuando se enteró de que estábamos en Cain quitó la fotografía, porque su estrategia era invitarnos y tener con nosotros una «charla». Cuando nos fuimos no devolvió la foto a su lugar.

—¿Por qué? ¿Creía que irrumpiríamos en la comisaría para intentar robársela? ¿Está loco?

—No, porque el hijo de puta es un paranoico. Ni siquiera confía en su propia gente. Y tampoco quería destruirla. Para él, eso habría sido una derrota. Se la trajo a casa.

Registraron la planta baja de la casa.

—Caray —dijo Mars cuando terminaron con los libros de la estantería—, el tipo vive en el pasado, desde luego. Todos estos libros hablan de la supremacía de la raza blanca, de la supresión de la gente como yo, de armar a los blancos para que recuperen su país.

—No sabía que lo hubiéramos perdido —comentó Decker.

—Curioso.

—En realidad no. Muchos de estos libros los han escrito en los últimos cinco años. Así que por lo visto sigue habiendo lectores que añoran los «viejos tiempos».

Mars cabeceó.

—¿Alguna vez superaremos esto?

—No sabría decirte. Solo quiero la foto. Vamos al piso de arriba.

Arriba solo había tres habitaciones. Un baño, un dormitorio y el despacho de MacClellan, de unos cinco metros cuadrados con estantes llenos de libros y revistas. Encima de un escritorio de pino nudoso había un ordenador con un diario negro al lado; un globo terráqueo con una línea telefónica cerca y anticuadas plumas en una caja de vidrio. Una hoja de papel secante y un abrecartas de plata completaban el conjunto.

Decker estudió el ordenador mientras Mars hojeaba el diario.

—¿Algo de utilidad? —le preguntó Amos.

—¿Crees que contiene una confesión firmada? No. No son más que estupideces. Casi todas estupideces enfermizas. Sus ideas acerca de cómo debería ser el mundo. ¿Y sabes qué? Los de mi color no tienen cabida en él. —Dejó el diario y se puso a registrar los cajones.

Decker se sentó delante del ordenador y pulsó unas cuantas teclas.

—Tiene contraseña. Comprensible.

Tecleó algunas contraseñas posibles. Ninguna funcionó.

Se arrellanó y pensó en ello un momento mientras Mars empezaba a revisar el contenido de la librería.

—Página por página, Melvin, como hemos hecho abajo. Puede haberla sacado del marco y metido en una revista. —Siguió probando contraseñas—. Ya está —dijo por fin.

Mars miró la pantalla por encima de su hombro.

—¿Cuál era?

—El rey de la segregación, George Wallace, todo en mayúsculas.

—¿En serio?

—Veamos lo que nuestro buen jefe de policía hace en Internet. —Decker abrió un explorador y revisó el historial de búsquedas—. Bueno, ha estado en grupos de supremacía blanca, vigilantismo y en todas las páginas que están básicamente en contra de la diversidad, sea del tipo que sea.

—¡Menuda basura!

—Veamos ahora los correos electrónicos. —Decker se apartó de la pantalla, decepcionado—. Vale. Este tipo es muy listo o está muy anticuado, una de dos. No tiene *e-mails*. Ni siquiera encuentro una cuenta de correo electrónico.

—¿Algo más?

—El disco duro está prácticamente vacío. Seguramente lo usa más que nada para buscar estupideces de sus camaradas intolerantes.

Decker apagó el ordenador y ayudó a Mars a buscar en los libros y las revistas de la estantería. Al cabo de una hora los habían repasado página por página sin encontrar nada.

—Espero que no hayamos violado un domicilio para nada, porque si nos pillan volveré a la cárcel y tú acabarás en prisión también.

—Si nos pilla McClellan, ir a la cárcel será un paseo en comparación con lo que nos hará él.

—Es verdad.

Decker echó un vistazo a su alrededor.

—Hemos buscado por todas partes.

—Bueno, es posible que no esté aquí. Puede tenerla en otro escondite.

—Tal vez, pero algo me dice que a este individuo le gusta tener las cosas a mano, en casa.

—Hemos buscado en todos los sitios donde se puede meter una foto.

Decker le lanzó una mirada penetrante.

—No puedes esconder un objeto tridimensional en otro plano, pero lo contrario sí que es posible, ¿sabes? —Tocó el globo terráqueo.

—No lo entiendo.

—No me parece que McClellan sea un hombre de mundo. Hay demasiada diversidad en este planeta, así que, ¿por qué tiene esto encima del escritorio, al alcance de la mano? ¿Para ver dónde vive la otra mitad de los habitantes del planeta? No lo creo. —Se inclinó hacia el globo terráqueo para estudiar su superficie. Pasó un dedo por el ecuador, empujando y tirando con las uñas. Luego empezó por el círculo ártico y bajó hacia el sur, hasta que detuvo el dedo cerca de la parte inferior de Groenlandia—. Dame ese abrecartas.

Mars se lo tendió.

Decker insertó con cuidado la punta en una pequeña fisura del globo terráqueo. Hurgó en ella con delicadeza.

—¡Se ha abierto! —exclamó Mars.

Así era. El globo terráqueo se había partido en dos mitades metálicas, una de las cuales encajaba en la otra mediante una pestaña.

Dentro había una foto enrollada.

Decker la sacó.

—He visto que los bordes no encajaban exactamente. Ya lo han abierto otras veces. La fotografiamos, la ponemos dentro otra vez y cerramos el globo terráqueo.

No quiero que sepa que hemos descubierto su escondrijo.

Mars miraba fijamente la foto enrollada como si fuera una serpiente de cascabel a punto de atacar.

—Decker, ¿sabes quién sale en la foto?

—Creo saberlo. —La desenrolló despacio y miró la imagen.

—¿Estabas en lo cierto? —inquirió Mars.

Decker volvió la foto hacia él.

—Sí.

A Mars le cedieron las rodillas cuando vio la persona que aparecía en la imagen. Decker tuvo que agarrarlo con la mano libre para que no se cayera.

—Dios mío. Es increíble —exclamó Melvin, apoyándose en el borde del escritorio.

—Más bien lo resume todo.

—¿Qué demonios significa esto?

—Que por fin tenemos una posibilidad.

Había seis personas en la sala de reuniones de la sede del FBI en Washington: Decker, Mars, Bogart, Milligan, Jamison y Oliver.

Fue Bogart quien habló.

—Como sabéis, nos apartaron del caso para hacer, bueno, digamos que otras cosas. Sin embargo, no hemos renunciado a encontrar a Lisa Davenport. Hemos seguido trabajando en eso ininterrumpidamente.

—¿Hay alguna pista? —preguntó Jamison.

—Un par —dijo Milligan—, pero al final no han conducido a nada. No han pedido rescate. No se han puesto en contacto con nosotros de ningún modo. Es muy raro.

Mars miró a Oliver.

—¿Cómo va en los tribunales de Texas?

—Tengo buenas y malas noticias —repuso ella—. La buena es que no parece que Texas vaya a intentar encarcelarte de nuevo, como ya te dije.

—Es una noticia estupenda —terció Jamison.

—La mala es que, para compensar, van a luchar con uñas y dientes contra la demanda que he presentado por daños y perjuicios, por el ataque que sufriste en la cárcel.

—No me sorprende —comentó Decker—. Es el modo que tienen de intentar salvar la cara.

—Decker nos ha contado el encuentro que tuvo Roy Mars con Melvin y que, de hecho, Roy no es el padre de Melvin —dijo Bogart—. Creo que hay alguna relación con los Tres Mosqueteros en todo esto, incluida la desaparición de Davenport, pero sin pruebas tengo las manos atadas.

Decker se inclinó hacia delante.

—Roy confirmó más o menos nuestra teoría. Que tuvo que huir después de la pelea con sus amigos racistas, pero que tiene pruebas contra ellos. Que estas pruebas estaban en la caja de seguridad y que harán caer a varios hombres muy poderosos por los delitos cometidos hace cinco décadas.

—¿Dijo quiénes eran esos hombres? —preguntó Oliver—. Mencionaste al jefe de policía.

—Sí que lo dijo. Nuestro trabajo ahora es encontrar a Roy o conseguir esas pruebas.

—Decker, eso es lo que hemos intentado hacer hasta ahora —protestó Jamison, exasperada.

—Lo sé, Alex. Pero creo que ahora tenemos las cosas más a nuestro favor.

—¿Por qué?

—Porque es posible que tengamos un as en la manga.

—¿Puedes explicar eso? —se interesó Milligan.

—Melvin y yo estuvimos buscando y encontramos una cosa que resulta que aclara todo este caso.

—No nos tengas en ascuas, Decker —pidió Jamison.

—Prueba que realizó un cambio.

—¿Un cambio? —preguntó Milligan.

—Eso es.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Quiere decir que, en este caso, se cambió a una persona por otra. —Se sacó algo del bolsillo—. Y aquí está la prueba. —Les enseñó la copia de la foto a todos para que la vieran bien.

Alguien derribó una silla y corrió hacia la puerta.

Hacia la puerta cerrada con llave.

Mary Oliver se volvió y los miró. Su rostro era una máscara espantosa de crispación.

—¡Hijo de puta! —le gritó a Decker. Se abalanzó hacia él, pero Bogart la agarró de un brazo y la mantuvo pegada a la pared.

Milligan y Jamison estaban apabullados.

—¿Qué está pasando? —preguntó el primero.

Decker miró la foto.

—Esta foto es del jefe de policía de Cain, Roger McClellan. —Tras una pausa enfática, añadió—: Y de Mary Oliver.

Bogart levantó la silla y le ordenó a Oliver que se sentara.

Ella se puso a gritar.

—No puede darme órdenes. Quiero salir de aquí ahora mismo. Esto es una retención ilegal.

—Pero en la foto sale usted. ¡Con McClellan! —le dijo Jamison.

—¿Y qué? ¿Hay alguna ley que impide que te hagan una foto? —Se volvió airada hacia Bogart—. Si no me deja salir de aquí ahora mismo voy a interponer una demanda contra el FBI que lo dejará en la cola del paro.

—No lo creo —dijo Decker—. Como ya le he explicado antes al agente Bogart, vamos a arrestarla y a acusarla por el secuestro de Lisa Davenport.

—¿Davenport? ¿Está loco? No tiene ninguna prueba que me relacione con ese delito.

—Solo habría abierto la puerta de noche, tan tarde, a alguien a quien conocía. El escenario del crimen estaba manipulado para hacernos creer que había tenido lugar una buena pelea. Pero no era cierto.

—¿Y por qué no me cuenta qué motivos tenía yo para secuestrarla?

—El cambio. Sin Davenport, se ofreció a ayudarnos en la investigación. Representó muy bien el papel de amiga sincera, incluso fingió una pizca de culpabilidad. Pero una vez fuera de juego Davenport, estaba en el meollo de la investigación. Comunicabas los resultados de nuestro trabajo a McClellan, que

seguramente tiene hombres en Texas. Cuando planeamos visitar la antigua casa de Melvin lo llamó por teléfono. Dijo que estaba respondiendo a un mensaje de texto de un amigo de Texas que tenía que ver con la demanda de Melvin, pero yo estaba sentado a su lado y no oí que el móvil zumbara, sonara o vibrara. Usó ese pretexto como excusa para avisar a sus colegas de lo que íbamos a hacer para que se nos adelantaran y registraran la casa. Luego estoy seguro de que les mandó otro mensaje de texto para contarles lo del escondrijo en el garaje del que nos habló Melvin. Por eso ya lo habían registrado cuando llegamos.

—¡Intentaron matarnos! —dijo furioso Milligan.

—Están locos. Ni siquiera conozco a McClellan. Esa foto me la hicieron en algún evento. Se toman muchísimas fotos.

—Vamos al grano, Oliver —le pidió Decker—. No decidió aceptar el caso de Melvin. Le ordenaron que lo hiciera.

Mars la miró.

—Todas esas preguntas acerca de mi familia, de mi padre. O al menos de quien yo creía que era mi padre. Me estabas sacando información antes de que me ejecutaran. Intentabas enterarte de si sabía dónde estaba el contenido de la caja de seguridad.

—Me he matado a trabajar por ti.

—Cuando Decker me ha enseñado la foto —le dijo Bogart—, he investigado un poco. Su trabajo legal era perfunctorio. Cuando arrestaron a Melvin, fue Decker quien lo salvó en el tribunal, no usted. También he comprobado esa demanda que interpuso contra el estado de Texas a favor de Melvin. No la presentó.

—Siendo discípula de un racista de la talla de McClellan, no podía ofrecerse en serio a ayudar a un tipo negro —comentó Decker—. Pero todo esto no viene al caso. Le tenemos por secuestro. Eso son entre veinte años y cadena perpetua en una cárcel federal. Si Davenport ha muerto, es posible que se enfrente a la pena de muerte.

—¡No tienen pruebas! ¿Y la demanda de Texas? No es que este me la haya pagado, precisamente —añadió, indicando con el pulgar a Mars—. Seguramente habrá habido algún error. Me aseguraré de rectificarlo —añadió, sonriendo con suficiencia.

Decker miró a Bogart.

—Necesita que la convenzamos más.

—Hemos obtenido una orden de registro para su teléfono y sus cuentas de Internet.

—¿Basándose en qué? —gritó Oliver.

—Basándonos en el hecho de que es la confidente de uno de los principales sospechosos de nuestra investigación. Las coincidencias de este calibre no existen. El juez que nos la ha firmado está de acuerdo con nosotros.

—Había cuatro correos electrónicos largos entre usted y McClellan —dijo Decker—. Ha estado compartiendo con él nuestra investigación. Eso es obstrucción a la

justicia, desde luego. También había un texto en el que usó las iniciales LD al preguntar por el estado de la persona en cuestión. —Se inclinó hacia delante—: Ahora, si sigue creyendo que no tenemos caso contra usted, levántese e intente marcharse.

—Quiero un abogado.

—Todavía no se la ha acusado —le contestó Bogart—. Así que no tiene derecho a eso.

Oliver miró a los otros antes de dejarse caer en la silla. Le lanzó a Decker una mirada fulminante.

—¿Qué demonios quiere?

—Quiero recuperar a Lisa Davenport sana y salva. Nos ayudará a conseguirlo y también a pillar a McClellan y a sus compinches. Creo que así la fiscalía podrá ofrecerle un buen trato.

Oliver no abrió la boca.

Decker volvió a inclinarse hacia ella.

—¿Sigue viva Lisa Davenport?

Oliver no abrió la boca.

Decker se levantó de golpe.

—De acuerdo. Agente Bogart, propongo que la acuse formalmente y la arreste. Pillaremos a los Mosqueteros sin su ayuda. Se pasarán lo que les quede de vida en la cárcel. Eso o la inyección letal, incluida ella.

—Buen plan —dijo Bogart, haciendo un gesto de asentimiento hacia Milligan, que agarró a Oliver del brazo.

—Por favor, levántese.

Ella no obedeció y la levantó a la fuerza.

—Mary Oliver, queda arrestada por...

—Un momento, un momento —pidió ella, respirando agitadamente.

Todos la miraron expectantes.

—Yo... No sé si sigue viva.

—Entonces le sugiero que lo averigüe —le dijo Bogart—, y que nos diga dónde está.

—Yo... Yo no sé dónde se la llevaron. No me lo dijeron.

—No se está esforzando —le dijo Decker—. Si quiere llegar a un trato, va a tener que ganárselo. Entérese de dónde está.

—Estaremos observando y escuchando todo lo que haga y diga —le explicó Bogart—. Así que piénseselo antes de contarles a sus compinches que la hemos descubierto, porque encontraré lo que haga falta para acusarla de modo que no vuelva a ver la luz del día.

Oliver agachó la cabeza, sollozando.

—No tenemos tiempo para esto —le espetó Decker con desprecio—. Si aún no han matado a Davenport, no sabemos cuándo pueden hacerlo. Tiene que hacer algo

ahora mismo.

—Pero ¿cómo puedo enterarme? —chilló Oliver.

—Voy a decirle exactamente cómo —repuso Decker.

—¿Por qué demonios no me lo has dicho antes? —le gritó McClellan por teléfono.

—Acabo de enterarme, Roger. Te he llamado enseguida —le contestó Oliver.

—¿Hipnotizó a Mars? ¿Él le contó algo?

—Sí. Eso es lo que acaba de decir Decker.

—Y ha mencionado el contenido de la caja de seguridad. ¿Habló de eso?

—Por lo visto sí. Decker iba a reunirse con Davenport para conseguir más información, pero nos la llevamos.

—Mierda. La he tenido todo este tiempo, ¿y es posible que lo sepa? ¿Que lo sepa de verdad?

—Seguramente sí. Tienes que hablar con ella. —Tras una breve pausa, añadió—: Por favor, dime que sigue con...

—Yo me ocuparé de esto —le espetó McClellan, y colgó.

Salió corriendo de la comisaría y subió al coche.

Había una hora de trayecto en coche hasta la pequeña granja situada en medio de las cuarenta hectáreas que McClellan había heredado de su padre. Paró delante del ruinoso porche de la casa. Había otro coche aparcado.

Salió un hombre a su encuentro que se quedó en la puerta.

—He recibido tu llamada —le dijo a McClellan.

Era bajo y ancho de hombros, con manos de leñador. Llevaba una pistola al cinto.

McClellan pasó a su lado y entró en la casa. Cruzó el salón en tres zancadas y abrió la puerta del pequeño dormitorio.

Davenport estaba sentada en una silla, atada, amordazada y con los ojos vendados.

McClellan acercó otra silla y se sentó delante de ella.

Davenport se había puesto tensa al oír abrirse la puerta. Tenía la espalda rígida contra el respaldo de la silla.

Él se inclinó hacia ella y le quitó la mordaza.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Davenport se humedeció los labios y tragó saliva varias veces.

—Necesito agua.

McClellan cogió una botella de plástico de una mesa, le quitó el tapón y se la acercó a los labios. Ella bebió un poco, tosió y volvió a beber.

—¿Hipnotizó a Melvin Mars? —le preguntó el jefe de policía.

Ella asintió en silencio.

—Sí —dijo.

—¿Qué le contó?

—Poca cosa.

—Quiero oírlo. Cuéntemelo todo, de cabo a rabo.

—Tengo que pensarlo. Estoy muy cansada.

Él la agarró del hombro y la sacudió.

—Piense rápido. —Oyó los pasos del otro y se volvió. Estaba allí de pie. Volvió a mirar a Davenport. Llevaba la ropa y la cara sucias. Tenía un arañazo en la mejilla y un corte en la frente. Estaba más delgada, pálida y tenía la voz ronca de haber estado mucho tiempo en silencio.

—¿Por qué me hace esto? —le preguntó—. Por favor, yo no sé nada. Deje que me vaya.

McClellan desenfundó el arma reglamentaria y se la puso en la sien. Ella se tensó al notar el metal contra la piel.

—Cálmese y cuénteme lo que le dijo. Luego hablaremos de su futuro.

Temblorosa, Davenport le contó lo que Mars había dicho estando hipnotizado.

—¿Eso es todo? —le preguntó él en cuanto terminó.

—Sí.

—¿No se ha guardado nada? —Le presionó la sien con la boca del cañón de la pistola.

—No, se lo juro por Dios.

McClellan apartó el arma y la enfundó. La miró con atención, intentando encajar las ideas para entender qué significaba todo aquello.

Oyó al otro a su espalda.

—Vale, tenemos que ocuparnos de ella —dijo el jefe de policía—, y tiene que ser ahora mismo.

—Creo que ya lo hemos hecho —dijo el otro.

McClellan se volvió y se encontró con el agente Bogart, que lo apuntaba con una pistola.

Al otro le estaba poniendo las esposas Milligan.

Decker, Mars y Jamison entraron.

—Levántese con las manos en la cabeza. Ni se le ocurra sacar la pistola porque lo dejo frito aquí mismo. Y será un verdadero placer.

McClellan se puso de pie despacio, con las manos sobre la cabeza.

—¿Agente Bogart? —gritó Davenport.

Mars y Jamison corrieron a desatarla y le quitaron la venda de los ojos. Los tenía hinchados y tuvo que parpadear hasta que se acostumbró a la luz. Con la ayuda de Mars, se levantó. Le temblaban las piernas.

McClellan solo tenía ojos para Decker.

—¡Gordo hijo de puta! —le chilló cuando Milligan lo esposó—. Se ha servido de Oliver para engañarme.

—Sí, eso hemos hecho —dijo Decker—. Conseguirá un buen trato. Y usted también puede conseguirlo si entrega a los otros dos Mosqueteros.

El jefe de policía forcejeó tratando de llegar hasta Decker, pero Milligan lo sujetó por detrás.

—Lo único que conseguirá será hacerse daño, McClellan —le dijo Bogart—, así

que tranquilícese. Viene hacia aquí un transporte para llevárselos a usted y a su amigo aquí presente.

Salieron al sol.

—Si fuera al revés, ellos lo entregarían inmediatamente, ¿lo entiende, verdad? —le dijo Decker, mientras esperaban que llegara el transporte—. ¿Saben siquiera que secuestró a Davenport?

McClellan volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Qué demonios sabrá usted?

—Sé que los tres pusieron una bomba en una iglesia y en la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

El policía soltó un bufido.

—No sabe ni una mierda de nada. —Escupió al lado de las botas de Decker.

—Si los entrega pasará menos tiempo en la cárcel, quizá no mucho menos, pero algo es algo. Además, ¿por qué deberían librarse Eastland y Huey?

—No sé de qué me habla. Son hombres de bien y honorables, los dos.

—¿Está dispuesto a pagar el pato usted solo?

—¿Qué pato? Vine aquí con mi amigo para comprobar el estado de la casa y me encontré con esta mujer atada —dijo, indicando a Davenport—. Iba a desatarla cuando se han presentado.

—Eso no será lo que cuente ella.

—Su palabra contra la mía. O nuestra palabra contra la suya.

—Sabe que nadie se tragará esa estupidez —terció Bogart.

—Y tenemos a Mary Oliver que lo acusará —añadió Milligan.

—No sé qué les habrá contado, pero no son más que chorradas.

—Hemos grabado su conversación telefónica con usted. Por eso estamos aquí.

—Bien. Para eso están los juicios, creo. Para dilucidar la verdad. Y, en Cain, la gente me cree a mí.

—Vale, pero no creo que lo llevemos a juicio en Cain —dijo Bogart.

—Para eso tenemos abogados. Así que pagaré la fianza, pero no se preocupen. Estaré aquí para el juicio. Soy un policía muy condecorado con lazos estrechos con la comunidad y un expediente sin tacha. No hay riesgo de que huya —añadió, con una sonrisita.

—Este capullo tiene más cuento que Calleja —comentó Milligan.

—Al margen de lo que pueda pensar, jefe McClellan, en lo del secuestro lo hemos pillado con las manos en la masa. Pasará en la cárcel el resto de su vida. Ahora tiene ocasión de asegurarse de que sus dos compinches reciban el mismo trato. Estoy seguro de que el FBI puede arreglarlo para que los tres vayan al mismo centro penitenciario. Los Tres Mosqueteros con el mono naranja. Imagínese.

El transporte subió una cuesta y paró a su lado.

—Vamos —dijo Bogart, yendo a coger del brazo a McClellan.

El disparo alcanzó al jefe de policía en la frente, tatuándole un tercer ojo. Cayó

hacia Bogart y luego al suelo.

Milligan desenfundó. Mars empujó al suelo a Jamison y Davenport.

Decker miró el cadáver de McClellan. La sangre que le manaba de la cabeza se encharcaba a su alrededor. Luego se abalanzó hacia el otro hombre, que se había quedado allí de pie, conmocionado.

El segundo disparo entró en el pecho y salió entre los omóplatos del esposado. Cayó hacia Decker, que había notado cómo la bala le salía de la espalda antes de caer en la tierra.

El cómplice de McClellan se deslizó hacia el suelo. Había muerto en el acto. La bala le había atravesado el corazón.

Los dos muertos yacían junto a los seis que quedaban vivos de momento.

Los dos agentes del transporte se habían apeado para refugiarse detrás del vehículo.

—¡Los disparos venían de ahí! —gritó uno, indicando hacia el este.

Bogart le respondió, también gritando.

—¡Consíganos refuerzos y pida un helicóptero! A ver si pueden localizar al responsable.

Sin embargo, allí tendido, en el suelo, con el muerto encima, sabía que era demasiado tarde.

Davenport estaba en el hospital, donde se quedaría toda la noche para que le hicieran todas las pruebas necesarias. Al parecer se recuperaría deprisa y del todo, al menos físicamente. En el aspecto emocional y mental, quizá tardara más.

Jamison y Milligan estaban con ella y con varios agentes del FBI. Se aseguraban de que nada más le pasara.

McClellan y el otro tipo estaban en el depósito de cadáveres.

Su asesino se había ido de rositas. Cuando, por fin, habían llegado los refuerzos a esa remota zona de Misisipí, Decker ya habría podido llegar andando a Tennessee.

Ahora él, Bogart y Mars estaban sentados a una mesa de un despacho del depósito de cadáveres, valorando la pérdida de su testigo principal.

—Oliver no puede relacionar a Huey y a Eastland —dijo Bogart—. Nunca los ha visto ni ha tenido el más mínimo contacto con ellos. McClellan era su portavoz.

—Estoy seguro de que era algo intencionado —dijo Decker—. Eastland y Huey tienen mucho más que perder, pero han sido más listos y sofisticados que el último jefe de policía. Era su perro de presa, solo eso.

—Estuvimos revisando sus cosas, pero su ordenador estaba prácticamente vacío y, aparentemente, no apuntaba nada. Cualquier cosa de la que hablara con los otros Mosqueteros tuvo que ser cara a cara.

—Y hay un largo camino lleno de agujeros para tratar de unir los puntos de este caso —comentó Decker—. Sobre todo los delitos de hace casi cincuenta años.

Mars asintió distraídamente, pero no dijo nada.

—Han matado a McClellan y a su compañero, claro —prosiguió Decker—. Seguramente los vigilaban, o a nosotros. McClellan sale corriendo de su despacho y lo siguen hasta aquí. O tal vez Eastland y Huey conocían la existencia de esa granja. McClellan la heredó de su padre y pudo haberles dicho que tenía a Davenport allí.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero no podemos demostrarlo —le dijo Bogart—. Hemos recuperado los casquillos, pero nunca encontraremos el arma con la que cotejarlos. Supongo que Eastland, que lleva tantos años en el campo de la defensa y con todo el dinero que tiene, contrató a un profesional para hacer el trabajo. Y ese tipo se ha largado hace tiempo a vivir a una isla con lo que ha ganado. No tenemos ni siquiera una causa probable para husmear en las cuentas de Eastland para encontrar un pago. Además, ese individuo seguramente se conoce todos los trucos contables. Es una aguja en un pajar que no encontraremos.

—Pero hemos recuperado a Lisa —dijo Mars.

—Gracias a Dios —añadió Bogart.

Miró a Decker, que asentía con la cabeza.

—Ahora tenemos que asegurarnos de responsabilizar a todos.

—Me encantaría —dijo Bogart—, pero ¿cómo? McClellan ha muerto. Sin él, no tenemos ninguna prueba contra Huey y Eastland.

—Solo hay una manera, de hecho —le aseguró Decker.

—¿Cuál?

Quien le respondió fue Melvin.

—Encontrar a Roy Mars.

Decker asintió.

—Tiene todas las pruebas que necesitamos.

—Estupendo, Decker, dame su dirección. Iré a recogerlo —le dijo con sarcasmo Bogart.

—A lo mejor nos hace falta que venga él a nosotros.

—¿Cómo? No tenemos modo alguno de ponernos en contacto con él.

—Claro que lo tenemos.

Mars se lo quedó mirando.

—¿Lo tenemos?

—Simplemente respóndele al mensaje de texto que te envió cuando se hizo pasar por mí, Melvin.

Mars sacó el móvil.

—Caray, me había olvidado de eso.

—Vale —le dijo Bogart a Decker—. ¿Con qué lo atraemos?

—Siempre hemos tenido el cebo, pero no lo hemos usado adecuadamente.

—Gracias por la aclaración —le espetó secamente Bogart—, pero, para las mentes menos preclaras que la tuya, ¿podrías ser más preciso?

—Su mujer —dijo Decker.

—¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? —le preguntó Melvin.

En vez de responderle, Decker escribió algo en una hoja de papel y se la pasó.

—Mándale esto en un mensaje de texto y veremos qué pasa.

Bogart se acercó a leer la nota por encima del hombro de Mars y luego miró a Decker.

—¿En serio? ¿Te parece que esto dará resultado?

—Si no, no sé qué podría darte.

Bogart se frotó nervioso la barbilla antes de hacerle un gesto de asentimiento a Mars.

—Adelante, hágalo. Como ha dicho Decker, ¿qué tenemos que perder a estas alturas?

Mars tecleó el mensaje telefónico y, antes de pulsar «enviar», miró primero a Bogart y luego a Decker.

—Él la quería de verdad —les dijo—. La quería tanto como para matarla.

—Con eso cuento, Melvin. En realidad, solo cuento con eso.

Mars pulsó «enviar» y el mensaje salió.

Bogart inspiró profundamente.

—Bueno, esperemos que esto funcione, porque no creo que tengamos un plan B.

«Tienes pelotas, lo reconozco.»

El mensaje de texto le llegó a las dos de la madrugada, al cabo de tres días. El tono de aviso despertó a Melvin, que no estaba del todo dormido. Se levantó, lo leyó dos veces, llamó a Decker y se lo leyó.

Se alojaban en un hotel de Washington D. C. y Decker no tardó ni cinco minutos en llamar a la puerta de Mars.

Melvin lo miró. Iba completamente vestido.

—¿Has dormido algo?

—Lo he intentado, pero no he podido.

—Yo tampoco.

Decker leyó el texto y se dio golpecitos con el teléfono en la mano.

—Está intrigado y cabreado, pero apuesto que más intrigado que cabreado.

Tecléo un mensaje y le enseñó la pantalla a Mars para que lo viera.

«En eso estamos de acuerdo. Así que, ¿qué hacemos ahora?»

Mars asintió y Decker lo mandó.

Esperaron. Y esperaron.

Cuando les llegó la respuesta ya eran las cinco de la mañana.

—Por lo visto él tampoco duerme —dijo Decker.

El mensaje era claro.

«Si me engañas eres hombre muerto. Y Decker también. Volveré a ponerme en contacto contigo.»

—Me gustan los hombres que dicen lo que piensan, sin andarse por las ramas —comentó Amos.

A la noche siguiente llegó el mensaje para «ponerse en contacto» con Melvin.

«Tuscaloosa. Dentro de dos noches. A medianoche. Solo tú y Decker. Nadie más en siete kilómetros a la redonda. Me iré para siempre.»

Había añadido una dirección.

Decker cerró los ojos y dejó que su mente localizara el lugar.

—Es donde estaba la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color en la que pusieron la bomba en 1968.

—¿Crees que se reunirá allí con nosotros?

—Creo que es un hombre muy prudente.

—Dice que solo tú y yo.

—Y lo dice en serio.

—¿Qué hay de Bogart y del FBI?

—Seguiré las instrucciones de Roy al pie de la letra. Si hubiera alguien cerca, adiós para siempre. Y adiós caso, Melvin.

—¿Sabes? Ya tenemos a Oliver y a McClellan. ¿No es suficiente?

—Para mí, no. Tenemos a un capullo en el Congreso con un poder increíble y a

un millonario que hicieron volar por los aires a un montón de personas, niños incluidos. No pienso dejar esto.

—Vale, yo tampoco. ¿Cómo lo hacemos?

—No nos será fácil librarnos de Bogart, pero podemos hacerlo. Tenemos que hacerlo, más bien.

—Cuando lleguemos a ese sitio puede que nos mate. Ese hombre está loco, Decker. Lo vi en sus ojos y tú también.

—Si tuviera alternativa, Melvin, la pondría en práctica, pero no tengo ninguna.

—Vale. Repito, ¿cómo lo hacemos?

—No podemos ir en avión ni alquilar un coche. Para eso hace falta una tarjeta de crédito y Bogart la localizaría fácilmente.

—Entonces ¿qué?

—Tengo dinero suficiente para pagar un autobús al contado. ¿Estás dispuesto a eso?

Mars lo miró y sacudió la cabeza.

—¿El Buckeye y el Longhorn en el mismo maldito autobús? ¡Qué jodido es esto!

Tuvieron que hacer dos transbordos y viajar casi veinticuatro horas entre Washington y Tuscaloosa. Recorrieron Virginia, entraron en Tennessee y cortaron por la parte superior de Georgia antes de cruzar Alabama en diagonal, pasando volando por Birmingham. Estaba previsto que llegarían a Tuscaloosa a las siete de la tarde.

Los dos habían apagado el móvil para que Bogart no pudiera rastrear su paradero.

Durante un buen trecho del camino estuvieron echando cabezadas. Eran dos hombres demasiado corpulentos para aquellos asientos tan pequeños. Decker llevaba una bolsa con comida y agua.

Hablaron, contemplaron el paisaje y volvieron a hablar. Los autobuses iban bastante llenos, de modo que tenían que charlar en voz baja.

Cuando por fin se apearon del tercer autobús en una calle de Tuscaloosa, los dos se despezaron y se estiraron al máximo.

—Esto me recuerda unos cuantos viajes que hicimos cuando jugaba al fútbol — comentó Decker.

Mars lo miró divertido.

—La Universidad del Estado de Oregón tenía un programa deportivo de mucha pasta. ¿Vosotros no ibais en avión?

—No. Yo me refería a la época del instituto.

—Sí, claro. Eh, prueba a jugar en Texas. Podíamos recorrer esta distancia para ir a un partido sin salir del puto estado.

Echaron un vistazo a su alrededor y Decker miró la hora.

—Tendremos que matar el tiempo. ¿Y si buscamos un sitio donde alojarnos y luego cenamos algo?

—Me parece bien. Estoy harto de barritas de cereales y de mezclas de frutos secos. Quiero un filete con patatas.

—Échale la culpa a Jamison. Quiere que me quede como un palo.

Encontraron un hotel a pocas manzanas que aceptaba el pago en efectivo, dejaron el equipaje y se fueron a buscar un restaurante.

Encontraron uno al cabo de cinco minutos, se sentaron a una mesa y pidieron la cena.

Mars miraba por la ventana.

—¿Alguna vez viniste aquí para jugar contra Alabama?

—Una. Nos dieron una paliza.

—Nosotros perdimos contra ellos aquí, pero les ganamos en casa.

Se quedaron un rato callados.

—¿Lo echas de menos a veces? —le preguntó Mars.

—¿Qué? ¿El fútbol?

—¿Tú qué crees?

—Yo no estaba en tu liga, Melvin.

—¡Eh, hombre, no digas eso! Llegaste a la liga nacional, mejor que yo.

—Déjalo. Hablamos de circunstancias extenuantes. Yo solo duré un partido.

Llegó la comida.

—¿Cómo fue? —le preguntó Mars antes de que empezaran a comer.

Decker estaba desdoblado la servilleta.

—¿Cómo fue, qué?

—¿Estar en ese campo de fútbol? ¿Ver, a cuántas, a ochenta mil personas en las gradas? ¿Jugar con los mejores del mundo?

Decker se fijó en lo serio que lo miraba Mars y comprendió de inmediato lo importante que era aquello para él.

—Fue increíble, Melvin. Cuando salí corriendo de ese túnel y pisé el césped el corazón me latía tan deprisa que pensé que me daría un infarto incluso antes de empezar el partido. Nunca había sentido ni he vuelto a sentir una descarga de adrenalina como esa. Tenía la sensación de que todos me aclamaban, aunque sabía que no era así. Fue..., fue uno de los mejores momentos de mi vida.

Mars sonrió, se puso la servilleta al cuello y empuñó el cuchillo y el tenedor.

—Sí, lo entiendo, sí que lo entiendo —dijo, antes de añadir tristemente—: Podríamos haber llegado a algo.

—Sabes que habrías sido uno de los mejores de todos los tiempos.

Mars cabeceó.

—Eso no puedes saberlo. Era defensa. Estaba a una lesión de que todo se acabara. Y hay un montón de ejemplos de tipos como yo que son unos figuras en el fútbol universitario y luego resulta que no pueden correr contra los gigantes de la liga nacional. O te lesionas una rodilla y en un instante..., esa pérdida de empuje o de velocidad te hace perder ese pequeño margen de decisión acerca de qué hueco atacar o por dónde atajar. Y estás acabado, fin, que venga el siguiente pedazo de carne.

—Me jugaría lo que fuera a que habría sido más un Barry Sanders o un Emmitt

Smith que un jugador de un solo año.

Mars rio entre dientes.

—Gracias, Decker, te agradezco la confianza.

—No es por halagarte. Yo fui jugador profesional. No teníamos un defensa en el equipo que pudiera llevar tu suspensorio.

Mars dejó de cortar la carne. Iba a hacer algún comentario mordaz, pero vio lo serio que estaba Decker.

Se miraron a los ojos.

—Gracias —dijo Mars—. Eso significa mucho para mí.

Terminaron de cenar en silencio.

Después pidieron dos cervezas y brindaron.

Decker tomó un sorbo de la suya y dejó el vaso. Estaba nervioso, inquieto. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Quería decir algo pero no conseguía materializar las ideas.

Mars se dio cuenta de su incomodidad.

—¡Eh! ¿Te encuentras bien?

Amos inspiró para calmarse y, viendo la cara de preocupación del otro, por fin logró expresarse.

—Pase lo que pase esta noche —dijo—, quiero que sepas que ha sido un verdadero privilegio conocerte, Melvin.

Mars comprendió lo difícil que le había resultado decirle aquello.

—Dios. Me alegro mucho de que encendieras la radio en ese momento.

Se tomaron la cerveza.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Mars.

—Roy aparecerá porque jugamos según sus reglas y hemos venido solos. Pero no creas que todo va a ir como una seda. Nos lanzará unas cuantas bolas curvas, porque así es él.

—¿Qué clase de bolas curvas?

—Que me aspen si lo sé. Yo jugaba al fútbol, no al béisbol.

Fueron andando hasta la dirección que les había dado Roy. Llegaron cuando faltaba un minuto para medianoche. La calle estaba desierta y la noche era fría aunque con el cielo despejado. Decker le había pedido a Mars que encendiera el móvil para recibir el siguiente mensaje de Roy. Miró lo que tenían detrás.

—Qué bien.

—¿Qué? —le preguntó Mars, volviéndose también.

—Donde estaba la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color han construido una biblioteca pública. Ya sabes que los que leen son mucho más tolerantes y abiertos de mente que los que no lo hacen.

—Estupendo, pues démosle a todo el mundo un carné de biblioteca.

Esperaron unos cinco minutos hasta que el móvil de Mars sonó.

Era otro mensaje de texto de Roy.

«Caminad directamente hacia el oeste setecientos metros. Hay un Ford negro estacionado. Las llaves están debajo del asiento del conductor. Las indicaciones en el asiento del acompañante. Ahora mismo os estoy viendo. Si alguien os sigue, adiós.»

—Ahí vamos —dijo Decker, lúgubre.

—¿Llevas la pistola?

Amos asintió.

—Espero no tener que usarla, porque eso significará que nos han disparado a nosotros.

Recorrieron los setecientos metros en la dirección indicada y encontraron el Ford negro aparcado. Se subieron. Decker cogió las llaves y Mars leyó las indicaciones.

—Tenemos que conducir hacia el oeste por esta calle y luego tomar por la carretera Ochenta y dos, también hacia el oeste. Desde allí hay otras indicaciones.

Avanzaron un rato, tomaron la carretera Ochenta y dos y luego salieron de ella.

—Parece que vamos hacia las afueras —dijo Decker.

—Ya estamos en las afueras, Decker —dijo Mars—. Mira, no hay nada por los alrededores. —Se estaba poniendo nervioso—. ¿Crees que nos tenderá una emboscada? ¿Que va a matarnos?

—Si quisiera hacerlo ha tenido tiempo de sobra, Melvin.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Bueno, puede que no la tengas. Como dices tú, ese tipo es un psicópata.

—Gracias por los ánimos.

Decker miraba por el retrovisor.

—Has dicho que nos estaba viendo, pero no veo a nadie detrás.

—A lo mejor era un farol.

—No me parece un farolero.

Mars también miró hacia atrás.

—Es posible que esté conduciendo con las luces apagadas.

—Es posible.

Mars lo dirigió en tres cambios más de dirección y, por fin, llegaron a una casa ruinoso muy alejada de la carretera y sin vecinos en un radio de más de un kilómetro.

—Es de lo más solitaria y espeluznante —comentó Mars mientras se detenían delante de la casa.

—No veo ningún coche —dijo Decker.

Al cabo de un segundo destellaron unos faros a un lado de la casa.

Decker y Mars se bajaron del coche.

La puerta del otro vehículo se abrió y apareció Roy Mars.

Avanzaron bajo la luz de la luna y vieron que llevaba un mono con peto, camisa de franela y botas de trabajo. El arma que sostenía con la mano derecha era grande y los estaba apuntando.

Decker se adelantó.

—No creo que haya necesidad de eso —dijo.

—¿Y qué me dices de la pistola que llevas al cinto, Decker? Veo el bulto desde aquí, a pesar de la barriga que tienes.

—No es tan grande como antes.

—Felicidades. Primero dame esa pipa.

Decker lo hizo y se la entregó.

—Vamos dentro.

Amos lo siguió.

La habitación era pequeña y olía a moho y a polvo. Roy accionó el interruptor de un farol de acampada que había encima de un cajón puesto boca abajo. El espacio se iluminó. La luz dibujaba sombras por todas partes.

Roy se metió la pistola de Decker en el bolsillo y apoyó la espalda en la pared.

—Así que has recuperado a la chica.

—¿Cómo se ha enterado de lo de Davenport?

—No lo he hecho. Lo he deducido por las noticias de que el *sheriff* Roger McClellan había sido asesinado a tiros en la granja de su viejo, a las afueras de Cain. No decían nada de una muerta. Así pues, ¿la has recuperado?

—Sí.

—McClellan ha muerto. Ya tienes lo que viniste a buscar. Así que, ¿por qué me has llamado?

—Quedan dos culpables por atrapar —le explicó Amos—. Por eso.

—No esperes conseguir todo lo que deseas en la vida. Las cosas no son así. Pregúntaselo a Mellow.

—Pues ¿por qué has accedido a que nos viéramos? —le preguntó Melvin.

—La curiosidad me puede, supongo.

—No creo que sea solo eso —dijo Decker—. Antes formaba parte del equipo. Quizá fuera el cuarto Mosquetero, de manera oficiosa, pero se volvió en contra de ellos.

—No sabes lo que dices.

En lugar de responderle, Decker sacó la página que había arrancado del anuario del instituto de Cain.

—Usted es el cuarto por la izquierda, Aaron Callahan.

—¿Qué? —exclamó Melvin, mirando la foto.

—Roy Mars es en realidad Aaron Callahan. Ha cambiado, Roy, por supuesto, pero se ve claramente que es usted y que iba al instituto de Cain con los Tres Mosqueteros.

—Está bien, Decker. ¿Cómo lo has averiguado?

—Encontramos dos pares de iniciales dentro del armario de su dormitorio, en Texas. «A. C.» y «R. B.». Arranqué estas páginas de fotos del anuario del instituto porque son las de los apellidos que empiezan con «C» y «B». No reconocí a nadie con el apellido con «B» que se pareciera a usted. Pero sí a alguien con el apellido con «C». Así que «R. B.» eran las iniciales del verdadero nombre de Lucinda.

—Roxanne Barret. —Roy miró a Melvin—. Así se llamaba en realidad tu madre, pero Lucinda le gustaba más.

—¿Por qué eligió el apellido Mars? —le preguntó Decker con curiosidad.

Roy sonrió.

—Siempre me ha gustado el planeta rojo, incluso de niño. Me pareció guay.

Decker asintió.

—Estaba en el equipo de fútbol con ellos. Jugaba en el flanco izquierdo, así que protegía el punto ciego de Huey. Él era el *quarterback*.

—El tipo era un mediocre. Los demás hacíamos que pareciera bueno. McClellan era un perro rabioso que le protegía el flanco derecho, de esos que te dan un mordisco en la pierna en un amontonamiento. Eastland era el escurridizo de atrás. Nunca sobrepasaba del punto medio en los pases, y en las carreras siempre corría hasta los bordes antes de que lo pillaran. Un verdadero cobarde. Pero era guapo y listo, de familia rica y estaba claro que tendría éxito, así que las chicas se bajaban las bragas en cuanto aparecía. Él y Thurman. Pero Thurman por el viejo. Era el mandamás de Misisipí. Todo el mundo lo conocía.

—El viejo Huey era un racista de tomo y lomo —dijo Decker—. Segregación ahora y para siempre, como decía George Wallace.

—En esa época, en Misisipí, eran los buenos. Puede que todavía lo sean en algunos barrios.

—¿Te criaste con esos capullos? —le preguntó Melvin.

—Bueno, todos tenemos que crecer en alguna parte. Nunca pertenezco a sus círculos, sin embargo. No tenía el pedigrí adecuado.

—¿Y los ayudaste a poner esas dos bombas?

—Ya te lo dije, Mellow. No veo la necesidad de repetirlo.

—Y tiene pruebas para condenarlos —terció Decker—. Por eso desapareció después de los atentados.

—Elegí marcharme.

—¿Por qué?

—Tenía mis razones. No es asunto tuyo.

—¿Fue por los niños? ¿Los niños que murieron en la iglesia?

—¿Por qué piensas que me preocupaban unos cuantos niños de color?

—Dijiste que no tendrían que haber estado en la iglesia, que eso no formaba parte del plan —le dijo Melvin.

—Y acabó casándose con una negra —añadió Decker.

Roy se encogió de hombros sin hacer ningún comentario.

—Puede acabar con esos capullos, Roy. Casi cincuenta años después. Hacer justicia.

—¿Por qué iba a molestarme? Solo intento sobrevivir.

—Los matones de Eastland mataron a McClellan. Y Huey ya ha tomado medidas para poner palos en las ruedas de la investigación del FBI.

—No me sorprende nada. Siempre ha sido el cerebro. McClellan solo era el perro de presa. Por eso se hizo policía. Me pregunto cuántos cráneos habrá partido yendo de uniforme.

—Muchos —repuso Decker—. Y apuesto a que la mayoría eran de negros.

—Pero ¿por qué los atentados? —preguntó Melvin—. Tú mismo lo has dicho. Iban a triunfar. Huey tenía los contactos de su padre. Así que, ¿por qué?

—Ahí le has dado, Mellow. El viejo Huey. No lo sé a ciencia cierta, pero sospecho que fue él quien los empujó.

—Pero ¿por qué siguieron adelante? Tenían que saber que más tarde el pasado podría salir a la luz y perjudicarlos.

—Eran jóvenes y unos gamberros. Se creían invulnerables. Realmente se consideraban iguales que los Tres Mosqueteros, luchando para defender su estilo de vida. Su estilo blanco de vida. Tendrías que haberlos visto. Siempre actuando con tanta nobleza, como si estuvieran haciendo una obra divina o una mierda de esas. Habrían querido vivir para siempre en los años sesenta.

—Entonces ¿luchaban justamente para mantener el Sur como Dios quería que fuese? ¿Es eso?

—Algo parecido. Yo solo quería dinero.

—¡Qué noble por tu parte! —exclamó Melvin con desagrado.

—¡Mierda! ¿Crees que fue la única sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color en la que pusieron una bomba? El Sur, durante los años cincuenta y sesenta, era como Oriente Medio. ¿Has visto algún viejo noticiario cinematográfico? Gente derribada por las mangueras, perros atacando a mujeres, voladuras, palizas en las cafeterías, ahorcados en los árboles, las balas volando.

—Me crie en Texas hace más de treinta años y era hijo de una pareja interracial, así que no, nunca he visto ningún racismo —le dijo con sarcasmo Melvin.

Roy sonrió, asintiendo con la cabeza.

—De todos modos, el hijo siempre trataba de impresionar al padre. Thurman iba a seguir sus pasos en la política nacional. Esto no es una suposición. En el instituto no hablaba de otra cosa. Eastland iba a dedicarse a los negocios, pero se creía un dios, supongo que por tener tanto dinero. Él y Huey, caballeros de brillante armadura defendiendo su reino blanco blanquísimo. Ahí estaban, un futuro político y un futuro hombre de negocios, tal para cual. Y MacClellan se apuntó porque, bueno, como seguramente viste, no le gustaba la gente distinta a él.

—¿Y usted? —le preguntó Decker—. ¿Cuál fue su incentivo?

—No me estás escuchando. Ya te lo he dicho. ¡El dinero! Y en esa época, tengo que admitirlo, seguía a los demás. Simplemente, seguía a la masa. Los Huey tenían poder. Los Eastland tenían dinero. Iba a vivir un poco en ese mundo suyo, mucho mejor que el mío. Mis padres eran aparceros. El único baño que usé mientras fui niño fue el de la escuela. Muchos días salía al campo a recoger mi comida. Mis padres trabajaban mucho, no me interpretes mal, pero nunca tendrían ni un céntimo.

—Así que se unió a ellos.

—Demonios, sí. Me pagaron. Me pagaron un dineral, más de lo que había ganado jamás. Siempre he sido bueno montando y reparando cosas. Motores, transmisiones, electrodomésticos.

—Y explosivos —añadió Decker.

—Empecé haciendo bombas de tubo pequeñas en el instituto. Luego me pasé a artefactos más grandes. Me dieron los materiales y preparé los explosivos con un temporizador.

—Y Charles Montgomery hizo acto de presencia.

—Mierda, la policía local sabía lo que iba a pasar, pero sí, Chuck hizo el numerito del conductor borracho para darles un motivo para alejarse de la iglesia.

—¿Hizo lo mismo en Tuscaloosa, el día de la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color? —le preguntó Decker—. ¿Montgomery creó la distracción para que pudieran poner la bomba?

—Yo no estaba, pero supongo que sí. Huey me contó luego que la policía vigilaba esa sede porque habían recibido amenazas.

—¿Y quién captó a Montgomery?

—McClellan y Eastland.

Decker asintió.

—Jugaba al fútbol con ellos en Ole Miss.

—Así es. Pero dejó el instituto, lo reclutaron, fue a Vietnam y volvió con muchos problemas. Necesitaba dinero y ellos lo tenían. Yo usé el mismo cebo con él cuando le pedí que mintiera acerca de nuestro asesinato para que Mellow saliera de la cárcel. Supuse que a un hombre a punto de morir le daría igual confesar eso. Quería ocuparse de su hijo. Al menos eso fue lo que me dijo Regina.

—¿Qué pasó, entonces? —le preguntó Decker—. ¿Por qué desaparecer, cambiar de apellido y poner pies en polvorosa?

Roy tardó un momento en responder.

—No acordé reunirme contigo para que me hicieras tantas preguntas.

—Claro, pero acordó reunirse conmigo. ¿Tuvieron una pelea?

—¿Por qué lo dices?

—Porque tiene algo que ellos quieren. Lo que sea que hubiera en la caja de seguridad. Saben que sigue vivo, Roy. Nunca dejarán de buscarlo.

—¿Crees que eso me preocupa?

—No lo sé. ¿Por qué no nos entrega las pruebas? Las usaremos para acabar con ellos.

—¿Y qué? ¿Dejaréis que me marche tan tranquilo? —Cabeceó.

—Eran su baza contra ellos, ¿no? Si lo perseguían, bastaba con entregárselas a las autoridades.

—Así tal cual.

—¿Mamá sabía que habías hecho las bombas? —le preguntó Melvin.

—¿Te parece que se habría casado conmigo de haberlo sabido? —Miró a Decker—. Después de la emisión de la ESPN, recibí una carta.

—¿Lo amenazaron?

—Amenazaban a todo el mundo. Y entonces me enteré de que Lucinda se moría. Le quedaban pocos meses. Estaba metido en un verdadero lío.

—Pero no había revelado las pruebas contra ellos en todos esos años, Roy —le dijo Decker—. Cuando lo vieron por la televisión, ¿por qué fueron por usted con tanto empeño? Podrían haber conseguido que revelara su secreto.

—Fue cosa de McClellan. Fue él quien me mandó las amenazas, estoy seguro. Huey y Eastland no habrían hecho nada, pero Roger estaba hecho de otra pasta. Todos estos años he sabido que ese hijo de puta estaba rumiando sobre lo que hice, que lo consideraba una traición y que no le gustaba que nadie lo chantajeara. Vino por mí y arrastró a los otros dos, estoy seguro.

Decker asintió.

—Habiéndolo conocido, puede muy bien ser. Pero ¿cómo pudo financiar todo lo que compró Regina? Ni siquiera pudo permitirse pagar los cuidados médicos de Lucinda.

—Forzando algunas cajas, unos timos, unos cuantos hurtos y un atraco a mano armada. Tardé un poco, pero conseguí el dinero suficiente. Luego la tonta se fue de compras. Le dije que esperara hasta haberse mudado, pero no pudo esperar. Menuda imbécil. Así que tuve que ocuparme de ese problemilla.

—¿Y del tipo que ocupó su lugar cuando usted desapareció, de Dan Reardon?

—No sientas lástima por él. ¿Sabes lo que era Reardon? Un pedófilo asesino. Nadie se molestó en buscar, pero seguramente tenía media docena de niños enterrados en su vieja casa.

—¿Y nunca se lo contó a nadie? —dijo Decker.

—No. En lugar de contarle le volé la cabeza. Le ahorré a todo el mundo un

montón de tiempo y de dinero.

—Pero ahora saben que está vivo, Roy, y los perseguirán a usted y a Melvin.

—Bueno, a mí les costará mucho más encontrarme que a Mellow.

—¿Y le parece bien?

—Me parecen bien muchas cosas que a ti no.

—¿Aunque Lucinda no hubiera estado de acuerdo?

Roy le enseñó el móvil.

—Tú escribiste esto, ¿verdad? El primer mensaje que recibí. Porque no me parece que Mellow sea tan elocuente.

En la pantalla ponía: «¿De verdad es esto lo que hubiera querido Lucinda, Roy? Es tu hijo, lo único de tu mujer que todavía vive. ¿Qué querría Lucinda que hicieras?»

—Es una pregunta justa —dijo Decker.

—No he dicho que no lo sea.

—Entonces ¿qué querría ella que hiciera? No solo por Melvin sino por los asesinados. Por las niñas que no llegaron a crecer para tener hijos.

—No intentes tocarme la fibra sensible, no me queda.

—No te creo, porque sacaste a Melvin de la cárcel. Le salvaste la vida.

—Y aquí estás tú, pidiéndome más.

—Porque el trabajo no se ha terminado todavía.

—Tu trabajo, tal vez, no el mío.

—Podemos hacer juegos de palabras toda la noche sin que eso nos lleve a ninguna parte.

Los dos se miraron.

—Me gustaría saber por qué eres tan chulo, Decker.

—A lo mejor nos parecemos más de lo que cree.

—Oh, creo que nos parecemos muchísimo. —Roy agachó la cabeza—. ¿Y si te entrego el material? ¿Dejarás que me vaya?

—Si conseguimos las pruebas para pillar a Eastland y a Huey, le aseguro que no invertiré un segundo en buscarle.

—Pero el FBI sí.

—Puede ser. Sin embargo, como ha dicho, es usted un hombre difícil de encontrar.

Roy lo meditó un momento. Iba a decir algo pero se quedó petrificado. Miraba más allá de ellos y se le habían endurecido las facciones.

—Me has engañado. Has traído al FBI.

Decker se volvió.

—No, no hemos sido nosotros —le dijo—. Lo que significa que son nuestros enemigos.

Roy apagó de inmediato el farol. La oscuridad los ocultó.

—Deme la pistola —dijo Decker.

—¿Cómo sé que ahí fuera no está el FBI y que solo tratas de engañarme?

Una bala impactó en la ventana y se echaron al suelo.

—Porque el FBI se identifica y no abre fuego contra un edificio donde hay gente.

Al cabo de un momento oyeron una voz amplificada.

—¡Sabemos que estás dentro, Callahan! ¡Sal con las pruebas!

—Mierda —murmuró Roy. Sacó la pistola de Decker y la empujó hacia él.

—¿Hay alguna otra salida?

—La puerta trasera, pero creo que también la tienen cubierta.

Como para confirmarlo, llegó un disparo de la parte posterior de la casa.

—Vale, esto es un desastre —comentó Decker.

—Nos han rodeado. Les basta con esperar a que salgamos.

Decker sacó el móvil.

Roy lo vio y negó con la cabeza.

—Eso no sirve. Esta es una de las zonas donde no hay cobertura. Por aquí no vive nadie. Por eso la escogí para quedar.

—Pues estamos jodidos —dijo Melvin.

—Estuvimos jodidos desde el momento en que la ESPN emitió ese programa, Mellow.

—Así que es culpa mía, ¿no?

—Es un poco tarde para repartirse las culpas —terció Decker, arrastrándose hasta una ventana para echar un vistazo—. No veo nada, pero esos disparos sonaban como los de un rifle de precisión. Uno igual que el que usaron para matar a McClellan. —Volvió arrastrándose con los demás—. ¿En serio creen que ha traído las pruebas aquí?

—No, pero quieren que se las entregue.

—¿Dónde están?

—Déjalo. Ahora necesito algo para presionarlos.

—Van a matarnos, Roy —le dijo Decker.

—Tienen que haberos seguido hasta aquí.

—Nadie nos ha seguido.

—Eastland dirige una empresa de inteligencia, idiota. ¿No te parece que tiene maneras de vigilar a la gente?

Decker se volvió hacia Melvin.

—Puede que tenga razón —dijo.

—La tengo. No tendría que haber accedido a verme con estos dos imbéciles —masculló.

—No es que nosotros quisiéramos verte tampoco —le dijo Melvin—. Fuiste tú

quien empezó todo esto.

—Le pedí esto antes pero no me respondió —dijo Decker—. Huyó llevándose las pruebas, Roy. ¿Por qué?

—¿Te parece buen momento para discutir eso?

—No creo que volvamos a tener ocasión de hacerlo.

Roy miró hacia la ventana cuando la misma voz gritó:

—Tienes un minuto. Luego abriremos fuego, y llevamos proyectiles incendiarios.

—Mierda —masculló Roy. Miró a Decker—. Vale, tienes razón. Matar niños no formaba parte del plan, aunque a los Tres Mosqueteros les daba lo mismo. Después de aquello, quise salirme, pero no iban a dejarme. Me lo dejaron bien claro.

—¿Qué hizo?

—Robé las pruebas de la caja de seguridad del viejo Huey. Estaba orgulloso de lo que habían hecho, pero no era tan estúpido como para permitir que se supiera. Soy un tipo curioso. Filmé sus confesiones y había visto al viejo abrir la caja varias veces. Así fue como me aprendí la combinación. Supuse que había guardado allí las grabaciones. Cuando las cogí, dejé una nota diciendo lo que tenía en mi poder, me largué cagando leches en mi Dodge y abandoné el país.

—Y te enamoraste de una negra. ¡Qué irónico! —dijo Melvin.

De repente Roy parecía contrito.

—El amor es así. Uno..., bueno, uno no lo controla. Amaba a tu madre y ella me amaba. La amé desde el instante en que la vi.

—Pero a mí no. A mí nunca me quisiste.

—Estaba orgulloso de ti, Mellow, de lo que eras capaz de hacer en el campo de fútbol. No pude quererte, pero no porque fueras negro.

—¿Por qué, entonces?

—Cada vez que te miraba veía al hijo de puta que le hizo daño a la única persona que de verdad he querido. No es culpa tuya, pero así me sentía. Era tu padre. Te mentí. No llegué a matarlo por lo que le hizo a tu madre.

—¿Qué? —exclamó Mars.

—Y no porque no lo intentara. Pero era demasiado rico y estaba demasiado bien protegido. Sus matones casi me matan. —Le indicó la cicatriz—. Me hicieron esto, aparte de otras heridas. El cabrón sigue en Colombia dándose la gran vida. Me hiere la sangre cada vez que lo pienso.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es la verdadera razón por la que te cargué los asesinatos, Mellow. —Por primera vez, Roy parecía nervioso—. No fue para protegerte, y tu madre no sabía que lo haría. Creía que simplemente desaparecería. Si se hubiera enterado de que planeaba incriminarte jamás me lo habría permitido. Dios, me habría matado.

—¿Por qué? —preguntó Melvin.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

—Sí.

—Porque a pesar del modo en que fuiste concebido te quería más que a nadie en este mundo. —Tras una pausa, añadió resignado—: Más incluso que a mí.

Melvin se quedó mirando a Roy hasta que este agachó la cabeza y prosiguió.

—Incriminarte era el único modo de vengarme de ese capullo por lo que había hecho. Aunque seguramente desconocía tu existencia, en ti seguía habiendo parte de él. Y era la única parte a la que yo tenía acceso. Así que te incriminé para vengarme de él.

—Menudo asco, Roy —comentó Decker, tras un largo silencio, mientras Melvin se limitaba a mirar fijamente al que había creído que era su padre—. Castigó al que no era.

Roy se encogió de hombros.

—Como te he dicho antes, Decker, la vida no es perfecta ni nosotros tampoco. Hice lo que hice y no tengo que justificarme ante ti ni ante nadie.

—¡Callahan! —gritó la voz amplificada—. ¡Se te acaba el tiempo!

Decker se volvió hacia la puerta.

—¿Qué hacemos con esos tipos de ahí fuera?

—A lo mejor yo tengo una salida, si les doy lo que quieren.

—¿Y dejarán que nos vayamos?

—A mí puede que sí, pero tú y ese tendréis que apañaros por vuestra cuenta.

—¡Hijo de puta! —exclamó Melvin. Miraba fijamente a Roy, que lo apuntaba con la pistola.

—No me obligues a dispararte, Mellow.

—Yo te dispararé a ti —dijo Decker.

—No. Yo he disparado a alguno por la espalda, pero no creo que tú lo hagas. Ahora, si me perdonas, tengo que irme.

En la oscuridad chocó con Decker de camino a la puerta y se agarró a él para no caerse.

—Estás adelgazando, Decker. Te hará bien —le dijo, antes de soltarlo y gritar hacia la ventana—: ¡Voy a salir! Queréis saber dónde está el material. Podemos hacer un trato. Pero si me disparáis, creedme, ese material acabará donde no queréis que acabe.

—¿Y los otros que están ahí contigo? —gritó alguien.

Roy ni siquiera los miró.

—No son cosa mía —respondió también a gritos.

—¡Bastardo! —gruñó Melvin.

Sin embargo, Decker lo sujetó.

—Deja que se vaya.

—¿Por qué? ¿Él vive y nosotros morimos?

—No seas cobarde, Mellow —le dijo con desprecio Roy—. Puedes salir de esta. Si no lo consigues, nos veremos en el otro mundo.

—No me verás —le espetó Melvin—. Estaré con mamá y sabes dónde estarás tú.

—¡Estoy saliendo! —Roy salió por la puerta enfundando la pistola.

Decker miró por la ventana. Tres hombres se le acercaron corriendo con sendos rifles. Llevaban ropa de camuflaje y chaleco antibalas. Rodearon a Roy.

—¿Dónde está el material? —le dijo uno.

Roy miró hacia la casita.

—¡Eh, Mellow! Dile a tu madre que he dicho... —Se le quebró la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Dile que la quiero, Melvin. Que siempre la querré, pase lo que pase.

—¡Mierda! —Decker agarró a Mars y lo empujó hacia atrás. Melvin resbaló por el suelo y se dio contra la pared trasera de la casa. Decker corrió hacia él y lo cubrió con su cuerpo.

Fuera, Roy se abrió el abrigo. Llevaba paquetes de Semtex alrededor de la cintura unidos a un detonador.

Los que lo rodeaban giraron sobre sus talones, dispuestos a huir.

Pero era demasiado tarde.

Roy Mars pulsó el detonador.

Y los cuatro hombres, simplemente, desaparecieron.

Decker estaba sentado frente a Mars en una habitación de hotel, en Tuscaloosa.

Bogart los miraba a los dos con cara de pocos amigos.

La casa se había derrumbado parcialmente al detonar Roy la bomba que llevaba a la cintura. Decker y Mars habían escapado del derrumbe sin heridas graves, pero por los pelos.

Habían ido en la furgoneta de los de los rifles hasta un sitio donde poder llamar por teléfono. Había llegado la policía y luego Bogart había tomado un vuelo hasta allí con un equipo de agentes. Decker y Mars habían pasado la noche en el hospital y se los habían entregado a Bogart.

Jamison, que había volado con Bogart, estaba de pie a su lado. No parecía más contenta que el agente del FBI.

—¿No se te ocurrió tenerme al tanto? —le preguntó este a Decker.

Amos se encogió de hombros.

—Te habían apartado oficialmente del caso, Ross. No quería meterte en un lío y Roy dijo que fuéramos solos.

—¡Y a él le hiciste caso pero a mí no!

—Parecía el único modo —replicó Decker.

—¿Y yo qué? —le espetó Jamison, con los brazos en jarras y cara de enfado.

—Lo siento, Alex —fue lo único que se le ocurrió decir a Decker.

—Así que Roy ha muerto, los otros tipos volaron en pedazos y no encontramos nada en el escenario del crimen que los relacione con Eastland o con Huey.

Mars cabeceó.

—Todavía no puedo creer que se volara en pedazos.

—Nos salvó, Melvin. Bueno, en realidad te salvó a ti. No creo que le importara si yo vivía o moría.

—Pero ¿por qué? ¿Después de toda la mierda que me hizo tragar? ¿Fue por mi madre?

—No creo. Me parece que fue por ti.

—Ese tío no me quería. Me odiaba. Me colgó los asesinatos. Suponía que escogería la salida más fácil.

—Yo no diría que volarse uno en pedazos sea una salida fácil —comentó Jamison.

—Para empezar, ¿por qué había venido con una bomba? —preguntó Melvin.

—Era un hombre que aseguraba sus apuestas. Sabía que Eastland tenía muchos recursos. Se imaginaría que nos seguirían de algún modo —dijo Decker.

—Bueno, fuera por lo que fuera, no tenemos nada. Roy era nuestra última esperanza. Ahora ya no está. Así que Eastland y Huey se han librado.

—Todavía no —dijo Decker.

Todos se volvieron hacia él.

Se sacó un objeto del bolsillo del abrigo. Una esquirla de la explosión le había golpeado el brazo y todavía le dolía. Se lo enseñó.

—¿Tu cartera? —le preguntó Bogart.

—La de Roy.

—¿Cómo demonios la conseguiste? —le preguntó Mars.

—Roy me la dejó caer «accidentalmente» en el bolsillo antes de salir y volarse.

—¿Por qué lo haría? —inquirió Bogart.

Decker abrió la cartera y sacó lo único que contenía.

—¿Qué es? —le preguntó Jamison—. ¿Una tarjeta de crédito?

—No. Un carné de biblioteca.

—¡Un carné de biblioteca! —dijo Bogart, y miró a Mars—. ¿Era un buen lector?

—Nunca lo vi leer un libro.

—Excepto el que te leía a ti por las noches —le recordó Decker.

—Es verdad. ¿Cómo te acuerdas de...? —Mars se interrumpió a media frase.

—¿Para qué un carné de biblioteca? —dijo Jamison.

—Me parece que nos ha dejado un mensaje. —Amos se levantó—. ¿Vamos?

El trayecto hasta la biblioteca que ocupaba el lugar de la antigua sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color era de solo diez minutos desde el hotel. Fueron hasta allí en el coche de alquiler de Bogart. Pararon delante y aparcaron. Decker encabezó la marcha.

En el mostrador había una mujer de mediana edad detrás de un montón de libros.

—Tengo reservado un libro —le dijo Amos, tendiéndole el carné.

Ella lo cogió y lo comprobó en el ordenador.

—Supongo que no es para usted —dijo ella cuando llegó a la ventana adecuada.

—No, para mi sobrino. Está aprendiendo a leer.

La mujer sonrió.

—Un niño que lee es un lector toda la vida. Enseguida vuelvo. —Se levantó y desapareció detrás de unos estantes.

—¿Vas a contarnos de qué va esto, Amos? —dijo Jamison.

—¿Qué libro reservaste? —preguntó Melvin.

—*Los tres cerditos* —repuso la bibliotecaria reapareciendo—. He visto que ya lo había sacado antes —le dijo a Decker.

—Es verdad. A mi sobrino le encantó.

—Bueno, es un clásico. Yo se lo leo a mis nietos y todavía me asusto cuando el lobo malo entra en escena. Además las ilustraciones son asombrosas. —Le entregó el libro y el carné de biblioteca.

—Gracias.

Salieron.

—¿De qué demonios va esto? —preguntó Bogart.

—Es el libro que mi pa..., quiero decir, que Roy, es decir, Callahan me leía.

—Le gustaba mucho el personaje del Lobo Feroz. Creo que era porque se veía a

sí mismo como eso —añadió Decker.

—Un momento —dijo Jamison—. Entonces ¿los tres cerditos?

—Los Tres Mosqueteros, claro —dijo Decker—. Solo que Roy los consideraba unos cerdos, no unos héroes. Y él era el Lobo Feroz que quería comérselos.

—Pero el lobo fracasó —dijo Bogart.

—En el cuento sí. Vemos cómo van las cosas en la vida real.

Se sentaron en el asiento trasero del coche y le estuvieron dando vueltas al libro. Lo revisaron página por página sin encontrar nada.

—Decker —dijo Jamison—, mira la parte superior del lomo. Está separado de las páginas.

Decker se fijó e intentó meter un dedo en el hueco, pero lo tenía demasiado grande.

—¿Alguien tiene luz? —preguntó.

Bogart se sacó una linterna led fina como un bolígrafo del bolsillo de la americana y se la ofreció.

Amos iluminó el hueco.

—Aquí dentro hay algo.

—Arranca el lomo —le dijo Bogart.

—No me gusta maltratar los libros.

—Dios mío —suspiró Bogart—. Un momento. —Fue hasta el maletero del coche y sacó su maleta—. Ni siquiera he tenido tiempo de registrarme en el hotel —explicó. Sacó una bolsa de traje y cogió la percha metálica del traje que había dentro. Se la pasó a Decker por la ventanilla trasera—. Toma. Prueba con esto.

Decker dobló un poco el gancho de la percha para que entrara en el hueco y hurgó en él.

—Choca con algo —dijo, y siguió hurgando—. Vale, ya sale —dijo por fin. Fue sacando la percha despacio hasta que vieron el extremo de una llave.

Jamison era la que tenía los dedos más finos y amablemente la sacó del escondite. Tenía algo pegado.

—Seguramente Roy puso pegamento en la llave antes de meterla debajo del lomo, para que no se saliera.

—¿De qué es la llave? —preguntó Bogart.

Jamison se la enseñó.

—Puestos a suponer, diría que es de una caja de seguridad.

—Vale. ¿De qué banco? En Tuscaloosa hay más de uno. Eso si está en Tuscaloosa.

Jamison miró por la ventanilla.

—Bueno, ya que nos da igual empezar por uno que por otro, ¿por qué no probamos en el que está pegado a la biblioteca?

Bogart la miró con admiración.

—Buen plan —dijo.

Entraron en el banco y la placa de identificación del FBI de Bogart les facilitó las cosas. La llave pertenecía a la entidad.

—Puedo conseguir una —dijo Ross cuando el director mencionó la necesidad de una orden de registro—, pero entretanto unos asesinos pueden estar librándose de sus crímenes.

—Pero el propietario de la caja de seguridad tiene derechos —protestó el director. Decker le enseñó la foto borrosa de Roy Mars.

—¿Es este?

El director la miró con atención.

—Sí, eso creo.

—Bueno, no le importará. Ha muerto.

El director los acompañó hasta la caja de seguridad. Insertó la llave que le habían traído y el duplicado que guardaba el banco. Sacó la caja y los dejó solos para que revisaran su contenido.

Decker miró a Mars.

—¿Preparado?

—Llevo mucho tiempo preparado, Decker.

Abrió la caja y miraron lo que contenía.

Decker sacó despacio una cosa. Era una foto.

Bogart sacó una carta y empezó a leerla.

Mars cogió un mapa y unas cuantas hojas de papel manuscritas.

Jamison sacó un DVD.

—En los años sesenta esto no existía. Roy, quiero decir, Callahan tuvo que grabar algo aquí.

Tardaron cerca de una hora en revisarlo todo y ver el DVD en un ordenador. Lo que había en la cinta parecía haber sido grabado originalmente en película y transferido posteriormente a aquel soporte.

Cuando terminaron, Decker miró a los demás.

Todos lo miraban a él, atónitos.

El Lobo Feroz había pillado por fin a los cerdos.

Decker alzó la vista al techo.

—Gracias, Aaron Callahan, estés donde estés.

—Las pruebas que tenía Callahan son tan abrumadoras que tanto Eastland como Huey van a llegar a un acuerdo sobre la declaración de culpabilidad para evitar la pena de muerte —dijo Bogart.

Se encontraban en la misma sala de reuniones de Quantico donde habían echado el primer vistazo al caso de Melvin Mars. Estaban todos allí, incluso Davenport y Milligan. Mars también estaba.

—Los Tres Mosqueteros por lo visto quisieron documentar concienzudamente lo que iban a hacer —dijo Milligan—. Fotos suyas con las bombas, letras manuscritas contándose lo que planeaban y otras después de los atentados detallando cómo los habían llevado a cabo. Incluso una película en la que fanfarroneaban sobre lo que habían hecho. Estaban realmente orgullosos. Mapas de la sede de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color y de la iglesia. Una lista de víctimas con marcas de comprobación al lado de los nombres. Y suma y sigue. Increíble.

—Y todos con la túnica del KKK —añadió Bogart—. Incluso fotos suyas y del viejo Huey con horcas y carteles con insultos racistas. ¿Se puede ser más estúpido?

—Se creían intocables —le dijo Decker—. El padre de Huey era el mandamás de Misisipí. Los padres de Eastland eran ricos. McClellan era el perro de presa al que todos temían a muerte. Y creían estar haciendo una obra divina.

—Más bien una obra diabólica —comentó Jamison.

—Pero él ha muerto y los otros dos están en la cárcel. Menudos intocables —dijo Bogart.

Mars sonrió.

Decker lo miró.

—¿Qué?

—Estaba pensando en esos dos capullos con el mono naranja limpiando suelos y pasando el resto de su vida en una celda de siete metros cuadrados. Muy agradable.

—Y hablando de Mary Oliver, ¿ella qué? —dijo Jamison.

—Hizo un trato —le contestó Bogart—. Aun así, se pasará una buena temporada en la cárcel.

—Bien —dijo Davenport—. Cuando llamó a mi puerta no me lo pensé. La dejé entrar. Lo siguiente fue que un tipo me agarró y me cubrió la cara con algo. Todo se volvió negro. Estaba segura de que iba a morir.

—Podrías haber muerto si no te hubiéramos encontrado —le dijo Bogart—. Agradéceselo a Decker.

Davenport le sonrió con calidez, pero Amos ni siquiera se dio cuenta.

—¿Y Melvin qué? —preguntó Jamison.

Bogart se enderezó.

—Melvin no va a volver a la cárcel. Desde que todo esto salió en las noticias, que

han destacado su papel en el esclarecimiento de la verdad, Texas no tiene ningún interés en volver a encarcelarlo.

—¿Y qué hay de su demanda por daños y perjuicios? —preguntó Decker.

—Me alegro de que lo menciones —repuso Bogart—. Tenemos abogados del Departamento de Justicia ocupándose de eso. Por lo visto, ahora que es un héroe, Melvin, Texas no quiere que la gente crea que quiere negarle su justa compensación por lo que le pasó. Es decir, por su injusta encarcelación y por haber estado a punto de ser asesinado en prisión a causa de una conspiración en la que estuvieron implicados varios guardias. Por tanto, nos han hecho una oferta que he dicho que le comunicaría a usted. No olvide que los abogados del Departamento de Justicia le dijeron al estado que pecara de generoso, teniendo en cuenta lo mucho que podría haber ganado jugando en la liga nacional.

Bogart se sacó un papel doblado del bolsillo y lo empujó hacia Mars, que se quedó mirándolo unos segundos.

—Puedes abrirlo, Melvin —le dijo Decker.

—El suspense me está matando —comentó Jamison.

Mars desdobló despacio la hoja y miró la cifra escrita en ella. Contó los ceros.

—Madre mía —dijo Decker, que miraba el papel por encima de su hombro.

Jamison saltó de la silla para verlo y estuvo a punto de caerse de culo.

—¡Dios mío de mi vida!

Mars miró a Bogart.

—No habría ganado tanto ni jugando veinte años en la liga nacional.

—Tengo que decir que el gobierno federal también ha contribuido un poco. Y libre de impuestos. Un gesto del Tío Sam. Así que puede quedárselo todo.

Decker le dio una palmada en la espalda.

—¿Qué se siente al ser tan asquerosamente rico, Mellow?

Mars sonrió primero y luego estalló en carcajadas. No podía dejar de reír. Todos se le unieron y los que pasaban por el pasillo ocupados con asuntos serios se paraban a mirar, preguntándose qué demonios podía ser tan gracioso.

Al cabo de una semana Decker acompañó en coche a Mars al aeropuerto de Washington.

Llevaba ropa nueva y dos maletas llenas de trajes sin estrenar hechos a medida para su físico imponente.

—No puedo creer que esto me esté pasando, Decker.

—Créelo, porque cuando abras los ojos mañana seguirá todo igual.

—Ojalá cogieras parte del dinero. Maldita sea, te lo mereces. Seguiría en la cárcel de no ser por ti.

—Melvin, no sé administrarme. Seguramente lo perdería en cuestión de días.

—Entonces pondré una cantidad en una cuenta para ti. La invertiré. Cuando estaba en la cárcel seguía la Bolsa. Me titulé en Empresariales. Lo haré bien por ti.

—Haz lo que quieras. Y te lo agradezco.

Estuvieron un rato en silencio mientras Decker conducía entre el tráfico de la hora punta.

—Así que volverás a Texas una temporada, ¿y luego qué?

—Sé que la vieja casa está casi completamente quemada, pero quiero verla otra vez. —Tras una pausa, añadió—: Después creo que iré a Alabama.

—¿A Alabama? ¿A Tuscaloosa?

—No. A donde vivían los Montgomery.

Decker lo miró con curiosidad.

—Vale. ¿Por qué razón?

—Hice unas cuantas llamadas. Resulta que los Howling Cougars necesitan un entrenador.

—¿El equipo de Tommy Montgomery?

Mars asintió.

—Ha perdido a sus padres. Callahan mató a su madre. Me siento responsable.

—Pero no lo eres.

—Aun así, quiero hacerlo. Tengo dinero para ayudar a Tommy. Voy a establecer un fideicomiso para él. No hay ningún motivo para que sufra.

—Ninguno. Eres muy amable, Melvin.

—¿Crees que puedo ser un buen entrenador?

Decker se lo quedó mirando un momento y luego apartó la cara. Sabía que lo único que Mars quería era que le dieran ánimos, nada más. El antiguo Decker podría habérselos dado sin ningún problema. Las palabras le habrían salido con facilidad. El nuevo Decker tenía que esforzarse mucho más para conseguirlo. Tenía memoria fotográfica, pero la mayor parte de su cerebro, las partes dedicadas a lo social y a las emociones y a los pequeños mensajes que la mayoría de la gente da por seguro que se entienden, estaban lejos de ser perfectas. Cuando volvió a mirar a Mars, sin embargo, un poderoso recuerdo se apoderó de él. El de Melvin Mars, el defensa estrella de los Longhorns, pisoteando a Decker de los Buckeyes en su trayecto hacia otro de sus gloriosos *touchdowns*. Ese vínculo en el campo de fútbol hizo que las palabras entremezcladas en su mente formaran una clara línea de pensamiento.

—Veamos —dijo—. Uno de los mejores defensas del fútbol universitario de todos los tiempos. Finalista del Heisman. Un tipo que habría entrado en el salón de la fama de la liga nacional a la primera votación. Me pregunto qué habrá podido ver en ti un equipo de fútbol de instituto.

Mars soltó una risita, avergonzado.

—Sé mover el balón, Decker. Pero no sé si puedo enseñar a otros a hacerlo.

—Creo que Tommy estará en buenas manos.

Llegaron al aeropuerto y Decker ayudó a Mars con el equipaje. Los dos hombres se miraron de frente delante de la terminal.

—Supongo que esto es un adiós. Al menos de momento.

—De momento —dijo Decker—. Pero no desaparezcas.

—Ven a Alabama a ver jugar a los Howling Cougars. Y trae a Jamison y a Bogart.

—Trato hecho.

Se miraron un momento, incómodos, hasta que Mars le dio un abrazo de oso a Decker, que este le devolvió con indecisión.

—No sé cómo darte las gracias. Nunca en la vida he tenido un amigo íntimo.

—Menuda confesión para hacérsela un Longhorn a un Buckeye.

—Sabes a qué me refiero.

Esta vez Decker no dudó.

—Sé a qué te refieres Melvin —le dijo, con el recuerdo en mente del partido en el que ambos se habían enfrentado— y yo me siento igual.

—Nunca se sabe, podríamos vernos alguna vez. Empieza a gustarme esto de la investigación.

—Se te da realmente bien.

—Cuídate. —Mars sonrió—. Y no adelgaces demasiado.

—No pierdas el sueño por eso.

Volvieron a abrazarse y luego Mars recogió sus maletas y entró en la terminal del aeropuerto.

Decker se quedó hasta que dejó de ver al hombretón.

Luego volvió al coche, pero no arrancó inmediatamente.

Puso la radio. Tenía sintonizada la NPR.

Se acordó de la última Noche Vieja que había hecho aquello. La noche que había oído la noticia que le había cambiado la vida y había cambiado la vida de muchos otros. Pero, lo más importante, se la había cambiado a Melvin Mars.

Echó otro vistazo a la terminal y accedió a la imagen de Melvin Mars diciéndole que era el mejor amigo que había tenido jamás.

De repente se sintió como se había sentido al entrar en aquel estadio el primer día de la liga. Cuando ochenta mil personas le aplaudían a él, Amos Decker, o eso le había parecido.

Aparte del día que se había casado con su mujer y del día que había nacido su hija, aquella experiencia había sido la mejor de toda su vida.

Ahora aquel asombroso momento de la NFL acababa de ser relegado a un lejano cuarto lugar.

Detrás de Melvin Mars, su nuevo mejor amigo.

Agradecimientos

Para Michelle, por hacer todo lo demás mientras yo hago esto.

Para Mitch Hoffman, por ser un excelente editor y ahora también agente.

Para Michael Pietsch, por liderar el camino con tanta habilidad.

Para Jamie Raab, por ser una maravillosa defensora.

Para Lindsey Rose, Karen Torres, Anthony Goff, Bob Castillo, Michele McGonigle, Andrew Duncan, Christopher Murphy, Dave Epstein, Tracy Dowd, Brian McLendon, Andy Dodds, Matthew Ballast, Lukas Fauset, Deb Futter, Beth deGuzman, Jessica Krueger, Oscar Stern, Michele Karas, Stephanie Sirabian y todos los de Grand Central Publishing, por su intensa labor.

Para Aaron y Arleen Priest, Lucy Childs Baker, Lisa Erbach Vance, Frances Jalet-Miller, John Richmond y Melissa Edwards por ser los mejores. ¡Disfrutad de las nuevas investigaciones!

Para Anthony Forbes Watson, Jeremy Trevathan, Trisha Jackson, Katie James, Alex Saunders, Sara Lloyd, Jodie Mullish, Stuart Dwyer, Geoff Duffield, Jonathan Atkins, Anna Bond, Sarah Willcox, Leanne Williams, Sarah McLean, Charlotte Williams y Neil Lang de Pan Macmillan, por hacerme sentir tan especial.

Para Praveen Naidoo y su equipo de Pan Macmillan en Australia, por vuestro duro trabajo.

Para Caspian Dennis y Sandy Violette, por ser unos amigos tan estupendos.

Para Kyf Brewer y Orlagh Cassidy, por vuestros increíbles audios.

Para Steven Maat y todo el equipo de Bruna, por cuidarme tan bien en Holanda.

Para Bob Schule, por leer otro manuscrito.

Para Roland Ottewell, por un trabajo estelar de corrección.

Para la ganadora de la subasta, Patricia Bray. Espero que hayas disfrutado de tu personaje. Gracias por financiar una maravillosa organización.

Para Kristen y Natasha, por lograr que Columbus Rose continúe.

Y para Michelle Butler; bienvenida al equipo.

Notas

[1] SEl M1 Abrams es un carro de combate. (*N. de la T.*) <<

[2] Federal Insurance Contributions Act (FICA) es una tasa estatal que pagan tanto los empleados como quienes los contratan para financiar la Seguridad Social y los programas para jubilados, inválidos y huérfanos. *(N. de la T.)* <<

[3] El Servicio de Impuestos Internos, en inglés Internal Revenue Service (IRS), es la agencia federal estadounidense que se ocupa de la recaudación fiscal y el cumplimiento de las leyes tributarias. (*N. de la T.*) <<

[4] Jugada en la que un jugador intenta llevar el balón a través del equipo contrario o al otro lado del mismo. (*N. de la T.*) <<

[5] Se refiere a que está a favor de un mayor poder político reservado para los gobiernos estatales en lugar de para el federal. (*N. de la T.*) <<

[6] Del Partido Demócrata por los Derechos de los Estados, un derechista del Sur. (*N. de la T.*) <<